DINERO DEL MUNDO

J. Paul Getty tenía una fortuna.Y alguien tenía que pagar el precio.

Publicado con anterioridad como Painfully Rich

JOHN PEARSON

HarperCollins

DINERO DEL MUNDO

JOHN PEARSON

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A. Núñez de Balboa, 56 28001 Madrid

Todo el dinero del mundo
Publicada originalmente con el título Painfully Rich
Título original: All the Money in the World
© 1995, 2017, John Pearson
© 2018, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.
Publicado originalmente por HarperCollins Publishers Limited, UK
Traductor: Ángeles Aragón

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers Limited, UK. Diseño de cubierta: Motion Picture Artwork ©2017 Columbia Tristar Marketing Group, Inc. All Rights Reserved.

I.S.B.N.: 978-84-9139-236-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos Índice Dedicatoria Cita Agradecimientos Árbol genealógico Introducción Primera parte Capítulo 1				
Dedicatoria Cita Agradecimientos Árbol genealógico Introducción Primera parte				
Cita Agradecimientos Árbol genealógico Introducción Primera parte				
Agradecimientos Árbol genealógico Introducción Primera parte				
Árbol genealógico Introducción Primera parte				
Árbol genealógico Introducción Primera parte				
Introducción Primera parte				
-				
-				
1				
Capítulo 2				
Capítulo 3				
Capítulo 4				
Capítulo 5				
Capítulo 6				
Capítulo 7				
Capítulo 8				
Capítulo 9				
Segunda parte				
Capítulo 10				
Capítulo 11				
Capítulo 12				
Capítulo 13				
Capítulo 14				
Capítulo 15				
Capítulo 16				
Capítulo 17				
Tercera parte				
Capítulo 18				
Capítulo 19				
Capítulo 20				
Capítulo 21				

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Post Scriptum

Post Scriptum para la edición de 2017

Para mi esposa mundo	Linette, cuyo	amor vale	más que todo	el dinero del

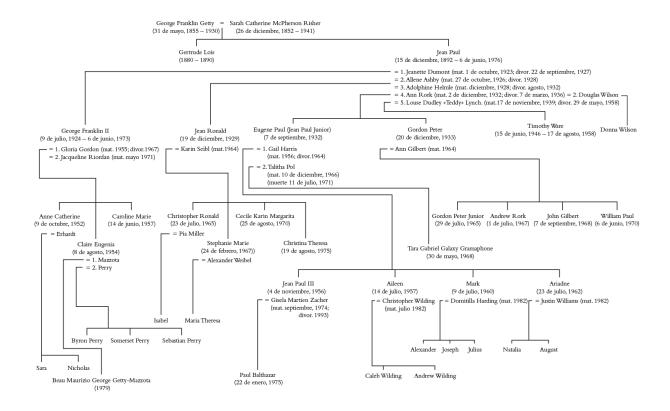
El dinero es lo último que nunca será sometido. Mientras hay carne hay dinero o la falta de dinero, pero el dinero está siempre en el cerebro, siempre y cuando haya un cerebro en orden razonable.

Samuel Butler – *Los cuadernos*

Agradecimientos

Escribir un libro tan complejo como la historia de los Getty es incurrir en incontables deudas de gratitud con aquellos cuya generosidad con su tiempo y su dinero me han ayudado a hacerlo posible. Por ello, además de dar las gracias a Gordon Getty por otorgarme permiso para citar de su poema La casa de mi tío, en la página 286 y a E. L. Doctorow por su permiso para citar un pasaje de Ragtime en la página 106, quiero dar las gracias a las siguientes personas por hablar conmigo: Aaron Asher, Adam Álvarez, Brinsley Black, Michael Brown, lady Jean Campbell, Champsoeur, Craig Copetas, Penelope de Laszlo, Douglas y Martha Duncan, Harry Evans, Malcolm Forbes, Adam Franklan, lady Freyberg, Stephen Garrett, Gail Getty, Gordon Getty, Mark Getty, Ronald Getty, Christopher Gibbs, Judith Goodman, lord Gowrie, Dan Green, Priscilla Higham, James Halligan, doctor Timothy Leary, Robert Lenzner, Donna Long, Duff Hart Davis, John Mallen, Russell Miller, Jonathan Meades, David Mlinaric, juez William Newsom, Juliet Nicolson, Geraldine Norman, Edmund Purdom, John Richardson, John Semepolis, June Sherman, Mark Steinbrink, Claire Sterling, Alexis Teissier, lord Christopher Thynne, Briget O'Brien Twohig, Vivienne Ventura y Jacqueline Williams.

Paul Shrimpton, el más amable de los banqueros, gestionó mis números rojos con una rara humanidad; Julie Powell, mi genio informático, me salvó cuando me fallaba Word Perfect; Oscar Turnhill revisó mis datos y mi puntuación; y Edda Tasiemka, del milagroso Hans Tasiemka Archive, me encontró informaciones de prensa que nadie más sabía que existían. Ted Green, como de costumbre, estuvo siempre ahí cuando lo necesitaba, y Lynette, mi perfecta esposa, ha sido mi inspiración y mi consuelo y ha soportado muy bien ser dolorosamente pobre mientras yo escribía sobre los dolorosamente ricos.



Introducción

Jean Paul Getty tenía ochenta y tres años y se había hecho tres estiramientos faciales, el primero a los sesenta años, pero el último había fallado y lo había dejado con un aspecto desmesuradamente viejo. Era presuntamente el hombre vivo más rico de Norteamérica, pero últimamente solo quería que Penelope le leyera las aventuras de los chicos victorianos de G. A. Henty.

Penelope Kitson –él la llamaba Pen– era una mujer alta, atractiva, que había sido su mejor amiga y amante durante más de veinte años y leía bien, con la voz sin florituras de la mujer inglesa de clase alta que era. Tenía una amplia colección de obras de G. A. Henty. Es posible que a él le hicieran pensar en la infancia atrevida que no había tenido... Y en la vida de aventuras físicas que habría deseado llevar.

Getty creía en la reencarnación, pero tenía pavor a la muerte. Convencido de haber sido el emperador romano Adriano en una vida anterior, y después de haber sido tan afortunado en esta, su vida actual, temía que la tercera vez no tuviera tanta suerte.

¿Getty reencarnado en un culi, en el hijo de un suburbio de Calcuta? ¿Tendría Dios un sentido del humor tan retorcido? Era posible, y esa posibilidad lo atemorizaba.

Su hijo superviviente más joven había ido de California a Londres, acompañado de su esposa, y llevaba varios días con él, tratando de persuadirlo de que volviera a «su hogar» con ellos en un Boeing alquilado. El «hogar» de Getty era un rancho en Malibú con vistas al océano Pacífico, pero al anciano le aterrorizaba volar y hacía más de veinte años que no veía Malibú ni Estados Unidos. ¿Qué clase de hogar era ese?

—¿Sabes qué, Pen? Quieren llevarme a casa porque creen que me estoy muriendo.

Lo dijo con la voz plana del medio oeste que parecía contar el coste de cada sílaba y a continuación cerró el tema como un contable cierra una

cuenta. J. Paul Getty, multimillonario, se quedaba donde estaba.

También se negaba a irse a la cama.

—La gente muere en la cama —decía, dejando claro que no tenía intención de hacer eso si podía evitarlo.

Últimamente había empezado a vivir en su sillón con un chal sobre los hombros.

La muerte es más dificil de afrontar para un rico que para mortales más humildes, pues los ricos tienen mucho más que perder y que dejar atrás. Aquella casa con corrientes de aire, por ejemplo. Construida entre 1521 y 1530 por sir Richard Weston, un cortesano de Enrique VIII, Sutton Place había sido una de las muchas gangas de Jean Paul Getty cuando se la había arrebatado en 1959 a un duque escocés (Sutherland) con problemas económicos. Era lo más próximo a una casa de verdad que había tenido nunca, y a pesar de todas sus incomodidades e inconvenientes, amaba sinceramente aquella casa Tudor de ladrillo rojo con sus veintisiete dormitorios, su vestíbulo de madera, que incluía una galería de trovador, su granja y su fantasma residente (de Ana Bolena, ¿quién si no?), todo ello situado en la hermosa campiña de Surrey, a treinta kilómetros en autopista de Londres.

Y estaba también Nero, el león de Getty, que gruñía en su jaula fuera de la casa. El anciano quería a Nero tanto como se permitía querer a alguien, y como le daba de comer personalmente, el animal lo echaría de menos.

Después de Nero estaban sus mujeres.

- —Jean Paul Getty es fálico —advirtió una vez lord Beaverbrook a su nieta, lady Jean Campbell.
 - —¿Qué significa eso, abuelo? —le preguntó ella.
 - —Siempre dispuesto —repuso él.

Siempre había sido así. Desde su adolescencia en Los Ángeles, las mujeres habían sido el único lujo del que el viejo avaro no se había privado. ¡Cómo las había disfrutado en sus tiempos! Jóvenes y viejas, gordas y elegantemente delgadas, *majorettes* de tambor y duquesas, estrellas y mujeres de la alta sociedad. Hasta poco tiempo atrás había tomado grandes dosis de vitaminas, junto con la llamada droga sexual, H3, para mantener la potencia. Pero ahora todo eso había terminado y ya no era el sexo, sino el rumor de su inminente partida, lo que llevaba a sus amantes a Sutton Place.

No era dadivoso con ellas, como no lo era consigo mismo. Era cortés con las mujeres, pero raramente tenía sentimientos por ninguna durante mucho tiempo.

¿Todo su dinero le había proporcionado la felicidad? Hay un cierto consuelo en pensar que los muy ricos extraen poco placer de su riqueza, y gran parte de la indudable popularidad de Getty tenía su origen en aquel aspecto de aflicción crucificada con la que afrontaba el mundo.

Como decía Claus von Bülow, en otro tiempo alto ejecutivo de Getty, siempre parecía que estuviera asistiendo a su propio funeral. Pero el inteligente Claus se apresuraba a añadir que, tras aquel semblante afligido, su jefe disfrutaba de la vida en secreto y ese contraste formaba lo que él consideraba la comedia esencial de la existencia de Getty. Von Bülow quizá tuviera un sentido del humor un poco especial, pero, según él, Getty siempre veía el lado gracioso de las cosas.

Quizá era así, y nunca sabremos qué placeres risibles encontraba el viejo bromista nocturno con una hoja de balances en la quietud de la noche de Surrey.

Porque su fortuna había alcanzado proporciones surrealistas y, puesto que la mayor parte estaba bien invertida y dando todavía más dinero, ni siquiera Jean Paul Getty sabía con exactitud lo rico que era. Baste decir que su fortuna en aquel momento era casi tan grande como el presupuesto anual de Irlanda del Norte, de donde eran sus antepasados, más de lo que cualquier ser humano podría agotar en una vida entera de los caprichos más extravagantes. Podría dar un billete de diez dólares a todos los hombres, mujeres y niños de Estados Unidos y seguir siendo rico.

Por supuesto, pocas cosas habrían sido más improbables, pues, al contrario que John D. Rockefeller, que entregaba habitualmente una moneda de diez centavos de nuevo cuño a todos los niños que encontraba, Jean Paul era poco proclive a actos de generosidad aleatoria. Mejor dicho, no era proclive a la generosidad, punto. Pero su famosa tacañería no era exactamente lo que parecía.

—Por eso es rico —decía la gente.

Pero se equivocaba. La avaricia sola no podía explicar ni una fracción de una fortuna como la suya, y la tacañería de Getty no era tanto la causa de su exagerada riqueza como un síntoma de algo más fascinante.

Lo cierto es que Jean Paul Getty era un hombre apasionado, que había canalizado esa pasión en la creación de su inmensa fortuna, más o menos como un gran compositor vuelca su alma en una sinfonía. Su verdadero amor no eran las mujeres, que eran algo casual, sino el dinero, que no lo era, y había demostrado ser un compañero fiel y romántico durante su aventura de amor vitalicia con la riqueza, que había adquirido con celo y aumentado en cantidades ingentes a lo largo de un periodo de más de sesenta años.

Su avaricia era un aspecto fortuito de ese amor. ¿Cómo podría soportar alguien perder el objeto de su adoración? ¿Cómo iba a dilapidar esa delectable entidad que, con la proximidad de la muerte, le ofrecía su mayor esperanza de inmortalidad?

Esa gran riqueza rodeaba a Jean Paul Getty como un halo y dispensaba cualidades divinas que no se otorgaban a mortales más pobres. Con dinero podía crear movimiento continuo por todo el mundo, desde los guardas de seguridad que caminaban en la oscuridad próxima a la casa con sus fieros alsacianos, hasta sus refinerías de petróleo, que trabajaban las veinticuatro horas, sus petroleros que recorrían mares lejanos, sus pozos de petróleo que bombeaban riqueza desde las profundidades del mar y los confines más lejanos del desierto.

Pero hay límites a los poderes divinos que otorga la riqueza a los multimillonarios mortales, y nada podía librarlo del acto final que se le exigía. Siempre había sido un hombre tranquilo y solitario y murió, solo y sin hacer ruido, durante la noche del 6 de junio de 1976, sentado todavía en su sillón favorito.

La muerte es un gran reductor, y era extraño lo insignificante que parecía el hombre más rico de Norteamérica una vez muerto. En consonancia con sus deseos, su cuerpo fue expuesto en el gran vestíbulo de Sutton Place, como si de un noble tudor se tratase.

—Siempre le gustó considerarse el duque John de Sutton Place —comentó una de sus amantes.

Pero un ducado era una de las cosas que su enorme fortuna no podía comprar, y los únicos dolientes que vigilaban al lado del féretro eran guardias de seguridad para evitar que pudieran secuestrar el cuerpo.

Más tarde, y también en consonancia con sus deseos, tuvo lugar un funeral en la iglesia anglicana de St. Mark's, en la calle North Audley, en Mayfair. Como evento, resultó bastante curioso. Otro duque (esta vez de Bedford) habló a una congregación elegante que no lloraba. Solo consiguió asistir uno de los hijos supervivientes de Getty, aunque padeciendo los efectos severos de la adicción a la heroína y el alcohol. Y el vicario no llegó a cobrar por sus servicios.

Aunque nadie podría culpar a Jean Paul por eso, pues para entonces había hecho ya el viaje que siempre había temido —en avión a California con su ataúd en la bodega de un Boeing— y residía en una sala funeraria del cementerio Forest Lawn de Hollywood, mientras la familia y las autoridades de Los Ángeles debatían dónde enterrarlo.

Pero quedaba todavía un área donde la fuerza vital de ese anciano inescrutable seguía muy viva en su testamento, que había sido debidamente publicado por sus abogados londinenses. Era un documento fascinante —tanto por lo que decía como por lo que dejaba fuera— y servía para enfatizar el misterio de la relación barroca entre el difunto, su enorme fortuna y los miembros de su muy dispersa familia.

Un testamento es una oportunidad de emitir un último juicio contra los seres queridos antes de partir para someterse al propio. Era una oportunidad que Jean Paul apreciaba, después de haber vivido a la sombra del testamento hecho por su padre medio siglo atrás. Y al igual que su progenitor, él también lo aprovechó al máximo.

En los últimos diez años, siempre que su abogado, el enérgico Lansing Hayes de pelo blanco, iba a verlo desde Los Ángeles, había algún cambio que Getty quería hacer en el temible documento, siempre había alguien que añadir —o a quien retirar con rabia— a la lista de beneficiarios. Getty era un hombre de precisión y su testamento se convirtió en una expresión bien afinada de sus deseos.

Nunca se había molestado mucho con la gente humilde, y la gente humilde de su vida recibió pocas migajas de la mesa del hombre más rico de Norteamérica. Léon Turrou, su fiel asesor de seguridad, y Tom Smith, el masajista mitad indio de Getty, en los que se apoyó para aliviar sus dolores en sus últimos años, dijeron que había prometido recordarlos y ambos se llevaron una sorpresa amarga al ver que habían sido olvidados. Los jardineros de Sutton Place recibieron tres meses de sueldo; el mayordomo,

el severo Bullimore, seis; y hasta su fiel secretaria, Barbara Wallace, que había cuidado de él durante veinte años, tuvo suerte de recibir cinco mil dólares.

Al recordarlo, ella se muestra más generosa de lo que se mostró él con ella.

—Él era así —dice—. Yo lo quería y lo que contaba no era el dinero, sino el recuerdo de trabajar con el personaje más extraordinario que he conocido.

Otras fueron menos caritativas, pues él también utilizó su testamento para dejar claro lo que pensaba de las mujeres de su vida. Su asesora legal, la casta señorita Lund, recibió doscientos dólares al mes —posiblemente para dar testimonio de lo que pensaba él de la castidad—. Pero, por otra parte, la poco casta nicaragüense señora Rosabella Burch, salió poco mejor parada, así que quizá él tuviera otras razones.

La única amiga a la que le fue bien fue a la señora Kitson, que recibió acciones de Getty Oil. Cuando el valor de esas acciones se duplicó a principios de los años ochenta, pasaría a ser la única persona que se había hecho millonaria en dólares leyendo a G. A. Henty.

De nuevo la frugalidad de esos legados personales estaba en consonancia con su carácter y probablemente intentaba enfatizar la gran sorpresa contenida en aquel documento tan profundamente reflexionado. Porque, en un gran gesto totalmente atípico, Jean Paul Getty había decidido disponer del grueso de su fortuna personal en su totalidad, sin condiciones y sin ninguna reserva.

Siempre había sido un hombre de sorpresas taimadas y, aparte de Lansin Hays, no había dado a nadie ni la más leve pista de cómo abriría las compuertas de su inmensa cantidad de dinero para beneficiar a un heredero insospechado: el modesto museo J. Paul Getty de Malibú, que había ido creando sin mucho alboroto en su rancho, pero que nunca había osado visitar.

El legado de Getty era vasto en términos de museos. A su muerte, su fortuna personal estaba calculada en casi mil millones de dólares (unos dos mil millones de hoy en día por la subsiguiente inflación). Con ese dinero, el extraño museo que había creado meticulosamente con la forma de una villa romana antigua en las orillas del océano Pacífico se convirtió de la noche a la mañana en la institución de su clase con más fondos en la historia moderna.

Según Norris Bramlett, un ayudante del viejo: «Esa era su esperanza de inmortalidad. Quería que el apellido Getty fuera recordado mientras durara la civilización».

También era, como él bien sabía, un modo muy eficiente de cara a los impuestos disponer de una gran cantidad de capital. En California, el museo contaba como obra benéfica y, siempre que sus directores gastaran todos los años un cuatro por ciento del valor del capital en adquisiciones, Hacienda no pediría impuestos. Getty siempre había sido visceralmente contrario a pagar impuestos y, a diferencia de ciudadanos más sencillos que opinaban igual, casi nunca lo hacía.

Más allá de los hechos, el testamento no daba ninguna explicación de por qué había dejado así su dinero ni de por qué no se imponían condiciones sobre el modo en que debían gastarlo los administradores del museo. Cuando Armand Hammer, un empresario del petróleo rival de Getty, creó su propio museo, mucho más pequeño, en Los Ángeles, dejó atado hasta el detalle más mínimo. El barón del acero Henry Clay Frick había hecho que fuera casi legalmente imposible cambiar una hoja en el atrio de la Colección Frick en Nueva York, y mucho menos un cuadro. Pero si los administradores del museo J. Paul Getty decidían de pronto vender toda la colección para crear un museo de bicicletas, el museo J. Paul Getty se convertiría irrevocablemente en un museo de bicicletas.

Pero así como el testamento arrojaba poca luz sobre las razones del anciano para legarlo todo de ese modo, también dejaba a oscuras un misterio más fascinante: el destino económico de los miembros de su familia o, como a él le gustaba llamarlos, la «dinastía Getty» —los hijos y nietos de tres de sus cinco matrimonios fracasados—. Puesto que el testamento los mencionaba tan poco, ¿qué sería de su futuro? ¿Se había olvidado de ellos o los había desheredado colectivamente?

Cuando los arqueólogos desenterraron las tumbas de algunos de los faraones más ricos, a veces encontraron, escondida detrás de la cámara funeraria, otra cámara atiborrada de objetos espléndidos, donde residía el espíritu del muerto. Algo similar había ocurrido con el dinero dejado por Jean Paul Getty, pues era típico de la naturaleza encubierta del viejo que, detrás de su fortuna personal, la que había legado a su museo, había ido creando lentamente una segunda fortuna, aún mayor, que residía en un fondo fiduciario que no aparecía en su testamento.

Ese gigantesco fondo había sido separado completamente de la fortuna personal de Getty y había crecido con las ganancias de toda una vida proporcionadas por el juego secreto que llevaba cuarenta años jugando con el mundo. Ahí era donde almacenaba las grandes cantidades de dinero que, según las reglas complejas por las que se regía aquel juego, algunos de sus descendientes heredarían y otros, claramente, no.

Aunque ese fondo había cumplido los propósitos de Jean Paul Getty como una especie de caja del dinero monstruoso a prueba de impuestos, había sido creado en un principio como un supuesto «fondo de despilfarro» para aplacar a su formidable madre, Sarah, que lo conocía lo bastante bien para desconfiar de su buena fe. A instancias de ella, habían creado el fondo fiduciario a mediados de la década de los años treinta para proteger los intereses de sus nietos de lo que ella consideraba las tendencias «despilfarradoras» de Getty, y por eso el fondo llevaba su nombre: Fondo Sarah C. Getty.

Era extraño ver calificado públicamente de «despilfarrador» al avaro más rico del siglo. Y más extraño todavía era el modo en el que él parecía verse obsesivamente compelido a aumentar el fondo, creando ese prodigioso montón de capital libre de impuestos. Cuando se repartió por fin entre sus beneficiarios en 1986, el fondo tenía más de cuatro mil millones de dólares. Y desde entonces, el capital resultante se ha más que duplicado de nuevo.

Uno podría pensar, como probablemente pensó Sarah, que ese fondo del despilfarro garantizaría a sus descendientes todos los beneficios y placeres que puede proporcionar el dinero a aquellos que recorren el pedregoso camino de la vida: librarlos de ansiedades y cuidados, darles lo mejor de lo mejor, ayudarles a tener amigos fieles y –¿nos atrevemos a susurrarlo?– la felicidad.

Lector, no estés tan seguro.

El gran misterio no resuelto de la fortuna Getty es por qué ha devorado en apariencia a tantos de sus beneficiarios.

¿Por qué ese depósito inmenso de dinero ha demostrado ser, no solo la más grande, sino también probablemente la fortuna más destructiva de nuestro tiempo? ¿Y por qué, cuando mueren millones por falta de dinero, e incontables millones más trabajan como esclavos, conspiran, asesinan,

sufren, se subyugan por cantidades patéticas, algo tan placentero como el dinero puede causar tanta desgracia y caos como ha causado a los herederos Getty?

Las ruinas humanas empezaron a amontonarse ya durante la vida del viejo. Uno de sus hijos se suicidó tres años antes de su muerte. Para entonces, otro parecía empeñado en hacer lo mismo mediante su adicción a la heroína y el alcohol. Un tercer hijo, desheredado en la infancia, sentía cada vez más amargura por el modo en el que lo había tratado su padre. Solo el cuarto hijo, el más joven, disfrutaba en ese momento de lo que se podía considerar una vida razonablemente plena, según el estándar habitual —pero al precio de haberse apartado completamente de todo lo relacionado con Getty Oil o los demás negocios de su padre—.

Cuando murió el viejo, la plaga empezaba a alcanzar también a la generación siguiente. El nieto mayor de Getty había sido secuestrado por la mafia italiana, perdido la oreja derecha en el proceso y se había embarcado después en una vida de drogadicción y alcohol que acabaría casi con su destrucción total. Más tarde su hermana desarrollaría sida.

En verdad, en los años siguientes a la muerte de Jean Paul Getty, hubo veces en las que la familia parecía empeñada en autodestruirse, mientras los hermanos luchaban en los tribunales por aquel enorme legado envenenado. Como dijo un periodista, en los años ochenta el apellido Getty se había vuelto «sinónimo de disfunción familiar».

Las grandes fortunas pueden, claramente, tener efectos desastrosos en sus herederos... Generalmente al inundarlos con demasiado dinero a una edad temprana. Pero en la familia Getty, el lucro excesivo nunca estuvo en la raíz de todas sus desgracias. Ninguno de los hijos de Jean Paul Getty se crio en el lujo ni con la expectativa de heredar una inmensa fortuna. Los nietos tampoco. Más bien al contrario.

Balzac, al que fascinaban las grandes fortunas y el caos que vio que causaban entre las familias *nouveaux riches* del Segundo Imperio Francés, creía, y así lo dejó escrito, que «detrás de cada gran fortuna yace un gran crimen».

Pero los Getty lo habrían confundido también en eso. Porque, aunque pudo haber un mínimo de juego sucio y perfidia en la creación de la fortuna Getty, no hubo ningún crimen real que señalar y, desde luego, ningún «gran» crimen.

Hubo, sin embargo, algo más fascinante, que habría encantado a Balzac: la personalidad infinitamente compleja del propio Getty. La historia de su fortuna es fundamentalmente la historia de su vida, y las contradicciones y obsesiones de este californiano de lo más excéntrico siempre jugaron un papel crucial en sus logros. Jugaron un papel aún mayor en la problemática herencia que dejó tras de sí, hasta tal punto que lo que les pasó a sus hijos y a los hijos de sus hijos forma parte también del legado de Jean Paul Getty. Ese legado destruyó a algunos. Otros, aunque con muchas cicatrices, han conseguido asumirlo. Y algunos de la generación más joven, muy conscientes de lo que ha ocurrido, intentan ahuyentar los peligros para el futuro.

Cómo ocurrió todo eso conforma una crónica extraordinaria del efecto de grandes cantidades de dinero sobre un grupo de seres humanos muy vulnerables. Para entenderlo, hay que empezar por la extraña creación de la fortuna y por la personalidad del puritano solitario, asustado y mujeriego que se hizo a sí mismo el ser humano más rico de Norteamérica.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

PADRE E HIJO

Jean Paul Getty no era ningún novicio en lo referente a la riqueza y los problemas que puede causar a los que la poseen. Era, de hecho, millonario de segunda generación. Su padre, George Franklin Getty, había iniciado la fortuna familiar con los beneficios del *boom* del petróleo de 1903 en Oklahoma. Pero igual que en un árbol grande es dificil imaginar el esqueje del que creció, la amplitud de la fortuna de Jean Paul Getty oscurece casi por completo la fortuna menor que la precedió. También oscurece el hecho de que, sin su padre y la fortuna de este, los miles de millones de Getty quizá no habrían existido.

Cuando Jean Paul pasaba ya de los sesenta años, rico como Creso e inmensamente orgulloso de acostarse con una duquesa, con la hermana de un duque y con una prima lejana del zar de Rusia, una de sus costumbres más raras era recitar parte del Discurso de Gettysburg de Lincoln, que se sabía de memoria, a las personas a las que quería impresionar. Al concluir, mencionaba como por casualidad que el nombre de Gettysburg procedía de un antepasado suyo, James Getty, que había comprado los terrenos de la histórica ciudad a William Penn en persona y les había puesto su nombre.

Podría resultar extraño que el hombre más rico de Norteamérica se sintiera obligado a mostrar esa clase de méritos. Y es todavía más raro porque la historia era completamente falsa. Gettysburg recibió su nombre de una familia apellidada Gettys y los antepasados de Jean Paul no tuvieron ninguna relación con ese lugar.

Más todavía, la historia de su padre, lejos de necesitar embellecerse con ese tipo de orígenes falsos en los que se enreda a veces la aristocracia inglesa, contenía muchos logros de los cuales cualquier hijo, particularmente uno estadounidense, podía sentirse extremadamente orgulloso. Pero, por otra parte, Jean Paul tenía razones para sentirse ambivalente hacia su padre y

hacia la parte que la relación entre los dos había jugado en la estrambótica creación de su fortuna.

Jean Paul nació en Minneapolis en 1892. Su padre, George, un hombre fuerte y piadoso, tenía treinta y siete años. Su madre, Sarah, nacida Risher – ojos oscuros, pelo recogido en un moño severo y la boca despectiva, prueba de su carácter insatisfecho—, era tres años mayor, de lejana procedencia holandesa y escocesa.

Los Getty, a su vez, procedían de Irlanda del Norte y habían llegado a Norteamérica a finales del siglo xviii y pasado por el crisol de la experiencia del inmigrante estadounidense. Como resultado, George empezó su vida como hijo de una familia pobre de granjeros de Maryland. Su padre murió cuando él tenía seis años y el chico tuvo que trabajar los campos con su madre hasta que su tío, Joseph Getty, famoso como predicador local de la templanza del fuego del infierno, lo envió a la escuela a Ohio.

George era un chico fuerte y trabajador y la adversidad que había seguido a la muerte de su padre le había creado una determinación de acero de salir de la pobreza. Y de su tío Joe aprendió los rígidos preceptos de la cristiandad fundamentalista, junto con un odio vitalicio al demonio de la bebida y una fe firme en la gracia salvadora de Dios para sacar a la humanidad de la pobreza y el pecado.

Cuando estaba en la universidad de Ohio, estudiando para ser profesor, conoció a Sarah Risher. Ella no tenía intención de pasarse la vida casada con un maestro de escuela e hizo prometer a George que sería abogado, para lo cual ofreció el dinero de su dote para pagar las clases de la Facultad de Derecho.

Es apropiado que el nombre de Sarah Getty siga consagrado en el gigantesco fondo que llegó a dominar la fortuna de su familia, pues la avispada Sarah fue en todo momento la impulsora, empujando a su diligente y esforzado compañero, más joven que ella, a ganar dinero y a triunfar.

Menos de un año después de su matrimonio en 1879, George ya se había licenciado en Derecho en la Universidad de Michigan y Sarah lo empujó a mudarse a la floreciente Minneapolis, donde su esposo empleó su talento legal en el negocio de los seguros y empezó a prosperar.

Con treinta y pocos años, George y Sarah eran propietarios de una casa en la parte más de moda de Minneapolis, tenían un carruaje y dos caballos y eran personas acaudaladas y prometedoras de la floreciente capital de Minnesota, el estado de la Estrella del Norte.

Lejos de debilitar sus ideas puritanas, el éxito incrementó la fe religiosa del matrimonio. El puritano tío Joe había imbuido a George con un sentido calvinista del bien y del mal, y la riqueza mundana se consideraba una prueba del favor divino. Según esa creencia pragmática, Dios recompensaba a aquellos que escuchaban su palabra... Y sonreía a aquellos cuyo modo de vida renunciaba al diablo y sus obras.

Como metodistas fervientes, George y Sarah eran serios y abnegados. George, que había firmado ese juramento con poco más de veinte años, fue toda su vida un abstemio convencido. Y hasta los treinta y cinco años, su vida habría parecido un ejemplo del libro de relatos de los beneficios que fluyen de la conducta cristiana. Había respondido a la palabra de Dios y había trabajado en la viña. Ahora había llegado el momento de que él, como Job, afrontara su época de tribulaciones.

* * *

Cuando lo aclamaban como el ser humano más rico de su país, una de las pocas posesiones que Jean Paul Getty valoraba de verdad era una fotografía en sepia de una niña a la que nunca había visto. Tenía bucles, un lazo grande en el pelo y ojos enternecedores.

Era su hermana, Gertrude Lois Getty, que nació en 1880, poco después de la boda de George y Sarah, y murió en la epidemia de tifus que barrió Minnesota en el invierno de 1890. Sarah también contrajo la temible enfermedad y, aunque se recuperó, se quedó con una tendencia a la sordera que fue empeorando poco a poco y la dejó completamente sorda a los cincuenta años.

Para George y Sarah, la muerte de su única hija, «el rayo de sol de la familia», fue una pérdida que puso a prueba su fe como cristianos. De los dos, George parecía el más afectado, y durante un tiempo recurrió al

espiritismo en un intento por encontrar a su hija, y pasó una crisis religiosa profunda.

Cuando por fin salió de ella, su fe era más fuerte que nunca e incluso abandonó el metodismo por el credo más estricto de la Ciencia Cristiana, a cuyos principios se adhirió firmemente hasta el final de su vida.

Como si Dios quisiera demostrar que aprobaba ese cambio de credo, poco después de eso Getty recibió una señal. Sarah, que solo había concebido una vez antes, descubrió a los cuarenta años que estaba embarazada. Y el 15 de diciembre de 1892, la llegada de un hijo fue como una especie de regalo de Navidad adelantando para reemplazar a su hija.

En su gratitud para con Dios, ¿cómo no iban los Getty a adorar a un niño así? Y George tenía aún más motivos para regocijarse con el recién nacido Jean Paul Getty. Por fin tenía un heredero que continuara su apellido y heredara lo que él acumulaba ininterrumpidamente con el lucrativo negocio de los seguros en las florecientes ciudades del Medio Oeste estadounidense.

Sarah le puso al niño el nombre de John, por un primo de su esposo, pero entraba en su carácter darle también al niño un toque de sofisticación europea poniéndole el nombre, pero no como «John» sino como «Jean». Con el tiempo, el nombre se comprimiría a la inicial «J.» en J. Paul Getty, y la familia se referiría normalmente a él como Paul. Pero había algo más profético de lo que Sarah podía entender cuando le dio a su hijo esa conexión personal con Europa. Y Europa y su cultura actuarían como imanes para su hijo y otros muchos miembros de su familia en los años siguientes.

A pesar de la prosperidad de clase media de Getty, la vida con padres estrictos y mayores, atormentados por una hija muerta, ofrecía poca alegría y pocas relaciones sociales, y Paul, aunque mimado y protegido, tuvo una infancia solitaria y sin amor. Su madre desalentaba activamente el contacto con otros niños por miedo a un contagio. Y aunque sobreprotegía a su hijo, se cuidaba de no mostrarle demasiado amor por si lo perdía como había perdido a su hermana.

Años después, Paul le dijo a su esposa que nunca lo habían abrazado de niño, ni nunca había tenido una fiesta de cumpleaños ni un árbol de Navidad.

Su mayor interés era su colección de sellos postales, y su mejor amigo, un chucho llamado Jip.

Sin duda, esa infancia claustrofóbica le dejó marca, y siempre sería un solitario que recelaba de sus compañeros y se guardaba para sí lo que pensaba.

Desde hace mucho he podido ejercer un considerable grado de control sobre la demostración de mis sentimientos, escribió con orgullo cuando tenía más de ochenta años.

Pero en la infancia, el tedio de la vida en esa familia pequeña y severa lo afectó también de otros modos. En lugar de aceptar pasivamente el horizonte gris de la Norteamérica puritana del siglo xix, se rebeló en secreto y, durante toda su vida, una parte de él lucharía siempre por huir del aburrimiento y la restricción de la rutina doméstica. Nunca estaría totalmente a gusto dentro de una familia. En lugar de eso, siempre estaría en movimiento, y hasta la llegada de la vejez, nunca se asentaría mucho tiempo en ninguna parte. Si hubiera podido, Paul Getty habría sido un nómada.

Con su negocio floreciendo, Dios apaciguado y su hogar de Minneapolis en orden, George Franklin Getty tenía muchos motivos para ser feliz, en particular cuando de pronto recibió una muestra más de la aprobación celestial.

En 1903, cuando Paul tenía diez años, el Señor dirigió a George a Bartlesville, un pueblo de mala muerte en lo que era todavía legalmente territorio indio en Oklahoma, a resolver la reclamación de un seguro. En aquel momento no podía saber el estupendo resultado de aquel viaje poco emocionante. Bartlesville hervía con los inicios de la bonanza del petróleo en Oklahoma. Bajo aquel paisaje árido yacían algunas de las reservas de petróleo más grandes dentro de Estados Unidos. Y George había llegado justo a tiempo para beneficiarse de ellas.

Hay hombres, escribió su hijo, que parecen tener una afinidad sorprendente con el petróleo en su estado natural. Me inclino a pensar que mi padre tenía un toque de eso.

Quizá sí, pero, para empezar, fue solo especulación lo que llevó a George a invertir quinientos dólares en el «Lote 50», una concesión por los derechos

petrolíferos de cuatrocientas cuarenta y cinco hectáreas de pradera virgen en las afueras de Bartlesville.

Pero el Señor había dirigido bien a George. Cuando en octubre de aquel año empezó la perforación en el Lote 50, casi enseguida encontraron petróleo, y un año después, George tenía seis pozos produciendo. El precio del crudo era en ese momento de cincuenta y dos céntimos el barril y el Lote 50 sacaba una media de cien mil barriles al mes.

Aparte de la guía celestial, hubo otros factores más prosaicos en la rápida creación de la fortuna de George. Había ahorrado ya reservas considerables de capital del negocio de los seguros, conocía la ley y llevaba sus asuntos de un modo honrado y abnegado.

En los tres años siguientes, George convirtió su empresa, a la que llamó Minnehoma Oil (un nombre confeccionado, no por una doncella romántica de piel roja, sino por la combinación pragmática de dos palabras, Minnesota y Oklahoma), en una empresa próspera. En 1906, George Getty era millonario.

Capítulo 2

UNA INFANCIA SOLITARIA

Paul tenía diez años cuando llegó a Bartlesville y vio por primera vez el famoso pozo de petróleo Lote 50. Fue una decepción tremenda. Sabía que Bartlesville estaba en territorio indio y había llegado allí esperando pieles rojas, *squaws* y tiendas indias. En su lugar vio un pueblo improvisado que apestaba a petróleo y habitado por hombres vestidos con monos sucios.

Pero para cualquier chico habría sido una experiencia educativa ver a su padre enriquecerse tan fácilmente, y fue algo que él nunca olvidaría. Después de aquella introducción íntima al negocio del petróleo, a él no le resultaría dificil hacer lo mismo, si lo necesitaba alguna vez. Y desde el comienzo de Minnehoma, George dio por sentado que su hijo entraría con él en la empresa y acabaría por sucederlo en la dirección. Incluso lo alentó a gastar su paga en comprar dos acciones de Minnehoma.

—Ahora tengo que trabajar para ti —le dijo cuando le tendió los certificados de las acciones.

George tenía la costumbre de administrar perlas de sabiduría casera. Una de ellas era: «Un hombre de negocios vale tanto como sus fuentes de información». Otra: «Deja que tus actos hablen más alto que tus palabras».

Pero durante su infancia y adolescencia, Paul se mantuvo obstinadamente impermeable a las palabras de su padre y al negocio del petróleo, pues tenía otros intereses en los que ocupar su tiempo.

Más tarde en la vida, hablaría siempre de George con gran piedad y reverencia.

—Era un gran hombre, un filósofo genuino —decía con solemnidad—. Me enseñó todo lo que sé.

De hecho, Paul aprendió solo todo lo que necesitaba, y padre e hijo chocaban mucho. Según su primo Hal Seymour:

—Paul y su padre siempre parecían molestarse mutuamente cuando estaban juntos en la casa.

Por carácter, Paul estaba más próximo a su madre que al sólido George. Había heredado la boca despreciativa de ella, su nerviosismo y su naturaleza introvertida. Luego, a medida que crecía, se fue haciendo evidente otra similitud entre ellos. La sordera de Sarah la volvió una persona aislada y Paul empezó a emular su soledad. Hasta su voz mostraba rastros de la estrecha relación entre ambos. La dicción pausada, que se convirtió en algo característico de Getty, la aprendió hablando con su madre, que era dura de oído. Y al igual que ella, empezó a pasar cada vez más tiempo solo. Su primo Hal lo recordaría como «excepcionalmente solitario hasta para un hijo único».

A diferencia de sus padres, encontraba poco placer en las alegrías del cristianismo. Su única pasión verdadera era la lectura. A los diez años había descubierto las obras de G. A. Henty que disfrutaría después a los ochenta.

Henty, escritor de aventuras para chicos, había inspirado a una generación de escolares victorianos, transportándolos desde el aburrimiento del aula polvorienta a los periodos más interesantes de la historia, poblados con los personajes más emocionantes. *Bajo la bandera de Drake, En la India con Clive, En La Coruña con Moore*. Hasta los títulos eran una invitación para que un hijo único solitario como él escapara de un hogar cerrado cristiano en Minnesota al mundo más rico y emocionante de fuera.

* * *

Ahora que George se hacía rico rápidamente y pasaba mucho tiempo en Oklahoma, Sarah decidió que había llegado el momento de mudarse de nuevo, desde las tierras planas de labor y los inviernos muy fríos de Minnesota a la soleada California. Sostenía que su salud era delicada y que necesitaba calor y un cambio de aires. Como siempre, Getty se mostró de acuerdo con ella.

Después de visitar San Diego, que les pareció provinciano, los Getty se decidieron por un terreno en la recién urbanizada South Kingsley Drive, en una esquina con un tramo todavía no nacido del Wilshire Boulevard, situado fuera de los límites de la ciudad de Los Ángeles. Allí se construyeron una casa.

Los Getty, como familia, no tenían muchos amigos íntimos y la mudanza los separó de los pocos que tenían. No bebían ni pecaban. Y la sordera creciente de Sarah incrementaba la sensación de aislamiento de la familia. En los días anteriores a los audífonos eficientes, era dificil que una familia con una madre que padeciera esa aflicción tan antisocial fuera abierta y se sintiera cómoda con los que los rodeaban. Los Getty estaban más aislados que nunca. Eran personas autosuficientes y recluidas. Paul aprendió pronto esos hábitos, los practicó toda su vida y los pasó a sus hijos.

George intentaba ser tan estricto con su hijo como era consigo mismo, pero cuanto más exigente se volvía él, más huraña era la reacción de su hijo. Era obstinado, como a menudo son los niños solitarios. Y George, como suelen hacer los padres, imaginaba que la disciplina lo curaría. Así que, poco después de trasladarse a Los Ángeles, Paul entró como alumno externo en la escuela militar de la zona, que odió inevitablemente. Los entrenamientos, las marchas, los uniformes y la disciplina no eran para él. Asistió durante casi cuatro años, hizo pocos amigos, mostró cero aptitudes para el ejército, y cuando por fin escapó, agradeció la paz e intimidad de su habitación en la casa de South Kingsley Drive.

Solía ser algo común en la teoría de la educación que los chicos adolescentes que leían mucho y pasaban mucho tiempo solos corrían más riesgo de tentaciones sexuales. Eso, desde luego, sí se podía aplicar a Paul y la disciplina de la escuela militar no había conseguido curarlo. Como lector empedernido que era —sus compañeros de clase lo llamaban Diccionario Getty—, se había mostrado estoicamente resistente a las actividades grupales sanas, como las marchas, las excursiones y los juegos de equipo de todo tipo. El resultado era predecible. A su amor por la lectura se unía una obsesión por el sexo opuesto que lo acompañaría de por vida. En el tema sexual había encontrado por fin algo que se le daba bien.

Tal vez fuera por sus modales, siempre corteses y encantadores con el otro sexo. (Como señaló alguien: «Paul nunca decía "no" a una mujer ni "sí" a un hombre»).

O posiblemente fuera porque sabía lo que quería, que es algo que suele dar resultado, tanto en asuntos sexuales como de negocios. Fuera como fuere, parece ser que Paul ya presumía de haber perdido su virginidad al cumplir los catorce años.

De ser cierto, era un logro más grande para un chico de una familia cristiana rica de California de aquel entonces de lo que sería hoy en día. Según los estándares de la familia, también era algo muy pecaminoso, que lo situaba en una ruta de choque con todas las creencias estrictas y puritanas que sostenían solemnemente George y Sarah.

Paul ponía cada vez más nervioso a su padre... Y viceversa. A un periodo en el que supuestamente estudiaba Económicas en la Universidad del Sur de California en Los Ángeles, le siguió otro en el que presuntamente estudiaba Derecho en Berkeley. Pero, al parecer, la universidad no era para él, y no tardó en regresar a South Kingsley Drive con diecisiete años y muy descontento.

Para entonces, era el precioso hijo único de su madre, el regalo de Dios y un consuelo para su sordera y su edad. Así que, para no perderlo del todo, se entrenó en pasar por alto sus defectos y solía apoyarlo en las peleas con su padre.

Como una especie de cebo –y un modo de mantenerlo en casa–, Sarah hizo que tuviera una entrada privada a su habitación, con su propia llave. Era típico de Sarah que, después de haber hecho eso, no tardara en empezar a protestar por los amigos que él llevaba a casa, pero había poco que pudiera hacer al respecto, tan poco como George y ella podían interferir en el creciente interés de su hijo por la vida nocturna de Los Ángeles.

Paul empezó a tomar prestado el automóvil de su padre sin decírselo, un impresionante Chadwick Tourer de cuatro puertas, que sacaba rodando en silencio del garaje cuando sus padres dormían y utilizaba para recorrer con sus amigos los lugares nocturnos en busca de chicas.

Una noche, después de visitar un motel de carretera con compañeros que Sarah no habría aprobado —y de conocer chicas que le habrían gustado todavía menos—, se produjo el desastre. Una de las chicas derramó vino tinto en el tapizado del coche y, aunque hicieron todo lo posible por limpiarlo, fue imposible eliminar las manchas.

Cuando George vio lo ocurrido, probablemente adivinó la verdad. Que Paul no solo tomaba prestado el automóvil familiar para buscar placeres nocturnos, sino que además se entregaba al demonio de la bebida, la *bête noir* particular de George. Pero la reacción de este estableció un precedente importante en las relaciones futuras de la familia Getty. Ningún grito de furia paterna alteró la paz en South Kingsley Drive. Como siempre que se trataba de Paul, seguramente Sarah lo contuvo y no se dijo ni una palabra sobre el incidente.

No obstante, George tenía modos de mostrar su desaprobación paterna. La siguiente vez que Paul intentó tomar prestado el coche cuando sus padres dormían, encontró la rueda de atrás unida con un candado a un aro pegado con cemento al suelo del garaje.

Cuando Sarah hizo migrar a la familia tres mil doscientos kilómetros al suroeste, desde la congelada Minneapolis hasta la radiante Los Ángeles, esa parte del sur de California no se había convertido todavía en el paraíso superpoblado al extremo del gran arco iris estadounidense que es hoy en día. Sus paisajes dorados no estaban mancillados, su mar estaba impoluta y su clima ideal de todo el año no se había visto afectado todavía por los productos de la industria del petróleo con los que hacía fortuna George.

Los Getty fueron *émigrés* tempranos desde el este en busca de la felicidad, pero la felicidad los esquivó incluso allí. Los placeres al aire libre del estado dorado no eran para George y Sarah. La vida de George, el hombre de petróleo trabajador, seguía volcada en los campos de petróleo de Oklahoma, a más de mil seiscientos kilómetros de ferrocarril al este. Y a Sarah le pareció que Los Ángeles carecía de cultura y distracciones. Así, no era de extrañar que la casa que construyó la pareja fuera más una reminiscencia de recuerdos del viejo mundo que una celebración del nuevo.

A los sesenta y tantos años, Paul sucumbiría por fin y se compraría una casa permanente, la mansión Tudor de Sutton Place. Y aquí, entre los naranjales del rural Wilshire Boulevard, seguramente estuvo su precursora, en la mansión de estilo Tudor con sus ventanas con parteluces, frontones decorativos y vigas isabelinas recién barnizadas. Como casa, presumiblemente pertenecía al lejano mundo de otro antepasado Getty imaginado. La nostalgia era su tónica, y unos años después, cuando George se sintió lo bastante rico para llevar a Paul y a Sarah en sus primeras vacaciones amplias, viajaron a Europa.

Era todavía la época en la que los héroes y heroínas de novelistas como Henry James y Edith Wharton daban por sentado que solo podían encontrar una existencia civilizada de verdad en Europa. El Viejo Continente, en aquellos días lejanos, era todavía la fuente de la historia, el arte y de una gran sofisticación para la élite norteamericana.

Pero esta obsesión con Europa era mucho más típica de millonarios de la costa este que de nuevos ricos californianos como George y Sarah. Y es interesante que, en el preciso momento en el que los cineastas expatriados de Nueva York empezaban en las colinas de Hollywood una contracultura que conquistaría Europa con una visión de Norteamérica creada allí, los Getty se aventuraran en ese viaje laborioso a Nueva York y después a Europa para una gira cuidadosamente planeada de tres meses por todas las capitales importantes. Desde ese momento fue el viejo mundo, más que el nuevo, el que capturó la imaginación de Paul Getty.

Como ocurría a menudo en la familia, el impulso de ese viaje partió de Sarah. Si hubiera dependido de él, George se habría contentado con cuidar de su negocio en Oklahoma. Pero Sarah insistió y partieron. Embarcando el famoso Chadwick Tourer con ellos, recogieron a un chófer en Liverpool cuyo acento apenas conseguían entender y viajaron luego rápidamente a Francia, decididos a vivir y ver lo más posible.

Los Getty eran viajeros más enérgicos que dados a los placeres, otra de las cosas que estableció un patrón que copiaría su hijo. En París disfrutaron de dos semanas en el hotel Continentale –lugar favorito de hombres de negocios burgueses y viajeros comerciales— en lugar del Ritz, que George podría haberse permitido fácilmente. Después recorrieron las carreteras polvorientas de Montecarlo, Roma, Ginebra y Ámsterdam antes de volver a cruzar el Canal de la Mancha, ver Londres y regresar en el transatlántico Aquitania a Nueva York.

Para el joven de pelo ondulado y ojos azules claros que se posaban en todas las chicas, aquel viaje movido fue una experiencia educativa. Le encantaba viajar y disfrutaba mucho de los hoteles, fascinado con la riqueza y las posibilidades de aventura en esas ciudades europeas. Pero seguramente se sentiría cohibido por la presencia de unos padres mayores, ella metodista estricta con problemas de oído y él moralista abstemio cristiano científico renacido. A sus dieciocho años, Paul Getty se moría de ganas de volver y disfrutar por su cuenta de todos aquellos lugares fascinantes.

Una vez de regreso en South Kingsley Drive, Sarah se alegró de que su inquieto hijo mostrara tanto interés por la cultura europea y, a pesar de su miedo a perderlo, parece ser que apoyó su ambición de regresar a Europa cuando él le dijo que quería estudiar en la Universidad de Oxford.

George se mostró menos entusiasta. Los chapiteles soñadores de Oxford no eran para él, pero Sarah lo convenció de que otorgara a Paul una paga adecuada —en forma de pagaré bancario por doscientos dólares al mes— y en agosto de 1912, después de un breve viaje a Japón, el hijo y heredero de veinte años cruzaba de nuevo el Atlántico, esa vez solo.

Viajó a todo tren, pues aquel era en gran medida el viaje del vástago mimado de un millonario estadounidense, con ecos, aunque débiles, de las grandes giras europeas a las que los aristócratas ingleses enviaban a sus hijos para que obtuvieran algo de cultura y conocimientos del mundo antes de regresar a casa y a su herencia. Ese viaje europeo tendría un efecto profundo en Paul, pero no exactamente en el sentido que esperaban sus padres.

Hacer ese viaje solo fue, desde el principio, una empresa considerable para un joven estadounidense solitario, más o menos inculto. Pero, al igual que le ocurría con las mujeres, Paul estaba bien informado y tenía mucha seguridad en sí mismo cuando se trataba de conseguir lo que quería. Ya había convencido a George de que le consiguiera una carta de presentación de uno de sus antiguos compañeros de leyes, el abogado William Howard Taft, que en aquel momento era el presidente republicano de los Estados Unidos. Y una vez en Europa, compró grandiosamente un Mercedes de segunda mano, encargó varios trajes en Savile Row y se dirigió al objetivo improbable de aquel viaje: la Universidad de Oxford. Llegó allí en noviembre, con el curso ya empezado.

Oxford, antes de la I Guerra Mundial, era una sociedad muy cerrada, y aquel joven estadounidense desconocido y sin conexiones, que no había conseguido terminar un curso universitario ni en Los Ángeles ni en Berkeley, tenía pocos conocimientos o educación formal a su favor.

Por suerte, eso apenas importaba, pues el nivel educativo de la mayoría de los alumnos de Oxford de la época era lamentablemente bajo, y Paul no había ido a Oxford a aprender. Al igual que Jay Gatsby, él quería algo

diferente: el derecho a llamarse un hombre de Oxford, cosa que, con su obstinación habitual, más o menos logró.

La carta del presidente de los Estados Unidos le consiguió una presentación al presidente del elegante Magdalen College, el clasicista doctor Herbert Warren, que pasó algo de tiempo con este joven californiano seguro de sí mismo y acabó recomendando a alguien de su universidad que le enseñara economía. Paul también se convirtió en miembro no colegiado de la Sociedad de Santa Catalina, que no era todavía un *college* plenamente acreditado de Oxford, pero que le permitía asistir a conferencias si lo deseaba, algo que raramente hacían los estudiantes de la época. Y no tuvo dificultades para encontrar alojamiento en el centro de la ciudad.

Pero aunque después afirmaría que en Oxford había «vivido más o menos en el Magdalen», e insistiría en que «los hombres de Magdalen me aceptaron como a uno de ellos», él no fue miembro del Magdalen College ni de la Universidad de Oxford. Pero eso no le impidió nunca insinuar que lo había sido, y en años posteriores, siempre presumía de que el tiempo pasado en el Magdalen lo había introducido en el seno de la clase alta británica.

—El primer amigo íntimo que hice en Magdalen —solía decir— era el hermano del actual conde de Portarlington, George Dawson-Damer.

A George le seguía, en un dorado segundo puesto, «Su Alteza Real, el príncipe de Gales», que también estaba en Magdalen.

—Entre nosotros nos llamábamos «David» y «Paul» —decía Getty con aire casual— y forjamos una amistad íntima y acogedora que duraría casi medio siglo.

Nunca estuvo muy claro cuánto tiempo pasó Paul en realidad en Oxford ni si obtuvo el «diploma» que afirmaba tener, ni cómo de «íntima y acogedora» era en realidad aquella amistad vitalicia con el futuro rey de Inglaterra. Pero eso importaba poco. Lo importante fue que, en Oxford, Paul había visto al fin un mundo que admiraba plenamente y envidiaba. Algunos de sus amigos del Magdalen invitaron a ese californiano rico a su casa para disfrutar de la moderna institución de la época que era el fin de semana eduardiano. Y más tarde escribiría con nostalgia que las casas que había visitado eran «a menudo, mansiones de campo señoriales que, en la última fase de la era de Eduardo, estaban todavía en la cumbre de su esplendor».

Allí, en vívido contraste con la soleada California y los mugrientos pozos de petróleo de Oklahoma, había un mundo de aristócratas de título,

mansiones señoriales, arte grandioso... y mujeres maravillosamente sofisticadas. Un mundo que lo obsesionaría el resto de su vida.

Hay principalmente dos tipos de esnobs. Los de dentro, que se esfuerzan por mantener a los vulgares fuera; y los fascinados de fuera, que intentan convencerse de que están «dentro». Paul entraba claramente en la segunda categoría y, a partir de entonces, una parte importante de su ambición consistiría en reclamar su puesto en esa zona ilusoria pero sagrada de títulos, deferencia, riqueza antigua y realeza europea que había entrevisto en el Magdalen durante aquel periodo dorado, antes de que se apagara la luz en toda Europa.

Después de Oxford, Paul no tuvo prisa por regresar a California. Se estaba convirtiendo en un viajero compulsivo, empeñado en huir, y antes que volver a sumergirse en el tedio de South Kingsley Drive, se puso al volante del Mercedes *en route* hacia lo que había decidido que iba a ser su ciudad favorita: París. Pasó el verano en Rusia, el otoño en Berlín y justo antes de Navidad estaba en Viena, planeando empezar 1914 viendo Egipto.

Pero el dinero se había vuelto un problema, cosa que, inevitablemente, lo llevó a entrar en conflicto con su padre. Doscientos dólares al mes implicaba viajes básicos, y las peticiones de aumento producían respuestas amargas por parte de George, cada vez más exasperado con aquel hijo errante y caprichoso.

Para entonces, Paul llevaba más de un año fuera y estaba a punto de cumplir veintiún años –fecha que pasó a bordo de un barco viejo camino de Alejandría— cuando sus peticiones de dinero explotaron por fin en un conflicto amargo con su padre.

George, muy molesto por lo que consideraba derroches y caprichos de su hijo, le informó de que iba a recuperar quince mil acciones que había puesto a nombre de Paul en Minnehoma Oil. Eso produjo una respuesta venenosa de Paul, en la que mostró parte de la rabia y el resentimiento que podía invocar contra su padre cuando este le llevaba la contraria.

Después de exigirle que le permitiera conservar las acciones, Paul lo atacó por su tacañería con su único hijo, recordándole que, cuando William Randolph Hearst había cumplido veintiún años, su padre le había regalado el

San Francisco Examiner, junto con el edificio que albergaba el periódico y que valía al menos tres millones de dólares.

Continuó diciendo con amargura que no tenía intención de ser «privado de lo que le correspondía por derecho» y terminó añadiendo que la actitud de su padre no le dejaba otra alternativa que «lidiar con el asunto como haría con un contrincante».

Una vez más, parece ser que Sarah calmó las aguas. Poco después escribía cariñosamente a Paul y le decía cómo le gustaría poder «ir volando a verlo», y cuando empezó el verano, había persuadido a George de hacer otro cruce en transatlántico para poder encontrarse con su hijo errante en París, disfrutar del encuentro y volver juntos a casa.

En junio de 1914 los Getty se reconciliaron y se hospedaron una vez más en el hotel Continentale. Y fue allí donde Paul comunicó su ambición para el futuro. Puesto que tenía toda la intención de seguir viajando y disfrutar de una sociedad cosmopolita, se haría diplomático. Y, si no lo conseguía, escritor.

Sarah, al parecer, lo apoyó. George no dijo nada.

A pesar de sus limitaciones, George Getty no era estúpido y, en cierto sentido, comprendía a Paul mejor de lo que este se comprendía a sí mismo.

En lugar de despilfarrar tiempo y dinero de gira por Europa, Paul debería asentarse en el único lugar donde debía estar un hijo suyo. En el negocio familiar, aprendiendo el oficio, tomando decisiones y preparándose para ser su sucesor.

Los acontecimientos estaban de parte de George. Con Francia y Alemania al borde de la guerra, Paul no podía volver a Europa, como esperaba, en el otoño de 1914, para estudiar francés y alemán con miras a ser diplomático. Eso dio a George la posibilidad de ofrecerle un trato que sabía que Paul no rehusaría.

Fue una proposición de negocios directa, la cantidad de diez mil dólares para que Paul buscara fortuna en los campos de petróleo de Oklahoma como había hecho él once años atrás. George enfatizó que aquello no era un regalo, sino una inversión de Minnehoma Oil. Los beneficios revertirían a la empresa y Paul tendría derecho a un treinta por ciento de comisión. Paul aceptó.

Las condiciones eran más duras que cuando George llegó a Bartlesville y se topó con la bonanza del petróleo en Oklahoma. La competencia había aumentado. Llegaban grandes empresas como Standard Oil y era mucho más difícil que un buscador individual encontrara un terreno rico en petróleo, comprara los derechos de explotación minera e hiciera fortuna. Pero puesto que Oklahoma era una zona inmensa, que contenía uno de los campos de petróleo naturales más grandes de Estados Unidos, todavía había descubrimientos y fortunas que hacer por alguien lo bastante decidido. George estaba seguro de que, una vez que Paul probara el sabor del dinero y el éxito, quedaría enganchado.

Capítulo 3

EL PRIMER MILLÓN DE DÓLARES

Para un joven de disposición despiadada, con algo de capital y un cuerpo resistente, la industria del petróleo era el rincón de las gangas del siglo xx. Ford alcanzaría el millón de automóviles producidos a finales de 1914 y la guerra en Europa aumentaba de un modo dramático la demanda de petróleo. Luego, a medida que avanzaba el siglo, la sed de petróleo seguiría creciendo en Estados Unidos y la industria del petróleo crecería inevitablemente con ella.

Paul llegó a Tulsa, en el corazón del territorio rico en petróleo de Oklahoma, a finales del otoño de 1914 a probar suerte. Con su traje gris pálido, su cuello almidonado y su sombrero de fieltro, aquel californiano de Oxford de hablar pausado debía de llamar la atención entre los especuladores, perforadores, ingenieros y trotamundos que llenaban el vestíbulo del recién construido hotel Tulsa.

Pero a pesar de sus modales y apariencia, Paul no era tan blando y civilizado como aparentaba. A sus veintidós años medía un metro setenta y cinco y era físicamente fuerte y consciente de su cuerpo. Como solitario que era, continuaba odiando los deportes de equipo, pero fortalecía su cuerpo de un modo obsesivo. Nadaba mucho, usaba pesas y mancuernas para mejorar los músculos, practicaba judo y, alrededor de esa época, se sentía lo bastante seguro como boxeador para combatir varios asaltos con su amigo y futuro campeón mundial de los pesos pesados, Jack Dempsey.

A los pesos pesados a menudo les gusta entrenar con boxeadores más ligeros para mejorar la velocidad, y el veredicto de Dempsey fue que Paul era «fuerte, de naturaleza belicosa y rápido».

—Nunca he conocido a nadie con tanta concentración y fuerza de voluntad. Quizá más de lo que es bueno para él —dijo.

Durante aquel invierno y la primavera de 1915, Paul necesitó aquellas cualidades cuando conducía su maltrecho Ford por Oklahoma, en busca del trozo de tierra rico en petróleo que lo haría rico. Poseía una gran determinación, espoleada por su deseo de igualar el logro de su padre.

Tardó casi un año en conseguirlo. En agosto de 1915, después de engañar a varios otros compradores en potencia, consiguió su primera concesión petrolífera por un precio de quinientos dólares. Su suerte se mantuvo. Su pozo, en la llamada Concesión Nancy Taylor, pronto empezó a producir más de mil barriles al día, y con los precios del crudo alcanzando los tres dólares el barril aquel otoño, comenzó a acumular capital. Alentado por ese éxito, siguió comprando otras concesiones, que demostraron ser aún más productivas, y para el verano de 1916, su porcentaje en los beneficios que había conseguido para Minnehoma Oil sobrepasó la figura mágica del millón de dólares.

Tenía veintitrés años y era millonario. Convencido de que en la vida había cosas más importante que el petróleo, decidió retirarse.

Aquel debería haber sido el momento que esperaba, el momento valioso en el que cumpliera su verdadera ambición. Y de no ser por la guerra, quizá hubiera hecho eso, hubiera zarpado para Europa y la historia de los Getty habría tenido un final distinto.

Pero la guerra volvía Europa inaccesible. Paul siempre sostuvo que en esa época se ofreció para volar y, mientras esperaba que llegaran sus papeles (nunca llegaron), no tuvo otra alternativa que regresar a South Kingsley Drive. Allí lo esperaba su antigua habitación con su entrada privada, atestada con sus posesiones personales, amorosamente cuidadas por su madre. Para su sorpresa, se encontró disfrutando de estar en casa.

Como escribió más tarde, El sur de California era un lugar ideal para cualquiera que buscara divertirse. Tenía un clima maravilloso, paisajes espectaculares y últimamente abundaban las mujeres jóvenes increíblemente atractivas y sin ataduras.

Aquellas «mujeres jóvenes y sin ataduras» eran lo que más lo atraía y, durante el verano de 1916, con un millón de dólares en el banco, se divirtió todo lo que pudo.

—En mi experiencia —solía decir—, el dinero es el único afrodisíaco completamente seguro.

Pero un buen coche también ayudaba y él compró varios seguidos: un Cadillac descapotable, uno de los primeros Chryslers y un Duesenberg rojo brillante.

En South Kingsley Drive entraba y salía con su llave privada como le apetecía y a veces incluso llevaba allí a sus mujeres a pasar la noche.

«Mejor la "honda paz" del lecho doble de South Kingsley Drive, que el "jaleo" en el asiento trasero de un Duesenberg», como habría podido decir la señora de Patrick Campbell.

George y Sarah debían de saber lo que ocurría y, según sus principios cristianos estrictos, su hijo se había convertido en un pecador impenitente. Pero si se lo hubieran dicho así, habrían corrido el riesgo de perderlo, y eso era algo que Sarah no podía contemplar. Así que ambos se guardaron para sí lo que pensaban, Paul siguió su senda de diversión y vivieron en paz y armonía en South Kingsley Drive.

Pero para Paul había ahora un factor muy importante en aquella situación placentera: el hecho de que se había hecho millonario. Gracias a su dinero, también se había hecho totalmente independiente y George carecía de poder para decirle lo que tenía que hacer. Eso implicaba que Paul podía disfrutar de su juventud como una especie de infancia mimada que se prolongaba interminablemente, consentido por su madre, tolerado por su padre y disfrutando de todos los placeres de un adolescente moderno rico y totalmente emancipado.

Esa fue una lección sobre el poder moral del dinero que tendría un efecto significativo en Paul y en sus padres para el futuro.

El dinero retiraba eficazmente el imperativo moral de la existencia de todos los días y, gracias a su dinero, Paul podía llevar una doble vida, algo que encajaba claramente con él.

Ya no necesitaba afirmarse contra su puritano padre, ni tampoco dejaría nunca de ser, al menos en teoría, el hijo entregado de su «adorada mamá». Como no necesitaba crecer, podía profesar mucho amor por los dos del modo más conmovedor hasta su muerte. Pero al mismo tiempo, podía ser también una especie de puritano con licencia y aprovechar al máximo

muchas cosas que sus padres no aprobaban: coches veloces y mujeres aún más veloces, clubs nocturnos, ginebra de contrabando, vida de lujo y malas compañías.

Como resultado, el sentido moral de Paul Getty resultaba extrañamente contradictorio, pues seguía varias líneas de resistencia mínima. Anhelaba libertad, pero ansiaba también el amor de sus padres; probaba modos de huir, pero siempre regresaba como un hijo pródigo a la casa de South Kingsley Drive.

Como cristiano, George probablemente contaba con que la vida poco edificante y pecadora de su hijo no se prolongaría eternamente. Estaban en un momento de paciencia cristiana. Dios en su infinita sabiduría seguramente haría sentir su presencia, como había hecho con el apóstol Pablo en el camino de Damasco. Una vez que eso ocurriera, su ignorante hijo vería el error de sus costumbres, renacería en Cristo y George y Sarah podrían regocijarse por fin con la salvación de otro pecador.

Era una teoría optimista, y funcionó hasta cierto punto. La vida ociosa y hedonista de Paul no podía continuar. Algo tenía que acabar con ella. Pero cuando ocurrió, desde luego no fue lo que George había esperado... Y Paul no reaccionó como sus padres querían.

La chica se llamaba Elsie Eckstrom y declaró en los tribunales que era virgen antes de que Paul la emborrachara, la llevara a su casa en su coche y la desflorara a la fuerza en South Kingsley Drive.

El abogado de Paul contrarrestó diciendo que Elsie no era virgen sino una habitual de moteles de carretera y clubs nocturnos, que bebía, bailaba, se acostaba con muchos y solo había tenido lo que se merecía.

La verdad sobre Elsie ya no importa especialmente, pero lo que nadie negó en el tribunal fue que la relación sexual había tenido lugar bajo el techo paterno de la residencia Getty y que una niña que nació en 1917 fue bautizada como Paula.

Después de mucha publicidad negativa con titulares en *Los Angeles Times* durante septiembre de 1917, Paul pagó de mala gana diez mil dólares a la señorita Eckstrom y a la niña, y la que presumiblemente fue la primera de los

vástagos del hombre destinado a convertirse en el ciudadano más rico del país desapareció de escena, y con ella también el escándalo. Hasta hoy en día, la familia Getty no ha vuelto a saber nada más de ella.

Pero lo fascinante fue que, como en la historia de Sherlock Holmes del perro que no ladraba por la noche, no hubo estallido ni negación ni una reacción evidente en la familia Getty. Poco después, sin embargo, Paul dejó su vida de ociosidad en California y volvió a trabajar para Minnehoma en los campos de petróleo de Oklahoma.

George Getty podía consolarse pensando que su hijo, aunque pecador, estaba claramente entregado al negocio familiar y mostraba una habilidad admirable en la industria del petróleo. Tenía energía, ambición y visión, era un negociante más duro que George y sería un sucesor admirable al frente de Minnehoma cuando George decidiera retirarse.

De hecho, Paul mostraba ya señales de irse haciendo cargo de la fuerza impulsora de Minnehoma. Durante 1919, tuvo la idea de ampliar las operaciones de la empresa desde Oklahoma a los recién descubiertos campos petrolíferos de la costa de California. A George no le entusiasmó eso al principio, pero Paul insistió y la operación de Minnehoma en California demostró ser muy beneficiosa, al duplicar con creces el capital de la empresa (lo que llevó a la reestructuración de Minnehoma con el nuevo nombre de George Getty Inc.).

Ahora también Paul daba muestras de disfrutar activamente de la vida en los campos de petróleo, aprendiendo las habilidades del ingeniero, midiéndose contra los obreros más duros de las plataformas, bebiendo y yendo de prostitutas con ellos por las noches, y peleando con los puños cuando era necesario. Era una vida de hombre, y esa vez, aquel aspirante a intelectual se descubrió disfrutándola a conciencia. No se oyó hablar más de literatura ni de diplomacia. Nada puede describir adecuadamente la emoción y el triunfo que se siente cuando uno consigue su primer pozo productor, escribiría Paul.

A pesar de eso, George distaba mucho de estar contento con su hijo. Paul no se había arrepentido de sus deslices ni daba muestras de ir a hacerlo. George también tenía sus dudas respecto a su honradez, pues lo veía asumir riesgos y suscribir tratos que él personalmente no habría aprobado. Quizá

hubiera también un elemento de celos profesionales, los celos profesionales de un hombre mayor que teme que lo desplace su hijo, y los celos sexuales de un puritano que envejece y divisa en el comportamiento de su hijo la diversión que podría haber disfrutado él.

Con el fin de la guerra en Europa, Paul volvía a mostrarse inquieto y había empezado a hablar de tomarse unas largas vacaciones y viajar al extranjero, primero a México y después a su adorada Europa. No era difícil imaginar lo que hacía Paul en sus viajes, y George y Sarah debieron de pensar que la última posibilidad de salvación de su hijo yacía en encontrar una buena esposa, asentarse en California y criar una familia.

Capítulo 4

FIEBRE MATRIMONIAL

Al salir de la adolescencia, las jóvenes poseen un tipo de belleza especial y, aunque ya no son niñas, están brevemente libres de las exigencias que tan rápidamente llegan con la madurez. Parece que fue esa fase frágil y transitoria de la feminidad lo que entusiasmó a Paul Getty, ya en la treintena.

No solo le gustaban las vírgenes jóvenes, sino que, como era muy rico, también podía permitírselas. Le halagaban el ego, lo mantenían joven y exigían menos que mujeres más mayores. Llevaba la vida que quería y no se mostraba muy comprensivo con las exigencias emocionales de otras personas.

Aunque ese gusto por jovencitas al estilo de Lolita era un factor importante de su sexualidad, también fue causa de muchos dramas y desastres en la familia. Lo llevó a cinco matrimonios fallidos, todos ellos con mujeres casi lo bastante jóvenes para haber sido sus hijas.

El primero empezó en 1923, cuando a los treinta años se declaró de pronto a Jeanette Dumont, de diecisiete años, una belleza mitad polaca de ojos oscuros que estaba todavía en el instituto. Actuando como si él también fuera un adolescente nervioso, ocultó el noviazgo a sus padres y no les dijo que se casaba hasta que en octubre regresó a Los Ángeles con su esposa niña después de una boda secreta en México.

De hecho, ellos se mostraron encantados y se encariñaron rápidamente con su nuera colegiala. Ayudaron a buscar a los recién casados un piso cerca de South Kingsley Drive y, cuando Jeanette descubrió que estaba embarazada, hicieron todo lo que pudieron para que su hijo se alegrara de tener una familia.

Pero una familia era lo último que deseaba Paul. Como tampoco deseaba a Jeanette una vez que su novia virgen se convirtió en una esposa embarazada y dependiente. Lejos de aceptar su próxima paternidad con alegría, se alejó y, como el niño mimado que era, hizo rabiosos esfuerzos por escapar.

Con su preciosa libertad en peligro, no tardó en aparecer el lado agresivo de su naturaleza. Descuidó cruelmente a Jeanette embarazada para volver a la vida nocturna de Los Ángeles con compañeras más receptivas. A las quejas de ella seguían peleas amargas.

De acuerdo con testimonios futuros en el juicio de divorcio, fue entonces cuando le gritó:

—¡Estoy muy harto de ti, muy harto de estar casado!

Según la misma fuente, después «la golpeó y la magulló», e incluso amenazó con matarla. Y a continuación la dejó.

Pero a pesar de esos follones, era típico de Paul que, cuando el hijo que no quería nació el 9 de julio de 1924, lo bautizara orgullosamente como George Franklin Getty II en honor a su padre.

George, por su parte, no se encontraba bien. A comienzos de 1923, a los sesenta y ocho años de edad, sufrió un derrame cerebral importante en el campo de golf de Brentwood en Los Ángeles, que le afectó el habla y el lado derecho del cuerpo.

Con su padre fuera de combate, Paul se hizo cargo de la empresa. Más tarde afirmaría siempre que, debido a una mala administración y al despilfarro del capital en concesiones petrolíferas que no daban beneficios, George Getty Inc. sufría pérdidas. Pero al decir eso, y al intentar ganar en eficiencia, hizo pocos amigos entre la vieja guardia de la empresa. Cuando su padre se reincorporó valientemente al trabajo seis semanas después, recibió numerosas quejas contra «el muchacho» por parte de empleados antiguos, enfadados por el modo en que habían sido tratados en su ausencia.

Pero durante ese periodo al cargo de la empresa familiar, Paul había ponderado también el futuro... e imaginado a George Getty Inc. creciendo desde la compañía petrolera relativamente sencilla que era, hasta un conglomerado de empresas, capaces de refinar y comercializar una variedad de productos petrolíferos para el rápidamente creciente mercado estadounidense. Allí era claramente donde estaba el futuro, pero no era lo que su padre ni sus directores más mayores querían oír.

Finalmente, el resentimiento cada vez mayor de George se convirtió en furia cuando, encima de todo lo demás, la gente le dijo cómo se había comportado Paul con Jeanette.

—Ese chico se merece una azotaina —dijo, sorprendentemente. Porque George apenas si podía andar por la oficina con un bastón y mucho menos administrar una «azotaina» a su fornido hijo. Lo cual no impidió que su furia aumentara todavía más al enterarse de que Paul, después de haberse alejado bruscamente de su esposa e hijo, estaba a punto de verse envuelto en un divorcio escandaloso.

Hasta Sarah se volvió contra él entonces, y confió a una amiga que creía seriamente que «el diablo se había apoderado de Paul».

Jeanette y todos los problemas que siguieron no solo no lo curaron del matrimonio, sino que Paul siguió fuertemente aquejado por lo que más tarde llamaría «la fiebre matrimonial». Como un alcohólico en una borrachera, mostraba más entusiasmo que nunca por el estado de casado.

La verdad era que le encantaba casarse pero odiaba el matrimonio. Casarse era emocionante y romántico, pero el matrimonio conllevaba las obligaciones y restricciones de una familia, y él se había pasado la vida huyendo de obligaciones y restricciones. Pero nada de eso le impidió volver a atarse, antes incluso de estar legalmente libre de Jeanette.

El comienzo de 1926 lo encontró de vuelta en México, en el Duesenberg rojo brillante, tras el rastro de concesiones de petróleo en el golfo de México, cuando no estaba estudiando español en la universidad de Ciudad de México.

En la universidad se relacionó con dos estudiantes guapas, Belene y Allene Ashby, hijas de un ranchero de Texas y, tan amoroso como siempre, tuvo una historia de amor con las dos a la vez. Belene era la más guapa, pero Allene tenía solo diecisiete años, y la oportunidad de casarse con otra lolita resultó ser demasiado para el adicto a jovencitas Paul Getty.

En octubre, Allene Ashby y él viajaron hasta Cuernavaca en el Duesenberg y se casaron. En su entusiasmo, pasó por alto el hecho de que, puesto que su divorcio de Jeanette todavía no era definitivo, no solo se había metido en un segundo matrimonio, sino que además había cometido bigamia.

En México nadie mencionó eso ni pareció darse cuenta. Y a diferencia de su predecesora, Allene no solo evitó quedarse embarazada, sino que además cambió rápidamente de idea sobre ser la señora de J. Paul Getty. Paul empezaba a arrepentirse también y se separaron rápida, indolora y bastante amistosamente.

Pero Paul era demasiado conocido para casarse de incógnito, aunque fuera en Cuernavaca, México. Los periódicos llevaron la noticia a South Kingsley Drive y, a principios de diciembre de ese año, George Franklin Getty llamó a su abogado.

Una de las cualidades que George Getty compartía con Paul era una marcada habilidad para ocultar sus sentimientos. Durante ese periodo, y a pesar de su debilitado estado de salud, había conseguido disimular su enfado por el comportamiento de su hijo y aparentemente se había restaurado la concordia en la familia Getty, hasta tal punto que Paul seguramente creyó que ya le habían perdonado el drama de haber dejado a Jeanette.

Pero la enfermedad endurecía manifiestamente el punto de vista religioso de George. En 1913 ya había pasado de ser miembro de la Tercera Iglesia de Científicos de Cristo en Los Ángeles a unirse a la organización mundial de la Primera Iglesia en Boston, Massachusetts. Ahora, evidentemente, la enfermedad hacía que se tomara las enseñanzas religiosas más en serio que nunca, pues ese año se había convertido en «alumno de la Ciencia Cristiana» y asistido a un curso intensivo de dos semanas para estudiar el mensaje de la fundadora de la Ciencia Cristiana, la señora Mary Baker Eddy. En las enseñanzas de esa formidable mujer encontraría George la condena más firme al comportamiento de su hijo.

La infidelidad al convenio matrimonial es el azote social de todas las razas, escribió la señora Baker Eddy. Es la pestilencia que camina en la oscuridad, la destrucción que ataca al mediodía.

El mandamiento «No cometerás adulterio», añadió, no es menos imperioso que el de «No matarás».

Palabras fuertes. Pero imposibles de eludir para aquel hombre entregado a la Ciencia Cristiana. Y George se había convertido últimamente en un creyente todavía más devoto.

No obstante, seguramente reservó lo que sentía para su abogado y para él mismo. Desde luego, no criticó a Paul abiertamente y 1927 empezó con una familia Getty aparentemente unida, con Paul y sus padres embarcando alegremente para unas vacaciones juntos en el continente de Europa.

En 1927 no era extraño que un hombre de treinta y cinco años, casado dos veces, hiciera un viaje largo por Europa con sus padres mayores, y, a pesar de sus amoríos, Paul seguía teniendo una relación estrecha con ellos. Seguía siendo el mismo hijo solícito y atento que había ido de vacaciones con ellos antes de la guerra, y parece que el extraño trío disfrutó del viaje.

Fueron a Roma y después viajaron a Suiza y a París, donde incluso siguieron fieles al hotel Continentale. Como siempre, Sarah se alegró de volver a Europa, pero parece ser que la salud frágil de George los obligó a regresar antes de lo esperado en un transatlántico.

Paul, que no tenía prisa por volver, fue a despedirlos y después alquiló un apartamento cerca de la Torre Eiffel y permaneció en París. El hijo amoroso había cumplido con su parte. Le tocaba el turno al sofisticado buscador de placeres.

Es fácil imaginar el alivio con el que se dispuso a disfrutar de Europa cuando estuvo libre para viajar, disfrutar y seguir cualquier aventura amorosa que le apeteciera. Eso se había convertido en su modo favorito de ejercicio y relajación, y desde París se dirigió a Berlín, cuya vida nocturna lo atrajo especialmente. Había empezado a aprender alemán y no había escasez de mujeres guapas dispuestas a ayudar a aquel extranjero rico a aprender su idioma.

Pero los negocios lo hicieron volver a California. Su padre perdía claramente el control de la empresa y Paul hacía falta para arreglar problemas e incrementar la producción de varias propiedades de los Getty en California. Era un trabajo exigente y George así lo reconoció al ofrecerle un tercio del capital de George Getty Inc. por un millón de dólares. Puede parecer raro que un padre ofreciera venderle a su hijo parte de una compañía que presumiblemente heredaría este, pero sin duda había ventajas de impuestos en la venta. Ciertamente, a Paul no pareció importarle el acuerdo, sobre todo porque George le permitió pagar una cuarta parte del precio en dinero y el resto en pagarés.

Con tanto trabajo, Paul no pudo escapar de nuevo a Europa hasta el comienzo del verano. Su primera parada fue en Ámsterdam, para las Olimpiadas de 1928, donde vio al corredor finlandés Nurmi establecer un nuevo récord en los diez mil metros. Después les llegó el momento a otro tipo de juegos.

Siempre le había gustado Viena, pero al principio casi no reconoció la ciudad que recordaba de antes de la guerra. Sin embargo, aunque la prosperidad anterior ya no existía, le reconfortó descubrir que en el Grand Hotel al menos «el servicio, la comida, los vinos y el mobiliario eran tan "superiores" como antes de la guerra». Empezaba a disfrutar de ellos cuando lo golpeó con fuerza otro ataque de fiebre matrimonial.

Era otra chica de diecisiete años —esa vez una rubia despampanante de ojos azules— y la vio cenando con una pareja mayor en el restaurante del hotel. Más tarde probó suerte y le envió una nota invitándola a cenar dos noches después. Como era joven e ingenua, aceptó.

Paul no tardó en descubrir que no era la joven experimentada que había esperado, sino una colegiala que acababa de salir de un convento del norte de Alemania y que estaba de vacaciones en Viena con sus padres y una amiga. Su padre, el *herr doktor* Otto Helmle, era el rico y poderoso director del complejo industrial Badenwerk, en Karlsruhe. Ella se llamaba Adolphie, pero todos la llamaban Fini.

Paul tenía entonces treinta y seis años, y después de mucho tiempo perfeccionando patrones de cortejo con chicas jóvenes, descubrió que funcionaban tan bien como siempre. En vez de intentar disfrazar su edad, hacía de hombre mayor sofisticado y comprensivo y hablaba alemán con un acento que a ella la divertía.

Fini parecía fascinada. Su admirador estaba más cerca de la edad de su padre que de la suya, pero era mucho más culto y educado que los pocos chicos que había conocido. Como era tan divertido y atento, le fue muy difícil negarse cuando sugirió que volvieran a encontrarse. Era insistente, y pronto hubo otras cosas a las que le resultó más difícil negarse. Se hicieron amantes y cuando ella regresó a Karlsruhe, él la siguió. Cuando habló de matrimonio, ella insistió en que lo hablara con su padre. Y Paul encontró en el padre de Fini una oposición muy firme.

El doctor Helmle, un católico alemán al viejo estilo que amaba a su familia y personificaba las virtudes burguesas, al parecer sintió una antipatía instantánea por Paul... Y viceversa. Enfrentado a ese estadounidense divorciado, que había embrujado claramente a su adorada Fini, el doctor, indignado, rehusó dar su permiso para el enlace. Y a partir de ese momento, el cortejo fue menos una historia de amor entre Paul y Fini que una batalla de voluntades entre Paul y el doctor Helmle.

Fiel a su naturaleza, Paul se empeñó en ganar —y acabó haciéndolo al convencer a la enamorada Fini de que no hiciera caso a su padre y se fugara con él a Cuba—. En un intento por salvar la reputación de su hija, *frau* Helmle viajó con ella y Paul y Fini se casaron debidamente en diciembre de 1928, unos cuantos días después de que él tuviera el divorcio definitivo de Allene Ashby. Desde Cuba fueron a Los Ángeles, donde Paul presentó su última esposa a George y Sarah.

Ellos recibieron a Fini con calor, confiando en que Paul se asentara por fin, y se alegraron cuando se mudaron a un apartamento cercano. Pero al igual que con Jeanette, la realidad de la vida de casado empezó a repeler a Paul en cuanto su esposa se quedó embarazada. Pasaba cada vez más tiempo ausente y ella se sentía desgraciada y sola. Pronto empezó a sentir náuseas mañaneras y después nostalgia de casa. Cuando sus padres escribieron para sugerirle que volviera a Alemania a tener el bebé, Paul no hizo nada por impedir su marcha. Pero no se fue con ella.

En lugar de eso, insistió en ir a Nueva York para presenciar de primera mano el hundimiento de Wall Street en octubre de 1929. Le impresionó profundamente la sentencia de muerte de toda una era financiera. Reflexionando sobre el futuro, partió para Alemania y llegó a Berlín a tiempo de estar con Fini cuando tuvo al niño. Al principio se mostró cariñoso con ella y daba la impresión de que el matrimonio continuaría. Llamaron al bebé Ronald y, durante unos días, Paul se mostró ilusionado con la perspectiva de un segundo hijo.

Pero no por mucho tiempo. Fini quería llevar al niño a ver a sus padres en Karlsruhe. Paul se negó a ir con ella y allí terminó el matrimonio.

El doctor Helmle volvió al ataque, insistiendo en que su hija permaneciera en Karlsruhe y pidiera el divorcio. Paul no tuvo nada que objetar, pues había conocido a una chica guapa en una sala de fiestas de Berlín y la había instalado en su apartamento. Pero el doctor Helmle demostró ser tan duro como su yerno y, aconsejado por un buen abogado de divorcios, no tardó en exigir una gran compensación para su hija.

En aquel momento Paul decidió que podía ser aconsejable salvar el matrimonio y acababa de empezar a vivir de nuevo con Fini en Montreaux cuando, el 22 de abril, recibió una noticia que lo impulsó a volver corriendo a California. George había tenido otro derrame cerebral y se moría.

Paul tardó nueve días en volver a South Kingsley Drive por tren y transatlántico. Cuando llegó, encontró a su padre vivo por los pelos, pero su madre sorda estaba tan alterada que solo podía comunicarse por escrito. Como científico cristiano devoto que era, George se negaba a ver a un médico y el lecho del enfermo estaba sucio. Paul, al menos, pudo aliviar eso. Tranquilizó a su madre, insistió en llamar a un médico y luego veló durante treinta días el lecho del enfermo.

George murió el 31 de mayo de 1930, con Paul y Sarah a su lado. Ambos estaban abrumados por la pena. Fue, escribió Paul, el golpe más fuerte, la pérdida más grande que había sufrido en mi vida. Pero lo peor estaba por llegar. Al día siguiente, cuando se leyó el testamento, Paul descubrió que su padre había legado su fortuna, no a él, sino a Sarah, su madre.

El control de todos los importantes intereses petroleros de los Getty pasó a los albaceas. El hijo de Paul, George F. Getty II, de tres años, heredó trescientos cincuenta mil dólares. Y aunque el testamento legaba unos irrisorios doscientos cincuenta mil dólares a Paul, su padre lo había desheredado de hecho.

Capítulo 5

EL SECRETO DE GETTY

Como era de esperar en un hombre que se había pasado la vida desarrollando la expresión inescrutable de un jugador de póquer chino, Paul no mostró al mundo exterior la extensión de aquel desastre. Debido a eso, siempre ha sido un misterio lo que de verdad sentía sobre el modo en que lo trató su padre.

Por fuera parecía totalmente impasible. Se comportaba casi como si el testamento no hubiera existido. Puesto que había estado tan cercano a sus padres, ¿cómo podía haberse alterado algo? Su querido papá lo había adorado y Paul también a él. Eso era lo único que importaba y nunca podría cambiar.

Dos días después de la muerte de George, publicó devotamente una nota en la prensa alabando las virtudes de su padre. Su amorosa bondad y gran corazón, combinados con una encantadora sencillez en las formas, hacían de George F. Getty el ídolo de todos los que lo conocían. Su capacidad mental fue sobresaliente hasta el último momento. Yo, su hijo y sucesor, solo puedo aspirar a continuar lo mejor que pueda el trabajo vitalicio de un hombre más capacitado.

No hay razones para dudar de su sinceridad cuando escribió eso. Cuarenta años más tarde insistiría piadosamente en que el amor, respeto y admiración que había sentido por su padre eran ilimitados. Y en que su muerte había sido un golpe que solo el paso de los años había conseguido mitigar.

Pero el «golpe» era algo más que la pena por un ser al que había querido. Porque el testamento le había infligido, como mínimo, una herida económica seria... Y supuesto un contratiempo grave en sus ambiciones personales.

También llegó totalmente por sorpresa. Hasta el momento en el que se leyó el testamento, Paul se consideraba el sucesor inevitable de su padre. Y con razón. Había ayudado durante años a enriquecer la empresa familiar.

Había iniciado algunas de sus operaciones más provechosas, hasta había comprado un tercio de su capital por un millón de dólares y había permitido que un dinero que le pertenecía se reinvirtiera en George Getty Inc. Debía de contar con el hecho de que todo aquello llegaría a ser suyo.

Así fue como George F. Getty infligió un castigo considerable a su hijo. Y por tranquilo que se mostrara en público, en la naturaleza de Paul no entraba aceptar un castigo de nadie.

De hecho, estaba furioso por el modo en que lo habían tratado. Muchos años después, el entonces contable de Getty, que en aquel momento tenía una relación buena con él, dijo a su biógrafo Ralph Hewins:

—Cuando murió su padre, Paul se sintió estafado y dolido, y desde entonces ha construido una barrera protectora.

Claus von Bülow, que se convirtió en «director ejecutivo» de Getty, dice lo mismo. Cree que después de la muerte de George, Getty pasó el resto de su vida demostrando su valía en contra del juicio de su padre.

—Su padre tenía que comerse sus palabras. Y cuando esa es tu actitud — añadió—, se convierte en una obsesión.

¿Pero por qué, si Getty tenía esa obsesión profunda, siempre decía lo mucho que había querido a su padre?

En los días siguientes a la muerte de George, Paul tuvo que afrontar claramente algo que nunca admitiría públicamente... que su padre había hecho mucho más que desheredarlo.

A lo largo de tantos años de aventuras y matrimonios rotos de Paul, padre e hijo habían evitado cuidadosamente una confrontación real sobre el tema sensible de la descarada «inmoralidad» de Paul. Pero de pronto se había acabado el fingimiento. George había hecho en su testamento lo que nunca había osado hacer cara a cara, juzgar a su hijo en los términos más fuertes que tenía a su disposición. La señora Baker Eddy había declarado el adulterio y la ruptura de los lazos matrimoniales comparables con el asesinato. Al desheredar a su único hijo y heredero, George lo rechazaba con la misma firmeza con la que habría rechazado a un asesino.

Para Paul, aquel rechazo iba contra la base misma del modo de vida maravillosamente seductor que había ido perfeccionando desde los veinte años. Gracias a su fortuna precoz, se las había arreglado para seguir siendo

un niño mimado, inmune a las críticas y a las presiones paternas. En su papel de hijo único consentido, sabía que, fuera cual fuera su comportamiento, siempre podría contar con el cariño y el perdón de sus padres. Pero ya no. Al desheredarlo, George había dejado claro que no había perdonado a Paul. Y eso lo dejaba con un serio dilema.

Su reacción obvia habría tenido que ser de indiferencia. George estaba muerto, Paul era relativamente joven y todavía extremadamente rico, y podía vivir como le diera la gana. ¿Por qué sufrir por el juicio de un padre ya difunto?

Desde luego, eso era lo que cabría esperar de alguien que parecía tan frío y despiadado. Pero no fue así. George siempre significaría demasiado para Paul para poder olvidarlo. El «queridísimo papá» siempre sería el guardián de su conciencia.

Eso dejaba a Paul una segunda posibilidad: hacer lo que su padre claramente había querido que hiciera. Arrepentirse, reformarse y llevar una vida moral como la de George y Sarah. Pero eso era igual de imposible. Paul se acercaba a los cuarenta años, demasiado mayor para renunciar a todos aquellos placeres inofensivos que durante veinte años habían hecho que valiera la pena vivir.

Sin embargo, quedaba una tercera solución. Si conseguía invertir el juicio de su padre y lograr que «se tragara sus palabras» póstumamente, sus problemas se acabarían. Sería libre de vivir como quería, viajar como había hecho antes, disfrutar de las mujeres, tratar a sus esposas e hijos como quisiera y seguir negándose a asentarse.

El único modo de lograr eso era hacer una fortuna tan grande que anulara la creencia evidente de George de que la inmoralidad de Paul lo descalificaba para dirigir los asuntos de George Getty Inc. Para un puritano como George F. Getty, la bendición estaba íntimamente relacionada con la valía, igual que hacer dinero era una señal de virtud. Así Paul podía redimirse todavía mediante un triunfo económico... Y ese sería el origen de la obsesión continuada que Von Bülow comentaría treinta años después. A partir de ese momento esa obsesión lo impulsaría a crear la fortuna más grande de Norteamérica.

Es aquí donde se discierne la singularidad de Paul Getty como hombre de negocios y como ser humano. Por definición, era una especie de friki, una combinación peligrosa de genio de los negocios con el desarrollo emocional de un adolescente hambriento de sexo.

A partir de aquí, el hombre de negocios funcionaría a toda máquina, intentando siempre aumentar la cantidad de dinero que proporcionaría al adolescente su coartada ante sus padres. Como hombre de negocios poseía recursos formidables: originalidad, fuerza de voluntad y un control obsesivo de los detalles.

Ahora empleaba despiadadamente todas esas cualidades en la tarea que tenía ante sí. Y fue entonces cuando también empezó a imponer un control estricto sobre sus gastos. Nunca había sido espléndido consigo mismo, y menos todavía con los demás, pero ahora su tacañería contenía un significado más profundo... Añadir, aunque fuera una insignificancia, al importantísimo montón de riqueza e informar silenciosamente al fantasmal guardián de su conciencia de que no era el derrochador inmoral que su padre había rechazado.

De modo similar, a partir de ese momento, cualquier adquisición personal se decidía sobre una base de beneficio. Como buen puritano, George F. Getty había sido muy austero. Y Paul se propuso derrotarlo también en ese punto. No se permitiría la autoindulgencia de comprar un lugar para vivir, una obra de arte o incluso un mueble, a menos que pudiera convencerse de que su valor aumentaría.

El resultado fue una vida extrañamente entregada, enfocada en un objetivo dominante: la acumulación de cantidades cada vez más grandes de capital. Porque entonces, y solo entonces, podría el adolescente que había en él permitirse continuar como antes de la muerte de su padre: persiguiendo chicas adolescentes, negándose a asumir ninguna responsabilidad como esposo o como padre, siempre en movimiento y siempre capaz de creer que podía contar con el amor de sus padres.

Como receta para una vida feliz, el sistema de Paul Getty dejaba mucho que desear, pero por lo que a los negocios respectaba, su pintoresca psicología se convirtió en una gran fuente de fuerza, que no tardó en apartarlo de las filas felices de otros multimillonarios de éxito. Porque, más

allá de un punto, los hacedores de grandes fortunas afrontan el problema de mantener la motivación. ¿Por qué continuar? ¿Por qué molestarse en adquirir todavía más dinero cuando uno tiene ya todos los cuadros impresionistas, los aviones privados y las mansiones en Park Lane con las que puede vivir?

Inevitablemente llega un momento en el que hasta el acumulador de riqueza más ambicioso necesita algún motivo externo para continuar. Comprar poder político, crear una colección de arte, construir una gran mansión ancestral o, incluso, si todo lo demás falla, usar el dinero en filantropía.

El economista Thorstein Veblen, crítico mordaz de la escena social, en su clásico *Teoría de la clase ociosa*, inventó una frase para describir el modo en que los grandes *nouveaux riches* del siglo xix, como los Vanderbilt y los Rockefeller, empleaban su riqueza sobrante en alardes competitivos. Llamó «consumo ostensible» a la construcción de grandes mansiones en Rhode Island que apenas usaban, las fiestas masivas que daban y que nadie excepto los odiosamente ricos podían igualar. Llevados por esa competitividad suntuosa, a veces llegaban al punto que Veblen definió como «desperdicio ostensible», donde se gastaban grandes cantidades de dinero solo para derrotar a sus iguales en una guerra de ostentación sin sentido.

Tales problemas nunca preocuparon a Paul Getty. Lejos de requerir intereses externos, él tenía un sistema interno de motivación obsesiva. Lejos de aburrirse con el dinero, cuanto más tuviera, más profunda sería su satisfacción. La idea del consumo ostensible le habría parecido impensable; y la noción del desperdicio ostensible, una gran obscenidad.

Personalmente no necesitaba ninguno de los adornos exteriores del éxito. Al contrario, quería intimidad y tranquilidad para disfrutar del juego solitario que practicaba. Igual que no necesitaba ni la envidia ni el aplauso de los otros, no sentía la obligación de compartir sus ganancias con la gente. Estaba obsesionado consigo mismo y se bastaba a sí mismo. Lo único que necesitaba para asegurarse de que su padre se «tragaba sus palabras» era dinero. Y el máximo posible. Mientras pudiera seguir fabricándolo, podría vivir exactamente como quería. Mientras pudiera hacer que su padre guardara silencio, su dinero habría cumplido su objetivo más importante.

Capítulo 6

CONFIANZA MATERNA

Cuando los directivos de George Getty Inc. hicieron presidente a Paul, lo hicieron con la creencia evidente de que, como accionista minoritario que solo poseía una tercera parte del capital, no tendría poder para tomar decisiones serias. Gracias al testamento de su padre, la directora de la empresa, con dos tercios del capital, era una mujer de ochenta años, sorda como una tapia, con sobrepeso y solitaria... su madre Sarah.

Por suerte para Paul, ella lo adoraba, y él hizo lo posible para que aquel amor continuara. Todavía lo llamaba «queridísimo hijo» y él se refería a ella como «adorada mamá». Dos o tres veces a la semana acudía a la casa de South Kingsley Drive para salir con ella. Sarah ya casi no podía andar. Habían instalado un ascensor para llevarla a su dormitorio y necesitaba un sirviente en cada brazo para llegar hasta el Cadillac de él. A veces Paul la llevaba por las colinas de Santa Mónica, pero lo que más le gustaba a ella era dar de comer a los leones marinos que tomaban todavía el sol en la playa de Malibú.

Debía de ser una visión extraña. Leones marinos rugiendo desde el borde del agua, la viuda gruesa vestida de negro y el hijo de mediana edad bien trajeado arrojando arenques a las bestias siguiendo las indicaciones de ella.

Pero habría sido todavía más extraña su conversación. Pues los leones marinos ofrecían a Paul una gran oportunidad de influenciar a su madre y persuadirla de que le transfiriera su poder en la empresa.

Una anciana cansada seguramente sentiría muchas tentaciones de aceptar. Después de todo, ella tenía poca experiencia en el negocio, estaba casi impedida y era vieja, y Paul podía ser increíblemente persuasivo cuando se trataba de conseguir lo que quería.

Pero Sarah siempre había sido obstinada, y a pesar de los argumentos de Paul, algo la retenía. En primer lugar, creía que había que respetar los deseos de George. Si él había tenido a bien colocarla en aquella posición de responsabilidad, su deber era aceptarlo. En segundo lugar, conocía a su hijo. Lo amaba profundamente. Era lo único que tenía, pero también sabía lo impulsivo y alocado que podía ser, y en el periodo económicamente peligroso de los primeros años de la década de los treinta, la impulsividad podía llevar a una empresa como George Getty Inc. al desastre.

Peor aún, si ella lo entendía bien, Paul sugería dar un giro total a casi todo lo que había defendido su padre. George había construido la empresa descubriendo petróleo, comprando concesiones sobre el terreno y después produciéndolo. Era un hombre del petróleo, no un financiero avispado, y creía en seguir con las cosas que mejor hacía la empresa. Siempre había sentido un sincero terror cristiano a las deudas. Sarah todavía podía oírlo decir: «Lo último que haces es pedir prestado. Lo primero que haces siempre es pagar tus deudas».

Sus discusiones con Paul empezaban invariablemente en aquel punto. Paul se había empeñado en expandirse, ampliar la empresa a todas las ramas del negocio del petróleo: refinería, comercialización y, finalmente, crear una red de gasolineras para vender los productos Getty a nivel nacional. Cuando Sarah le preguntó de dónde saldría el dinero, él repuso que la empresa tenía capital en reserva y que estaba dispuesto a pedir créditos de ser necesario. Había acuñado un lema propio, que repetía cuando ella mencionaba el miedo de su padre a las deudas: «Compra cuando todos los demás venden y aguanta hasta que todos los demás compren».

De hecho, estaba convencido de que el crac de Wall Street de 1929, lejos de ser un aviso funesto, ofrecía a George Getty Inc. una oportunidad única de cambiar el paisaje económico de la industria del petróleo. Puesto que las acciones del petróleo habían caído en la bolsa de Nueva York, era el momento de comprar, de hacerse con reservas de petróleo a precios de ganga a través de sus acciones infravaloradas.

A Paul aquello le parecía más sensato que desarrollar campos petrolíferos nuevos, como él mismo había hecho en el pasado. También ofrecía una oportunidad sin igual para lograr su gran ambición. Al adquirir con cautela acciones en empresas petroleras que cotizaban en bolsa, podía ir haciéndose lentamente con su control. Algunas eran muy vulnerables, y él había preparado su estrategia para las empresas que quería. Había que actuar antes de que desaparecieran las gangas.

Cuando le explicaba eso a su madre, ella a veces se agitaba mucho, pero él sabía bien cómo tranquilizarla.

—Los tiempos han cambiado y esto es lo que haría el querido papá si estuviera aquí —le decía.

Sarah terminaba normalmente por aceptar, pero nunca estaba plenamente convencida de que él tuviera razón.

En los tres años siguientes, Paul prosiguió su estrategia de compra con la energía y la habilidad de un general que dirigiera incursiones de saqueo. Ansioso como siempre por desmentir a su padre, se convirtió en un financiero muy diestro. Era paciente, temerario y extremadamente agudo, pero cada operación suya estaba concienzudamente preparada. Todo había sido analizado una y otra vez. No se dejaba nada al azar.

A pesar de ello, su primera gran compra de acciones terminó en desastre. En septiembre de 1930, persuadió por fin a una Sarah reacia para que aceptara pedir un crédito al Security-First National Bank para invertir tres millones de dólares en acciones de Mexican Seaboard, una empresa californiana con concesiones en la zona de Kettleman Hills, rica en petróleo y cuyas acciones Paul consideraba que estaban devaluadas.

Después de la compra, Paul tuvo que partir en un viaje precipitado a Europa y no pudo parar el pánico cuando las acciones siguieron cayendo. De haber estado presente, habría aconsejado a los directores que aguantaran — como deberían haber hecho—, pero en su ausencia, el banco insistió en vender las acciones para pagar el préstamo antes de que se hundieran todavía más, lo cual les hizo perder prácticamente un millón de dólares.

A su regreso, Paul encontró la atmósfera del consejo de administración de George Getty Inc. «decididamente fría», en palabras suyas, aunque «al menos mi madre había quedado reivindicada».

Eso fue lo más cerca que estuvo nunca Paul de un verdadero desastre. Fue aleccionador, pues le recordó que fracasar en ese momento implicaría perderlo todo y demostrar que su padre había tenido razón. No tenía otra alternativa que continuar, aunque eso significara arriesgar hasta el último centavo que tenía y recurrir a todas las fuentes de crédito que pudiera encontrar.

Típicamente en él, en lugar de ir sobre seguro, ese fue el momento en el que subió las apuestas. Utilizó toda su energía y todo lo que poseía en empezar a pujar por Pacific Western, una de las mayores productoras de petróleo de California, cuyas acciones habían caído en los últimos doce meses de diecisiete dólares a tres.

Esa vez tuvo éxito. A finales de 1931 estaba casi en la ruina, pero también controlaba firmemente Pacific Western. Sus planes funcionaban, y lo siguiente en su plan de campaña era la novena compañía petrolera más grande de Norteamérica, la Tide Water Oil, de doscientos millones de dólares. Hacerse con ella era una empresa abrumadora para un desconocido de fuera, pero necesitaba algo grande para justificarse ante su padre, aunque eso lo hiciera entrar en conflicto con su madre.

Para empezar, ella se mostró de acuerdo, y él pudo vender el campo petrolífero de San Joaquín Valley, de George Getty Inc. por cuatro millones y medio de dólares sin mucha oposición. Esos serían los fondos con los que planeaba financiar su campaña.

En marzo de 1932, las acciones de Tide Water habían caído a un récord mínimo de dos dólares y medio por acción. Pero Paul sabía que una compra apresurada podía subir el precio y alertar a la dirección de Tide Water del peligro que él representaba. El momento requería cautela y anonimato, cualidades que nunca le habían faltado. A finales de marzo, Paul había conseguido hacerse con una parte importante de Tide Water sin que nadie de la empresa supiera quién era ni estuviera al tanto.

Durante ese periodo posterior a la muerte de su padre, la situación financiera de Paul estuvo muy ligada a la de su vida privada. Si hubiera perdido los nervios, además del millón de dólares, con el trato de Mexican Seaboard, habría sido como admitir tácitamente que su padre había tenido razón al desheredarlo. Pero puesto que tenía tanta fe en su futuro, y sus planes maduraban incansablemente, no había necesidad de preocuparse por críticas desde la tumba sobre el tema de su «inmoralidad».

Como resultado, en el periodo que siguió a la muerte de su padre, Paul fue tan sexualmente aventurero como siempre, y al final se vio atacado por otro brote de su antigua enfermedad: la fiebre matrimonial.

Esa vez la causa fue algo mayor que antes. Pero aunque Anna Rork tenía ya veintiún años, cuando Paul empezó a salir con ella en el otoño de 1930, había cambiado muy poco de la lolita con hoyuelos a la que él había intentado seducir ocho años antes. Debió de ser una adolescente precoz, pues Paul la había llevado ya entonces a bares y clubs nocturnos, hasta que había topado con la furia de Sam Rork, el padre guardián de Ann, que se había enterado de la reputación de Paul Getty.

Rork era un productor de Hollywood, que tenía cierta fama por haber descubierto a la estrella de las películas mudas Clara Bow, la «vampiresa» original. Adoraba a su parlanchina hija y alentó su ambición de convertirse en estrella dándole el papel protagonista femenino en *The Blonde Saint*, (La santa rubia), un drama romántico poco interesante protagonizado por Gilbert Roland, el ídolo de las matinés. Pero en 1930, Rork, que había sido muy golpeado por la Gran Depresión, se mostró mejor dispuesto cuando el admirador millonario de su hija empezó a visitarla de nuevo, aunque él tenía ahora treinta y siete años y tres matrimonios fallidos a sus espaldas.

Paul tuvo que interrumpir la historia de amor en el otoño de 1930 para acudir a Alemania lo antes posible para impugnar el procedimiento de divorcio de Fini. Como los abogados del padre de ella intentaban conseguir todavía una indemnización por daños y perjuicios en Berlín, Paul estaba decidido a presentarse en persona en el tribunal, pero su presencia no supuso una gran diferencia. Helmle se mostró lo más dificil posible. Sus detectives ofrecieron pruebas nuevas de que otra mujer más había vivido con Paul durante su estancia en Berlín, y como no podía conseguir el dinero que quería, el doctor Helmle hizo posponer el caso hasta que Paul accediera. Como este no quería acceder, no tuvo otra alternativa que regresar a América cargando legalmente todavía con Fini como esposa.

El matrimonio con Ann Rork, de ojos oscuros y rostro de niña, tuvo que esperar. Aunque no parecía que eso importara mucho. Ann estaba agradecida a su rico protector, y puesto que él insistía en que la quería, estaba totalmente dispuesta a esperar.

En agosto de 1931, Paul la instaló en su apartamento del New York Plaza, le dijo que le gustaría casarse con ella y le preguntó si ella pensaba igual. Cuando ella asintió, él dijo:

—Muy bien. Entonces nos casaremos aquí. Si nos amamos, no necesitamos a nadie más ni tampoco una licencia ni una ceremonia.

Y parece ser que eso fue todo. Muchos años después, Ann le diría a Robert Lenzner, biógrafo de Getty:

—Yo estaba convencida de que Paul era Dios. Sus conocimientos eran asombrosos. Fue mi primer amante, y un amante muy considerado. Me introdujo como es debido al amor físico y, desde luego, espero haberlo complacido.

Parece ser que sí, pues en los meses siguientes se los vio mucho juntos, primero en Alemania y luego, a principios de 1932, en París, donde se hospedaron en el antiguo apartamento de soltero de Paul, cerca de la Torre Eiffel. Pero en cuanto Ann descubrió que estaba embarazada, se terminó el idilio y él se comportó como hacía siempre ante la perspectiva de una familia.

Cuatro años después, el testimonio de Ann en el tribunal de divorcios incluiría la misma lista de agravios de todas las esposas anteriores: abandono, insultos y las veces que la dejaba para salir con otras mujeres. Afirmó que a veces se había sentido tan desgraciada que había intentado suicidarse tomando yodo, que le había quemado la garganta pero no había tenido ningún otro efecto.

Puesto que esos amantes desgraciados todavía no estaban casados – excepto a los ojos de la deidad privada de Paul Getty–, la relación presumiblemente habría terminado allí de no ser por el hijo que ella llevaba en el vientre. Porque, igual que con sus hijos anteriores, George y Ronald, Paul, que odiaba las familias, seguía teniendo una supersticiosa sensación de importancia de su prole. Eso no implicaba que tuviera algún sentido de la paternidad ni el menor deseo de tener a sus hijos cerca. Desde luego, no era el caso.

Pero en una visita reciente a San Simeon, William Randolph Hearst lo había sermoneado sobre la responsabilidad de engendrar varios herederos para crear una dinastía. A Paul le gustaba la idea de una dinastía y parece ser que las palabras de Hearst lo habían impresionado.

Sin embargo, en el caso de Ann habría problemas. Un heredero tenía que nacer dentro del matrimonio, y aunque él estaba muy dispuesto a casarse con ella, seguía unido legalmente a Fini, y empezaba a ser mayor para un segundo episodio de bigamia.

El final del verano encontró a Paul y Ann de vacaciones en Italia, con ella muy embarazada y él compulsivamente infiel. En Roma se marchaba a los clubs nocturnos y en Nápoles la arrastró resoplando y protestando, hasta el mismo cráter del Vesubio. Luego volvieron en barco a Ginebra y el navío seguía todavía en el mar el 7 de septiembre, cuando Ann dio un tercer hijo a su amante. El bebé era prematuro, muy pequeño, y cuando el barco atracó en el puerto de La Spezia, fue registrado con el nombre de Eugene Paul Getty.

Paul y Ann regresaron a California y se instalaron en un apartamento en las colinas de Santa Mónica. Al principio a Paul le ponía nervioso presentarle a Ann a su madre como su esposa, en parte porque no lo era y en parte porque Fini había sido la favorita de Sarah. El divorcio de Paul y Fini no había sido definitivo hasta ese agosto, con una indemnización fuerte y con Fini consiguiendo la custodia de Ronald, de dos años, quien pasaría los años siguientes con ella en Suiza. Paul estaba muy resentido por lo que consideraba una grave injusticia y una pérdida de dinero terrible, y nunca perdonaría al doctor Helmle ni olvidaría lo que había ocurrido.

Pero al menos eso implicaba que Ann y él podían legitimar ya a su hijo casándose, lo cual hicieron en el lugar favorito de Paul para encuentros matrimoniales —en Cuernavaca, en diciembre de 1932—. Eso también significaba que Ann ya podía conocer a su madre. Comprensiblemente, quizá, las dos mujeres no se tuvieron en gran aprecio, y en años posteriores, Ann culparía a Sarah de la ruptura de su matrimonio. Pero, entretanto, Paul había hecho lo que nunca había hecho antes. Se había comprado una casa en la playa mirando al mar en Malibú, donde su joven familia y él pudieran vivir felices juntos. Solo que no fue así. Paul estaba tan firmemente unido a su madre como siempre y seguía guardando ropa y posesiones suyas en su habitación de South Kingsley Drive, además de mantener un supuesto «nido de amor» en Santa Mónica, donde llevaba a sus mujeres. Ann se sentía sola y abandonada mirando el mar.

—¿Por qué tienes que trabajar si eres tan rico? —le preguntaba.

Una pregunta que Paul no se dignaba contestar. Cuando nació su segundo hijo, Gordon, en diciembre de 1933, la pareja apenas se hablaba.

Según la leyenda, Paul llegó al hospital a ver a su esposa y a su hijo recién nacido, miró al bebé, murmuró:

—Ajá, se parece a ti. —Y se marchó rápidamente.

Paul tenía cosas más importantes en las que pensar que bebés. Estaba obsesivamente involucrado en la batalla por Tide Water Oil. Aquel gigante enfermo era un premio aparentemente imposible para que lo conquistara un agresor aislado como Paul, y en su persecución hizo gala de una variedad de cualidades que explican gran parte de su éxito subsiguiente: concentración absoluta, maestría del detalle en los acuerdos complicados que se produjeron, amor por el riesgo y una habilidad fría para explotar cualquier oportunidad que funcionara a su favor. Seguía con su extraño juego solitario, que solo alguien con una obsesión absoluta podía tener alguna esperanza de ganar.

Sabía que para ganar tenía que tener lo único que su padre le había negado expresamente...El control financiero de George Getty Inc. Hasta que no tuviera todo el capital de Sarah además del suyo propio, no podría pedir créditos en la escala que necesitaba. Si eso tenía que llevar a más batallas con la «queridísima mamá», que así fuera.

Esa vez le costó algo más que visitas a los leones marinos el convencerla y ella se defendió mucho y retrasó las operaciones. Finalmente él ganó con argumentos interminables y, a finales de 1933, como regalo de Navidad, ella casi le dio lo que quería. Como negociadora, era casi tan dura como él, y en un trato donde especificaba que se daría por terminado si él «no lo aceptaba por escrito antes del mediodía del 30 de diciembre», se ofreció a venderle sus dos tercios de la empresa familiar a cambió de pagarés por un precio de compra de cuatro millones seiscientos mil dólares y con unos ingresos fijos de un tres coma cinco por ciento anual. Tan pragmática como siempre, firmó la oferta como *Sinceramente tuya, Sarah C. Getty*.

Esos ingresos de su hijo serían su pensión de viuda, y como endulzante, ofreció a Paul un oportuno regalo de Navidad: un donativo adicional de ochocientos cincuenta mil dólares si aceptaba.

Él no tenía alternativa, pues para entonces su lucha por Tide Water era ya pública y se enfrentaba a un enemigo igual de decidido... la gigantesca empresa Standard Oil de Nueva Jersey, que era ya accionista mayoritaria de Tide Water. Pero Paul tuvo suerte una vez más. Las leyes federales antimonopolio obligaban a la Standard a repartir sus acciones. Las colocó en una empresa nueva llamada Mission Corporation.

En ese juego de ajedrez millonario, la siguiente jugada de Paul consistía, obviamente, en comprar tantas acciones de Mission como pudiera, potenciando así su parte en Tide Water. Pero su madre le dio jaque mate una vez más.

Todavía no podía convencerla de que era inteligente que George Getty Inc. comprara acciones de Tide Water, y como ella poseía pagarés de Paul por cuatro millones y medio de dólares, podía impedir que eso ocurriera, pues, como Paul no tardó en descubrir, ningún banco le prestaría dinero en la escala que quería cuando descubrieran que estaba cuatro millones y medio en números rojos. Aunque la deuda fuera con su madre.

Así empezó el último asalto de ese combate curioso entre la «adorada mamá» y su «queridísimo hijo». Para seguir comprando acciones de la Mission Corporation, Paul necesitaba liquidar su deuda con Sarah. Como le recordó, ella no necesitaba los ciento cuarenta mil dólares que le pagaba todos los años en intereses, puesto que sus gastos anuales nunca superaban los treinta mil dólares.

Ella fingió estar de acuerdo, pero luego, como la negociadora avispada que era, dio la vuelta al argumento. Dijo que lo que más le preocupaba no era ella misma, sino las futuras generaciones Getty. Paul podía tener razón. Eso lo diría el tiempo. Pero cuando George le había dejado todo el dinero a ella, en realidad lo dejaba en fideicomiso para sus nietos y para todos los Getty aún no nacidos que llegaran más tarde. No soportaba pensar que, al dejar que Paul se saliera con la suya, podía estar privando a las generaciones futuras de su patrimonio.

Estaba claro que había hablado todo aquello con sus abogados, porque su solución al problema fue ingeniosa. Montaría un fondo «de despilfarro» irrevocable para proteger los intereses de los hijos de Paul contra los posibles resultados de su especulación financiera, y contribuiría a él con dos millones y medio de dólares de su propio peculio. Colocando el capital familiar en un fondo fiduciario, el dinero estaría protegido contra las supuestas tendencias «derrochadoras» de Paul, y también contra su posible bancarrota.

Él aceptó y contribuyó con unas acciones sobrevaloradas que poseía en George Getty Inc., de modo que el fondo se estableció a finales de 1934 con un capital de 3.368.000 dólares.

Ese fue el comienzo del famoso Fondo Sara C. Getty, que dominaría la economía de la familia durante muchos años futuros.

Económicamente, el acuerdo le iba muy bien a Paul, porque él fue nombrado administrador principal, con poder absoluto para usar el capital del fondo según su criterio para transacciones relacionadas con los intereses petrolíferos de la familia, como comprar más acciones en la Mission Corporation o Tide Water.

También le convenía a Sarah, porque tranquilizaba su conciencia respecto a su deber para con la fortuna familiar y sus de otro modo desprotegidos nietos.

Por lo que se refería a los beneficiarios del fondo, las condiciones eran sencillas. Para satisfacer la preocupación principal de Sarah de que su hijo cumpliera su deber como padre, el fondo proveía por su esposa Ann y sus cuatro hijos: George II, de diez años; Ronald, de cuatro años; Paul Junior, de dos; y Gordon, de uno. Mientras siguiera legalmente casada con Paul, Ann recibiría un diez por ciento anual de los ingresos del fondo, pero los pagos a los niños eran desiguales. Durante 1934, los veintiún mil dólares de ingresos del fondo que quedaban después de que Ann recibiera su parte se repartieron del siguiente modo: Paul Junior y Gordon recibieron cada uno nueve mil dólares. George II no recibió nada, pues ya se había beneficiado del legado de trescientos mil dólares de su abuelo, el difunto George Getty. Y la parte de Ronald se limitó a tres mil dólares.

Esa desventaja para Ronald se debió a que su padre al parecer convenció a Sarah de que Ronald recibiría mucho dinero en el testamento de su abuelo materno, el doctor Helmle. Fue una desventaja que tendría un gran peso sobre él en el futuro, cuando el fondo aumentara dramáticamente su valor. Pues otra condición del fondo era que, si los ingresos por intereses superaban los veintiún mil dólares al año, George, Paul hijo y Gordon se repartirían el exceso a partes iguales. Ronald quedó específicamente excluido de cualquier ingreso futuro del fondo más allá de sus tres mil dólares anuales.

Otra cláusula importante que causaría problemas en los años venideros establecía que Paul, como administrador principal, tendría control efectivo sobre cómo se harían todos los pagos futuros, si en forma de dividendos metálicos o con más acciones dentro del fondo.

En cuanto a los futuros beneficiarios del fondo fiduciario, los nietos todavía no nacidos, Sarah y él querían asegurarse de que se ganaran la vida antes de heredar del fondo. Establecieron que, hasta que no hubiera muerto el último de los cuatro hijos de Paul, el grupo de los nietos no podía heredar su parte del capital. Aunque la herencia de Ronald se había limitado de un modo estricto, esa limitación no afectaba a sus hijos, que serían tratados exactamente igual que sus primos.

Como se vería luego, la creación del Fondo Sarah Getty fue un momento histórico para los Getty. El fondo se convirtió rápidamente en un factor crucial en el futuro económico de la familia, al ser el guardián efectivo de la fortuna familiar, en rápida expansión. De lo que nadie, ni siquiera Paul, pareció darse cuenta al principio fue del modo implacable en que crecería el legendario fondo. No solo proporcionaría a su administrador principal exactamente lo que necesitaba —una fuente de capital que podía usar cómo y cuándo lo necesitara para sus adquisiciones—, sino que también estaba perfectamente adaptado a su obsesión por amasar cada vez mayores cantidades de dinero para su familia para tranquilizar su conciencia.

Un «fondo de despilfarro» como ese era el modo ideal de acumular la gran fortuna en la que se había empeñado. El fondo que llevaba el nombre de la madre de Jean Paul Getty ofrecía protección contra los impuestos, la bancarrota y el despilfarro personal y ayudaría a crear la mayor fortuna de Estados Unidos.

Capítulo 7

LA ÉPOCA DEL BOOM

Por duros que fueran los años treinta en Norteamérica, y en el mundo en general, fueron extraordinarios para Paul Getty. Igual que la muerte de su padre en 1930 le hizo dedicarse a ganar dinero, la creación del Fondo Sarah C. Getty y su adquisición del control pleno del negocio familiar significaban que su campaña para apoderarse de Tide Water Oil podía empezar en serio.

En teoría, sus probabilidades de éxito eran pequeñas. En 1935, Tide Water tenía una facturación que se acercaba a los cien millones contra el millón y medio de George Getty Inc., y para entonces, los directivos de Tide Water eran ya muy conscientes de la amenaza que representaba Paul y estaban firmemente empeñados en bloquearla.

Pero Paul tenía las ventajas del operador pequeño decidido: velocidad, sorpresa y el reto de un enfrentamiento personal. Y la creación del Fondo Sarah C. Getty le había dado el arma económica que necesitaba. Tenía prohibido usar el fondo para pedir dinero prestado, pero como administrador único era libre de usar su dinero para comprar las acciones petroleras que quisiera.

Como un magnate de absorciones moderno, quería Tider Water completa con todos sus bienes: refinerías, capacidad de almacenamiento y la red comercial con la que esperaba vender sus propios productos petroleros. Su mejor esperanza de adquirir la operación petrolera que se había propuesto era hacerse con Tide Water.

En los primeros momentos de la batalla reclutó a David Hecht, un joven abogado de empresa, y con él a su lado, se dispuso a comprar las acciones cruciales que necesitaba. Tuvo golpes de suerte, como la fiesta de Nochevieja con Randolph Hearst en 1935, donde se enteró de que los Rockefeller se iban a desprender de un veinte por ciento de acciones de la Mission Corporation y, con la ayuda de Hecht, enseguida se hizo con ellas.

Pero, en su mayor parte, la adquisición fue un trabajo meticuloso y de concentración, que solo podía lograr alguien tan motivado y entregado como Paul.

Trabajó inexorablemente y en 1936, cuando había acumulado acciones suficientes de la Mission Corporation para conseguir un veinticinco por ciento de Tide Water, entre los directores financieros de Tide Water y él empezó el equivalente a una guerra de trincheras económica. Al obsesivo Paul, aquello se le daba bien y, cuando estalló la guerra mundial en 1939, prácticamente ya lo había conseguido.

Para entonces se había producido ya el alza largo tiempo esperada en la industria del petróleo. La posesión de automóviles en Estados Unidos y, con ella, el consumo de gasolina, había empezado a subir en 1936, a pesar de la Gran Depresión, de modo que las acciones de Tide Water que Paul había comprado a dos dólares y medio en 1930, cuando el mercado estaba más bajo, valían diecisiete dólares en 1938.

Era un avance espectacular, que implicaba que, además de llevarlo a casi controlar Tide Water, sus operaciones de compras de acciones lo habían hecho muy rico. En 1938, como propietario de George Getty Inc., su fortuna personal era de doce millones de dólares, y fiel a la promesa que le había hecho a su madre, había enriquecido todavía más el Fondo Sarah C. Getty, que había empezado con tres millones y medio de dólares en 1934 y valía ya dieciocho millones.

El dinero del Fondo Sarah C. Getty era el núcleo de la inmensa fortuna que todavía tenía que crear si quería hacer de verdad que su padre «se tragara sus palabras». Una parte importante de su estrategia financiera era meter todos los beneficios en el fondo, asegurando así que su capital subiera constantemente, sin impuestos y sin gastarlo.

Eso era lo que su madre había querido, y puesto que el capital del fondo beneficiaría a sus hijos y sus nietos aún por nacer, podía argumentar que ese dinero lo protegía de las críticas contra su modo de vida.

Porque el fondo en sí mismo se había convertido en su excusa para llevar la vida que quería, en un momento en el que era más contrario que nunca a la vida familiar, que veía como un obstáculo terrible para su éxito. Incluso de anciano, insistiría todavía en que una vida de marido corriente lo habría

frenado y le habría impedido tener éxito, puesto que una familia lo habría distraído, le habría hecho perder un tiempo precioso y habría succionado su concentración. Como dijo en un momento de exasperación extrema:

—Una relación duradera con una mujer solo es posible si eres un fracasado en los negocios.

Pero si Paul Getty no podía ofrecer a sus esposas e hijos la presencia de su amor, el éxito en los negocios le permitía darles algo que consideraba más importante... Grandes cantidades de dinero para el futuro. Con tanto dinero guardado a salvo en el Fondo Sarah C. Getty, era libre de dedicar toda su atención a perfeccionar el extraordinario modo de vida que llevaba.

Seguía dominado todavía por dos anhelos abrumadores: aventuras sexuales, preferiblemente en el extranjero, y la necesidad de conseguir grandes cantidades de dinero. Para combinar con éxito ambas actividades, necesitaba idear un modo de dirigir sus intereses de negocios —que incluían la dirección cotidiana de George Getty Inc. y la batalla por Tide Water—durante sus largos periodos en Europa.

Puesto que amaba el anonimato, y gran parte de su placer al viajar al extranjero era sexual, lo último que Paul quería tener a su alrededor eran un montón de ejecutivos y ayudantes. Estos se limitaban a las oficinas de los Getty en Los Ángeles, y él aprendió a funcionar solo o con una sola secretaria y almacenar la información que necesitaba en su cabeza. Creía que los negocios perdían demasiado tiempo en papeleo, comités y debates. Por el procedimiento de no olvidar nada y relegar todo lo que no era fundamental, se convirtió en un gran exponente del papel del capitalista como un grupo de un solo hombre autosuficiente, y tomaba las decisiones más insignificantes con un mínimo de burocracia.

Víctor Hugo una vez llamó a Alfred Nobel, el inventor de la dinamita, al que también le gustaba vivir en hoteles y odiaba las familias, «el multimillonario vagabundo de Europa». Paul Getty, que era muy parecido, se estaba convirtiendo rápidamente en su sucesor.

Su método favorito de contestar una carta era anotar la respuesta en el margen y volver a enviarla en el mismo sobre en el que había llegado. Tenía una obsesión por ahorrar material de oficina, en especial los sobres caros de papel de manila, que siempre guardaba y reutilizaba. Todos los documentos que necesitaba los guardaba en un anticuado baúl de viaje que lo acompañaba a todas partes. Y un objeto crucial en su arsenal de negocios

era una agenda negra de la que nunca se separaba, que contenía los números de teléfono, no solo de sus incontables novias, sino también de contactos profesionales clave de todo el mundo a través de los cuales conducía personalmente todos sus negocios.

El instrumento crucial sin el que no podría haber funcionado era el teléfono. Y a medida que el servicio telefónico trasatlántico fue mejorando a lo largo de los años treinta, aumentó también el tiempo que él pasaba en Europa. El teléfono fue lo que por fin le permitió abandonar Norteamérica para siempre.

Mientras las líneas transatlánticas entre Europa y América estuvieron abiertas, Paul estuvo plenamente operativo, independientemente de cualquier otra cosa que hiciera en ese momento. La diferencia de ocho horas entre Europa y California jugaba en su favor, pues le permitía encontrarse con una mujer, comer con ella, disfrutar de ella y volver a estar al teléfono antes de que las oficinas de Los Ángeles cerraran para la noche.

Combinar esa vida de placer altamente programada con una actitud por otra parte puritana hacia su existencia no era tan hipócrita como podía parecer. Él habría argumentado que la promiscuidad sexual no era ni mucho menos tan mala para los negocios como la variedad matrimonial. Ocupaba mucho menos tiempo, costaba menos, era infinitamente menos exigente e incrementaba la potencia para los negocios. Como dijo en una ocasión:

—El éxito en los negocios genera un impulso sexual, y el impulso sexual potencia los negocios.

La cuestión para Paul era que el dinero y el éxito seguían siendo la prueba más segura de virtud, y fiel a las reglas muy rígidas que guiaban su vida, nunca era derrochador ni impulsivo en su comportamiento personal.

Se sentía obligado a vivir en buenos hoteles durante sus periodos en el extranjero, pero eso era principalmente porque solo los buenos hoteles tenían centralitas telefónicas fiables. Y hasta en su favorito hotel Georges V en París, siempre regateaba por la *suite* más barata. No desperdiciaba nada, comía económicamente y anotaba en su diario todas las carreras de los taxis. Podía fornicar, pero no derrochar.

El sexo ayudaba a los negocios, que a su vez llevaban todavía más dinero a los cofres sagrados del Fondo Sarah C. Getty.

Como era de esperar en esas circunstancias, su cuarto matrimonio se rompió como todos los demás, con la única diferencia de que Ann Rork Getty fue un hueso más duro de roer que sus predecesoras. En aquella parlanchina que quería ser actriz, Paul había encontrado la horma de su zapato en asuntos matrimoniales.

Ella también se casaría cuatro veces, y ya la primera vez dejó claro que no tenía intención de soportar eternamente las infidelidades y abusos de su esposo. Era gregaria y popular, y en lugar de mirar el mar con tristeza desde su casa de la playa, no tardó en invitar a amigos de Hollywood a ir de visita. Cuando Paul iba a casa, a menudo se encontraba con esta llena de invitados de su esposa que lo trataban con poco respeto. A veces hasta los oía alentar a Ann a sus espaldas.

- —Deberías comprarte un Rolls, querida.
- —Deberías llevar marta cibelina en vez de visón.

Incapaz de soportar tales comportamientos, Paul estaba fuera más que nunca. Y después de una ausencia especialmente larga, uno de los amigos de Ann de Hollywood le presentó al abogado más duro de la ciudad, que inició lo que Paul llamó «un divorcio extraordinariamente nocivo». «Nocivo» era su modo de describir que lo desplumaran públicamente.

Cualesquiera que fueran sus fallos como actriz en la pantalla, Ann Rork Getty era una estrella en el estrado de los testigos y le sacó el máximo partido a su historia de terror sobre el noviazgo y el matrimonio con Paul, los intentos de suicidio de ella, el comportamiento de él en el Vesubio y sus poco ortodoxas ideas sobre el papel de padre y esposo.

Empezó por demandarlo por una parte de su fortuna, así que él tuvo suerte de que no hubieran empezado todavía los cuantiosos acuerdos de divorcio de la época actual en el estado de California. En cualquier caso, ella le causó mucha preocupación e irritación hasta que aceptó por fin lo que calificó como «un hermoso acuerdo» de dos mil quinientos dólares al mes y mil más por cada uno de los dos niños.

Aunque Paul era ya padre de cuatro niños, no mostraba el más mínimo interés por ninguno de ellos. Y con los periódicos de Los Ángeles deleitándose en los detalles sensacionalistas de su divorcio, decidió escapar a Nueva York para luego seguir al extranjero. Gracias a su dios, el teléfono, podía dirigir sus asuntos igual de bien desde allí que desde Los Ángeles, y

con el dinero que estaba amasando, se sintió justificado en hospedarse en una de las direcciones más elegantes de la ciudad.

Sería equivocado pensar que la recién adquirida riqueza de Paul Getty no supondría ningún cambio en su forma de vida. De hecho, ahora se produjeron cambios importantes en su comportamiento. Pero todos ellos estaban gobernados por dos principios cruciales: no afectarían a sus cuentas y no lo desviarían del gran juego económico que jugaba. Aparte de eso, parecía bastante ansioso por mejorar su vida en consonancia con sus ingresos.

En Nueva York se instaló en una dirección que, por una extraña coincidencia, era la misma que la de la mansión Tudor donde acabaría sus días. Sutton Place. Pero en lugar de comprar un apartamento en ese edificio neoyorquino de moda situado al lado del río, prefirió un alquiler que podía deducirse de los impuestos y no podía pagarlo la empresa. Además, el apartamento apelaba a la parte esnob de su naturaleza, pues era propiedad de una prima de la esposa de Winston Churchill, la antigua heredera Amy Phipps, para entonces ya señora de Freddie Guest.

Los cuadros del siglo xviii de la señora Guest y sus muebles franceses también le gustaban, tanto como para hacerle pensar en coleccionar por su cuenta, cosa que hizo y empezó a comprar con gran conocimiento y mucho éxito. Tan pragmático como siempre, leyendo y visitando museos se convirtió en un gran experto en muebles franceses del siglo xviii. No tardó en darse cuenta de que la Depresión había hecho caer su precio y pudo comprar una cantidad de piezas importantes rebajadas.

Eso se convertiría en el principio que inspiraría sus colecciones subsiguientes. Todo lo que comprara tenía que ser una ganga. Porque solo con gangas podía convencerse de que no tiraba el dinero. Eso era aplicable a casi todo lo que compraba, desde calcetines, por los que se negaba a pagar más de un dólar y medio por un par, hasta quizá la mayor ganga de ese periodo: el hotel Pierre, en la esquina de la Quinta Avenida con la calle 61, enfrente de Central Park. Cuando se construyó en 1930 como el hotel de lujo más exclusivo de Nueva York, había costado más de seis millones. Paul lo compró por dos millones trescientos cincuenta mil dólares por la simple razón de que era tal ganga que sabía que no podría perder con la compra.

Un aspecto en el que empezaron a aparecer por entonces las aspiraciones sociales de Paul fue en el sexo. Con la fiebre matrimonial de nuevo en el aire, fue propio de él empezar a cortejar a Louise «Teddy» Lynch, una cantante pechugona de veintitrés años que trabajaba en un club nocturno. Pero la señorita Lynch no era una cantante de club corriente. Su tío era Bernard Baruch, otro contacto de Churchill, y la propia Teddy tenía grandes ambiciones como cantante de ópera.

El prestigio de tener una prometida tan inteligente llevó a Paul a contemplar una vez más el horror del matrimonio, y se molestó en cortejar a la madre de Teddy, que no puso objeciones a tener como yerno a aquel hombre de cuarenta y cuatro años casado cuatro veces. Pero ni Teddy ni él parecían tener prisa por casarse después de que anunciaran el compromiso a finales de 1936.

Ella era una joven independiente que quería perfeccionar su canto, y mientras Paul pagara sus clases de canto, parecía satisfecha con tratarlo como a una figura paternalista obsesionada por el sexo, sin exigirle demasiado ni en tiempo ni en fidelidad.

Eso era exactamente lo que quería él, y su compromiso no interfirió con sus incursiones de mujeriego en Europa. Mientras él perseguía a Helga, Trudi y Gretchen en Berlín, Teddy tomaba lecciones de canto en Londres. A pesar de los problemas con Fini, Paul conservaba su amor por Berlín, al que, como muchos extranjeros en esa época, trataba como su burdel. Como muchos hombres de negocios extranjeros, él también mostraba una actitud poco crítica hacia los nazis y admiraba francamente la eficiencia con la que parecían dirigir el país.

No era un simpatizante nazi activo, pero fácilmente podría haberse visto mezclado con ellos de modos que podrían haberle resultado incómodos en el futuro, de no ser porque Teddy dirigió su interés y atención a un país ligeramente más seguro. En 1939 quiso estudiar canto en Italia y, tolerante como siempre, Paul la acompañó a Roma. Fue un episodio extraño en las vidas de ambos. Paul, empeñado por una vez en guardar las apariencias, sugirió que se quedaran en hoteles separados. Mientras ella cantaba, él visitaba concienzudamente las ruinas y los museos de Roma.

Fue durante ese periodo cuando se enamoró tanto de Roma como de la Italia fascista. Una noche llevó a Teddy a ver *Rigoletto* y le encantó ver a

Mussolini entre el público. Aquella noche escribió en su diario: *El hijo más importante de Italia desde el emperador Augusto*.

Pero por mucho que admirara a Mussolini, empezaba a estar muy preocupado sobre el efecto de la guerra en su seguridad personal y estaba ansioso por volver a Estados Unidos. Teddy se mostraba igual de ansiosa por seguir cantando. Ninguno de los dos cedía ni una pulgada, y el resultado fue el curioso compromiso del quinto y último matrimonio de Paul.

El diecisiete de noviembre de 1939, Teddy y él se encontraron ante el alcalde de Roma en el histórico Campidoglio, el Capitolio de Roma, y se convirtieron en marido y mujer. Después almorzaron sin alboroto en el hotel Ambassador y luego se despidieron. En lugar de quedarse a consumar el matrimonio, Paul tenía que tomar el tren de la tarde para Nápoles, donde embarcó en el Conte di Savoia para Nueva York. Teddy permaneció en Roma.

Capítulo 8

LA GUERRA Y LA ZONA NEUTRAL

La entrada de Estados Unidos en la guerra en 1941 tuvo un efecto extraño en Paul Getty. Aunque se acercaba a los cincuenta, escribió como un colegial en su diario que quería cumplir con su deber para que *los queridísimos mamá y papá puedan estar orgullosos de mí*. Pero con la edad empezaba a temer más por su seguridad, y lo que había visto en Europa le había hecho obsesionarse con el poder de la Alemania nazi.

Se ofreció voluntario para el servicio activo en la Marina de los Estados Unidos, pero debía de saber que era demasiado mayor para que lo aceptaran. Una vez rechazado, buscó un punto medio extraordinario entre hacer su parte y alejarse lo más posible del peligro durante la duración de la guerra.

Uno de los activos de la Mission Corporation, que ya controlaba él, era la pequeña y medio moribunda Spartan Aircraft Company en Tulsa, Oklahoma. Fabricar aviones para el esfuerzo de la guerra era una ocupación patriótica, Tulsa era territorio familiar y, si había un lugar protegido del peligro de la Luftwaffe alemana en la II Guerra Mundial, ese tenía que ser Oklahoma.

A pesar de ello, cuando Paul tomó personalmente el mando de Spartan Aircraft, lo trató como si fuera un puesto peligroso en época de guerra y se construyó un búnker de hormigón de cuatro habitaciones a prueba de bombas al lado de la fábrica. Allí vivió y desde allí dirigió personalmente Spartan Aircraft desde 1942 hasta que terminó la guerra.

De hecho, fue un gran éxito. Tan adicto al trabajo como siempre, demostró ser un director de fábrica excepcional, que motivaba mucho a los obreros, trabajaba él mismo hasta tarde cuando había algún problema y consiguió que la Spartan produjera un excelente avión de entrenamiento de un solo motor para la Fuerza Aérea de Estados Unidos. Tan deseoso estaba de que lo que sentía sería de la aprobación de sus padres, que pasaba casi todo el tiempo en su fábrica de Tulsa, y cuando Sarah Getty murió a finales de 1941, a los

ochenta y nueve años de edad, la entrada en su diario podría haber sido la de un muchacho que se lamentara por la muerte de una madre joven: *Anoche, mi querida, queridísima mamá, expiró gentil y dulcemente*.

Alrededor de esa época, como para compensarlo por la pérdida de su madre, Teddy, su aventurera esposa, regresó por fin de Italia, donde había sido recluida por los italianos cerca de Siena. Ni su esposo ni ella parecían haberse echado mucho de menos, pero por fin tuvieron su noche de bodas, largo tiempo pospuesta. Ansiosa por reanudar su carrera de cantante, Teddy seguía sin ser una esposa agobiante, aunque le habría gustado un mínimo de vida matrimonial. Pero cuando presentó a Paul su quinto hijo, bautizado como Timothy, en 1946, su marido eligió su deber en Tulsa antes que la vida de casado con ella.

Timmy resultó ser un niño enfermizo. En su nacimiento Paul se refirió a él por escrito como *El pobrecito Timmy*. Y durante su corta vida, sufrió terriblemente. A los seis años desarrolló un tumor cerebral que requirió cirugía extensa. Pero aunque Paul siempre dijo lo mucho que lo conmovía el «triste Timmy», se mostró tan incapaz como siempre de lidiar con la infelicidad personal... o la vida de casado. Teddy le pedía a menudo que vivieran los tres juntos como una familia, pero Paul seguía en Tulsa, donde buscaba alivio en camareras, dependientas, prostitutas... Lo que fuera con tal de esquivar los temibles tentáculos del matrimonio.

Cuando terminó la guerra, resultó claro que a él le había ocurrido algo. Quizá fuera el arranque de la menopausia masculina, aunque otros creían que había agotado la juventud. Quizá ya no sintiera el impulso de hacer que su padre, que hacía mucho que había muerto, «se tragara sus palabras» ganando grandes cantidades de dinero. Fuera cual fuera la causa, permaneció en Tulsa en su precioso búnker y, en lugar del volver al negocio petrolero, organizó el cambio de Spartan Aircraft de fabricar aviones a crear casas en remolques.

Era una actividad extraña para un genio de las finanzas como Paul Getty. Pero el reto de producir casas móviles parece que lo fascinó. Se tomó incontables molestias para resolver detalles de diseño y *marketing*, y se mostró orgulloso cuando la producción superó las dos mil unidades.

Después de cuatro años en su búnker, claramente necesitaba ilusionarse con algo más que remolques. Como no lo encontraba, no tardó en empezar a murmurar que lo iba a dejar todo para convertirse en un vagabundo. Incluso fue tan lejos como para vender acciones de la Western Pacific —la única vez

que lo hizo— y su biógrafo Robert Lenzner está convencido de que habría seguido vendiendo de no haberse topado con obstáculos legales para librarse de más acciones por parte del Fondo Sarah C. Getty.

Eso fue afortunado para la familia Getty. Porque no le dejó otra opción que continuar en el negocio del petróleo. Y eso, a su vez, implicó que, cuando en 1948 vio una oportunidad única, estuviera en condiciones de aprovecharla.

Como tantas cosas en Oriente Medio, donde casi nada es lo que parece, la llamada Zona Neutral entre Arabia Saudí y Kuwait es de todo menos neutral. Durante siglos, los saudíes desde el sur y los kuwaitíes desde el norte, habían discutido la propiedad de esa cuña del desierto de cinco mil kilómetros cuadrados, aparentemente inservible, situada entre sus vecinos y el golfo Pérsico. El tema se arregló por fin con un acuerdo típicamente árabe.

Ignorando a los beduinos nómadas, que eran los únicos seres humanos lo bastante pobres para ir allí, la zona quedó definida como una especie de territorio de nadie y se llamó la Zona Neutral. Sus dos vecinos retuvieron soberanía conjunta —un medio interés indivisible— sobre lo único que podía llegar a tener valor algún día, los derechos minerales. Pero durante muchos años no sacaron nada.

Incluso cuando apareció en los años treinta el masivo campo Burghan, en Kuwait, el campo de petróleo más grande del mundo, pocos kilómetros al norte de sus límites, la Zona siguió intimidando a los posibles petroleros con su terreno inhóspito, su clima abrasador y el embrollo geopolítico de sus derechos minerales.

Con el fin de la guerra en Europa, estaba claro que los campos de petróleo de EE.UU. pronto no podrían satisfacer la floreciente economía de los coches, y el interés se centró una vez más en el golfo Pérsico como la alternativa más probable. Incluso la Zona Neutral, con todos sus problemas, empezó a salir en las conversaciones de las principales compañías petroleras.

Inevitablemente, Paul Getty se enteró, pero a diferencia de la mayoría de los ejecutivos de las principales empresas petroleras, él no era un hombre vacilante, era un realista.

—Si uno quiere ser alguien en el negocio petrolero mundial, tiene que entrar en Oriente Medio —dijo.

Y puesto que había decidido que él sí quería ser alguien en el negocio petrolero mundial, tomó una de sus decisiones más inspiradas.

Sin haber estudiado la región ni puesto personalmente un pie en Oriente Medio, decidió que solo él tendría la concesión saudí en la Zona Neutral.

Para entonces estaba más preocupado que nunca por su seguridad personal, y había decidido que nunca se arriesgaría a viajar por el aire. Así que no tenía ninguna intención de ir personalmente a la Zona Neutral. En vez de eso, tuvo la fortuna de descubrir al agente ideal dentro de su organización: Paul Watson, un joven geólogo que había trabajado en Arabia Saudí en los años treinta y era en aquel momento jefe de exploraciones en la división de las Montañas Rocosas de la compañía Pacific Western. Estaba ansioso por volver y Getty lo invitó a París, donde le contó su misión.

Lo hizo con su acostumbrada obsesión por los detalles. Pasó cuatro días enteros con Walton en el hotel Georges V hasta que hubieron cubierto todos los aspectos. El precio exacto por el que debía empezar a pujar Walton por la concesión petrolera, la velocidad a la que tenía que moverse y hasta dónde estaba dispuesto a llegar.

Una vez hecho eso, Getty esperó.

Actuaba puramente por instinto, pues en esa fase no había visto ni un solo informe de inspección de la Zona Neutral. Pero su instinto era tan sólido como siempre. Cuando Walton hizo su primer reconocimiento aéreo de la Zona, encontró lo que Paul había sospechado. A través del desierto había un cierto número de montículos a modo de cúpulas, idénticos a formaciones similares que cubrían el campo Burghan de Kuwait, más al norte.

Como eso confirmaba que los depósitos de petróleo del campo continuaban a través de la Zona Neutral, Walton se mostró muy cauteloso al informar de que las probabilidades de un hallazgo de petróleo importante en la Zona eran del cincuenta por ciento (más tarde dijo que habría dado probabilidades más altas, pero que había visto lugares muy parecidos en Arabia Saudí que habían resultado estar «secos de narices» y no quería exagerar las perspectivas).

Era típico de Paul que incluso entonces se mostrara tan receloso y misterioso que había prohibido a Walton que comunicara sus noticias por teléfono, radio o telegrama, todo lo cual podía ser interceptado. En lugar de eso, insistió en una carta por avión, que tardaba nueve días en llegar a París desde Jiddah. Y durante ese periodo de espera, Paul, con su rostro sombrío y su autocontrol de jugador de póquer, siguió viviendo como siempre, sin dar la más mínima muestra que traicionara lo que ocurría.

Pero cuando recibió la carta, se alborozó. Probabilidades del cincuenta por ciento son altas en el negocio petrolero, y empezó a pujar por el gran potencial petrolero de la Zona Neutral. De pronto estaba dispuesto a apostar toda su fortuna personal, los fondos del Fondo Sarah C. Getty y todo lo demás que pudiera reunir a la mayor jugada de su vida.

Que un hombre tan medroso tomara una decisión tan arriesgada y un hombre tan tacaño arriesgara tanto, antes incluso de resolver todos los grandes problemas de transporte, refinado y comercialización del petróleo que esperaba encontrar, es una prueba de lo impredecible de su naturaleza complicada. Confundió y dejó atónitos hasta a aquellos que mejor lo conocían.

Pero más raro aún fue el hecho de que, mientras sucedía todo eso, no hubo ni el más mínimo cambio en la vida anónima que llevaba. Con cincuenta y muchos años, seguía dirigiendo su imperio millonario desde la habitación 801 del hotel Georges V de París, donde también se acostaba con sus mujeres, lavaba sus calcetines, escuchaba discos de «aprenda usted mismo árabe» como música de fondo y anotaba cada noche los gastos del día en su diario: *Taxi, 5 francos; billete de autobús, 1 franco; periódico, 10 céntimos*.

Sin embargo, aquel era el hombre que estaba negociando para pagar al rey de Arabia Saudí y al sultán de Kuwait, como dueños conjuntos de la Zona Neutral, un millón de dólares garantizado todos los años, aunque no encontrara nunca petróleo, unos derechos del cuarenta por ciento sobre cada barril que produjera, algo que no tenía precedentes, y un pago inicial de veinte millones de dólares por el privilegio de realizar prospecciones en un desierto árido situado a cinco mil kilómetros de donde él estaba.

El éxito en la Zona Neutral no llegó fácilmente. Paul no tardó en descubrir que el sindicato Aminoil, que incluía una de las mayores empresas petroleras de Norteamérica, la Phillips Petroleum, había llegado allí antes que él y había comprado también una concesión en la zona a los kuwaitíes.

Como la concesión de Paul la habían concedido los saudíes, eso implicaba que tenía que trabajar en tándem con los empleados de Aminoil, lo que inevitablemente produjo fricciones, contiendas y terribles malentendidos.

Tampoco fue fácil encontrar petróleo, por muy seguro que estuviera Paul de que estaba allí esperando ser descubierto. Hasta 1953 no encontraron por fin los técnicos de Pacific Western lo que buscaban: una muestra de petróleo que conectaba con un mar subterráneo de petróleo. Fue un descubrimiento que, en términos de petróleo, la revista *Fortune* describió como *en un punto intermedio entre colosal y que hace historia*. Pero solo entonces mostró Paul la verdadera originalidad y talento para los negocios que llevaría la fortuna de los Getty a un nivel estratosférico.

Gran parte del petróleo de la Zona Neutral estaba en forma del llamado «petróleo basura», un crudo de baja graduación procedente de pozos superficiales, que cuesta poco producir pero para el que no había una gran demanda. Paul comprendió que, siempre que consiguiera llevar ese petróleo a América en cantidades suficientes, las refinerías modernas no tendrían dificultades en procesarlo para el siempre creciente mercado interno estadounidense. El problema era llevarlo allí, construir refinerías lo bastante grandes y venderlo. Resolver ese problema sería el proyecto más ambicioso de su vida, y exigiría coordinación y financiación a una escala masiva.

Poco dispuesto a dar a los dueños de los barcos petroleros el poder de hacerlo su rehén en el futuro, decidió construir una flota de petroleros y gastó más de doscientos millones de dólares en los superpetroleros gigantescos que llevarían su petróleo barato desde la Zona Neutral, no solo a América, sino también a Europa y Japón. (Fue típico de Paul que, con la ayuda de un amigo bien relacionado, un industrial francés y antiguo piloto aéreo, el comandante Paul Louis Weiller, pudiera hacer construir esos petroleros en los astilleros franceses con un treinta y cinco por ciento de subsidio por parte del Gobierno francés y recibir después la Legión de Honor por los servicios prestados a Francia).

Destinó otros doscientos millones más a construir una refinería nueva en Wilmington, en la costa este de Estados Unidos, y sesenta millones a modernizar la vieja refinería Avon en California. Todos ellos fueron proyectos ingentes. Para llevar los superpetroleros de Getty hasta Wilmington, hubo que añadirle profundidad al río Delaware y construir

instalaciones portuarias. El número de estaciones de servicio de Tide Water en Estados Unidos se duplicó para dar salida a la gasolina de Getty.

La inversión fue gigantesca, pero los beneficios fueron más gigantescos todavía. Era tan fácil sacar el petróleo de los pozos superficiales, que el gasto en sueldos y supervisores era mínimo. La demanda mundial de gasolina y petróleo seguía aumentando, y en los doce años siguientes, Pacific Western construiría quince pozos distintos en la Zona Neutral, produciría una parte importante del petróleo que importaba Estados Unidos de Oriente Medio y convertiría a la Pacific Western en el séptimo productor de gasolina más grande de Estados Unidos.

Puesto que Paul controlaba personalmente la empresa y sus mayores accionistas eran el Fondo Sarah C. Getty y él, los beneficios enriquecieron inmensamente a sus herederos y a él. Y en 1956, para asegurar que su contribución a la dinastía Getty sería recordada, cambió el nombre de su floreciente empresa. A partir de ese momento, en lugar de Pacific Western, se llamaría la Getty Oil Company.

Lo extraño de toda aquella elaborada operación fue que Paul siguió dirigiendo casi todos los detalles personalmente. La creación de un gran campo de petróleo, de una gran flota petrolera, de las instalaciones portuarias y de las enormes refinerías fue dirigida por aquel individuo extraordinario, desde la habitación 801 del hotel Georges V de París. A menudo trabajaba toda la noche, y no se molestaba mucho en comer. Pero, aparte de eso, aquel proyecto extraordinario apenas cambió en nada su modo de vida privado.

Siempre que tuviera un teléfono cerca, podía continuar con sus viajes, sus affaires y sus intereses personales, mientras sus operaciones de negocios más ambiciosas parecían seguir siendo lo que habían sido siempre... parte del juego interminable que jugaba con el mundo para su satisfacción personal.

* * *

Cuando Paul conoció a Penelope Kitson en 1953, ella tenía treinta y un años, era una mujer inglesa de clase alta, elegante, segura de sí, con tres

hijos y un matrimonio insatisfactorio. Se hicieron amigos íntimos y ella disfrutaba de su compañía y lo encontraba encantador, extraordinariamente culto y en posesión de la «mente más aguda que he conocido en mi vida».

Él se entusiasmó con ella y le dijo que la amaba, pero algo le dijo a ella desde el principio que, si alguna vez se enamoraba totalmente de él, estaría a su merced... así que nunca lo hizo. Como mujer de mundo inteligente que era, veía claramente sus limitaciones, que no era un hombre con el que debía casarse ni permitir que dominara su vida, y que detrás de aquel rasgo de mujeriego empedernido, había una incapacidad total para soportar los lazos, responsabilidades, placeres y problemas de una familia. Era una mujer realista y no se iba a permitir el lujo de pensar que podría cambiarlo. Tampoco quería hacerlo, pues sabía que, si lo hacía, destruiría inevitablemente el modo de vida que él había creado con tanto cuidado, y que a su vez hacía posibles sus operaciones de negocios. Así que siguieron siendo amantes, iguales, amigos y compañeros.

Cuanto más conocía a Paul, más lo consideraba un hombre con un poder de concentración y una fuerza de voluntad extraordinarios y más entendía que su actitud con las mujeres (ella misma incluida) era parte de algo crucial a su naturaleza. No le preocupaba especialmente que fuera un obsesivo sexual y que «sencillamente no pudiera apartar las manos de cualquier mujer que se acercara a él». Afirma que nunca fue celosa y que los celos sexuales nunca fueron un problema entre ellos.

Pero percibía que era un personaje muy extraño, dominante, inteligente, independiente, pero al que le faltaba un ingrediente natural esencial. «Supongo que deberíamos decir que una parte de él no creció nunca». Una parte de él seguía siendo el hijo único egoísta y mimado que había sido siempre consentido por George y Sarah (de ahí surgían muchos de sus problemas con los hijos y la familia). «Pero era muy decidido con cualquier cosa que quisiera y jamás delegaría en nadie porque es cierto que nadie estaba a su altura».

A Penelope, por su parte, le convenía conservar su independencia, sobre todo porque percibía que de momento Paul estaba más enamorado de ella que ella de él, y que, cuando eso cambiara, lo perdería. Después de su divorcio, se compró una casa en Kensington, que él visitaba a menudo cuando iba a Londres, y como ella era una decoradora de interiores muy

buena, la empleó para que decorara los camarotes de los petroleros que construía.

Se disculpaba por no proponerle matrimonio diciendo que una vidente de Nueva Orleans le había dicho una vez que, si se casaba por sexta vez, moriría. (Eso probablemente era incierto. Paul citaba a menudo a videntes para confirmar o disculpar alguna conducta).

Pero también le dijo:

—Pen, tú siempre serás mi número uno.

Y esa vez no mentía. Hasta su muerte, ella siguió siendo prácticamente la única persona próxima a él que no se dejaba intimidar por su carácter, su reputación ni su dinero. Y por eso confiaba en ella.

Un área en la que resultaban especialmente evidentes las rarezas del carácter de Paul Getty era en su papel como coleccionista de arte. Con su riqueza en aumento, empezaba a tomarse muy en serio lo de coleccionar. Recientemente había comprado la llamada «casa-rancho» en Malibú –una residencia de verano de piedra con una situación privilegiada y vistas del océano Pacífico— y la usaba para albergar los valiosos muebles del siglo xviii que había comprado a precios de ganga justo antes de la guerra.

Desde entonces había conseguido otras gangas... en especial el retrato hecho por Rembrandt al mercader Marten Looten, que compró por sesenta y cinco mil dólares a un asustado hombre de negocios holandés en vísperas de la guerra, y la soberbia alfombra Ardabil, que había adquirido anteriormente por sesenta y ocho mil dólares al inteligente comerciante internacional lord Duveen cuando este estaba en su lecho de muerte. En una ocasión había comprado también por doscientos dólares en Sotheby's un cuadro conocido como *La Madonna de Loreto*, que estaba convencido de que había sido pintado, al menos en parte, por Rafael.

En temas artísticos, su motivo fundamental seguía siendo encontrar gangas, lo cual le impedía convertirse en un coleccionista genuino. Hasta Penelope admite que «Paul era demasiado tacaño para permitirse comprar un gran cuadro».

Más concretamente, su falta de respuesta emocional hacía que fuera en cierto modo como un niño muy inteligente que sabe mucho pero carece de una respuesta estética madura ante nada. Eso quedó patente en el librito que

hizo sobre su tema favorito: la Francia del siglo xviii. Parte de la información estaba claramente sacada de enciclopedias y la mayor parte del libro parece escrito por un chico de doce años obsesionado por dar datos, pero como guía de la mente de Paul Getty resulta muy revelador.

Casi todo en ese libro está relacionado con el dinero. Describe varias piezas importantes de su colección, pero siempre en términos de precios de mercado, valor estimado y cuánto le habían costado exactamente.

Esto puede ser fascinante. ¿Quién sino Paul Getty habría calculado el coste contemporáneo de hacer una mesa *boulle* y concluido que un noble francés habría pagado ligeramente más por ella en dinero de 1970 de lo que habría costado un automóvil de calidad en la década de 1950?

De modo similar, se dejaba absorber por los detalles de un conocedor, por ejemplo sobre el pigmento exacto utilizado en uno u otro de sus cuadros.

Lo que no parecía capaz de hacer era mostrar una respuesta emocional ante cualquier obra de arte, por si lo traicionaban sus sentimientos, así que lo que necesitaba era que alguien en cuyo gusto confiara le aconsejara sobre su colección. En septiembre de 1953 conoció a esa persona. Durante un viaje a Italia con otra de sus amantes de entonces, la efusiva periodista de arte inglesa Ethel le Vane, conoció accidentalmente, en un pasillo del hotel Excelsior de Florencia, a uno de los mayores expertos en pintura italiana, Bernard Berenson, quien, sin entender del todo quién era Paul, lo invitó a tomar el té en el más sagrado de los santuarios artísticos, su Villa I Tatti, en la colina de Settignano, cerca de Francia.

Fue una ocasión extraña. Por parte de Paul, estaba la profunda reverencia con la que trataba al gran conocedor, que poseía en abundancia cualidades de las que él sabía que carecía: criterio artístico, discriminación, gusto y conocimientos genuinos. Y Berenson, por su parte, ignoraba que aquel estadounidense raro con una novia habladora se estaba convirtiendo rápidamente en el multimillonario más rico de su país.

¡Qué importante es en la vida el momento justo! Veinte años antes, Berenson no habría pasado por alto a alguien tan rico como Getty y Joe Duveen y él lo habrían adulado con sus atenciones, habrían despertado su entusiasmo latente por los cuadros que podían venderle y probablemente habría acabado ayudándole a crear una gran colección. Pero el momento había pasado ya. Getty prometió hacer fotografías de algunas de sus esculturas de mármol y Berenson expresó su esperanza de que volvieran a encontrarse, pero nunca sucedió. Berenson era mayor y estaba desilusionado, en parte consigo mismo. A Getty le aterrorizaba tirar el dinero y/o que lo estafaran. Y hasta después de su muerte no daría a otros el placer y la responsabilidad de gastar una parte de su enorme fortuna en obras de arte adecuadas a su colección.

Entretanto, parece que le gustó la escultura clásica. Como geólogo entrenado, se sentía cómodo con el mármol, y su reciente compra de algunas estatuas romanas, combinada con su visita de otoño a Italia, tuvo consecuencias muy raras y, como luego se vería, de amplio alcance.

Una de las obras que había comprado de la colección de lord Lansdowne, una estatua romana de Hércules, lo inspiró a visitar el lugar donde presuntamente había sido descubierta: la Villa Adriana de Tivoli, en las afueras de Roma. A pesar de las pocas ruinas que subsisten, la villa es un lugar fantasmal, impregnado de atmósfera, y Paul, que era muy sugestionable, parece que se sintió abrumado al notar la presencia de su antiguo dueño, el más artístico, creativo y enigmático de todos los emperadores romanos: Adriano.

La sensación de *déjà vu* es bastante común. Pero para un hombre muy rico, hecho a sí mismo, hay un incentivo adicional en creer en la reencarnación, por la explicación que puede ofrecer de su de otro modo inexplicable éxito. Como el comentario que E. L. Doctorow pone en boca de Henry Ford, un hombre hecho a sí mismo, dirigido a Pierpont Morgan, otro hombre hecho a sí mismo, en su famosa novela *Ragtime*: «Yo explico mi genio de este modo. Algunos hemos vivido más veces que otros».

Paul, que parecía sentir eso con fuerza, pudo verse influido también por la razón que da Henry Miller para creer en lo mismo: «El sexo es una de las nueve razones buenas para creer en la reencarnación. Las otras ocho no son importantes».

Lo que está claro es que su visita a Villa Adriana llegó en un momento impresionable, cuando el aumento súbito de su riqueza y sus operaciones lejanas encontraron una especie de eco en lo que ya sabía de las actividades de Adriano. Igual que Adriano, al envejecer, había permanecido en la villa y había seguido emprendiendo operaciones y grandes eventos en los rincones más alejados del imperio, así Paul había hecho grandes cosas en los confines

lejanos del Imperio Getty. Adriano había sido el hombre más rico del mundo y Paul se estaba convirtiendo rápidamente en lo mismo. También le gustaba pensar que tenía una actitud romana estoica ante la vida, y le parecía que incluso físicamente parecía un emperador romano. Finalmente, para un esnob —y había pocas personas más esnobs que Paul Getty—, ¿qué pedigrí podía acercarse ni de lejos al de descendiente directo de un emperador romano?

Cuanto más pensaba Paul en ello –y parece que pensó mucho– más similitudes, ecos y resonancias veía entre el largo tiempo fallecido emperador Adriano y él mismo.

—Me gustaría mucho pensar que soy una reencarnación del espíritu de Adriano, y me gustaría emularlo todo lo que pueda —confió a una amiga en Londres.

Capítulo 9

PATERNIDAD

Para ser un hombre que pensaba tanto en dinastías, Paul Getty era un padre extrañamente ausente. Uno se pregunta si, de no haber estado tan inmerso en la ampliación de su fortuna, hubiera encontrado más tiempo para sus cuatro hijos, que crecían lejos de él. Probablemente no. No era tanto por falta de tiempo como porque veía a sus hijos como una amenaza para las dos cosas que más importancia tenían para él: hacer dinero y perseguir el placer.

No obstante, de vez en cuando establecía contacto con ellos, posiblemente por curiosidad, como un monje que olfateara los placeres de la carne, solo para retroceder ante la tentación. Cuando describe esas ocasiones en los diarios, siempre se presenta como un padre tan amante y entregado a sus hijos, que cuesta darse cuenta de que no los veía casi nunca. Al joven Ronald lo describe como *inteligente y adorable*, George es *muy maduro*, *con una mente y una personalidad excelentes* y al joven Paul y a Gordon se refiere invariablemente como *mis dos hijos queridos*.

La más fascinante de las incursiones extremadamente raras de Getty en la paternidad activa tuvo lugar en la Nochebuena de 1939, recién declarada la guerra en Europa, y es la única ocasión en toda su infancia en que los cuatro «adorados» hijos se encontraron juntos en la misma habitación. Paul acababa de llegar a casa de Nápoles, después de dejar a su nueva esposa Teddy en Italia para que afrontara la guerra sola. Quizá sintió por una vez la necesidad del consuelo de una familia y llamó a su exesposa Ann para que le dejara llevar al joven Paul y a Gordon a una juguetería, donde vieron un pingüino disfrazado de Pato Donald y les compró regalos de Navidad. Fini y Ronald habían ido a vivir a Los Ángeles justo antes de la guerra. Y el día de Navidad, *mis cuatro adorados hijos*, como insistía en describirlos –George, de quince años; Ronald, de diez; Paul, de siete y Gordon, de seis

respectivamente—, fueron a la casa de South Kingsley Drive a felicitarle la Navidad a Sarah, su abuela de ochenta y siete años.

Getty seguramente organizó aquello más por deferencia filial que por cariño paterno, pues parece una reunión incómoda la de la anciana sorda y los cuatros chicos desconocidos que llevaban su sangre y estaban todos incómodos unos con otros, y la presencia del padre rico misterioso de boca despreciativa que debía de parecerles un completo desconocido.

Pero él lo describió como una fiesta feliz de una familia muy unida y escribió en su diario sobre el *encantador árbol de Navidad en la sala de estar de mamá* y los *montones* de regalos de Navidad. *Madre disfrutó como una niña*, nos asegura él. Da la impresión de que se quedó el tiempo suficiente para saludar a sus hijos y besar a su anciana madre en la mejilla antes de partir como el fantasma de la Navidad.

Como la salud de Sarah se deterioró después de eso y ella murió dos años después, aquel ejercicio de unidad navideña no se repitió más, y fue el único contacto que tendrían los hijos Getty durante la infancia, a pesar de que todos vivían todo el tiempo en California y de que en ellos descansaría en último lugar el futuro de la fortuna más grande de Norteamérica.

Lo que hacía de Paul Getty un padre tan inquietante y, en último término, tan desastroso, fue el modo en que se alejaba de todos sus hijos en su infancia y adolescencia y luego, cuando le convenía, restablecía la relación como si no hubiera pasado nada raro e intentaba prepararlos para perpetuar lo que siempre llamaba «la dinastía Getty».

No podía funcionar, porque para entonces el daño ya estaba hecho. Los chicos habían echado de menos a su padre cuando lo necesitaban, ninguno de ellos lo conocía en realidad, y todos habían sufrido distintos daños. Casi inevitablemente, los chicos se envidiaban y recelaban unos de otros, de modo que la «dinastía» en vez de servir para apoyar a sus miembros, en realidad produjo antagonismos temibles entre ellos. Las envidias, amarguras y los interminables pleitos procedían de los problemas que Paul Getty legó a sus hijos cuando les dio a un multimillonario fantasma como padre.

El primogénito, George Getty II, debería de haber sido el que menos sufriera. Era demasiado joven para haber conocido a su padre cuando este abandonó a la pobre Jeanette en 1927, y ella se casó poco después con Bill

Jones, un corredor de bolsa acomodado y amable de Los Ángeles, que trató al joven George como a un hijo, lo envió a colegios privados en Los Ángeles y después a Princeton, donde quería estudiar leyes.

Durante su infancia, el contacto de George con su padre fue mínimo, pero Jeanette lo llevaba regularmente a ver a la abuela Getty, que siempre sintió debilidad por su primer nieto. El niño no solo se llamaba igual que su llorado esposo, sino que este le había dejado trescientos mil dólares en su testamento. Esa suma de dinero, invertida con astucia por su padrastro, seguía aumentando, y junto con los ingresos crecientes del Fondo Sarah C. Getty, garantizaba que George siempre tendría posibles, aparte de lo que pudiera ganar él.

La situación debería haber convenido a George, que había heredado poco de la ambición o el genio para los negocios de su padre, y que estaba hecho para la vida poco exigente de un abogado californiano sin ambiciones y con medios propios. Pero no fue así. Su nombre y su posición habían sellado el destino de George desde el principio. Estaba destinado a la empresa que había fundado su abuelo y tocayo, y en 1942, cuando tenía solo dieciocho años y acababa de empezar su primer curso en Princeton, lo reclamó su padre para el papel que tenía que jugar en la vida.

George se disponía a entrar en el Ejército con la intención de volver a Princeton cuando terminara la guerra, pero ahora, por primera vez en su vida, su padre se interesó por él, lo llevó a visitar el viejo campo de petróleo Atenas, escenario de varios de sus éxitos en su lejana juventud. Allí le dejó claro a George que su futuro estaba irrevocablemente en la industria del petróleo y que un día podía esperar dirigir el negocio familiar.

¿Cómo podía negarse George? Pero antes tuvo que servir cuatro años en el Ejército, primero como oficial de infantería y después en el equipo que persiguió los crímenes de guerra. Licenciado en 1946, por fin decidió que, en lugar de terminar la universidad, trabajaría con su padre.

George era un hombre de negocios concienzudo y, como heredero aparente de su padre, subió con rapidez en la jerarquía directiva de las empresas Getty. Después de representar de modo loable a su padre en la Zona Neutral de Arabia, regresó a California para convertirse en vicepresidente de Tide Water Oil a los treinta y un años. Estaba destinado a triunfar y debería haber tenido una buena vida.

Pero como hombre de negocios, George tenía un defecto fatal. Al parecer, de niño había copiado de su madre una especie de temor reverencial por su padre que no perdió nunca. No pudo vencerlo ni de adulto, y cuanto más responsabilidad adquiría como heredero aparente de Paul Getty, más parecía minarlo el miedo a su padre. Al final, eso ayudó a matarlo.

Pero los problemas de George no eran nada comparados con los hándicaps que su padre había volcado sobre su desgraciado medio hermano, el «inteligente y adorable» Ronald. Al ser mitad alemán, era inevitable que Ronald fuera el raro de la familia desde el principio.

Poco después de que su padre consiguiera su costoso divorcio de Fini, en 1932, madre e hijo se instalaron en Suiza. Fini no volvió a casarse, y hasta que estalló la guerra en 1939, Ronald y ella estuvieron al cuidado del abuelo alemán del chico, el doctor Otto Helmle, que desde el divorcio había sido uno de los contrincantes más fieros de Getty.

Durante ese periodo, el doctor Helmle tenía otros asuntos en mente. Era un católico prominente y secretario del Partido de Centro alemán, precursor de los demócratas cristianos de después de la guerra, y en 1933 rehusó el puesto de ministro de Economía en el primer gobierno de Hitler como canciller. Más tarde, a medida que crecía su oposición a los nazis, se alegraba de que su hija y nieto estuvieran a salvo en Suiza, donde podía visitarlos fácilmente desde Karlsruhe. De niño, pues, Ronald creció en Suiza, hablando alemán, creyendo que era suizo y más o menos ignorante de la existencia de su padre.

En 1939, el doctor Helmle tenía prohibida cualquier actividad política junto con su amigo y compañero de partido Konrad Adenauer, e incluso estuvo prisionero un tiempo y perdió todo su dinero en el proceso. (En 1944 tuvo suerte de escapar a la cárcel por segunda vez, por participar en el complot contra el Führer). En el momento de su encarcelamiento envió a Fini y a su nieto de diez años a la seguridad de Los Ángeles, donde Ronald descubrió por primera vez la existencia de su padre.

—Incluso entonces —cuenta él—, no lo conocí y no lo vi casi nunca. De vez en cuando mi madre me llevaba a ver a mi abuela Sarah, pero lo único que recuerdo de ella es que parecía amable, estaba en silla de ruedas y era tan sorda que la comunicación resultaba imposible. Mi padre dirigía la

fábrica de aviones en Tulsa, así que no lo vi nunca. De vez en cuando llegaba un cheque suyo por mi cumpleaños. Una vez me envió unos patines. Y eso fue todo. No puedo decir que pensara mucho en él, aunque me daba cuenta de que en mi vida faltaba algo, sobre todo cuando veía a otros niños ir a ver partidos con su padre, algo que yo nunca hice.

Poco a poco, Ronald descubrió que, además de todo lo demás que le faltaba debido a la ausencia de su padre, tenía también un hándicap más serio. Sus medio hermanos George, Paul y Gordon estaban incluidos en el Fondo Sarah C. Getty, y por lo tanto, estaban destinados a convertirse en grandes herederos de la siempre creciente fortuna de los Getty. Ronald no.

Lo que hacía la situación tan injusta era que la razón de esa notoria desigualdad no era culpa suya. Excluir al niño Ronald del Fondo Sarah C. Getty había sido el modo que había elegido su padre de vengarse del doctor Helmle por el divorcio, por el dinero que le había costado el acuerdo final y porque los retrasos le habían impedido casarse con Ann Rork antes del nacimiento de Paul, su tercer hijo. Y como si quisiera subrayar la naturaleza arbitraria de la exclusión, mientras Ronald quedaba excluido del fondo fiduciario, los hijos que pudiera tener sí estaban incluidos.

Para ser justos con Getty, cuando el fondo se estableció en 1936 en beneficio de sus hijos y nietos, el capital con el que contaba era relativamente pequeño, y como estaba dolido por lo que consideraba una victoria de Helmle, pensaba que el rico doctor Helmle debía tener el privilegio de proveer para su nieto.

Lo que ninguno de ellos había previsto fue que Helmle perdería todo su dinero con los nazis mientras que Getty llegaría a construir la fortuna más grande de Estados Unidos.

Después de la guerra, Fini y Ronald empezaron a regresar a Alemania o Suiza los veranos, así que, como dice Ronald, «Europa siempre fue mi hogar y Los Ángeles una especie de intervalo en mi vida. Naturalmente, me consideraba más europeo que estadounidense».

Hasta 1951, cuando Ronald tenía veintidós años y estaba en el último curso de Empresariales en la Universidad del Sur de California, no se dignó su padre a ponerse en contacto con él. Al igual que con George, quería que ocupara su lugar en aquel imperio en rápida expansión. Como dice Ronald, «me complació que me pidiera que trabajara para él, pero no puedo decir que fuera un encuentro muy emotivo».

Al encuentro siguió un curso de entrenamiento en Getty Oil, y en 1953, Ronald entró en el departamento de *marketing* de Tide Water Oil, propiedad de Getty, donde tuvo tanto éxito que tres años después dirigía el departamento con un sueldo de cuarenta mil dólares al año.

Pero en Tide Water inevitablemente tenía cada vez más contacto con el joven vicepresidente, su medio hermano George, y empezó una enemistad envidiosa y amarga por ambas partes. A pesar de su éxito, George siempre se sentía inseguro delante de su padre y resentía tener a ese medio hermano en la empresa por si conseguía más afecto de su padre que él. Ronald, por su parte, era cada vez más consciente del enorme hándicap que le había impuesto su padre al excluirlo a él solo del Fondo Sarah C. Getty. Eso era algo que crecería como un cáncer en los años venideros, hasta que prácticamente lo destruyó.

En comparación con los problemas que Paul arrojó sobre George y Ronald, la vida parecía infinitamente más fácil para Paul y Gordon, los dos hijos que había engendrado con la antigua niña prodigio Ann Rork. Como durante los años cincuenta pasó más tiempo en Europa y Oriente Medio, los vio todavía menos durante su adolescencia de lo que había visto a George y Ronald, dejándolos totalmente expuestos a la fuerza de la personalidad dominante de su madre.

Cuando su matrimonio terminó con aquel «nocivo» y beneficioso divorcio en Reno en 1936, Ann se embarcó rápidamente en una carrera matrimonial en la que tres esposos ricos intercalados con varios amantes fueron ocupando el lugar de Paul Getty. El primero en la escena fue Douglas Wilson, un millonario muy poco memorable de Memphis, Tennessee, con el que Ann tuvo una hija, la hermosa pero sobrepasada Donna, medio hermana de Paul y Gordon.

A Wilson lo siguió Garret «Joe» McEnerney II, un abogado de San Francisco, y la ruptura de ese matrimonio dejó a Ann –o a la señora Mack, como la llamaban– en posesión de una casa con enredaderas en el 3788 de Clay Street en Presidio Heights, cerca de la zona más elegante de San Francisco.

Durante ese periodo, Getty solo daba a los niños su apellido y la pensión alimenticia. Hay solo una entrada en su diario, en mitad de la guerra, donde

registra una visita que les hizo. Gordon le recitó un poema que había escrito «sobre las buenas cualidades de los negros», pero en lugar de decir lo que opinaba de Gordon o de su poema, Getty, obsesionado como siempre con datos, se limitó a anotar que *Paul tiene once años y pesa 39 kilos y Gordon tiene diez y pesa 34 kilos*.

Mis hijos, todos ellos, son grandes regalos, añadió. Tan grandes que no vio ni a Paul ni a Gordon en los doce años siguientes. Y un año después, cuando Paul, de doce años, le escribió una carta, su padre la devolvió sin contestarla con las faltas de ortografía corregidas.

Paul seguía molesto por eso años después.

—Nunca lo superé —dijo—. Quería que me viera como a un ser humano, y jamás conseguí eso con él.

Como los chicos prácticamente no tenían ningún contacto con su padre, no tenían ni idea de la inmensidad de su fortuna. Según el juez William Newsom, amigo y contemporáneo de los dos en el instituto San Ignacio, de San Francisco:

—Sabían que tenían un padre rico, incluso muy rico. Pero como casi no tenía ninguna influencia en sus vidas, no oías hablar mucho de él.

El juez Newsom describe la vida en Clay Street en ese periodo como «económicamente desahogada, no manirrota, donde el dinero no era un gran tema ni para bien ni para mal. Ni Paul ni Gordon parecían especialmente preocupados por el dinero ni por su falta, ni tampoco mostraban muchas expectativas».

Pero si su padre ausente dejó una brecha en las vidas de Paul y Gordon, la señora Mack era muy capaz de llenarla. La suya era una presencia poderosa y ella fue claramente la influencia dominante en ambos muchachos a medida que se iban haciendo hombres en aquella familia monoparental anticonvencional en el San Francisco de la postguerra.

La señora Mack, ahora una mujer sexi y bulliciosa de más de treinta y cinco años, de ojos grandes y cabello de color caoba, era casi todo lo que Jean Paul Getty no era: novelera, de trato fácil y exuberante. Todavía en gran medida la estrella de cine en potencia, era una mujer vivaz, con, según su hija, «un cociente intelectual muy alto». Era muy artística, con muy buen gusto en literatura y en música. Era claramente una mujer de recursos, que cuando andaba corta de dinero, siempre podía reunir alguna cantidad mediante especulación inmobiliaria en el Condado de Marin.

Con una madre así, y sin un padre presente que coartara su modo de vida, los chicos deberían haber tenido una adolescencia idílica. Y en muchos sentidos así fue.

La señora Mack, bohemia por naturaleza, creía en la libertad y dejaba que los chicos se las arreglaran, en gran medida, solos. Pero también era una criatura muy sociable, y el gregarismo que tanto había enfurecido a Jean Paul Getty le hacía alentar a los chicos a recibir a sus amigos en casa. Donna Wilson, la medio hermana, tres años menor que Gordon, quedaba inevitablemente eclipsada en aquella casa dominada por varones. Era una chica muy guapa, pero también muy tímida, y solía pasar desapercibida. Hasta mucho tiempo después, solo jugó un papel pequeño en las vidas de sus hermanos.

La señora Mack era una madre muy hospitalaria, y cuando los chicos estaban en la adolescencia, la residencia de Clay Street se convirtió en una casa abierta a los compañeros de instituto de Paul. Parte de la atracción era, indudablemente, la propia señora Mack, que era una de esas madres míticas que se compenetran muy bien con los amigos de todos sus hijos. Algunos probablemente estarían enamorados de ella, mientras otros la recuerdan como una especie de tía vividora. El juez Newsom la compara con la extravagante tía Augusta de la novela cómica de Graham Greene, *Viajes con mi tía*, pero la reacción más común entre los habituales del número 3778 era que «la señora Mack era el vivo retrato de la protagonista de la película *Auntie Marne*».

Tolerante por naturaleza, la señora Mack no protestaba porque los chicos y sus amigos bebieran en casa a medida que iban creciendo, partiendo de la base, en palabras de Donna, de que «era mejor que se emborracharan donde sabías que estaban que en un sitio donde no lo supieras».

En una época en la que pocos padres de clase media eran tan liberales con ese tema, eso aumentaba mucho la popularidad de la residencia Getty, y de la propia señora Mack, que disfrutaba de la bebida y «se sentaba a tomar una cerveza con nosotros», como recuerda con afecto uno de los amigos de sus hijos. La casa de Clay Street no tardó en ser conocida como «el club 3788» o, simplemente, «Treinta y siete, ochenta y ocho».

Los miembros de «3788» formaban un grupo fascinado en torno a los Getty, donde el joven Paul era el líder de la manada, que se llamó inevitablemente «la pandilla Getty». El joven, que había heredado en gran

medida el encanto y la sociabilidad irlandeses de su madre, adulaba a su público, los hacía reír con sus historias y hazañas, e interpretaba el papel de tarambana y *playboy*.

Pero en el 3788 había más atractivos que Ann y el alcohol, y la casa se convirtió en una especie de faro cultural en el San Francisco de clase media de la postguerra. La música era muy importante en la familia, en especial para Gordon, cuya colección de discos de ópera era ya inmensa y seguía creciendo en paralelo con sus conocimientos de ópera y de los cantantes de ópera más importantes.

Varios de ellos, incluidas figuras tan legendarias como la soprano Licia Albanese y el tenor lírico Tagliavini, dieron recitales en la casa cuando visitaron San Francisco, y el amor de los chicos por la ópera se desarrollaría en años venideros hasta tal punto que, en sus periodos de desacuerdos más profundos, permanecerían unidos como miembros del esotérico culto de forofos de la ópera.

Como hogar, la casa de Clay Street parecía el lugar ideal para que los muchachos se desarrollaran como seres humanos inteligentes y originales y, a primera vista, Paul daba la impresión de aprovecharlo al máximo, con una vida mimada y muy sociable, ayudado e incitado por su consentidora madre. Al igual que ella, él bebía mucho. (A veces desayunaba cerveza con arenques ahumados y ella Martini seco). Popular entre sus amigos y atractivo para las chicas, parecía que tenía por delante una vida encantada.

Las cosas eran distintas con Gordon. Ambos chicos eran atractivos, pero de modos distintos. Paul, con su cara puntiaguda y sus modales vivaces, parecía más bien un sátiro adolescente, pero a medida que Gordon alcanzaba su estatura completa de un metro ochenta y cinco, se parecía cada vez más a un Schubert joven y más alto. Como diría Donna:

—Paul exudaba sexo y Gordon no exudaba gran cosa.

Y Paul era inevitablemente el favorito de su madre. Según Bill Newsom, ella «lo consideraba el chico más atractivo, inteligente e ingenioso de California».

La reacción de Paul a los mimos de su madre fue aprovecharse al máximo y vivir la vida con alegría. Pero cuando Gordon no consiguió la misma atención de su madre, empezó a replegarse en sí mismo y a levantar un muro de independencia que no tardó en convertirse en una parte clave de su personalidad.

Como reacción contra los modales desenvueltos de su madre, Gordon parecía a veces puritano, y en contraste con su madre y su hermano, nunca fue bebedor. Paul tuvo una serie de automóviles glamurosos, incluidos un Cord y un Dodge descapotable, que conducía con estilo y bastante deprisa. Gordon elegía vehículos más tranquilos, un Oldsmobile práctico, y un Buick aún más práctico, que conducía con mucho cuidado.

Pero aunque la vida en Clay Street parecía especialmente relajada, la ausencia de una figura paterna probablemente afectó a los dos chicos más de lo que notaron sus amigos. En el caso de Gordon, lo dejó sin otra alternativa parental que su madre, y cuando descubrió que no soportaba las diabluras, las borracheras o a los amantes de la señora Mack, empezó a forjarse una vida privada separada fuera de la casa. Antes de ir a la universidad, se mudó al tranquilo hogar irlandés de Bill Newsom, su compañero de instituto, donde vio a Newsom padre como una especie de figura paterna. Para entonces Gordon era un solitario inteligente e introvertido cuyo verdadero hogar eran la música, la poesía y la teoría económica. Esas tres cosas lo ayudarían a soportar los problemas y distracciones de los años siguientes.

A diferencia del autosuficiente Gordon, que no sentía ninguna necesidad de religión organizada, Paul, a los dieciséis años, se convirtió seriamente con los jesuitas de San Ignacio. Y aunque, a primera vista, su vida parecía más envidiable que la de Gordon, en realidad era más vulnerable que su hermano. Si tenía algún modelo, probablemente era el atractivo Edgar Peixoto, un abogado encantadoramente fracasado que era uno de los muchos pretendientes de su madre. Uno de los amigos de Paul lo recuerda como «un hombre estiloso y muy inteligente al que desgraciadamente había vencido la bebida». Bill Newsom, recordando la conversación de Peixoto y su memoria fuera de serie para los epigramas más procaces de Norman Douglas, dice:

—La mayoría de nosotros veíamos a Edgar como un héroe.

Paul sí lo veía así, pero Gordon no.

El carácter de Paul parece que contenía muchas contradicciones. Su extravagancia ocultaba una cierta melancolía, y detrás de su necesidad crónica de amigos había una considerable inseguridad. Mientras Gordon amaba las certidumbres del ajedrez y de la teoría económica, Paul se sentía atraído por los excesos de la literatura romántica. Era un gran lector y pronto empezó a coleccionar libros, empezando con una primera edición de *El gran Gatsby*. Se deleitaba con la decadencia *fin-de-siècle* de Wilde y Corvo,

pero su mayor descubrimiento fue el rimbombante y diabólico Aleister Crowley. Supuesto «Príncipe de la Oscuridad y Gran Bestia 666», que florecía con una dosis diaria de heroína que habría tumbado a media docena de hombres inferiores, Crowley llegó a ser considerado como una especie de precursor de la «generación psicodélica» de los sesenta. Que Paul se fijara en él entonces nos da una muestra de cómo funcionaba su mente y del modo en que se desarrollarían sus intereses.

Paul había terminado el instituto y estaba a punto de ir a la Universidad de San Francisco cuando estalló la Guerra de Corea en 1950. Su madre le propuso utilizar su influencia con un general que conocía para impedir que lo reclutaran, pero él no se lo permitió. Fue a Corea y se hizo cabo, pero, aparte de eso, mostró pocas aptitudes para ser militar y cumplió su periodo en una oficina en el cuartel general de Seúl. Un año después, Gordon interrumpió también sus estudios de Economía en Berkeley para entrar en la Artillería, pero el Ejército le gustó tan poco como a Paul y pasó el servicio en el campamento base de Fort Ord.

Cuando regresó de Corea, Paul estaba ya enamorado de la guapa Gail Harris, hija única del juez federal George Harris. A diferencia de los Getty, que eran prácticamente recién llegados a la ciudad, los Harris llevaban tres generaciones en San Francisco y el juez, nombrado por Truman, era una figura importante de la comunidad. Pero a pesar de la vida extravagante de Paul, el juez y su esposa Aileen le tomaron mucho afecto y él, por su parte, estaba lo bastante enamorado de Gail para dejar de beber. Cuando Paul y Gail decidieron casarse, la única persona que no lo aprobó fue la señora Mack.

Odiaba perder a su hijo favorito y argumentó que a los veintitrés años era demasiado joven, salvaje e inmaduro para casarse. Pero a pesar de sus advertencias y objeciones, los Harris apoyaron a los jóvenes enamorados, que finalmente se casaron sin alboroto en la Capilla Nuestra Señora de Wayside, en Woodside, en enero de 1956.

El padre del novio, que estaba entonces en Inglaterra, fiel a su costumbre, seguramente habría ignorado el matrimonio, pero empujado por Penelope Kitson envió un telegrama de felicitación, que firmó como *Tu amoroso padre*, pero ningún regalo.

Gordon para entonces parecía casado con la poesía, la teoría económica y la música... Sobre todo la música. Poseía una voz de barítono a juego con su

tamaño y soñaba con estudiar en el conservatorio y alcanzar un día fama mundial y fortuna como cantante de ópera.

Hasta aquel momento, ni su hermano ni él habían prestado la más mínima atención al negocio del petróleo, a sus medio hermanos George y Ronald ni a su desconocido padre, que extraía riquezas en cantidades inimaginables de debajo de la arena de uno de los lugares más cálidos, secos e incómodos del mundo.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 10

EL AMERICANO VIVO MÁS RICO

En octubre de 1957 Paul Getty emergió por fin del armario capitalista en el que llevaba tanto viviendo en relativa oscuridad. La revista *Fortune*, después de varios meses investigando a los superricos de Norteamérica, incluidos los Rockefeller, los Morgan, los Hunt y los Ford, proclamó públicamente que Jean Paul Getty, un «expatriado que vivía en París», era «el hombre vivo más rico de Estados Unidos».

Las fotografías que le hicieron en ese momento dan la impresión de una criatura nocturna a la que sacan de pronto al exterior y exponen a la cruel luz del día. El juego secreto en el que se había metido desde la muerte de su padre ya no era un secreto, su riqueza ya no era algo privado y un número importante de cosas empezaron a cambiar para Getty... Y para los que lo rodeaban.

La gran fortuna y los intereses económicos que había creado ya no podían seguir siendo el asunto discreto que había dirigido durante tanto tiempo por teléfono desde habitaciones de hotel, con los archivos guardados en su cabeza o en cajas de zapatos. A partir de entonces, empezó a volverse como otras grandes fortunas y, aunque él hizo lo posible por mantener intacto su estilo de vida, fue entonces cuando se convirtió inevitablemente en una figura pública, sujeta a todas las presiones de los muy ricos: publicidad, cartas con peticiones, especulación, envidia, despliegues adulatorios... Y a partir de ese momento se empezó a conocer también su aspecto físico.

Paul fingió lamentar la pérdida de su «gratificante» anonimato anterior, recordando los tiempos en los que los reporteros que cubrían eventos lo pasaban por alto.

—Por lo que yo sé —dijo—, me tomaban por un camarero. Pero ya no.

Después de conseguir evitar estar en el candelero toda mi vida, escribió, ahora, de la noche a la mañana me he convertido en una curiosidad, una especie de friki financiero, lo cual me molesta profundamente.

En realidad era lo bastante vanidoso para empezar a disfrutar de la fama. Pero según su secretaria, Barbara Wallace, «fue entonces cuando las cosas empezaron a ir mal».

Ann Rork Getty había tenido razón al acusar a su exmarido de no haber mostrado «ningún interés por sus hijos hasta que fueron lo bastante mayores para ocupar su lugar en su preciosa dinastía». En verdad, su falta de interés por sus vástagos era un rasgo sobrehumano. Uno no puede evitar preguntarse cómo podía alguien permanecer tan insensible con su carne y su sangre, sin preguntar nunca si eran inteligentes, ingeniosos, atractivos, si les gustaban las mujeres, los animales, la música o si eran unos locos criminales. Pero Getty nunca había preguntado. No le interesaba, y no se molestó con ellos hasta que fueron lo bastante mayores para resultar de utilidad.

A su hijo Paul Junior tuvo que resultarle tentador responder con la misma falta de interés. Pero como necesitaba mantener, no solo a Gail, sino también a su primogénito, Jean Paul Getty III, nacido en noviembre de 1956, decidió probar a buscar trabajo en el negocio familiar y contactó con su medio hermano George, entonces vicepresidente de Tidewater Oil, propiedad de los Getty, cuya sede central estaba en Los Ángeles. (La empresa había cambiado hacía poco su nombre, que antes era Tide Water).

Aparte de tener el mismo padre, los dos medio hermanos no tenían nada más en común. No se conocían y nunca llegarían a caerse bien. Pero George ofreció a Paul un empleo, vendiendo gasolina en una estación de servicio de Tidewater, con los pantalones blancos, gorra blanca y pajarita negra reluciente que usaban los dependientes de surtidores de Tidewater.

Pronto Gordon, que no tenía mucho que hacer, se unió a él, y después de un tiempo, ambos hermanos fueron trasladados para recibir entrenamiento en Tidewater. Pero siguieron sin tener prácticamente ningún contacto con su padre hasta la primavera de 1958, cuando este telefoneó de pronto a Paul para citarlo en París. Por fin tendría ocasión de probar su valía... en la instalación de Getty Oil en la Zona Neutral de Arabia.

Paul contestó que, como tenía esposa y un hijo pequeño, quería llevarlos con él.

—Muy bien —contestó su padre—. Tráelos antes a París para que pueda conocerlos.

Eso explica cómo llegaron Paul, Gail y el bebé a almorzar con el cabeza de familia en el hotel Georges V un día de principios del verano. También explica cómo ocurrió algo que tendría consecuencias de largo alcance para la familia Getty. El grupo en torno a la mesa empezó a llevarse bastante bien.

Gail, que era la primera vez que veía a su suegro, esperaba encontrarse con un «hombre extremadamente cascarrabias». En lugar de eso, él recibió a su hijo diciéndole:

—Paul, nadie me había dicho que tu esposa era guapa.

Y a continuación procedió a conquistarla como solo él podía conquistar a una mujer guapa. El viejo misántropo se mostró igual de encantado con su nieto, un granujilla pelirrojo muy listo con una habilidad extraordinaria para hacer que su abuelo obedezca sus órdenes, como escribiría esa noche en su diario, con un entusiasmo impropio de él.

A pesar de ello, ese ejercicio en vínculos familiares podría haber terminado allí, de no ser por lo que ocurría entonces en París. Había empezado una manifestación violenta contra la política de De Gaulle en Argelia y estaban levantando barricadas peligrosamente cerca del hotel Georges V.

Getty no estaba hecho para revoluciones violentas y, alarmado, decidió trasladarse a Bruselas con su recién descubierta familia. Y así fue como pasaron unas semanas juntos, viviendo con un lujo desacostumbrado en el Grand Hotel y yendo todas las mañanas a la recién abierta Exposición Universal. Allí desayunaban, primero gofres con sirope de arce en el pabellón canadiense, y después visitaban el pabellón soviético, a por lo que Gail recuerda todavía como «el caviar más delicioso que he probado en mi vida». Getty, como hombre de hábitos que era, empezó a disfrutar con aquello.

Unas vacaciones agradables con miembros más jóvenes de su familia era algo que Paul Getty no había hecho nunca. Gail era la nuera perfecta, que encontraba sus historias fascinantes y lo escuchaba, más o menos embelesada, durante horas.

Jean Paul Getty, el «granujilla pelirrojo» de diecisiete meses, seguía siendo una fuente permanente de alegría. Y Paul Junior empezaba a cautivar a su padre como ninguno de sus hermanos había hecho nunca. Cuando terminaron las vacaciones en Bruselas, Getty había tomado una decisión importante, no solo para Paul y Gail, sino también para toda la familia Getty.

Aunque estaba todo organizado para la llegada de Paul y su familia a la Zona Neutral, Getty había cambiado de idea. Dijo que la vida en un remolque en el calor del desierto de Arabia no era lo ideal para una pareja joven con un bebé. Gordon seguía soltero y podía ocupar fácilmente el lugar de su hermano, que fue lo que ocurrió unas semanas después, cuando fue enviado abruptamente a la instalación de Getty Oil en Arabia.

Pero la verdad era que el «Paul mayor», como lo llamaba a veces la familia, se había encariñado con lo que llamaba «mi pequeña familia» y no tenía intención de perderlos si podía evitarlo.

Puesto que Paul se había convertido rápidamente en su hijo favorito, ya era hora de que tuviera su premio. Y daba la casualidad de que había una posición ideal para él dentro del imperio Getty. Cuanto más pensaba el viejo en ella, más le gustaba.

Como parte de la expansión de su capacidad refinera en Europa, Getty Oil había comprado hacía poco la pequeña compañía petrolera italiana Golfo, que tenía una refinería en Gaeta, en las afueras de Nápoles. Tenía una oficina en Milán, pero Getty pensaba expandirla, cambiar su nombre a Getty Oil Italiana y trasladar su sede central a Roma. ¿Qué mejor director general que su hijo Paul?

De hecho, Paul, con su amor por los viajes, los libros y el ocio, era un joven poco adecuado para estar al cargo de nada, sobre todo porque no tenía experiencia directiva. Pero nada de eso contaba para su padre. Paul era su hijo y, para cualquier hijo suyo, dirigir una operación modesta como la de Golfo tenía que ser coser y cantar.

En ese espíritu de abuelo recién descubierto, el viejo magnate siguió mostrando a su «pequeña familia» un afecto muy poco propio de él. Los llevó en persona desde París hasta Milán, en su viejo Cadillac, en etapas cortas y muy despacio. Y una vez en Milán, insistió en instalarlos en un apartamento en el centro de la ciudad, cerca de las oficinas de Golfo en

Piazza Eleonora Duse. Así empezó la funesta conexión de la siguiente generación de la familia Getty con Italia.

Aunque ninguno de ellos habría podido adivinar el papel crucial que a partir de entonces jugaría Italia en las vidas de todos ellos, sobre todo porque su primera reacción a Milán fue muy desfavorable. Hacen falta tiempo y paciencia para descubrir los placeres de Milán, y los jóvenes Getty odiaron el clima, no les gustó la comida y no entendían el idioma.

También resultó evidente que Paul nunca sería un hombre de negocios. Pero se esforzó, intentó comprender las complicaciones del negocio del petróleo y, cuando su padre le dijo que fuera siempre «con traje oscuro», se compró obedientemente uno.

Durante ese periodo de luna de miel entre padre e hijo, Paul tuvo un gesto que conmovió al viejo mucho más de lo que nadie habría imaginado.

Veinticinco años antes, cuando Ann Rork dio a luz a su hijo prematuro a los veintiún años a bordo de un barco cerca de Ginebra, había habido una confusión al ponerle el nombre. Cuando el barco atracó en el primer puerto, el niño era lo bastante pequeño para ser llevado a tierra en una sombrerera y fue inscrito oficialmente por el notario italiano de La Spezia. El orgulloso padre había querido que el niño se llamara como él, Jean Paul Getty Junior, pero el notario entendió mal y nombró al niño «Eugenio».

«Eugenio», que significa «prole sana», era un nombre popular en la Italia fascista y optimista, pero en Norteamérica era menos aceptable e inevitablemente se convirtió en «Eugene». Paul lo odiaba, nunca lo usó, y ahora que había vuelto a Italia, aprovechó la ocasión para cambiarse oficialmente el nombre por el que su padre había querido ponerle. Eugene Paul fue reemplazado por Jean Paul Getty Junior.

Mientras Jean Paul Getty Junior disfrutaba de la poco habitual aprobación paterna, sus hermanos lo tenían bastante peor. El rollizo George, aunque distinguido oficialmente como heredero principal y sucesor de su padre, y nombrado vicepresidente de la Tidewater Company, se sentía más torturado que nunca por su padre y por aquellas cartas que empezaban con *Mi queridísimo George* y terminaban con *Tu siempre amoroso padre*. Paul Getty nunca dejaba de vigilar con ojo de águila cada rincón de su imperio, y sus

cartas criticaban hasta en el detalle más nimio los errores y fallos de su concienzudo pero cruelmente frustrado hijo mayor.

George tenía ya treinta y cinco años, era padre de tres hijas vivaces y una especie de pilar de la sociedad mundana de Los Ángeles. Pero como alguien dijo de él, «habría sido un encargado espléndido de una ferretería de un pueblo del Medio Oeste» y la tarea de dirigir una compañía petrolera importante, con un padre atacando desde fuera, era una especie de pesadilla.

La posición de Ronald era igual de incómoda. Un viaje con su padre a la Zona Neutral en 1956 no había conseguido acercarlos más, y aunque su dominio del francés y el alemán lo capacitaban para ser director de la compañía Veedol en Hamburgo –propiedad de los Getty– donde tuvo un éxito considerable, la relación con su padre era tan fría como siempre. (Tampoco ayudaba la costumbre de George de enviar notas poco fraternales a su padre sobre él y la de Ronald de enviar a su vez cartas similares sobre los fallos de George).

La verdad era que Getty seguía resentido por los problemas que le había causado el doctor Helmle tantos años atrás. Y cuando Ronald se casó con la hermosa Karin Seibl en Lübeck, Alemania, en 1964, el multimillonario no vio motivo para romper la costumbre de no darse por enterado de las bodas de ninguno de sus hijos.

Hasta el alegre Gordon tuvo sus problemas cuando ocupó el lugar de Paul en la oficina del director de la instalación Getty en la Zona Neutral. Cumpliendo las órdenes de su padre, se negó a pagar el soborno acostumbrado al emir local, pero luego insistió en apoyar a una de sus empleadas contra la jurisdicción del emir. La habían descubierto teniendo una aventura con un súbdito del emir, un delito castigado con la pena de muerte por lapidación. Al negarse a aceptar eso, Gordon tuvo que sufrir arresto domiciliario por parte de los saudíes cuando se descubrió que había ayudado a la mujer a huir del país.

El episodio hablaba bien de Gordon como ser humano, pero no impresionó a su padre como hombre de negocios, que pensaba que la chica conocía las reglas y debería haber pagado el precio. Además, él estaba en buenos términos con el rey saudí y quería seguir así. Así que retiró rápidamente a Gordon y lo envió a dirigir lo que era entonces la Spartan Trailer Company en Tulsa. Cuando Gordon se cansó de eso, regresó a Berkeley sin armar ruido para terminar su licenciatura en Filología Inglesa.

Getty nunca fue un padre comprensivo, pero la imagen menos halagüeña de él en ese papel se produjo ese verano de 1958 en el que tan sentimental se mostraba con su «pequeña familia» en Milán.

En aquel momento, Timmy, su hijo de doce años, se sometía a una operación más en un hospital de Nueva York, que marcaría el final de un largo periodo de agonía. Medio ciego y con la frente desfigurada por la extirpación de un tumor grande, se iba a someter a cirugía estética para que le borraran las cicatrices.

Cuando Timmy estaba a la espera de esa operación, telefoneaba a su padre todos los días para suplicarle que regresara a Estados Unidos para estar con él. También le enviaba mensajes conmovedores: «Quiero tu cariño, papá, y quiero verte».

Pero el corazón de Getty no se rendía fácilmente y, como siempre, los negocios eran antes que sus hijos. Todos los días explicaba pacientemente a Timmy que él también lo quería, pero que el trabajo impedía que papá pudiera regresar a Norteamérica en ese momento.

La operación tuvo lugar el 14 de agosto. Getty estaba en Suiza en aquel momento, con una invitación para visitar al barón Thyssen Bornemisza, el industrial y coleccionista de arte que era casi tan rico como Getty y cuya importante colección sobrepasaba infinitamente a cualquier cosa a la que él pudiera aspirar.

Le halagaba haber sido invitado por un coleccionista tan importante y, aunque hubiera estado dispuesto a arriesgar su vida en un vuelo transatlántico a Nueva York, habría sido impensable para él anular aquella visita. Disfrutó de las grandes casas, quedó predeciblemente impresionado con los cuadros del barón Thyssen y, acababa de regresar de la villa de los Thyssen a su hotel en Lugano cuando Teddy, histérica, consiguió localizarlo por fin en las primeras horas del lunes 18 de agosto. Loca de pena, le dio la noticia sollozando. Timmy, su adorado hijo, no había sobrevivido a la operación.

Teddy necesitaba consuelo y, a su modo seco, Getty intentó consolarla. Normalmente no lo afectaban la pena ni el sentimiento humanos, pues hacía mucho tiempo que se había retirado al mundo inhumano y frío de los negocios, pero esa vez algo en la muerte de su hijo lo conmovió. Ante la muerte, siempre se sentía vulnerable y completamente solo. Cuando terminó

de hablar con Teddy, era demasiado pronto para pensar en trabajar, y sabiendo que no podría volver a dormir, sacó su diario.

El querido Timmy ha muerto hace dos horas. Mi hijo mejor y más valiente, un ser humano realmente noble, empezó a escribir. Pero no pudo continuar. Las palabras son inútiles, concluyó. Y cerró el diario.

Por suerte, todavía tenía a Gail, a Paul Junior y al bebé Paul, convenientemente instalados en el apartamento del segundo piso en el centro de Milán, para ayudarle a olvidar la muerte de Timmy. Y como estaba a menudo en la ciudad, dirigiendo sus asuntos desde una *suite* en el hotel Príncipe de Saboya, disfrutaba viéndolos y a veces los sacaba del calor de la ciudad a pasar fines de semana en hoteles elegantes, como el Villa d'Este, en el lago Como.

Pero aparte de Paul, Gail y el bebé Paul, había otra razón para el interés de Getty en las cosas italianas. No eran solo los asuntos de Golfo Oil lo que lo llevaban tan a menudo a su península favorita, sino una mujer casada de cierta edad con una de las casas más mágicas de aquel país mágico.

La había conocido en París a través de su árbitro social y amigo, el rico comandante Weiller. Ella era una rubia majestuosa, del estilo de Ingrid Bergman, casada con un francés sombrío, quien, como buen francés, era naturalmente infiel. Y ella, glamurosa, señorial y rusa, estaba claramente preparada para una aventura apasionada.

Así empezó Getty su larga e incómoda relación con Mary Teissier, de treinta y siete años. Ella era elegante y estaba un poco loca, algo que se achacaba generalmente a haber tenido un abuelo que había sido primo segundo del zar Nicolás II de Rusia. Su esposo, Lucien, tenía una casa en Versalles donde pasaban el verano, pero también poseía la Villa San Michele, en las laderas de Fiesole, cerca de Florencia. Algunos decían que la villa había sido diseñada por Miguel Ángel. El jardín era exquisito. Las habitaciones estaban amuebladas con piezas de museo. Desde el comedor en forma de claustro había unas vistas sin igual de Florencia. Y Teissier había convertido esa villa en un pequeño hotel exclusivo para los muy ricos. El nombre de Getty empezó a aparecer en la lista de invitados siempre que Mary Teissier estaba allí.

Ella tenía muchas cosas que atraían a Paul Getty: linaje, estilo, calidez humana y un conocimiento considerable del mundo. El hecho de que además fuera celosa, imprevisora y genéticamente impuntual, como solo podía serlo una pariente de un zar, le añadía atractivo.

Fue debido a todo eso –y a su estatus de mujer casada con un esposo exigente– que el cortejo de Mary Teissier llevó mucho más tiempo del que empleaba habitualmente Getty en perseguir y acostarse con una sola amante. Se habló de amor. Y también de matrimonio. Cuando viajaba entre Milán y Nápoles, Getty hacía frecuentes visitas a la Villa San Michele. Pero 1959 empezó con Mary Teissier todavía más o menos apegada a su sombrío marido.

Ahora que la revista *Fortune* le había robado su precioso anonimato, los días de Paul Getty como vagabundo multimillonario estaban contados. Todavía le gustaba vivir en hoteles, donde podía comer frugalmente con la carta del hotel, ahorrar dinero lavándose él mismo la ropa interior en el lavabo (con la excusa de que el detergente de la lavadora le estropeaba la piel) y disfrutar sin remordimientos de las mujeres, a las que siempre anotaba –por su nombre, color de pelo y ciudad– en su agenda negra.

Pero desde aquellos pocos días incómodos en París, había empezado a preocuparse por su seguridad personal, por los reporteros y los posibles cazafortunas. Necesitaba claramente establecer una base en Europa desde la que dirigir su imperio, gozar de intimidad y disfrutar de sus mujeres y sus valiosas posesiones.

Primero pensó en Francia, pero lo obsesionaba el recuerdo de las barricadas cerca del hotel Georges V. Francia podía estar al borde de una revolución sangrienta. Y, aunque adoraba Italia, esta no era mucho mejor. Solo un lugar lo atraía con sus recuerdos de prados gentiles, casas de campo elegantes, una población respetuosa y una aristocracia bien alimentada: el paraíso de la elegancia y la paz, con las instituciones financieras de más dinero y más seguras del mundo: Inglaterra.

Getty iba a cumplir sesenta y seis años y su riqueza aumentaba sin pausa en medio millón de dólares al día, cuando la persona más capaz de su entorno, Penelope Kitson, le presentó a George Granville Sutherland-Leveson-Gower, quinto duque de Sutherland.

Aunque era el mayor terrateniente de Escocia, Su Excelencia, que nunca había sido muy inteligente, se las había arreglado para andar escaso de fondos y le costaba trabajo mantener Sutton Place, la mansión de estilo Tudor que había comprado cuarenta años antes al vizconde Harmsworth, un magnate de la prensa hecho a sí mismo. (Antes de sentir lástima del duque, no debemos olvidar que poseía también una mansión en Mayfair, al lado de Claridges, otra mansión algo más pequeña en Surrey, el castillo Dunrobin, Golspie House y la casa del curioso nombre House of Tongue, en Sutherland).

Getty, con su olfato infalible para oler una ganga, ofreció al necesitado duque sesenta mil libras esterlinas por aquel escondite de estilo Tudor que ahora le estorbaba, aproximadamente dos horas de ingresos de la Zona Neutral y justo la mitad de lo que había pagado el duque a Harmsworth por la propiedad cuarenta años antes. Sutherland aceptó.

Hacía falta mucho trabajo y dinero para convertir Sutton Place en una residencia apropiada para un multimillonario, aunque fuera tan austero como Getty. Y la pragmática Penelope pasaría muchos meses eligiendo cortinas, alfombras y muebles y ocupándose de constructores, fontaneros, electricistas y tapiceros. Getty compró también una mesa de veinte metros del castillo que su viejo amigo, el magnate de la prensa William Randolph Hearst, había poseído en Gales, dos pianos de cola y varios cuadros. En su diario escribió: *No debo gastar más dinero en cuadros*.

En la primavera de 1960, Paul Getty tomaba, orgulloso, posesión de algo que nunca antes había tenido: un hogar.

Capítulo 11

LA DOLCE VITA

Roma es tradicionalmente un lugar peligroso para extranjeros románticos con dinero, y la ciudad nunca había parecido tan peligrosamente seductora como en el otoño de 1958, cuando la recién nombrada Getty Oil Italiana cambió sus oficinas de Milán a Roma y Paul y Gail se instalaron allí.

Encontraron un apartamento en el histórico Palazzo Lovatelli, en Piazza Campitelli, una de las plazas más pequeñas y encantadoras del barrio más antiguo de la ciudad. Había una fuente enfrente de la gran iglesia barroca de Santa María, en Campitelli, y en la esquina estaban las ruinas del Teatro de Marcelo, construido por Julio César. Después de Milán, aquello debió de parecerles un país distinto en otro siglo y Piazza Campitelli ofrecía el entorno ideal para un idilio romano.

Gail estaba embarazada por segunda vez, y había todavía tan poco tráfico en las calles, que ella solía alquilar un carruaje con caballo abierto para ir de compras. En julio de 1959 tuvo una hija y la bautizaron Aileen, por la madre de Gail.

Paul tenía un MG deportivo de color burdeos, que era muy admirado por los italianos. Y a veces iban los fines de semana a ciudades cercanas como Tivoli y Palestrina. Roma no podía ser más hermosa, pero su vida no era particularmente emocionante. Gran parte de la vida social de los jóvenes Getty consistía en cenas ocasionales con parejas más mayores, por lo común estadounidenses relacionados con la industria petrolera.

Paul disfrutaba explorando Roma, empezó a aprender italiano y siguió coleccionando libros y discos. Tenía veintiséis años y se hallaba en ese estado peligroso de esperar que suceda algo maravilloso.

Pero Roma no era una ciudad tan dormida como parecía en Piazza Campitelli. Cuando llegaron los Getty, el gran periodo del cine italiano llegaba a su fin, pero en los estudios romanos de Cinecittà trabajaban

todavía directores legendarios como Visconti, Rossellini y De Sica. El más famoso de todos, Fellini, capturó la atmósfera de la época en una película que se estrenó aquel otoño. Era el vivo retrato de la decadencia y el brillo de una sociedad romana que se centraba en torno a la *via* Veneto. El protagonista, un periodista (Marcello Mastroianni), aunque desprecia la vida que lleva, se ve incapaz de escapar de ella mientras busca en vano su verdadera identidad.

Fellini tituló esa película *La Dolce Vita*... La vida dulce. Y Paul y Gail no tardaron en empezar a saborear también ellos algo de *la dolce vita*.

Aquel verano, Paul el viejo estaba ocupado reviviendo su historia de amor con una Italia muy distinta, a través de su continuado romance con la rubia y exigente Mme Teissier. A principios de 1959, ella dejó a su esposo y la Villa San Michele y se convirtió en responsabilidad de Getty.

Su hijo Alexis cree todavía que allí hubo algo más que sexo y dinero. «Era la sensación de poder que exudaba Getty. Ella estaba completamente obsesionada con él. Desde el día en que se conocieron hasta el día en que murió, para ella no hubo nadie más».

Getty estaba enamorado de ella –como de todas sus mujeres–, pero eso no quería decir que pudiera serle fiel, y disfrutaba en secreto de sus rabietas celosas. Desde luego, la provocaba con sus otras mujeres –incluso en las cenas– y ella estaba especialmente celosa de su amistad con Penelope, que no podía tolerar, cambiar ni entender.

¡Pobre e insegura Mary Teissier! Su falta de puntualidad crónica irritaba a Getty. Su forma de beber lo escandalizaba. Y su impredecible temperamento ruso terminó aburriéndolo. Pero había algo más en ella —posiblemente su sentido del estilo y su conexión con los Romanov— que siempre lo enganchó hasta cierto punto. Y en los primeros tiempos de su aventura amorosa, ella actuó como guía ante la parte más ilustre de la nobleza italiana, que, por razones de esnobismo romántico, tanto lo fascinaba a él.

En Roma ella movió todos los hilos que pudo para introducirlo en el bastión más improbable del esnobismo romano, el exclusivo Circolo della Caccia, el club de caza de Roma. Creado a imitación de la caza tradicional inglesa, el Circolo estaba dominado por aristócratas celosos de algo que Getty admiraba en secreto y envidiaba: sus vínculos y sus antepasados. Y

ellos, a su vez, disfrutaban de la oportunidad de chantajear a ese estadounidense advenedizo que poseía lo que la mayoría de ellos más admiraba y envidiaba: grandes cantidades de dinero.

Getty no tenía mucho de cazador, ¡pero cómo le habría gustado ser miembro del club más exclusivo de Roma y entrar en su discreta sede del Largo Fontana Borghese! El hecho de no resultar elegido lo hirió profundamente, e incrementó su creciente descontento con Italia.

Como consuelo, cuando visitó Nápoles y su nueva refinería de petróleo en Gaeta, Mary pudo introducirlo en lo que pasaba por la crema de la sociedad napolitana, incluidos varios duques y príncipes —nada del otro mundo en un país que tiene casi doscientos duques y prácticamente otros tantos príncipes—y eso lo hizo feliz. Luego ella lo estropeó todo al convencerlo de que comprara una isla llamada Gaiola en la bahía de Nápoles.

Gaiola era muy pequeña y él la compró sin verla cuando Mary le dijo que entre sus propietarios anteriores se contaban el emperador Tiberio, el heredero de Fiat Gianni Agnelli y el conde de Warwick. Como siempre andaba escasa de dinero, a Mary le interesaba ganarse la comisión de siete mil dólares que iba con la venta, pero fue lo bastante lista para ocultarle eso a su amante. (Como ella misma dijo: «Él lo habría querido así»).

Llegó el día en el que Getty fue a ver su propiedad. Gaiola era hermosa, pero tenía una atmósfera melancólica, y a Paul le bastó con ver los diez metros que la separaban del continente. Se negó en redondo a subir al bote de remos que lo iba a llevar allí y, después de un almuerzo apresurado, hizo las maletas y, a pesar de las lamentaciones de Mary, nunca volvió allí.

Como señaló Penelope:

—Si eres tan rico, ¿qué más da una isla más o menos?

Además, para entonces él había comprado un alojamiento más apropiado cerca de Roma, a alguien con un título todavía más retumbante que el del conde de Warwick: el príncipe Ladislao Odescalchi.

La Posta Vecchia era una de las antiguas casas de campo del príncipe y había sido una parada de la antigua *via* Salaria, cerca del antiguo sitio etrusco de Palo. Aunque estaba muy en decadencia, como también los Odescalchi, era un edificio imponente, con pórtico y arcos romanos y, cuando Paul la compró, planeaba vivir allí parte del año. La indispensable Penelope supervisó la decoración, al estilo cómodo de una casa de campo inglesa, cosa que a él lo complació.

Getty amaba la casa, pero siempre le había preocupado su seguridad y toda la publicidad sobre su fortuna hacía que se sintiera doblemente ansioso. Palo estaba cerca del mar y, según su secretaria, Barbara Wallace, empezó a preocuparle que pudieran secuestrarlo los piratas.

El secuestro se iba convirtiendo en una obsesión y, debido a eso, La Posta Vecchia nunca fue el centro de la grandiosa vida italiana con la que soñaba Getty. Ordenó poner barrotes en las ventanas de los dormitorios e instalar la seguridad más moderna. Incluso guardaba una escopeta cargada en su dormitorio, pero, aun así, casi nunca se quedaba mucho tiempo. En Roma se sentía más feliz –y más seguro– en el viejo y familiar hotel Flora, en la *via* Veneto.

Cuando había comprado La Posta Vecchia, había consultado a su abogado italiano sobre la posibilidad de adoptar la nacionalidad italiana, pero después dejó de mencionar el tema. Inglaterra le robaba cada vez más sus afectos.

En parte era por la edad. En Inglaterra siempre se había sentido como en casa, y había llegado incluso a tolerar el clima. Lo más importante, allí se sentía seguro y la clase alta británica era muy distinta a la de aquellos romanos disecados que creían que tenían derecho a darle una lección a un multimillonario yanqui.

Hasta la publicidad sobre su fortuna jugaba en su favor. La aristocracia británica siempre había sentido un respeto profundo por el dinero y, como Paul había descubierto en sus lejanos días en Oxford, no era muy difícil llegar a conocerlos. Paul disfrutaba más que nunca de conocer a gente con título.

Por sugerencia del comandante Paul Louis Weiller, contrató a Claus von Bülow como empleado. Ese abogado danés, que había trabajado un tiempo en el despacho del juez lord Hailsham, tenía reputación de mujeriego y hombre de sociedad. Nacido Claus Borberg, había adoptado el apellido Von Bülow de su abuelo paterno, un antiguo ministro de justicia danés, después de que su padre, Svend Borberg, fuera encarcelado tras la II Guerra Mundial por haber colaborado con los nazis.

Getty nombró a Claus su «director ejecutivo», pero como el viejo odiaba delegar nada en nadie, también actuaba como una especie de secretario

social. En ese aspecto era invaluable. Claus conocía a casi todo el mundo que importaba, lo cual resultaba particularmente útil en un momento en el que Paul se embarcaba en una luna de miel tardía con las clases altas británicas.

Antes de comprarle Sutton Place al duque de Sutherland, había conocido ya al duque de Bedford, el más relajado de los nobles, y se mostró encantado cuando lo invitaron un fin de semana a Woburn. Le encantó igualmente que el duque de Rutland lo invitara a Belvoir Castle (que Claus le dijo los caballeros pronunciaban «Beaver»). Pero su deseo de establecer sus credenciales como un dueño más de una casa señorial de campo le causó problemas.

Claus tuvo la idea de combinar la presentación en sociedad de Jeanette Constable-Maxwell, hija de un pariente del duque de Norfolk, con una fiesta de gala en la remodelada Sutton Place en junio de 1960. Paul había conocido a Jeanette y a su padre, el capitán Ian Constable-Maxwell, a través del duque de Rutland, y a este le pareció generoso que aquel estadounidense, con fama de poco generoso, ofreciera su casa para la ocasión.

Pero aquello se empezó a ir de las manos y lo que comenzó como una fiesta de veintiún cumpleaños se convirtió rápidamente en la fiesta monstruo de la temporada londinense. Hasta el último momento, Claus no dejaba de sugerir invitados cada vez más distinguidos. El comandante Weiller hacía lo mismo y, cuando llegó la noche del 2 de junio, había mil doscientas personas en la lista. Entre ellas había duques de la realeza, como los Gloucester, duques rutinarios como los Rutland y los Bedford, navieros griegos como Onassis y Niarchos, más los Douglas Fairbank, la duquesa de Roxburgh y los señores Duncan Sandy (que fueron en lugar del padre de Diana Sandy, sir Winston Churchill, cuyos días de ir a fiestas habían quedado atrás).

Aparte de los Rutland y de su familia inmediata, la señorita Constable-Maxwell no conocía a casi nadie. Ni tampoco Getty, que no se había molestado en invitar a ningún miembro de su familia.

Peor aún, lo que se había planeado cuidadosamente como el apogeo de la temporada social, se convirtió finalmente en una merienda de negros. La mucha publicidad dada al evento alertó a muchos y, justo antes de medianoche, empezó a entrar gente en manadas por las puertas. Para ser los años sesenta, el asunto fue bastante inofensivo. No hubo heridos graves, no robaron los saleros de Cellini, como se pensó en un principio, y aunque

tiraron a un fotógrafo a la piscina, el cálculo de los daños solo ascendió a veinte mil libras esterlinas.

El único daño duradero fue para la reputación de Getty, que nunca se recuperó del todo. Pues aunque muchos se mostraron comprensivos con lo que había pasado, también quedó la impresión de que todo el asunto había sido excesivo y claramente vulgar, algo en el nivel de la fiesta que había dado el año anterior el empresario estadounidense Mike Tood en Battersea Park, pero no tan divertida.

Desde luego, la fiesta hizo poco por establecer a Getty como miembro honorario de la clase alta británica y no fue el principio de una era de extravagancias feudales para el último señor de Sutton Place. Al contrario, aunque podía parecer que había ascendido a las alturas del modo de vida opulento, seguía siendo tan partidario del ahorro como siempre.

Era la misma vieja respuesta puritana de siempre a la autocomplacencia. En el fondo debía de saber que ni George ni Sarah habrían tirado el dinero en una fiesta así, y menos todavía en una casa tan opulenta como Sutton Place. Una vez más se veía obligado a justificarse ante aquellos guardianes fantasmales de su conciencia, lo que tuvo como consecuencia que, desde el momento en el que tomó posesión de Sutton Place, su vida allí se convirtió en un reto para ahorrar dinero y evitar gastos innecesarios. En realidad, Sutton Place llevó el arte sutil de ahorrar dinero de Getty a alturas nunca vistas.

Fue muy propio de él buscar una abogada joven que lo ayudara con aquella tarea soberana. Robina Lund, la hija de veinticinco años de sir Thomas Lund, presidente de la Sociedad de Leyes, acababa de licenciarse como abogada cuando Getty conoció a sus padres. En contra de los rumores, ella insiste en que —no porque él no lo intentara— nunca fue su amante, pero sería siempre amiga, admiradora, asesora legal e «hija honoraria». Desde luego, era una consejera astuta y le ayudó a conseguir la situación fiscal mágica de ser residente legal en Gran Bretaña, pero que Hacienda lo siguiera considerando como domiciliado en su Estados Unidos natal y ahora nunca visitado.

Además de ese logro inmejorable, lo ayudó también con otro ahorro importante que presumiblemente tranquilizaría cualquier culpa que pudiera sentir por vivir con un esplendor indecoroso. Eso fue sobre la propiedad de Sutton Place. Pues aunque él había hecho el trato original con Sutherland, la

casa no la había comprado él sino una empresa subsidiaria de Getty Oil llamada Sutton Place Properties, de la que era directora la señorita Lund. Sutton Place fue designada como cuartel general oficial de Getty Oil para Europa.

Así, Paul podía vivir impunemente en Sutton Place, cargando los gastos de su casa a la empresa y esta, a su vez, consideraba esos gastos, de cara a los impuestos, como gastos operativos.

Getty tampoco pasó por alto los costes menores de la vida diaria. Siempre se esmeraba en explicar a quien pudiera interesarle que en Sutton Place un martini seco le costaba una cuarta parte de lo que pagaría en el Ritz. También era muy consciente de que sus pocos sirvientes y jardineros le costaban aproximadamente un tercio de lo que habría pagado en California. Normalmente se agasajaba a los invitados con alimentos cotidianos, como queso fresco, y los gastos de oficina se mantenían a raya reutilizando sobres cuando era posible, reciclando gomas elásticas y controlando el gasto de papel. En el comedor se usaban estufas eléctricas para ahorrar en calefacción central.

Después de haberse pasado la vida evitando darle nada a nadie, no veía razón para cambiar de idea, y era justo que su profunda obsesión con la economía tuviera por fin su recompensa poética. En su calidad de invitado en las mansiones señoriales de su adorada aristocracia británica había aprendido que siempre había existido una regla no escrita de que, igual que se esperaba que los invitados pusieran sus propios sellos en las cartas, también se esperaba que insistieran en pagar las llamadas de teléfono personales. Pero después de un tiempo se dio cuenta de que en Sutton Place no ocurría eso, y de que algunos invitados hacían llamadas caras a Australia y Estados Unidos.

Parece ser que eso le molestó mucho, en parte por tacañería, pero también porque pensaba que, como era estadounidense y rico, se aprovechaban de él y sus invitados lo trataban como jamás habrían osado tratar a, por ejemplo, el duque de Westminster.

Ese fue el origen de la mayor metedura de pata social de Getty, la instalación de su famosa cabina telefónica para invitados en Sutton Place. Fue bastante lógico, pero no venía al caso. Debería haber entendido que, como multimillonario y además estadounidense, simplemente no podía permitirse parecer tan tacaño como un duque inglés.

Una de las elucubraciones interesantes en la saga Getty es pensar lo que habría ocurrido si no hubiera tenido lugar aquel almuerzo en el hotel Georges V y si Paul se hubiera ido a la Zona Neutral como estaba previsto y Gordon hubiera sido nombrado director de Golfo Oil, más tarde Getty Oil Italiana, en su lugar.

A Gordon, con su pasión por la música, le habrían encantado Milán y su ópera. Como soltero e influenciable, seguramente se habría casado con una italiana y luego, cuando Paul y Gail hubieran regresado a California —como sin duda habrían hecho después del calor y de las incomodidades horribles de la Zona Neutral—, habría sido Gordon y no Paul el que quizá habría empezado la rama italiana de la familia Getty, con un resultado muy distinto para el futuro.

En vez de eso, en 1962, después de abandonar a su padre por los problemas en la Zona Neutral, Gordon volvió a San Francisco donde, en un bar llamado La Rocca's Corner, conoció a Ann Gilbert, una joven de pelo color caoba, hija de un granjero de nogales de Wheatland, en el valle de Sacramento. Él tenía veintiocho años y ella veintitrés. Se enamoraron y se casaron en 1964. Y en los seis años siguientes tuvieron cuatro hijos: Peter, Andrew, John y William. Así, mientras su hermano Paul estaba ocupado creando a los Getty romanos, los hijos de Gordon crecieron como auténticos estadounidenses.

Ya en sus tiempos en Clay Street, Gordon había buscado siempre los placeres sencillos de un hogar asentado. En contraste absoluto con su padre, disfrutaba siendo esposo y padre y su matrimonio resultó ser una rareza entre los Getty –una relación estable y feliz—.

Una de las razones fue probablemente que Gordon y Ann se complementaban muy bien. Ann poseía un fuerte elemento puritano, pues había sido educada según los preceptos del fundamentalismo baptista, pero también era una mujer de mundo, muy pragmática y completamente decidida a disfrutar de la buena vida después de tanto tiempo haciendo lo contrario en una granja de nueces en el valle de Sacramento.

En muchos sentidos, ella era más fácil de entender que Gordon. Este, quizá como defensa contra su padre, seguía pareciendo una especie de

profesor perdido que intentaba recordar dónde estaba.

—No soy totalmente de este siglo —admitió en una ocasión.

Y el veredicto de Penelope estuvo más o menos en consonancia con lo que pensaban de él los amigos de su padre en Sutton Place.

—Gordon —dijo— es excéntrico, pero de un modo muy inteligente.

La excentricidad de Gordon era engañosa. En lo relativo a su familia, tenía siempre los pies en la tierra y estaba decidido a que sus hijos no sufrieran lo que había soportado él en su infancia. También era el más generoso e indulgente de los esposos, hasta el punto de que a menudo se decía que Ann llevaba los pantalones.

Pero bajo su indudable bondad y el escudo protector de profesor loco, Gordon podía ser extremadamente inteligente y sorprendentemente pertinaz cuando se trataba de sus intereses y de los de su familia inmediata, como descubrió su padre. Pues, aparte de producir futuros herederos masculinos para el Fondo Sarah C. Getty, el matrimonio de Gordon tuvo otro efecto más inmediato... y menos agradable para su padre. Como hombre casado, con una esposa joven que no tenía intención de hacer sacrificios innecesarios, Gordon descubrió pronto que andaba escaso de dinero, algo que tanto a su esposa como a él les pareció totalmente absurdo.

Su padre era conocido como el hombre más rico de la nación, en el fondo fiduciario establecido por su abuela en beneficio de sus nietos entraban dólares sin cesar y, sin embargo, su esposa y él vivían en un motel pequeño y se preguntaban de dónde saldrían sus próximos mil dólares.

A menudo se afirma que Ann fue la causa de lo que siguió, pero el juez Newsom, el mejor amigo de Gordon, insiste firmemente en que fue él, no Ann, el que alentó a Gordon a iniciar la demanda civil para obligar a su padre a desembolsar al menos una pequeña parte del dinero encerrado en el fondo de la abuela Getty en beneficio de sus nietos. El resultado era predecible: una reacción clamorosa en Sutton Place.

Pues aunque el afable Gordon intentó describir la demanda como una acción legal «amistosa», que solo pretendía clarificar una situación financiera oscura, para el viejo era el equivalente a echarle cristales molidos en el café o poner alambre de espino en su cama doble. Peor. Pues al cuestionar la legalidad del Fondo Sarah C. Getty, Gordon no solo amenazaba el futuro de la fortuna Getty, sino que atacaba a su padre en un punto crucial en el que siempre sería muy vulnerable.

Durante años, el Fondo Sarah C. Getty había estado en el centro del extraño juego emocional financiero que había jugado su padre mientras construía su fortuna. Existía para recibir el dinero que pagaba al recuerdo de sus padres y era, a la vez, un método muy eficiente para ahorrar impuestos y proteger y agrandar la fortuna en sí.

—Digan lo que digan de J. Paul Getty —comenta el juez Newsom—, una cosa se le daba muy bien: acumular capital y preservarlo.

Y su modo de hacerlo era utilizar el Fondo Sarah C. Getty para guardar su capital acumulado y así evitar impuestos. Se ha dicho que, durante muchos años, Getty nunca pagó más de quinientos dólares en impuestos. Con los años, aumentar el capital del Fondo Sarah C. Getty se había convertido en una obsesión para él.

Puesto que él controlaba el fondo, podía asegurarse de que este nunca pagara dividendos en metálico a los beneficiarios: él mismo y sus hijos. Como un dividendo metálico era un ingreso, habría estado sujeto a impuestos. En su lugar, él siempre pagaba un dividendo de acciones, que aumentaban la parte del beneficiario en el fondo, pero no se consideraban ingresos y no tenían impuestos.

Para un hombre tacaño como Getty, aquel era el método perfecto para crear una montaña de oro privada. Su riqueza sobrante lo hacía crecer. Hacienda no podía tocarlo. Y nadie lo amenazaba. Hasta que Gordon acudió a la ley para pedir parte del dinero que la abuela Getty había querido claramente que fuera para él.

Es fácil ver lo amenazado que debió de sentirse Getty. Porque el verdadero peligro para su creación no era el pago de un dividendo relativamente pequeño por parte del fondo a Gordon para tenerlo contento. Era más complicado y más peligroso que eso. Como uno de los beneficiarios del fondo, Gordon tenía derecho a un recurrente 6,666 por ciento de los ingresos de su padre procedentes del fondo. Y reclamaba retrospectivamente que, para pagarle a él, su padre tendría que haberse pagado a sí mismo dividendos en metálico, no en acciones, desde que se estableciera el fondo en 1936.

Si Gordon conseguía hacer valer eso en los tribunales, el Fondo Sarah C. Getty se derrumbaría y desaparecerían los dividendos libres de impuestos.

Gordon y su asesor legal, Bill Newsom, eran tan conscientes de eso como el propio Getty, y contaban con la amenaza que eso suponía para que el viejo

entrara en razón y encontrara el modo de desembolsar parte del dinero a los beneficiarios necesitados. Pero Paul Getty no era un hombre que cediera a las amenazas —y menos en algo tan importante como el fondo de su madre—de alguien tan poco importante como su hijo más joven.

El resultado fue una amarga y complicada batalla legal que se arrastró, con descansos y explosiones, durante siete años y, al final de la cual, un fallo de la Corte Suprema de California dictaminó que Gordon perdía.

Eso se debió en gran parte a que su padre había contratado al abogado más famoso y poderoso de su época, el formidable Moses Lasky. Además, si hacemos caso a Bill Newsom, el propio juez se echó para atrás en el último momento ante la enormidad de someter el gran Fondo Sarah C. Getty a las maquinaciones potencialmente letales de Hacienda.

Después de la muerte de su padre, cuando se convirtió en uno de los grandes beneficiarios del fondo, Gordon tendría motivos para estar agradecido a ese fallo. Pero, entretanto, durante los siete años que duró el caso, produjo muchas tensiones en la familia, y algunas sorpresas que afectarían al futuro de esta.

En primer lugar, durante el proceso legal, Gordon había conseguido convencer a su padre de que pagara ciertas sumas de dinero del fondo a sus hermanos Paul, George y a él. A pesar de eso, George se había colocado al lado de su padre, hasta el punto de escribir cartas ultrajadas a Gordon del estilo de *Cómo has podido hacerle esto a nuestro querido padre*. Había pocas simpatías entre los dos medio hermanos y ese problema con el Fondo Sarah C. Getty aumentó las desavenencias, que se prolongarían en la generación siguiente.

Pero lo extraño fue que, a pesar de la lealtad de George, fue Gordon y no este el que acabó más apegado a su padre. Tal es la perversidad de la naturaleza humana.

Ann jugó un papel en eso.

—Oiga, señor Getty —parece ser que le dijo, cuando las cosas iban especialmente mal para Gordon—, acabemos con esto.

Y el multimillonario (al que ella siempre llamó «señor Getty»), que nunca negaba nada a una mujer, al parecer accedió a perdonar de mala gana a su esposo.

Más probablemente, quizá le impresionó el modo en que Gordon había mantenido su caso. De todos sus hijos, había sido el vago y excéntrico

Gordon el que había mostrado el coraje y la determinación de enfrentarse a él. Era un presagio importante para el futuro y Getty, casi con certeza, lo respetó por eso.

Seguía insistiendo en que no podía entender las teorías económicas de Gordon, y menos todavía su música, pero empezaron a verse más a menudo. Se llevaba bien con Ann y le gustaban los niños. Luego, en una prueba más de aceptación, Gordon fue nombrado administrador del museo y, la consagración por excelencia, en 1972 fue reinstalado como administrador del mismo fondo que tanto se había empeñado en romper: el siempre creciente y todavía inexpugnable Fondo Sarah C. Getty.

Capítulo 12

NUEVOS COMIENZOS

Entretanto, en Roma, la vida le sonreía a la familia favorita de Paul Getty, que se había mudado desde Piazza Campitelli a una casa familiar en la *via* Appia. En 1962 eran ya seis miembros. Los dos últimos hijos, Mark y Ariadne, habían nacido en 1960 y en 1962 respectivamente.

Con tan poca diferencia de edad entre los hijos, formaban una familia muy unida. El mayor, el pelirrojo Paul, adoraba a su padre. Seguía siendo también el favorito de su abuelo y era un niño inteligente y muy cariñoso.

Pero aunque la familia parecía muy unida, Paul y Gail eran extranjeros en la ciudad y el surrealismo de Roma empezaba a afectarlos. Es difícil describir la atmósfera de la capital italiana a principios de los sesenta. Era fundamentalmente una capital pagana. Los problemas actuales de tráfico y contaminación no habían empezado y la belleza y la antigüedad de la ciudad transmitía la sensación de que la vida en Roma era más rica, más sensual y más placentera que en ninguna otra ciudad del mundo. Como muchas de las cosas de la Ciudad Eterna, aquello era en gran medida una ilusión, pero permanecía el hecho de que Roma, en ese periodo, parecía extraordinariamente estimulante, en especial para una pareja de extranjeros jóvenes con dinero.

Aparte de la ciudad en sí, había otra razón para la atmósfera que se respiraba. Atraída por la reputación de la industria cinematográfica italiana y por la debilidad de la lira, la 20th Century Fox había empezado, en la primavera de 1962, la producción de una de las películas más épicas y problemáticas de todos los tiempos, *Cleopatra*. Siguieron otras producciones, incluidos *spaghetti westerns* de Clint Eastwood hechos en Italia. Todas esas películas llevaron actores, guionistas, dólares americanos y un toque de *glamour* a la vida nocturna de la ciudad. La vida social de Paul y Gail mejoró bastante.

Un amigo estadounidense los recuerda en el verano de 1962.

—Había fiestas casi todas las noches. Parecía que ninguno de nosotros teníamos preocupaciones, y Paul y Gail aparentemente eran los más despreocupados de todos. Paul era elegante, delgado y muy inteligente. Y Gail estaba muy guapa con su pelo corto y su gran vitalidad. Eran la pareja perfecta y recuerdo que yo pensaba lo envidiables que eran y lo maravilloso que debía de resultar ser tan ricos, estar casados y tener cuatro hijos estupendos. Mirando ahora hacia atrás, los dos parecían solo un poco demasiado perfectos.

Y, por supuesto, lo eran. Pero se divertían. Podían permitirse pagar ayuda que cuidara de los niños e hicieron muchos amigos, entre ellos el escritor William Styron y el director de cine John Huston. Paul y Mario Lanza pasaban mucho tiempo juntos ideando el modo de llevar el béisbol americano a Italia, mientras que a Gail le encantaba bailar en clubs como el Lollobrigida en la Appia Antica, o el famoso Ottanta Quattro de la *via* Margutta.

Poco a poco se dieron cuenta de que llevaban vidas casi separadas y empezaron a aparecer diferencias en sus caracteres. Gail era gregaria, adoraba las fiestas y tenía mucha energía. Paul era diferente. Una parte de él quería ser un *playboy* glamuroso, pero como dice Gail:

—No se daba cuenta de lo glamuroso que era y, además, era demasiado tímido para hacer mucho al respecto.

Su otra faceta era muy seria y añoraba aprender y leer libros.

La vida en Roma no había hecho nada por resolver las dos caras de su personalidad. Había empezado a odiar su trabajo en Getty Oil Italiana, era responsable de una familia numerosa con niños muy pequeños en una ciudad extranjera y tenía la sensación de que su vida carecía de rumbo. Le dijo a Gail que lo que de verdad quería era ser oceanógrafo.

Como eso parecía imposible, estaba insatisfecho. Bebía y se volvió cada vez más ermitaño. A menudo, cuando Gail y él iban a salir, cambiaba de idea en el último momento y decidía quedarse en casa leyendo. Siempre que era posible, evitaba beber. Siempre había sido introvertido en el fondo y empezaba a dar señales de querer alejarse de la vida que lo rodeaba.

Eso hacía que Gail disfrutara sola del baile y las fiestas. Como ella misma admite:

—Yo no era precisamente una esposa maltratada, santa Gail, que se quedaba en casa cuando Paul se iba de juerga. Para ser sincera, era más bien al contrario.

Una de las cualidades que *La Dolce Vit*a de Fellini no abarcaba era la monogamia, y probablemente era imposible que perdurara el matrimonio en medio de tanto *glamour* mundano. Los llamados matrimonios abiertos raramente perduran, sobre todo si los cónyuges tienen personalidades distintas. Inevitablemente, Gail se enamoró de otra persona. E inevitablemente, teniendo el carácter que tenía, decidió que tenía que marcharse.

Lang Jeffries era casi la antítesis de Paul. Y este, que lo conocía y lo apreciaba, se sorprendió y escandalizó cuando Gail le confesó que estaba enamorada de él y quería vivir con él.

Jeffries, un antiguo actor duro de Los Ángeles, había estado casado con la estrella de cine Rhonda Fleming. Era un gran deportista –golfista, regatista, jugador de tenis– y había ido a Roma a hacer una película para televisión de bajo presupuesto que, como dice Gail, «no se tomaba muy en serio».

Paul y Aileen inevitablemente le tomaron manía, pero a Mark y Ariadne les gustaba, porque al menos Lang era fiable.

A Paul le disgustó sinceramente que Gail quisiera dejarlo, pero habían hecho el pacto de que nunca se mentirían entre ellos. Paul también había tenido aventuras amorosas, así que no pudo discutir cuando ella le dijo que se había enamorado. Seguían sintiendo mucho aprecio el uno por el otro e hicieron el tipo de pacto que hacen las parejas que se quieren cuando se rompe su matrimonio.

Gail se llevaría a los niños y se instalaría con Lang en un apartamento nuevo. Paul también se mudaría (de hecho, Gail le buscaría un piso). Y puesto que era ella la que rompía el matrimonio, pensaba que no tenía que pedirle nada, así que no habría pensión alimenticia para ella. En aquel momento tampoco hablaba de volver a casarse, así que Paul le suplicó que no pidiera el divorcio y ella accedió. Seguirían todos en Roma, serían amigos y Paul, por supuesto, vería a los niños como y cuando quisiera.

Parecía la mejor solución, aunque muy romana.

—Éramos absurdamente civilizados —dice Gail—. Quizá hubiera sido mejor no haberlo sido.

Una vez solo, Paul decidió que tenía que divertirse y, a pesar de su timidez y su deseo de intimidad, parece que tenía un gran éxito con las mujeres. Von Bülow lo describe lealmente como «increíblemente atractivo y sexi» y probablemente exagera el número de sus conquistas romanas cuando dice que «se acostó con más mujeres hermosas que su padre». (Quizá esa afirmación dependa de cómo interprete uno lo de «hermosas»).

Por otra parte, quizá hubiera algo de cierto en la insinuación de que Paul competía en secreto con las hazañas de mujeriego del viejo. Para él era un juego, y amigos que lo conocían insisten en que sus aventuras siempre eran discretas, no «descaradas y exhibicionistas como las de muchos estadounidenses visitantes con las mujeres».

No obstante, el apellido Getty resultaría una gran ventaja con estrellas como Brigitte Bardot, que estuvo en Roma en 1962 rodando *Le Repos du Guerrier* (El descanso del guerrero).

En ese periodo Paul iba un poco sin rumbo. No encontraba ningún placer en su trabajo con Getty Oil Italiana y carecía del autocontrol de su padre, derivado de la necesidad de hacer mucho dinero. Paul sabía bien que, trabajara o no trabajara, al final heredaría su parte del Fondo Sarah C. Getty y de momento bailaba al son de una vieja melodía titulada *Dolce far niente*, un dulce no hacer nada.

En Roma siempre había habido un papel aceptable para los jóvenes ricos como él. Nada vicioso ni particularmente depravado. El joven *signore* quiere divertirse antes de asumir las cargas de la vida, que llegarán bastante pronto. Quiere relajarse, conducir despacio por la ciudad, conocer personas interesantes y mostrarse elegante, coleccionar libros, comer bien, ir en coche a Positano o subir hasta Santa Margherita, tumbarse al sol con una mujer guapa, beber, acostarse con alguien y al día siguiente volver a empezar. *Dolce far niente*.

La felicidad. Como todo el mundo en Roma, Paul solo quería ser feliz. Gail también, pero en el caso de Paul, la búsqueda de la felicidad lo llevaría al amor que casi le arruinaría la vida.

Talitha Pol era muy guapa, con carita de muñeca, una naturaleza entusiasta y sensual y una sensación de felicidad que extendía a las personas que la rodeaban. Era esa rareza peligrosa de mujer, una hechicera, y solo en retrospectiva se ve el peligro que las hechiceras pueden representar para otros, y en último término para sí mismas. Porque aquellos que caen bajo su conjuro esperan demasiado, las miman en exceso y después les echan la culpa cuando se rompe el hechizo.

Aunque vivía en Londres, Talitha era holandesa. Su padre, Willem Pol, un pintor atractivo, se había casado con la hermosa Adine Mess, de una familia acomodada de Ámsterdam, en 1936. Tres años después se encontraban en Java en una expedición de pintura cuando estalló la guerra en Europa y la invasión de su país por Alemania los retuvo en Indonesia.

En septiembre de 1940, los Pol seguían en Java cuando nació Talitha, y en lugar de llevarla a Europa, se trasladaron a Bali, donde fueron capturados y encerrados cuando llegaron los japoneses en 1943. Sus condiciones en cautividad fueron terribles. A Willem lo separaron de su esposa y de su hijita bebé, y aunque volvieron a reunirse cuando se rindieron los japoneses, Adine nunca se recuperó de sus sufrimientos. Murió en 1948.

Cuando Willem volvió a casarse, tres años después, fue con la hija de un pintor británico de una generación más vieja: Poppet, hija de Augustus John. Compraron una casa sencilla en Londres en Chilworth Street, en Paddington, pero iban de vacaciones a una casita en lo que entonces era el pueblo aletargado de Ramatuelle, cerca de Saint-Tropez, en el sur de Francia.

Poppet, que no tenía hijos propios, hizo de madre con Talitha, quien necesitaba mucho afecto después de los horrores del campo de prisioneros. Talitha aprendió a amar el sur de Francia y Poppet, su padre y ella estaban muy unidos.

Como muchas chicas guapas y mimadas, Talitha quería ser estrella de cine y en 1963 estaba en Roma actuando de extra entre una multitud en una escena de cinco segundos de la eterna *Cleopatra*. En esa breve visita no conoció a Paul Getty Junior y, después, aparte de varias proposiciones carnales de varios productores, su carrera en el cine parecía acabada. Eso no le preocupaba mucho. Con su belleza y los contactos de su familia, podía disfrutar de una vida social animada en Londres y luego casarse.

Para una hechicera como Talitha, eso no habría sido difícil.

—Tenía habilidad para atraer hombres inteligentes más mayores, pero prefería la compañía de otros más jóvenes y elegantes —recuerda una amiga suya.

Y algunos de ellos eran muy elegantes. Lord Lambton la conocía, lord Kennet la consideraba un «absoluto bombón» y lord Christopher Thynne se enamoró de ella. Pero este último también recuerda que «era muy dificil ser novio de ella porque era una coqueta tremenda y nunca sabías dónde estabas con ella». Al parecer, lo mismo les pasaba a todos sus amantes.

Ella no era tan despreocupada como aparentaba y acarreaba todavía las cicatrices mentales de su infancia en un campo de prisioneros. Lord Christopher dice que en una ocasión le hizo en broma el gesto del mal de ojo, apuntándola a la cara con dos dedos extendidos, y ella se apartó asustada. Él le preguntó por qué y ella le dijo que el gesto le recordaba cómo metían los guardias a los niños los dedos en los ojos para hacerles daño.

Una gran parte de su coquetería servía para cubrir su inseguridad. Lo que necesitaba era alguien joven, rico y atractivo que la cuidara, alguien como el ahora soltero Paul Junior. Solo faltaba el catalizador para que eso ocurriera.

En los relatos góticos a menudo hay un mensajero de muerte, que emerge de las sombras, interpreta su funesto papel y luego parte para su destino desgraciado y separado. Con Talitha y Paul, ese papel lo interpretó Claus von Bülow. Después de la muerte de Jean Paul Getty en 1976, Von Bülow dejaría Inglaterra por Norteamérica y se casaría con la heredera Sunny von Anersberg, que había heredado una fortuna de setecientos millones de dólares de su padre, George Crawford, el multimillonario empresario de energía estadounidense. Y hay una simetría lúgubre en el modo en que Von Bülow, que un día sería acusado de intentar asesinar a su rica y glamurosa esposa, dirigía ya a Paul y Talitha hacia un desastre igual de horroroso.

Von Bülow vivía en un apartamento grandioso en Belgravia y conocía a Talitha. Poco después del Año Nuevo de 1965, la invitó a cenar. Como muchos en aquella época, Talitha estaba fascinada por Rudolf Nureyev, que acababa de desertar y empezaba su carrera en Londres con el Royal Ballet. Ya lo había conocido en casa de Lee Radziwill en Henley-on-Thames, y Von Bülow le dijo que iba a ir y le prometió colocarla a su lado en la cena.

Pero el temperamental cosaco no apareció y Von Bülow la sentó al lado de Paul. Este había ido a Inglaterra a visitar a su padre y no esperaba conocer a una mujer tan guapa y tan divertida en Londres.

A la mañana siguiente, Talitha se quejó de un resfriado en la casa de Chilworth Street y le dijo a su padre que se quedaría en la cama. Willem, que la había oído regresar de madrugada, sospechó que tenía resaca y la dejó dormirla.

Pero esa misma mañana, Poppet Pol regresó de compras y encontró a un hombre joven en la puerta con una voluminosa caja de flores. El hombre le preguntó dónde vivía Talitha Pol y cuando ella le preguntó quién era, él se presentó.

Poppet lo invitó a entrar y, después de conquistar a sus padres, Paul Getty Junior invitó a Talitha a Sutton Place a conocer al padre de él.

Sorprendentemente, ella no le impresionó, porque el anciano mujeriego poseía una vena puritana que desaprobaba a las chicas modernas con minifalda. Pero si Talitha no pudo entenderse con el viejo Paul, eso no le impidió ver los atractivos del hijo. Cuando lord Christopher la vio unos días más tarde, supo enseguida que sus esperanzas eran vanas. Poco después Talitha y Paul Junior volaban juntos a Roma.

Esa fue la última vez que los vieron los Pol hasta el verano siguiente, cuando fueron los dos a Ramatuelle. Willem encontró a Paul «más agradable» que nunca, de trato fácil, erudito y todavía un poco tímido.

En aquel momento no se hablaba todavía de matrimonio. Pero, a todas partes donde iba con Talitha, la gente comentaba qué pareja tan atractiva y feliz hacían.

Arrangiarsi –una palabra italiana que describe una especialidad romana–significa literalmente «ordenarse uno».

En la primavera de 1966, la vida se iba ordenando sola en torno a los Getty romanos, con esa facilidad engañosa que es otra especialidad de la ciudad. Brillaba el sol, Gail se había instalado con Lang en un piso grande en un barrio moderno de la ciudad y Paul y Talitha vivían felices juntos en un ático lujoso al lado de Carlo Ponti en Piazza Aracoeli.

En el centro mismo de la Roma antigua, la venerable iglesia del Aracoeli, el altar del cielo, derivaba su nombre del altar que el emperador Augusto había levantado supuestamente en un templo de allí después de que se le hubiera aparecido la Virgen con el niño.

Paul y Talitha, pues, además de vivir en un lugar muy de moda, vivían en una de las partes más históricas de la Roma antigua. También estaban cerca de la «tarta de bodas», el gran monumento blanco de mármol dedicado a Víctor Manuel, el primer rey de la Italia unificada. Y muy cerca estaba el balcón desde el que Mussolini, en otro tiempo héroe de Getty, había arengado a la multitud de Roma en Piazza Venezia.

Pero eso era cosa del pasado. Por el momento, ya que todo el mundo estaba contento con la situación presente, se trataba de aclararla lo más deprisa posible y del modo más justo.

A pesar de su primer acuerdo, Paul y Gail se habían divorciado por fin, pero como había sido un acuerdo tan amistoso y Gail no había recibido nada, decidieron invitar a su común amigo Bill Newsom para que ayudara a arreglar los detalles del acuerdo sobre los niños. Bill era un abogado de éxito en San Francisco que había estudiado en el instituto San Ignacio con Paul y con Gordon. Todos lo conocían y confiaban en él y él conocía la ley, así que lo invitaron.

Y William Newsom llegó a Roma. Siempre había apreciado mucho a Paul, pero también era precavido con él. Respondía a su encanto, su inteligencia, su ingenio, todo lo cual recordaba a los de su madre Ann, pero también recordaba algo de su lado salvaje del pasado.

Allí en Roma, sin embargo, Paul era un enamorado feliz y, cuando Paul era feliz, era el más irresistible de los mortales. (Otra cosa era cuando la negrura se apoderaba de él). Así que a Bill Newsom le resultó relativamente fácil organizar los detalles de un acuerdo para los niños.

Como Gail no pedía pensión alimenticia para ella, Paul estaba dispuesto a pagar aproximadamente un tercio de sus ingresos netos en manutención para los niños. En 1965, eso implicaba un tercio de cincuenta y cuatro mil dólares más gastos médicos y de colegios. También se acordó que, por encima de cincuenta y cuatro mil dólares, habría una escala ascendente, de modo que, si los ingresos de Paul superaban un millón de dólares, un cinco por ciento

anual iría a fondos fiduciarios, de los que Paul, Gail y Bill Newsom serían los administradores.

En el acuerdo se insertó una cláusula adicional. Para proteger a los niños de posibles cazadotes cuando todavía eran jóvenes, se decretó que se desheredaría de los beneficios del fondo a cualquiera de los hijos que se casara antes de los veintidos años.

Todo eso parecía generoso y directo, aunque no impediría que el acuerdo causara problemas en el futuro. Pero igual que todo el mundo aquel verano, Paul solo quería que todos fueran felices.

Bill Newson sentía lo mismo, y cuando subió a su avión en Fiumicino para San Francisco, se sentía esperanzado por el futuro de sus amigos.

Parecía que todo salía bien, y el clima ideal, que se prolongó durante agosto y septiembre, convirtió aquel en un verano italiano de celebración para los Getty. Gail y Lang, que querían tener un lugar lejos de Roma adonde pudieran llevar a los niños, encontraron una casa en la Toscana llamada la Fuserna, en el pueblecito de Orgia, al sur de Siena. La casa era ridículamente barata, pero necesitaba reformas. El pueblo seguía milagrosamente intacto, el paisaje era espectacular y a todos los que pasaron por allí les encantó. Para los niños esa sería su casa favorita, el lugar donde pasarían las vacaciones, jugarían con los niños del pueblo y buscarían setas en otoño en los bosques cercanos.

Mientras, en Roma, hasta Paul el viejo parecía estar de buen humor cuando llegó al hotel Flora con Mary Teissier.

Una vez escribió sobre el emperador Adriano que «el gran viajero había llegado a un momento de la vida en el que las molestias del viaje le hacían odiar los viajes largos». Él, con setenta y pocos años, sentía lo mismo. Cada vez lo asustaba más viajar e ir a Italia había sido una dura prueba emocional. Como no volaba y no se arriesgaba a los ferris del Canal de la Mancha, su respuesta había sido embarcar en el Queen Elizabeth en Southampton al comienzo de su viaje transatlántico y desembarcar en Cherbourg. Hasta él admitía que era improbable que un transatlántico naufragara en el Canal de la Mancha.

Pero una vez en Roma, se sintió seguro en el refugio de su adorado hotel Flora, y empezó a visitar los lugares que siempre había amado. De nuevo tuvo aquella extraña sensación de *déjà vu*, de haberlo visto todo siglos antes, cuando caminaba por el foro romano.

Pero esa sensación de regreso al pasado fue más intensa cuando visitó su edificio favorito, la gran rotonda del Panteón de Roma, que había sido reconstruido en su forma actual por el emperador Adriano en el 120 después de Cristo. Allí parecía sentir un orgullo personal por su supervivencia, y al volver a ver el edificio, le contó a Mary algo que solo se le podría haber ocurrido a él.

Le preguntó si se le había ocurrido pensar que el Panteón estaba tan bien construido que, durante toda su existencia, no había necesitado nunca un seguro contra incendios.

—Piensa cuánto dinero se ha ahorrado con eso —añadió—. De haber estado asegurado desde el día en que fue construido hace dos mil años, las pólizas totales con los intereses combinados sumarían más dinero del que hay hoy en el mundo.

Era una idea sombría, y un motivo para felicitarse. Pero al mismo tiempo, al mirar el edificio, se dio cuenta de que Adriano había desperdiciado una oportunidad espléndida de inmortalizar su nombre. El emperador había sido demasiado modesto al dar todo el mérito del edificio a su fundador original, el cónsul Marco Agripa, cuyo nombre habían colocado en letras gigantes en el frontón.

Decidió que él no repetiría ese grave error cuando construyera otra villa romana para perpetuar su memoria. Llevaba un tiempo pensando hacerlo, aunque hasta 1968 no empezarían los trabajos. Pero ahora había decidido crear un museo cerca de su rancho en Malibú, que albergaría su colección de muebles, estatuas de mármol y los cuadros que compraba.

Había habido ya conversaciones sobre la forma del museo, pero, después de oír consejos contradictorios, había decidido lo que quería exactamente. Unos años antes, en un viaje a Nápoles, había visitado la legendaria villa del millonario romano Calpurnio Pisón, que había quedado enterrada en cenizas volcánicas en la erupción del Vesubio que había destruido Herculano y Pompeya.

Getty, tan obsesivo de los detalles como siempre, se había tomado la molestia de informarse bien. Había sido excavada en la década de 1760 para el rey de Nápoles, por un arqueólogo alemán, y Getty había estudiado su informe, junto con los planos de la villa, los tesoros que había albergado y la

gran cantidad de registros en papiros preservados en el polvo volcánico, que habían dado su nombre al sitio: la Villa de los Papiros.

Había quedado muy impresionado, y como estaba convencido de haber sido el emperador Adriano, la Villa de los Papiros tuvo un significado especial para él. Adriano había sido amigo de Pisón y había visitado a menudo su villa, lo que implicaba que él, Getty, también había estado allí.

Adriano había tenido el poder imperial de ordenar la construcción de templos y grandes edificios públicos en los rincones más alejados de su imperio. Deseoso de «emular su espíritu», Getty repetiría ahora aquellas actividades y recrearía aquella villa que conocía tan bien en un lugar lejano que también conocía: mirando al Pacífico en la costa de Malibú.

La harían idéntica a la villa de Pisón, con la misma decoración en las paredes, las mismas plantas y arbustos, incluso copias de las estatuas de bronce originales de los jardines. Puesto que era tan rico como cualquier emperador romano, podía procurar que la villa tuviera tesoros todavía más prestigiosos que los de Pisón. Y por fin podría corregir el error que había cometido al construir el Panteón. En la villa que construiría en California aparecería su nombre y solo el suyo.

Durante esa visita a Roma, Getty, que empezaba a ser bastante benigno como padre de familia, acompañó a Gordon en una ocasión familiar muy poco corriente: la grabación de una ópera completa en el teatro de la ópera de Nápoles, a la que Paul Junior destinaba veinte mil dólares.

El presupuesto no llegaba para una de las óperas de Verdi, como le hubiera gustado a Gordon, y su hermano había elegido una de las óperas menos conocidas de Mozart, *Il re pastore* (El rey pastor). Es la historia de una herencia perdida y el descubrimiento de un rey disfrazado de pastor en el alegre mundo de la mitología clásica. Cuando el anciano y sus dos hijos oyeron a la encantadora Lucia Popp cantar el papel protagonista en una de las óperas más alegres de Mozart, la música, por una vez, quizá hacía juego con el espíritu con el que afrontaban el futuro.

Capítulo 13

BODAS ROMANAS

En diciembre de 1966, como si quisieran subrayar el papel que interpretaba Roma en el destino de los Getty, Paul y Talitha se casaban en el mismo lugar donde se habían casado Gail y Lang Jeffries unos meses antes, y donde Jean Paul Getty se había casado con Teddy Lynch en 1939: el Ayuntamiento, el Campidoglio, coronando el Capitolio romano, el punto central de la Roma antigua.

Era un lugar espectacular para una boda, con vistas de las ruinas del Foro romano y el cercano Palacio de los Senadores de Roma. La antigua estatua ecuestre de bronce del emperador Marco Aurelio ocupaba todavía el pedestal que había diseñado para ella Miguel Ángel, y las estatuas antiguas de Cástor y Pólux, guardianes de Roma, flanqueaban las escaleras que descendían hacia la ciudad. Las fotografías de la boda muestran a Talitha vestida con una minifalda de novia con bordes de visón, con un lirio en la mano y el aspecto de la chica-flor de los sesenta que era, entre dos adultos sonrientes, Paul y Penelope.

Paul, a los treinta y cuatro años, era más guapo que nunca, y su sonrisa muestra el encanto tímido que la gente recuerda todavía. Penelope, con un abrigo bien cortado, representaba al padre del novio, que estaba demasiado ocupado haciendo dinero para asistir. (Según una historia, le dijo a un magnate del petróleo que lo visitó que no estaba enterado de la boda).

Aunque nadie echaría de menos al Getty mayor, ni en la ceremonia ni en el almuerzo de bodas que siguió en el restaurante Casa Valadier, en los jardines de Villa Borghese. Y menos todavía en la fiesta de toda la noche que tuvo lugar en el apartamento de un amigo escultor. Fue un acontecimiento memorable, una de varias «fiestas del año».

A la mañana siguiente los recién casados se levantaron temprano y partieron para una prolongada luna de miel en Marrakesh.

Por supuesto, el anciano estaba enterado de la boda, pero no aprobaba nada de lo relacionado con ella. Para entonces se había desencantado del atractivo Paul Junior, lo cual, combinado con sus crecientes problemas en la refinería de Nápoles, tensaba aún más su historia de amor con Italia.

El cambio de actitud de Getty hacia el hijo que antes era su favorito se debía a rumores que había oído respecto a Talitha y él. Al parecer, ambos se habían hecho *hippies* y se habían unido a la contracultura de los sesenta con un entusiasmo muy preocupante.

Al estar en Europa, Paul Junior se había perdido los inicios de la cultura *hippie* en su San Francisco natal. Pero parecía hecha especialmente para él. Y ahora, como el hombre de Molière que descubre de pronto que siempre ha hablado en prosa, Paul descubrió que siempre había sido un *hippie* por naturaleza. Talitha, nacida en Oriente, lo alentó por ese camino, y el pacifismo, la realización personal y el señuelo envuelto en drogas del Este magnético habían entrado en sus vidas con ganas.

Una especie de *hippismo* burgués era el modo de vida perfecto para una pareja como Paul y Talitha. Con su culto a una anarquía no violenta, su expresión personal y el rechazo al materialismo occidental, el movimiento *hippie* le iba como anillo al dedo a un rico de buen talante con poco que hacer. De la noche a la mañana, no había nadie más *hippie* en Roma que Paul y Talitha, pero ni siquiera Paul podía conseguir combinar la ética *hippie* con la industria del petróleo. Nada parecía más destructivo para el alma que la actividad de la que provenía el dinero de su familia. No había mayor tortura que tener que trabajar con traje oscuro en las oficinas de Getty Oil Italiana. Así que raramente pisaba ya esas oficinas.

Gail y los niños tampoco lo veían mucho, aunque todavía vivían todos en Roma. Una tarde en que la familia había disfrutado de una película inglesa en el cine Fiammetta, vieron entrar a un *hippie* barbudo con pelo largo y gafas pequeñas al estilo de John Lennon. Solo el pequeño Paul reconoció a su padre.

Poco después de eso, Paul y Talitha fueron a Tailandia, donde tuvieron sus primeros experimentos serios con las drogas. En Inglaterra, alguien en Sutton Place enseñó al viejo una revista en la que había fotos de su hijo, barbudo, con el pelo largo y vestido en lo que el pie de página describía como *un*

traje de terciopelo verde teñido con tinte natural que volvería verde de envidia a cualquier hippie.

El viejo Paul no quedó impresionado, pues, a diferencia de su hijo, no era un *hippie* innato, y aunque el emperador Adriano había llevado barba desde los treinta y dos años, al viejo Paul siempre le había disgustado el pelo en la cara.

En Sutton Place no faltaba información sobre lo que ocurría en Roma, y en particular sobre los asuntos de Getty Oil Italiana. Padre e hijo se gritaban por teléfono.

—Cualquier idiota puede ser hombre de negocios —gritó en una ocasión Paul Junior. Lo cual era como si el príncipe de Gales informara a Su Majestad de que cualquier idiota podía ser rey.

Poco después de esa escena, la última amante de su padre, la famosa duquesa de Argyll, anunció tranquilamente durante un almuerzo en Sutton Place que había oído que Paul Getty Junior se inyectaba heroína. Getty se sintió profunda y dolorosamente escandalizado. Tenía un horror genuino a las drogas y fue entonces cuando rompió relaciones con su hijo hasta que prometiera dejarlas. Paul Junior no quiso prometerlo, y poco después de eso presentó su dimisión como director general de Getty Oil Italiana, que su padre, como presidente de la empresa, aceptó.

Eso dejó a Paul sin empleo, pero no sin ingresos, que ese año se acercaron a los cien mil dólares del fondo de la abuela Getty.

Era a principios del verano. Los turistas estaban ya en la ciudad y el ático resultaba sofocante en las tardes romanas. Ahora que Paul estaba sin trabajo, ¿no iban a sentir los recién casados esa aflicción romana que se conoce como *accidie*, el aburrimiento que afligía a monjes y cortesanos?

Carpe diem, dice una inscripción recurrente en la ciudad, en sus monumentos y edificios públicos.

Carpe diem, aprovecha el momento.

Y eso hicieron.

Le Palais Da Zahir (una mezcla de árabe y francés que significa «El palacio del placer») había pertenecido a un promotor francés llamado *monsieur* Aigret, que lo había comprado veinte años antes para especular y

no podía venderlo. Había permanecido vacío desde entonces, en el pintoresco barrio antiguo de Marrakesh conocido como Sidi Mimoun.

El emprendedor Bill Willis –un decorador de interiores estadounidense moderno y amanerado– se lo había mostrado a Paul y Talitha cuando estaban de luna de miel y ellos se habían enamorado y lo habían comprado por diez mil dólares. Desde entonces, Bill lo había restaurado con calma. Había reparado el trabajo de madera y los mosaicos antiguos, lo había llenado con profusión de objetos decorativos, muebles y alfombras, y había encargado azulejos hechos especialmente en Fez para reemplazar los azulejos antiguos que faltaban.

Paul había conocido al atractivo Bill cuando este tenía todavía la pequeña tienda de antigüedades encima de la escalinata de la plaza de España de Roma. Bill siempre había tenido instinto para los muy ricos, una cualidad indispensable para triunfar en su profesión, y él tenía mucho éxito. (Desde entonces ha decorado villas para Alain Delon, Yves Saint Laurent y la hermana del rey de Marruecos).

Cuando Da Zahir estuvo terminado, a John Richardson (distinguido biógrafo de Picasso) le pareció siniestro, pero a la mayoría de los visitantes les parecía divertido y les gustaba.

La puerta principal era azul (azul contra el mal de ojo), tenía cuatro patios separados (en uno de los cuales Talitha plantó rosas), vistas espectaculares de las montañas del Atlas desde el tejado y un aire de belleza intemporal y decadencia que era parte del encanto del viejo Marrakesh, el de antes de que construyeran la carretera de circunvalación y el aeropuerto moderno.

Tout lasse, tout casse, tout passe. Y en ninguna parte tan seductoramente como en Marrakesh, «la ciudad más meridional de la historia civilizada», como la describió una vez Sacheverell Sitwell.

Desde los días de la guerra, en la que estadistas aliados como Churchill y Eisenhower iban allí a disfrutar del clima y el paisaje, la ciudad se había puesto de moda como lugar de paso en el camino *hippie* hacia el este. Con Paul y Talitha instalados allí, Da Zahir se convirtió en parte de ese mismo camino.

—La casa era un sueño, como tantas cosas de las que rodeaban a Talitha y Paul —dice un visitante recordando aquel verano—. Siempre estaba de fiesta, era una fiesta perpetua con personas fascinantes y divertidas y donde siempre ocurría algo maravilloso. Podían ser malabaristas, videntes o

músicos. Una noche apareció de pronto un general marroquí con un grupo privado de bailarinas. Gracias a Talitha, la comida era deliciosa... Cuando la había.

Paul y Talitha no eran riquísimos como anfitriones, desde luego, no al nivel de expatriados multimillonarios estadounidenses como Peggy Guggenheim o Barbara Hutton. Pero llevaban el apellido Getty, con su promesa de riqueza inminente, lo cual podía resultar más emocionante que la pesada realidad de riqueza absoluta.

Aun así, eso los separaba de algún modo de todos sus invitados. No porque estos fueran pobres o aburridos. Al contrario, entre ellos había genios literarios como Gore Vidal, personas muy famosas como Mick Jagger y cosmopolitas con un nivel social impresionante, como el príncipe Dado Ruspoli.

Pero como hijo de uno de los seres humanos más ricos del mundo, Paul empezaba a proyectar un toque del distanciamiento reverente que mostraba en otro tiempo la realeza menor europea. Dos siglos antes, podría haber sido un delfín o un rey Borbón. Ahora Talitha y él se convertían en miembros de una superclase solitaria con reglas, gustos y costumbres propios.

Los padres de Talitha, que no sospechaban nada de eso, llegaron a Da Zahir a finales de ese otoño para pasar dos semanas de vacaciones. Al encontrar los jardines iluminados por velas de alcanfor, grandes fuegos con troncos de olivo a ambos extremos de habitaciones grandes con techos altos de vigas, el aire oliendo a jazmín y humo de leña y manjares deliciosos consumidos por la noche bajo las estrellas sobre alfombras carísimas, su primera impresión era predecible: *Las mil y una noches*.

Pero les llamó la atención que Talitha y Paul parecían malhumorados a menudo. Y también el gran número de invitados gorrones, cuya presencia podía enojar tanto a su yerno que los Pol le oyeron gritarle a Talitha que los echara. Cuando sucedió eso, Talitha se deprimió.

Después llovió mucho, y a pesar del trabajo de buen gusto del señor Willis, había goteras. Y por fin se les ocurrió a los Pol que había otras razones aparte de la lluvia y los invitados para el mal humor de Paul y Talitha. Como dijo Poppet, Willem y ella se dieron cuenta de que la dieta en

Da Zahir no se limitaba a zumo de naranja, cordero lechal a la brasa y pastel de cebolla.

Los pasteles de la pastelería Mr Very Good tenían ingredientes curiosos, como también la mermelada casera que dejaba un sabor persistente y tanto gustaba a todo el mundo. En Poppet producía el efecto de intensificar los colores y de que todo se moviera a cámara lenta. Willem decía que él habría preferido dos *whiskies* dobles. Poppet no tardó en descubrir a su costa que, además de sopor, las drogas podían inducir una locuacidad extrema en otros.

Una noche, en la cena, estaba sentada al lado de un joven agradable de pelo largo rubio, que se quedó dormido entre plato y plato y apoyó la cabeza en su hombro. Cuando despertó, empezó a suplicarle que le permitiera llevarla con él en un viaje, pues le explicó que, aunque el LSD era maravilloso, era mejor tener a alguien al lado hasta que te acostumbrabas a él.

A pesar de las muchas personas encantadoras que había, la escena de drogas de Da Zahir no cautivó precisamente a los Pol, y cuando partieron para Francia poco después, los inquietaba el futuro del matrimonio Getty.

Su inquietud se calmó un tanto cuando Talitha tuvo un hijo en Roma el 30 de mayo de 1968, pero les preocuparon los nombres que le pusieron: Tara Gabriel Galaxy Gramaphone Getty.

Un niño rico con un nombre tonto, como dijo un periódico de San Francisco, la ciudad natal de Paul.

Después Talitha y Paul volvieron a sus viajes —«Venid al este, amantes jóvenes, importa el viaje, no la llegada»— llevándose consigo al bebé Tara G. G. G. y a una atolondrada niñera inglesa, en dirección a Indonesia y Bali para buscar personas y lugares que Talitha recordaba de su infancia rota.

Pero la antigua casa de los Pol en Bali había sido destruida. Las habilidades culinarias de la niñera no iban más allá de huevos revueltos y, aunque Tara empezaba a desarrollar un odio vitalicio por ellos, Paul y Talitha empezaban a habituarse a algo más exótico. Lo que Paul deseaba más que nada en ese momento era felicidad... junto con paz y amor y la autoconciencia exacerbada que solo pueden procurar las drogas. Lo mismo

le sucedía a Talitha. Pero en sus cartas a los Pol empezaba a insinuar que no era feliz. La heroína le producía una sensación de persecución e incomodidad cada vez mayores y le preocupaban también manchas que tenía en la cara. Para entonces, Paul y ella eran ya totalmente adictos.

Cuando los Pol fueron a verlos a Roma, los asustó el cambio que vieron en los dos. Hasta Poppet sabía lo bastante para darse cuenta de que eso no se debía a los ingredientes de las galletas de Mr Very Good.

El conjuro de la hechicera se había roto. Talitha le dijo a su padre en privado que no podía seguir así, estaba asustada y quería volver a Londres. Pensaba que, por el bien de Tara, tenía que salir de las drogas, del movimiento *hippie* y de Italia.

Poco después de eso, una amiga de Talitha, de paso por Roma, llamó al apartamento de Piazza Aracoeli por si tenía ocasión de verla. No sabía que Talitha había vuelto a Londres y, al encontrar la puerta abierta, entró y subió las escaleras en su busca. No había nadie por allí, pero oyó música en la parte alta de la casa y fue a investigar. Encontró a Paul reclinado en cojines puestos en el suelo, fumando opio. Estaba perdido en su mundo y no fue consciente de la presencia de ella.

Con el matrimonio haciendo aguas, ninguno de los dos cónyuges era fiel y pronto hubo otra mujer en escena: Victoria Holdsworth, exmodelo y exesposa de Lionel Brooke, el último rajá blanco de Sarawak. Victoria era joven y muy hermosa, y desde que estuviera de vacaciones en Marrakesh, Paul la había visto a menudo, por lo que ella dice que su historia de amor empezó en ese periodo. Pero aunque Paul estaba encaprichado de Victoria y se volvió dependiente de ella, también permaneció profunda y posesivamente enamorado de Talitha.

Una de las ventajas de la riqueza es que siempre puedes archivar tus problemas, mantener una amante, comprarle a una esposa desgraciada una casa en otro país y resolver así todo y nada.

Así fue como alcanzaron una especie de compromiso. Paul iría a Londres con Talitha, donde comprarían una casa juntos para que ella pudiera vivir allí con Tara, empezar de nuevo y someterse a una cura para su adicción a la heroína. Paul, entretanto, seguiría viviendo en Roma con Victoria, pero también iría a ver a Talitha y Tara a Londres tanto como pudiera. De ese

modo, la vida seguiría adelante, nadie sufriría y todo el mundo estaría contento.

Queen's House, en el Cheyne Walk de Chelsea, debía de haber sido, en su época, una de las casas más encantadoras de Londres. Construida al lado del Támesis en 1707 y a veces atribuida por error tanto a Wren como a Vanbrugh, había sido modernizada por el arquitecto Lutyens en la década de 1930 y seguía siendo una de las residencias más deseables en aquel barrio muy apreciado cuando Talitha y Paul la vieron por primera vez.

Su nuevo dueño, con la esperanza de exorcizar sus fantasmas, le había devuelto el nombre original de Tudor House, pero durante este periodo siempre fue conocida como Queen's House.

Poseía un salón principal de doce metros de largo, con paneles originales del siglo xviii y vistas espléndidas del río, un jardín antiguo que había sido en otro tiempo parte del original Chelsea Manor, una verja magnífica, obra de un herrero anónimo de Surrey, y uno de los comedores más hermosos de Londres.

Pero lo que atrajo a Paul de ella fue que, en la década de 1860, había sido durante varios años el hogar de uno de sus héroes, el poeta y pintor prerrafaelista Dante Gabriel Rossetti. La Hermandad Prerrafaelista, fundada por Rossetti con los pintores Millais y Holman Hunt, tenía un lugar especial en el corazón y la mente de la generación *hippie* de los sesenta, que los consideraban precursores victorianos de gran parte de sus creencias actuales: el idealismo romántico, una actitud libre y no moralista hacia el sexo y, en el caso de Rossetti, un fuerte elemento de alucinaciones inducidas por drogas que detectaban en sus cuadros.

Queen's House era uno de los santuarios de la Hermandad, pues allí había ido a vivir Rossetti en 1862, después de la muerte misteriosa, unos meses antes, de su modelo favorita, Lizzie Siddal, su esposa drogadicta de cabello caoba, que había tomado una sobredosis de láudano en su presencia y cuyos rasgos aparecen en muchos cuadros de él.

La historia de Rossetti fascinaba a Paul. Porque, fueran las que fueran las razones de la muerte de Lizzie, esta había marcado al pintor con un ataque repentino de infortunio muy romántico. Estaba en la cumbre de sus poderes como artista, pero a partir del momento en el que entró en Queen's House,

los remordimientos y el dolor por la muerte de su esposa empezaron a obsesionarlo. Adicto ya al cloral, uno de los narcóticos preferidos por los victorianos, empezó a depender cada vez más de él para calmar sus nervios y aliviar su tristeza. Bebía también en cantidades alarmantes, pese a los intentos de amigos como el poeta Swinburne y el novelista George Meredith, por hacer que parara. Bajo la influencia de las drogas se volvió cada vez más ermitaño, le falló la salud y murió en 1882 a los cincuenta y cuatro años.

A Paul le encantaba la asociación tan fuerte que había entre Queen's House y los prerrafaelistas, y parecía no importarle la naturaleza sombría de la historia... ni los paralelismos que pudiera tener con él. Al contrario, después de sentir que tenía tanto en común con los prerrafaelistas y de haber comprado la casa, se mostró ansioso por restaurarla para que se pareciera lo más posible a lo que debía de haber sido en los años en los que el pintor había vivido allí.

Por una extraña coincidencia, Poppet y Willem Pol también conocían la casa, pero con un aspecto muy distinto al de la residencia sombría de Rossetti durante sus «años del cloral» en la década de 1860.

La reforma de Lutyens había eliminado la lobreguez y las telarañas del pasado y en los años treinta la casa había sido propiedad de Hugo Pitman, el corredor de bolsa de la reina, quien era amigo de Ian Fleming y mecenas de Augustus John. Poppet recordaba haber ido de niña a la casa en varias ocasiones y ver cuadros de su padre colgados en las paredes. Hasta recordaba haber conocido allí a la reina Isabel (la madre de la actual reina). Siempre se había rumoreado que Pitman había estado enamorado de la reina, y los recuerdos de Poppet de beber champán en Queen's House con una reina de verdad daban un aire muy especial a la casa.

Debido a eso, le escandalizó ver que los decoradores pintaban de colores oscuros los paneles del siglo xviii, colgaban cortinas sombrías e instalaban calefacción central moderna. La Queen's House que ella recordaba era un lugar alegre y luminoso, con chimeneas con fuegos en las habitaciones, y no le gustó que la casa adoptara la atmósfera de mal augurio que seguramente habría tenido cuando Rossetti vivía allí.

Cuando Talitha y Tara se instalaron allí, nada de eso pareció importar más. Talitha adoraba la casa y su regreso a Londres pronto se convirtió en un gran éxito, a medida que retomaba su vida social londinense. Su adicción a la heroína no era tan fuerte como la de Paul, para ella era más problema el alcohol. No le costaba mucho dejar la droga durante periodos enteros y en el verano de 1970 parecía completamente curada de la heroína, del pensamiento *hippie* y de Roma. También parecía curada de Paul, e incluso estaba en términos amistosos con el padre de este. El viejo Getty seguía negándose a hablar con su hijo, pero llevaba a cenar de vez en cuando a Talitha.

Inevitablemente, ella encontró un amante nuevo, y por fin pudo conocer a su antiguo héroe, Nureyev, y se dijo que ella había sido la única mujer de la que él estuvo enamorado físicamente en toda su vida. Pronto empezó a distanciar los viajes a Italia con Tara. En la primavera de 1971 reunió valor suficiente para comunicar a su esposo que quería el divorcio.

El hecho de que eso pillara por sorpresa a Paul es una muestra de la falta de contacto de él con la realidad. Insistía en que seguía enamorado de ella, y la perspectiva de perderla hacía que le pareciera más preciosa todavía. Le suplicó que fuera inmediatamente a Roma para hablar del tema. Ella se mostró reacia al principio, pero sus abogados le dijeron que, si podía probar que había intentado una reconciliación, eso reforzaría su posición en el divorcio. Así que el 9 de julio tomó el avión de la mañana a Roma.

Esa noche visitó a Paul en su viejo apartamento, pero el encuentro terminó mal y pasó la noche en la embajada holandesa de Roma (su tía, Lot Boon, estaba casada con el embajador holandés), después de prometer que volvería al día siguiente para continuar la discusión.

En su segunda noche en Roma, Talitha regresó a Piazza Aracoeli sobre las nueve y media. La atmósfera era más tranquila que la noche anterior, pues Paul había dejado claro que quería que ella volviera y estaba dispuesto a cambiar de vida de ser necesario. Dejaría las drogas y a su amante si ella prometía volver con él.

Si alguien sabe de cierto lo que sucedió entonces, es Paul. De algún modo, consiguió convencer a Talitha para que se quedara y ella se acostó en la habitación con terraza de la parte superior del apartamento, con vistas al Capitolio romano donde solo cinco años antes se había casado con Paul.

Paul despertó a la mañana siguiente poco después de las diez. Talitha no despertó más.

Capítulo 14

BAJAS

Jean Paul Getty había estado en Roma poco antes de la visita de Talitha y había invitado a Gail y los niños a pasar unos días de vacaciones en La Posta Vecchia. Gail y su familia contaban todavía con el favor del viejo, y ella recuerda especialmente un almuerzo en la casa en honor de un petrolero rival, el doctor Armand Hammer, director de Occidental Oil, que estaba también de visita en la ciudad.

El anciano Paul disfrutaba todavía provocando celos entre sus mujeres. Después de sentar a Gail a su lado, había murmurado:

—Mira esto.

Sabía que la presencia en la mesa de su última amante, la voluptuosa señora Rosabella Burch, alteraría inevitablemente a la insegura Mary Teissier. Pero en realidad fue Rosabella la que ofreció un espectáculo más interesante, al coquetear descaradamente durante el almuerzo con el envejecido pero claramente interesado doctor Hammer.

Durante su breve estancia en Roma, Getty se había negado a ponerse en contacto con Paul y habría regresado a Inglaterra a finales de junio sin verlo. No obstante, insistió en que Gail y los niños se quedaran unos días más si querían. Así lo hicieron y, debido a eso, acababan de volver a Orgia cuando Gail recibió una llamada de su alterado exmarido el 11 de julio por la tarde. Le dijo lo que había pasado y que se habían llevado a Talitha a la clínica Villa del Rosario en coma profundo. Allí habían intentado reanimarla sin éxito y había muerto poco después de medio día sin recuperar el conocimiento.

Parecía tan desesperado, que Gail decidió ir enseguida a Roma para estar con él. Lo encontró abrumado por la pena y lleno de remordimientos. No podía soportar volver a Piazza Aracoeli, por lo que ella le sugirió que fuera

a La Posta Vecchia. Él aceptó y, como parecía inconsolable, ella se quedó con él.

Todo el mundo lloró a Talitha, incluidos Gail y los niños. Como dice ella:

—Talitha no tuvo nada que ver con la ruptura de nuestro matrimonio y habíamos llegado a quererla mucho.

El funeral tuvo lugar en Ámsterdam, donde enterraron a Talitha en una tumba sencilla al lado de su madre. Entre los presentes estaban Paul, los Pol, algunos parientes cercanos y lord Lambton, el antiguo admirador de Talitha, que había ido en avión desde Londres con tres viejas amigas de ella.

Los Pol estaban paralizados por la pena, en especial Willem. Poco después tuvo un infarto, del que nunca se recuperó por completo. Pero el que se mostró más desgarrado en el funeral fue Paul. Con Talitha muerta, se dio cuenta de que la quería más que nunca. Golpeado por los remordimientos y la culpabilidad, no podía perdonarse por lo que había pasado y por haber sido incapaz de salvarla.

¿Pero qué había ocurrido exactamente aquella noche en Piazza Aracoeli? Como Paul se negó a decirlo, la secuencia de los acontecimientos nunca quedó clara y los hechos detrás de la muerte de Talitha siguen siendo un misterio.

Según el certificado de defunción firmado por los doctores de la clínica, la muerte se debió a un paro cardiaco y en su sangre había grandes cantidades de alcohol y barbitúricos. Como se sabía que Talitha bebía mucho y a veces tomaba barbitúricos para compensar los efectos del alcohol, no hay razones para dudar de lo que dice el certificado de defunción. Los barbitúricos y el alcohol juntos en grandes cantidades pueden ser una combinación letal, que bien podría haberle causado la muerte.

La cuestión es que Paul, como heroinómano, estaba en una posición vulnerable y no podía arriesgarse a decir nada sobre las circunstancias de la muerte de Talitha. La posesión de narcóticos era un delito castigado en Italia, que a menudo conllevaba pena de cárcel, y las cosas podrían haberse puesto muy feas para él si la policía hubiera iniciado una investigación oficial y se hubiera descubierto su adicción.

Para evitar eso y estar seguro fuera de Roma hasta que se aclarara la situación, optó por pasar un tiempo en Bangkok, ciudad que le había

encantado cuando la había visitado con Talitha en momentos más felices. En Tailandia las drogas estaban disponibles si las necesitaba, y dispondría de paz y tranquilidad para recuperarse de la muerte de ella y tomar decisiones de futuro. Para que no estuviera solo, Gail convenció a uno de sus amigos más antiguos de Roma, el exrestaurador Jerry Cierchio (famoso propietario del club Jerry's en la *via* Veneto) para que fuera con él. Si alguien podía lograr que Paul dejara de estar melancólico era Jerry, y durante sus dos meses de ausencia, Paul hizo lo que pudo por asimilar lo que había ocurrido.

Pero cuando volvió a Italia, empezó a resultar claro que él nunca se perdonaría. Estaba obsesionado con ello. A veces su pena se volvía insoportable y lo llevaba a depender de las drogas más que nunca, lo cual alimentaba sus ansiedades y su sensación de culpabilidad, hasta caer en un círculo vicioso.

Los niños también estaban afectados y Gail tuvo que lidiar con ellos sola, además de con Tara, de dos años y medio. Porque cuando habían hablado del futuro del niño, ella se había apresurado a decir:

—El lugar de Tara está con su familia, aquí en Roma.

Simultáneamente, tenía que lidiar con Paul, que se apoyaba en ella más que nunca en busca de consejo y a cuyo estado mental no ayudaban nada los rumores crecientes de que la verdadera causa de la muerte de Talitha no habían sido barbitúricos, sino una sobredosis de heroína tomada en presencia de él.

No había pruebas que apoyaran eso y, de hecho, resultaba improbable que, después de haber conseguido dejar la heroína y de haber convertido la adicción de Paul en una de las causas de su separación, Talitha hubiera sucumbido de pronto a esa droga en su segunda noche en Roma. Era igualmente improbable que, si hubiera muerto de verdad por la heroína, los doctores de la clínica hubieran pasado por alto esa prueba. Se ha asegurado que una autopsia que tuvo lugar ocho meses después de la muerte de Talitha mostró rastros de heroína en su cuerpo. Si eso es cierto, no prueba que la heroína fuera la causa de la muerte. La combinación de alcohol y barbitúricos habría seguido siendo la causa más probable. Además, en una adicta a la heroína como Talitha, esos rastros de la droga podrían haberse depositado en su cuerpo mucho tiempo antes de su muerte.

Durante un tiempo no pasó nada, pero como Paul era un adicto bastante conocido, los rumores continuaron. Pasó la Navidad con Gail y los niños.

Luego, con el Año Nuevo llegaron informaciones de que, debido a las amplias especulaciones, un magistrado conduciría una investigación sobre las causas de la muerte de Talitha. Por supuesto, querría entrevistar a su esposo, Paul Getty Junior.

La investigación iba a empezar en marzo. En la segunda semana de febrero, Paul voló a Londres y no regresó nunca a Italia.

Paul no tuvo valor para quedarse en Roma y afrontar a la policía antidroga para limpiar su nombre antes de una investigación italiana oficial. En primer lugar, tendría que afrontar un juicio paralelo en la prensa italiana, con la prensa y las televisiones mundiales ansiando cubrir la historia. Todos los detalles de su vida privada serían explotados con fines sensacionalistas, su vida con Talitha, con Victoria y con Gail y los niños. Amigos inocentes se verían también mezclados inevitablemente.

Pero el verdadero peligro era que cualquier investigación sacaría a la luz detalles de su adicción. Independientemente de lo que hubiera ocurrido con Talitha, eso le llevaría a un juicio con la probabilidad de acabar en la cárcel.

El juez emitió una petición para que Paul «vuelva aquí voluntariamente y ayude lo que pueda con la investigación». No obtuvo respuesta, y aunque Paul temió por un tiempo que pudieran extraditarlo a Italia, sus miedos resultaron ser infundados. Habría sido muy raro que los italianos pidieran la extradición en un caso relacionado con extranjeros cuyos gobiernos no exigían ninguna acción.

Así que la investigación sobre la muerte de Talitha no fue concluyente y el caso siguió abierto, pero Paul no pudo nunca regresar a Italia. Con sus hijos viviendo todavía en Roma, eso implicó que su ya escaso contacto con su padre prácticamente terminó del todo.

Quizá más grave fue que, al eludir la investigación, Paul se privó de la oportunidad de una explicación —o expiación pública— por la muerte de su esposa. Las acusaciones más improbables, que ella había tomado una sobredosis fuerte de heroína, que se la había dado Paul o que la había ayudado a pincharse, quedaron sin respuesta, y lo que de verdad ocurrió aquella noche de julio en el apartamento de Piazza Aracoeli quedaría siempre entre su conciencia y él.

Con todo eso pesando sobre su cabeza, Paul regresó a la casa que poseía al lado del río, donde un siglo antes, su héroe, Dante Gabriel Rossetti, había ido a rumiar la muerte de su hermosa Lizzie Siddal. Era también la casa en la que Talitha había vivido hasta hacía poco, y que Paul había restaurado con meticulosidad para que estuviera como cuando Rossetti vivía allí. Ahora parecía que lo había hecho demasiado bien y, gracias a un espeluznante giro del destino, se encontró reviviendo la saga sombría del horror de Rossetti.

Eso posiblemente fuera un factor importante en el comportamiento subsiguiente de Paul. Los heroinómanos a menudo son imitadores, encuentran seguridad y satisfacción en copiar el estilo de vida de otro adicto. En el caso de Paul, él casi podría haber sido Rossetti, y había una simetría perturbadora en el modo en que parecía duplicar sus acciones. Rossetti se había vuelto cada vez más ermitaño en aquella casa, atormentado por los remordimientos y recurriendo cada vez a mayores cantidades de alcohol y de cloral, hasta que prácticamente había destruido su salud. El comportamiento de Paul fue idéntico, excepto que él tenía drogas más eficaces del siglo xx.

Pero la causa de su desgracia era tan parecida a la de Rossetti, que las palabras empleadas por Hall Caine, el primer biógrafo de Rossetti, para describir su aprieto bien podrían aplicarse a Paul: «Sobre todo, tuve la impresión de que Rossetti nunca había dejado de reprocharse la muerte de su esposa como algo que se había debido, hasta cierto punto, a un fallo por su parte, o quizá a algo más grave».

Para alguien como Paul, Inglaterra, a diferencia de Italia y Estados Unidos, poseía una ventaja: su política oficial sobre las drogas. En Inglaterra la adicción se consideraba un problema médico más que social, y los adictos que se registraban con un doctor podían recibir legalmente su droga con receta médica. En teoría, la dosis iría disminuyendo poco a poco, pues el objetivo del «tratamiento» era principalmente terapéutico.

Así, para Paul, Londres era una especie de refugio, y encontró un doctor que estaba dispuesto a ir a visitarlo a Queen's House en su Bentley.

Con Paul allí, la casa se volvió tan idiosincrática como había sido en la época de Rossetti. Este había tenido una colección de animales en el jardín

(incluido su famoso *wombat*), pero Paul tenía animales disecados dentro de la casa. En su dormitorio había un recuerdo aún más curioso, una maqueta en madera de un hidroavión. Era, de hecho, una maqueta del legendario Spruce Goose, el gigantesco hidroavión de madera construido obsesivamente por otro hijo de un magnate del petróleo que se convirtió en un ermitaño famoso: Howard Hughes. Paul hizo lo mismo entonces, se encerró allí y convirtió la casa en un santuario a la memoria de Talitha y un gueto para encerrarse en el olvido.

Todo lo que tenía que ver con Talitha estaba preservado con amor, incluidas su ropa y sus cartas, sus fotografías y el retrato que le había pintado su padre.

A primera vista, la suya era una situación trágica. Desconsolado, adicto, apartado de los seres a los que quería y de su adorada Italia. Pero también podemos apreciar el terrible consuelo que ofrecía eso a alguien con el temperamento cada vez más solitario de Paul, y por qué lo tuvo enganchado tanto tiempo. Allí, en la misma casa donde un poeta romántico se había destruido con drogas mientras lloraba a su hermosa esposa muerta, él podía hacer lo mismo, continuar una tradición peligrosa de autodestrucción por drogas. El fantasma de Dante Gabriel Rossetti y él podían juntarse en su pena en torno al recuerdo de las hermosas difuntas.

Los días de Paul debían de arrastrarse interminablemente a veces, y en ocasiones sus depresiones eran terribles, pero era fuerte y obstinado y sentía que esa era la intención del destino. Se castigaba a sí mismo por lo que había pasado. Creyéndose sin valor, no podía encontrar mucho de valor en lo que lo rodeaba. Así, a pesar de toda su riqueza, su mundo se convirtió en un segmento minúsculo de un infierno muy íntimo. Escuchaba sus discos de ópera, veía mucha televisión, bebía mucho, comía poco y, cuando la vida se volvía insoportable, siempre tenía lo que parecía ser el antídoto perfecto.

En ocasiones intentaba dejar el hábito, pero eso era algo que siempre suele ser un problema para los adictos ricos. En las pocas ocasiones en las que no podía encontrar dinero para drogas, el apellido Getty servía para que le fiaran.

Aunque a menudo era solitario, no estaba solo. Victoria ayudaba a hacerle compañía, y él no tardó en reunir un grupo muy íntimo de amigos. Poco a poco, algunos de los miembros de la contracultura de los sesenta que habían sido amigos e invitados suyos en Marrakesh se fueron uniendo a su círculo.

Eran personas en las que podía confiar y que entendían su situación. Mick Jagger y su entonces esposa, Bianca, vivían a pocas casas de distancia en Cheyne Walk y lo veían mucho. Como también Marianne Faithful y Robert Fraser, galerista y heroinómano sin esperanza. Pero su visitante más importante, en relación con su futuro, era otro vecino, un antiguo alumno de Eton muy culto que tenía una pequeña tienda de antigüedades cerca de allí y había sido amigo de Talitha.

Christopher Gibbs había sido una persona muy conocida durante los años sesenta. Atractivo, estiloso y extremadamente bien relacionado –su padre era banquero y su tío gobernador de Rodesia–, era un personaje muy poco corriente. Después de asistir a la universidad en Francia y de haber estudiado arqueología en Jerusalén, se convirtió en alguien que marcaba tendencia en los sesenta con sus fiestas y con los muebles árabes y las alfombras que vendía. Su piso, a poca distancia de la casa de Paul en Cheyne Walk, se había usado como escenario de una de las películas emblemáticas de los sesenta, *Deseo de una mañana de verano*, de Antonioni. Pero su rol más famoso fue probablemente su amistad con el joven Mick Jagger. Fue Gibbs el que encontró Stargrove, la espléndida casa de campo victoriana de los Jagger en Berkshire y les ayudó a amueblarla. Gibbs estaba a menudo con ellos en Marrakesh, donde les presentó a sus amigos los Getty.

En su momento, Paul le había prestado mil doscientas libras esterlinas para una casita en la cordillera del Atlas. Gibbs todavía la tenía y estaba agradecido. Ahora que Paul necesitaba compañía y amigos en los que pudiera confiar, estaba ansioso por pagar su deuda. Además, Paul le caía bien y, como la mayoría de sus amigos, sentía una gran lástima por él.

Durante ese periodo, había un miembro de la familia que parecía completamente inmune a lo que sucedía: el patriarca de Sutton Place. A sus setenta y ocho años, Paul seguía controlando firmemente Getty Oil y era más rico que nunca. En 1971, con la producción en la Zona Neutral en su punto más álgido, su fortuna personal se elevaba a doscientos noventa millones de dólares, y la del Fondo Sarah C. Getty, a ochocientos cincuenta millones de dólares.

Getty había combatido él solo cierto número de ataques contra su imperio, y había salvado su flota de petroleros pese al declive en la demanda norteamericana, de modo que, cuando empezó la guerra árabe-israelí en 1973, Getty Oil estaba bien situada para beneficiarse de la escasez mundial de petróleo.

Típico en él, cuando le comunicaron la muerte de Talitha, no mostró ninguna emoción. Y lo mismo hacía con las noticias de Paul Junior.

—Ningún Getty puede ser un drogadicto —decía con firmeza.

Y aunque su hijo vivía a menos de cincuenta kilómetros de distancia, en Londres, se negaba rotundamente a verlo. De vez en cuando, Paul intentaba llamarlo por teléfono y suplicaba a Penelope que usara su influencia. Ella siempre conseguía la misma repuesta:

—Cuando deje de tomar drogas, hablaremos, pero hasta entonces no.

Doce días después de la muerte de Talitha, en una repetición de lo que su padre había hecho con él, Getty prácticamente borró a Paul de su testamento, al dejarle solo quinientos dólares.

Pero detrás de la demostración de fuerza, el señor de Sutton Place era vulnerable. Nunca había sido tan grande como habría querido, pero ahora parecía pequeño, con los hombros hundidos y manchas hepáticas moteando sus mejillas. De pronto, a pesar de su dinero y de las mujeres que lo rodeaban, parecía muy solo.

Su política de abandonar a sus hijos en la infancia y luego llamarlos para que ocuparan su lugar en el negocio cuando alcanzaban la mayoría de edad no había funcionado. No había cercanía ni afecto, ni había habido mucha comprensión entre ellos. Todavía estaba molesto con ellos, todavía los atacaba con rabia cuando sentía que amenazaban su posición única.

Aparte de Timmy –y solo había querido a Timmy después de muerto–, la única excepción durante un tiempo había sido su precioso Paul. Gail siempre ha dicho que era muy triste que Paul Junior no se hubiera dado cuenta de lo mucho que lo quería su padre hasta que ya era demasiado tarde. Posiblemente lo quería, pero cuando Paul cayó en desgracia, eso solo hizo que el corazón de su padre se endureciera aún más.

El único modo de poder preservar lo que hemos creado es a través de nuestros hijos, había escrito no hacía mucho el viejo victoriano que en realidad era por dentro. Si hubiera pensado eso antes, quizá habría tratado con más cuidado a los cuatro seres humanos de los que dependía eso.

En muchos sentidos, el trato más duro de todos había sido el que diera a su segundo hijo, el medio alemán, alto y desgraciado Ronald. Si este hubiera poseído algo del encanto de su medio hermano Paul, las cosas podrían haber sido distintas. Pero Ronald no era fácil. Tenía una vena obstinada que hacía que Getty comentara ocasionalmente:

—Ronnie es el hijo que más se parece a mí.

Pero la verdad era que, cuanto más mayor se hacía Ronald, más le recordaba a Getty a su abuelo alemán, su viejo enemigo el doctor Helmle. Y el deseo de revancha con el doctor Helmle estaba en la raíz de todos los problemas.

La exclusión de Ronald del Fondo Sarah C. Getty había sido una injusticia cruel que hacía que se sintiera discriminado con los demás miembros de la familia. Durante los altibajos de su relación, Getty a veces había hecho a su hijo la promesa de rectificar la situación e incluirlo en el Fondo Sarah C. Getty. Pero nunca lo había hecho. Quizá le preocupaba que, al aumentar el número de beneficiarios, pudiera dejar al fondo vulnerable frente a su eterno enemigo, Hacienda. Quizá en el fondo simplemente no quería incluir a Ronald y seguía buscando vengarse del doctor Helmle convirtiendo en víctima a su nieto.

Un efecto que tuvo eso fue hacer sentir a Ronald que no tenía futuro en el negocio familiar y en 1964, poco después de su matrimonio, dejó Alemania y su puesto en la empresa Veedol, propiedad de los Getty, y regresó a California. Estaba empeñado en hacer mucho dinero por su cuenta para probar su independencia y demostrar lo que pensaba de su padre. Desgraciadamente, eligió Hollywood, y demostró pronto que, a pesar del supuesto parecido con su padre, carecía de la capacidad obsesiva de Paul Getty para aprender todos los detalles de cualquier negocio en el que se embarcaba.

Había heredado casi dos millones de dólares de la abuela Getty, que siempre había pensado que lo habían tratado mal, y se alió con dos productores de Hollywood con los que produjo una serie de películas de bajo presupuesto, como *Flare Up*, con Raquel Welch, *Zeppelin* y *Sheilah*. Pero aunque esas películas se ven todavía en televisión, no consiguieron establecer su reputación ni su fortuna.

- —Yo tendré el dinero y ellos tendrán los conocimientos para hacerlo dijo Ronald, refiriéndose a sus coproductores.
- —Y al final, ellos seguirán teniendo los conocimientos y además tu dinero —repuso su padre, que, como siempre en lo relativo a los negocios, era increíblemente intuitivo.

Gordon era totalmente diferente. Y en los últimos tiempos, a pesar de su demanda civil y de sus diferencias de carácter, que eran considerables, Getty había empezado a sentir una admiración reticente por su despistado hijo.

Gordon tenía coraje y era inteligente. Probablemente demasiado, ese era su problema. Había contado sus teorías económicas a su padre, quien básicamente no podía entenderlas. Y Getty tampoco podía apreciar su música. Su gran voz atronaba en ocasiones los pasillos de Sutton Place.

—Gordon está ensayando —decía Getty, casi con benevolencia.

Pero casi siempre añadía que Gordon no era un hombre práctico. Aunque en ocasiones lo sorprendía porque algunas de sus ideas estrambóticas funcionaban. Como cuando sugirió que el sistema de calefacción del Pierre Hotel se podía utilizar para aire acondicionado en verano y ahorrar así varios millones de dólares en actualizar todo el sistema del hotel. Gordon también era un hombre de familia admirable y había seguido el ejemplo de su padre y producido solo varones. El viejo Paul estaba orgulloso de ellos.

Para demostrar que había perdonado la demanda, otorgó a Gordon el premio mayor que existía en el firmamento Getty: la todopoderosa posición de administrador del Fondo Sarah C. Getty. Pero por mucho que lo intentó, nunca consiguió que Gordon asumiera un papel más activo en el negocio del petróleo.

En contraste, su hijo mayor y heredero aparente, George, vicepresidente de Tidewater Oil, era muy consciente de la tradición familiar. Como muchos malos padres, Getty era voluble con sus hijos, favorecía a uno en contra de otro y creaba así celos igual que hacía entre sus mujeres. George era el más celoso de todos. Contaba muchas historias de sus hermanos para intentar ganarse el favor de su padre. Primero contra Ronald y después contra Gordon, durante la demanda, cuando llegó a decir que Gordon no era un

Getty sino que era hijo de Joe McEnerney, el tercer marido de Ann Rork, lo cual era ridículo.

Pero como vicepresidente de Tidewater, George había sufrido mucho. Su padre siempre había tenido instinto para las debilidades de otros y casi nunca las percibía sin atacarlas. Había sido implacable cuando las exploraciones de petróleo de Tidewater fracasaron una tras otra —en especial las de Paquistán y el Sahara— y había cerrado la sección de exploración de la empresa sin consultar a George. De modo similar, había vendido personalmente parte de la red comercial no rentable de Tidewater en la parte oeste de EE.UU., pasando por encima de George, en un trato que había hecho con John Houchim, de Philips Petroleum, en el hotel Flora, en su última visita a Roma. George se había enfurecido.

—Mi padre es el presidente al cargo de los éxitos y yo soy el vicepresidente al cargo de los fracasos —se lamentó. Una valoración de la situación bastante certera.

La vida personal de George también se había deteriorado desde que rompiera con Gloria, su exesposa, en 1967. Durante el procedimiento de divorcio, Gloria afirmó que George había sido distante, frío, sin sentimientos... todas las cosas que habían dicho las esposas de su padre sobre este.

Por un tiempo, George se creyó enamorado de lady Jean Campbell, la hija de lord Beaverbrook. Ella lo había conocido en una cena en Sutton Place y lo había encontrado «muy extraño, muy poco relajado y refiriéndose siempre a su padre durante la conversación como "señor Getty"». Ella encontró aquello raro e intentó persuadirlo de que lo llamara «padre» o incluso «papá», pero para él siempre era el «señor Getty».

—Comprendí entonces que George estaba muerto de miedo, completamente aterrorizado por el señor Getty y lo que el señor Getty opinara de él —dijo ella.

En 1971 George volvió a casarse —no con lady Jean, que prefirió a Norman Mailer— con Jacqueline Riordan, una heredera de San Francisco que había heredado treinta millones de dólares de su anterior marido, un financiero norteamericano de origen irlandés que había hecho fortuna con un dudoso plan de pensiones en Suiza y que había muerto cuando un deslizamiento de barro lo había enterrado en su dormitorio. (Jacqueline había conseguido escapar de algún modo).

El viejo apreciaba a Gloria, que había sido una buena esposa para George y madre de sus tres hijas, y le entristeció el divorcio. Pero no pudo por menos de aprobar una esposa que tenía tanto dinero.

—No es tanto un matrimonio como una fusión —dijo con satisfacción.

Pero cuando tuvo lugar la fusión, Jacqueline no tardó en convertirse en la presidenta y utilizar su poder sin misericordia contra el pobre George en cuanto llegó a la misma conclusión que lady Jean sobre la actitud de este hacia su padre.

George, de hecho, empezaba a tener miedo en secreto de casi todo... Sus enemigos, su esposa, su exesposa, los ejecutivos de Tidewater y la propia vida.

Para contrarrestar eso, hizo lo posible por ganarse el respeto de los que lo rodeaban actuando como una figura social prominente. Recaudaba fondos para la Filarmónica de Los Ángeles, se sentaba en la junta directiva del Bank of America, e incluso empezó a criar caballos, como hacía la reina de Inglaterra. En resumen, intentaba convertirse en el tipo de personaje que su padre podía respetar. Pero no funcionó. Su padre estaba siempre allí para gobernar su vida y no hacía ningún esfuerzo por ocultar su desprecio.

No es de extrañar, pues, que para entonces George bebiera bastante. Más o menos en secreto, pero en exceso. A principios de 1973 tomaba sedantes y anfetaminas y probablemente se inyectaba algo desaconsejable. La noche del 6 de junio tuvo una pelea más con Jacqueline, de nuevo sobre el señor Getty. Sus peleas eran casi siempre sobre el señor Getty. Al final de la pelea, perdió los nervios. Toda la frustración, el odio, la impotencia y la rabia salieron a la superficie en una gran oleada de furia y cedió al pánico.

Se encerró en el dormitorio de su valiosa casa, en el hermoso Bel Air, y empezó a gritar. Bebió. Tragó muchas pastillas de Nembutal. Intentó apuñalarse con un tenedor de barbacoa, pero no consiguió pincharse el estómago. Entonces entró en coma.

Al final unos amigos echaron la puerta abajo, lo sacaron y pidieron una ambulancia, pero hubo una discusión sobre el hospital. No podían permitir que el vicepresidente de Tidewater llegara con lo que parecía un coma etílico a las Urgencias del cercano hospital UCLA. Así que lo llevaron a un hospital más discreto, pero tardaron veinte minutos más.

Por salvar su buen nombre, consiguieron que perdiera la vida. Pues, irónicamente, George no estaba borracho, sino con una sobredosis potente de

todas las drogas que había tragado. Cuando llegaron al hospital, George, el querido hijo mayor y heredero aparente del hombre más rico y frío de Norteamérica, ya estaba muerto.

—Lo ha matado su padre —dijo su viuda cuando fueron a verla los periodistas.

Era de noche en Londres cuando la noticia de la muerte de George le llegó a Barbara Wallace, quien telefoneó a Penelope. Esta sabía que Getty cenaba con la duquesa de Argyll en su casa de Mayfair. Pero una de sus hijas le dijo:

—Tienes que ir a decírselo tú. Te necesitará.

Y ella así lo hizo.

Cuando le dijo que George había muerto, Getty quedó traspasado de dolor, fulminado, golpeado, incapaz de llorar y de hablar, tal era su angustia. Porque esa era una de esas ocasiones extremadamente raras en las que la estructura de su vida —su fortuna, su ambición, su actividad constante, sus mujeres y sus poderes de concentración— era inútil, no servía para nada y quedaba solo el niño solitario que había sufrido por su perro Jig, por el querido papá y la queridísima mamá, y por Timmy, «el más valiente y el mejor de todos mis hijos». Ahora George se había unido a ellos en la cola de desgracias del viejo.

De camino a Sutton Place no quiso hablar con nadie y a la mañana siguiente se negó todavía a hablar de George. Pero hizo colgar una fotografía de él en el salón de Sutton Place, rodeada de púrpura, pues este era el color imperial de los emperadores de Roma y también el del luto.

Poco después accedió a hablar con periodistas, uno de los cuales repitió el comentario de la viuda.

- —Ella dice que lo mató su padre. ¿Tiene algo que comentar, señor Getty?
- —Nada —respondió él.

Capítulo 15

SECUESTRO Y RESCATE

La zona entre Corso Vittorio Emmanuele y el Tíber contiene muchos de los grandes palacios renacentistas de Roma, porque allí habitaron en otro tiempo familias papales como los Borgia, los Farnese y los Riario. Y esas calles estrechas han visto más caos en su época que ningún otro barrio de la ciudad. Por la noche tienen todavía un aire siniestro, pero en las horas de la madrugada casi nunca hay allí señales de vida, aparte de los gatos romanos y de algún que otro vigilante nocturno. Así que habría sido imposible no ver al joven Paul Getty, que caminaba por la *via* della Mascherone hacia la fuente de una chica con máscara que echa agua por la boca y que da nombre a la pequeña calle.

Era un chico alto y pelirrojo, que había salido a divertirse y volvía al apartamento que compartía con dos pintores jóvenes en el Trastevere, en el lado más alejado del río. Hoy en día parecería una estupidez hacer eso, pero entonces Roma era una ciudad más segura, y cuando un Fiat viejo blanco se detuvo a su lado con un chirriar de frenos, no se asustó especialmente.

- —Disculpe, signore. ¿Es usted Paul Getty? —preguntó el conductor.
- —Sí, lo soy.

Salieron dos hombres del coche, lo agarraron y, aunque intentó defenderse, lo introdujeron por la fuerza en la parte de atrás del vehículo, que se alejó rápidamente. Cuando los relojes de Roma daban las tres de la mañana del 10 de julio de 1973, empezaba el siguiente desastre que afligiría a la familia Getty.

Desde la muerte de Talitha y la huida de Paul a Londres, la preocupación principal de Gail había sido mantener a su familia unida, y aunque su matrimonio con Lang Jeffries había terminado dos años atrás, sentía que lo conseguía. Había cumplido treinta y siete años en abril.

Lo chicos y ella adoraban Italia. Pasaban fines de semana y vacaciones en la casa de Orgia y en la casa de Roma vivían en un apartamento moderno en la zona de clase media de Parioli. En aquellos días, la vida era tan barata para extranjeros con dólares, que podía vivir con desahogo, pero no era precisamente rica y la pensión que enviaba Paul a los niños desde Londres no era constante. Conducía una ranchera Opel, tenía muchos amigos, la mayoría italianos, y su vida, muy poco pública, giraba en torno a sus hijos.

Como quería que tuvieran una educación europea, no los envió a la American School de Roma, sino al colegio St. George's, en la via Salaria, que afirmaba todavía en sus folletos que proporcionaba una educación completa de estilo británico para niños de habla inglesa de ocho a dieciocho años.

Pero como tantas cosas en Roma a principios de los años setenta, el colegio St George's también se veía afectado por la nueva ola cultural que golpeaba Italia. Los tres hijos menores aprovecharon al máximo su estancia allí, pero Paul, el mayor, se rebeló. Fue el más afectado de todos por el divorcio de sus padres y por la muerte de Talitha, y resultó ser más difícil de controlar sin un padre.

En 1973, con solo dieciséis años, había renunciado a seguir estudiando. Cuando vivía con Lang, nunca se había llevado bien con él, pues no le gustaba que ocupara el lugar de su padre. Ahora, como era muy independiente, se había empeñado en pintar y educarse él mismo leyendo lo que quería. Se mostró lo bastante serio en eso para que Gail accediera a dejarle compartir el estudio de Trastevere con dos amigos de la familia más mayores, Marcello Crisi y Philip Woollam.

Como dice ella:

—Paul estaba con su fase de *vie bohème*, y en París eso no le habría llamado la atención a nadie.

Pero Roma era diferente. Con la *dolce vita* muerta y enterrada, Roma a principios de los setenta se había convertido en una vieja ciudad provinciana, donde el culto italiano a la familia seguía bastante intacto, de modo que dejar que un chico de dieciséis años como Paul viviera solo se podría considerar escandaloso.

De hecho, Paul mantenía un contacto próximo con toda su familia en Roma. Como tenía poco dinero, era lo bastante listo para hacer que la *trattoria* de su barrio aceptara a veces cuadros suyos a cambio de comidas,

pero la mayoría de los días Gail se acercaba al piso con comida para sus compañeros de casa y para él. Cuando no era así, él solía ir a comer con sus hermanos. Todos lo querían, de modo que, aunque Paul vivía independiente, la familia Getty italiana seguía siendo una familia muy unida.

Paul era una mezcla extraña. Gail lo describió como «extraordinariamente precoz, más un chico de veinte años que de dieciséis». Después del divorcio, su reacción contra Lang le había hecho idealizar cada vez más a su padre y el estilo de vida *hippie* que este personificaba. Con once años lo habían invitado a pasar dos semanas en Marrakesh, que naturalmente le pareció el lugar más glamuroso del mundo. Se encariñó con Talitha y la muerte de ella, cuando él tenía catorce años, fue un golpe para Paul, como también la huida de su padre a Londres.

—En esa época, Paul se volvió muy callado, muy encerrado en sí mismo —recuerda Gail.

Y debido a eso, ella lo alentó a pintar y relacionarse con otros. Seguía pasando las vacaciones de verano con la familia en La Fuserna, y había llegado a amar a la gente y el campo romántico al sur de Siena. Mark, su hermano menor, lo quería mucho, y cuenta que a veces se perdían explorando el bosque cercano a la casa. Cuando caía la noche y no habían regresado, Gail se moría de preocupación, pero Paul, en su papel de hermano mayor, siempre mantenía la sangre fría y los llevaba a casa sanos y salvos.

Un amigo de Paul que iba todos los veranos a la Toscana era Adam Álvarez, hijo del escritor Al Álvarez. Adam recuerda a Paul como «sorprendentemente directo y en absoluto el personaje salvaje que creó la prensa después de su secuestro. Pero su vida se complicó por lo que ocurrió en su familia. Echaba de menos a su padre y a menudo parecía desgraciado».

Al volver a Roma, cambió. Porque allí, el apellido Getty podía darle algo que sin duda disfrutaba: una cierta fama. Alguien en la prensa lo había llamado «el *Hippie* Dorado» y había ganado un dinero posando desnudo en una revista. El apodo se repitió cuando la policía lo detuvo en una manifestación de estudiantes y le hizo pasar la noche en la cárcel, lo cual le supuso una publicidad menos agradable. Eso parece haberlo situado en el lado de los oprimidos, pues pronto empezó a adoptar una actitud crítica hacia los ricos, como había hecho antes su padre.

—Los ricos son los verdaderos pobres de la tierra. Su desnutrición es del espíritu. Deberíamos compadecerlos —decía.

Esa frase —que sonaba mejor en italiano— fue recogida por la prensa extranjera y se abrió paso hasta Sutton Place, donde su abuelo leyó el artículo pero no hizo ningún comentario.

Sin embargo, era improbable que el viejo olvidara el verano anterior, cuando Paul había ido a verlo vestido con vaqueros de un color vivo y deportivas. Al abuelo no le gustaban ni los vaqueros ni las deportivas y la visita no se había repetido.

A principios de 1973, Paul empezó a salir con Martine Zacher, una atractiva divorciada alemana con una niña de un año. Era una mujer liberada, ocho años mayor que él, que actuaba en un pequeño teatro alternativo. Paul le tomó cariño, pero no veía motivos para ser fiel. Desde que era conocido como el *Hippie* Dorado, tenía muchas chicas disponibles.

En Roma, pues, Paul llevaba una existencia envidiable, yendo a discotecas (donde lo cierto era que no ocurría gran cosa), conociendo chicas, fumando hachís y jugando a ser un artista entregado. Como era muy joven, su madre opinaba que con el tiempo maduraría y dejaría todo eso atrás. Lejos de condenarlo, creía que, como ella decía:

—Rebelarse contra las convenciones puede ser una muestra de originalidad y una indicación de que alguien quizá sea especial.

Pero según Bill Newsom, Paul se comportaba como lo hacía porque «adoraba a su padre e intentaba ser más *hippie* que él». Eso a pesar de que lo veía muy poco y habían tenido poco contacto desde que Paul Junior se fuera a Londres.

—Nos comunicamos mediante postales ocasionales y telegramas misteriosos —dijo el joven Paul en una entrevista a la revista *Rolling Stone*.

La noche del secuestro, Mark estaba fuera, en San Francisco, con sus abuelos maternos, y Aileen se había ido con amigas, con lo que Gail estaba sola con Ariadne y Tara en La Fuserna. Pero el domingo por la mañana algo la puso nerviosa y decidió en un impulso volver a Roma. Cuando llamó a Paul, uno de sus compañeros de piso le dijo que no había vuelto.

Eso la preocupó, pero no volvió a saber nada más hasta esa noche, cuando sonó el teléfono y alguien con acento del sur de Italia le preguntó

educadamente si ella era la signora Getty.

- —Sí —dijo ella.
- —Tenemos a su hijo, Paul Getty —contestó el hombre, con el mismo tono que si fuera alguien de la tintorería que llamaba para decirle que su ropa ya estaba lisa.
- —¿Qué quiere decir? —preguntó ella con impaciencia—. Está aquí en Roma.
- —No, *signora*. Está con nosotros. Somos secuestradores y lo tenemos cautivo. Está sano y salvo, pero queremos mucho dinero para soltarlo.

Ella tartamudeó que no tenía dinero.

- —Pues, por favor, pídaselo a su suegro. Él tiene todo el dinero del mundo. Entonces fue cuando Gail entendió que el que llamaba hablaba en serio.
- —¿Dónde está mi hijo? —preguntó, enfadada.
- —Le digo que está con nosotros. Está bien de salud y seguirá así mientras usted haga lo que le decimos y busque el dinero. Pero no acuda a la policía. Espere a tener noticias nuestras.

Después de eso, el hombre colgó el teléfono... Y Gail se derrumbó.

Cuando se recuperó, era como si su mundo se hubiera derrumbado también. Nunca antes había estado asustada de verdad, pero ahora experimentaba un terror absoluto, que tapaba cualquier otra sensación y la dejaba débil y temblorosa. De pronto solo podía pensar en Paul como en el niño vulnerable que recordaba, con sus debilidades y miedos. Había sido un niño tímido, increíblemente cariñoso, y no podía dejar de pensar en lo asustado que debía de estar y lo fácil que sería que sus secuestradores le hicieran algo malo.

Siempre se había sentido cómoda con la gente, en especial con los italianos, y amaba Italia. Pero Italia era de pronto un país extranjero.

—Me sentía completamente sola y tenía que descubrir lo que debía hacer.

Su primera reacción fue llamar a sus padres a Estados Unidos, que hicieron lo posible por tranquilizarla y la convencieron de que llamara a la policía, cosa que hizo. Telefoneó a la comisaría de los *carabinieri* en la cercana Piazza Euclide. Luego llamó a su exmarido Paul a Londres.

En los últimos tiempos había habido más acercamiento entre ellos. Paul estaba solo, pero parecía más en control de su vida que en cualquier otro momento desde la muerte de Talitha. Gail había pasado parte del mes de

mayo con él en Cheyne Walk y desde entonces pasaban pocos días sin que hablaran por teléfono.

Cuando le contó lo que había pasado, ambos compartieron una sensación de horror y miedo por su hijo. Los dos se echaron a llorar y, como Paul parecía más alterado todavía que ella, Gail se encontró intentando consolarlo. Pero cuando le dijo que tenía que llamar a su padre y pedirle dinero para el rescate, él pareció distanciarse.

- —No puedo —dijo—. No nos hablamos nunca.
- —Pues entonces hablaré yo con él —contestó ella. Pero antes de que llamara, habían llegado ya los *carabinieri*.

El Cuerpo de los Carabineros presume de ser un cuerpo de elite duro que ha ayudado a mantener Italia unida a pesar de tener la clase gobernante más corrupta de Europa. Lo que les falta en imaginación lo suplen con cinismo y conocimiento del mundo, y pocas veces simpatizan con lo que consideran extranjeros permisivos que viven entre ellos.

Había tres agentes al mando de un tal coronel Gallo, «que parecía y se comportaba exactamente igual que un gallo», en palabras de Gail. Pronto llegaron oficiales de los carabineros que la interrogaron durante las cinco horas siguientes, principalmente sobre su vida privada y la de su hijo. Ella repitió las palabras de la llamada telefónica, pero ellos no se molestaron en ocultar sus dudas sobre el secuestro, y también sobre el joven Paul.

—Conocemos a su hijo, *signora*. Probablemente estará con una chica o con sus amigos *hippies*. Casi seguro que aparecerá.

Los carabineros se fueron sobre las once de la noche y habían acordado que, debido al apellido Getty y al peligro para los otros niños, no informarían a la prensa. Pero alguien la informó, y no fue Gail. Menos de veinte minutos después, tenía ya una llamada de la prensa italiana, a la que siguieron la cadena ABC de Nueva York, la NBC de Chicago y finalmente la CBS desde Londres.

Para entonces ya no tenía sentido que Gail negara el secuestro y a la mañana siguiente la noticia salía en la primera página de *Il Messaggero*, un diario de Roma. El artículo seguía la línea de los policías durante el interrogatorio de Gail.

Bajo el titular *Broma o secuestro*, la mayor parte del artículo se centraba en el carácter y el estilo de vida del *Hippie* Dorado e insinuaba que, muy probablemente, Paul, *famoso por su estilo de vida* hippie *y descontrolado*, se habría ido con una novia o con algún conocido gamberro. No hacía referencias a la conversación de Gail con los secuestradores ni a la petición de un rescate. Por lo que a *Il Messaggero* concernía, Paul simplemente había «desaparecido».

Pero el artículo cambió la situación. En primer lugar, pasaría algún tiempo hasta que desapareciera el elemento de duda sobre el secuestro, y se producirían complicaciones interminables hasta entonces. Más grave todavía, como el apellido Getty era siempre noticia, la posibilidad de lidiar con el secuestro en secreto quedó anulada desde el principio.

El piso de Gail en Parioli se vio asediado por periodistas y equipos de televisión desesperados por algo que contar, con lo que ella quedó prácticamente prisionera con Aileen, Ariadne y Tara, pues además de estar atrapada por los medios de comunicación, también tenía que estar cerca del teléfono esperando una llamada de los secuestradores.

Aunque a menudo se conoce como el delito italiano por excelencia, el secuestro era bastante raro en Italia hasta principios de los años setenta, cuando Luciano Liggio, el *capo dei capi* de la mafia siciliana, con sede en Milán, lo desarrolló como un medio para recaudar fondos para el cartel siciliano de la droga, que se desarrollaba rápidamente. Entonces empezó a florecer y los sicilianos tuvieron muchos imitadores. Los más listos eran probablemente los estudiantes de las Brigadas Rojas, que secuestraron y asesinaron al ex primer ministro Aldo Moro en 1978 con una eficiencia terrible, y los más crueles eran sin duda los calabreses del sur de Italia.

La mafia calabresa, la *N'drangeta*, era una federación de antiguas familias mafiosas con vínculos entre sí, originarias de la parte más pobre de Italia, que llevaban siglos haciendo dinero extorsionando a los campesinos a cambio de protección. En los últimos tiempos, algunos de los miembros más jóvenes y ambiciosos habían empezado a considerar el secuestro como una fuente rápida de beneficios.

Los captores de Paul eran una banda de criminales de Calabria, con vínculos tenues con la *N'drangeta*. Gail cree que alguien en la *trattoria*

donde vendía sus cuadros les dijo quién era. Hasta entonces siempre había habido una regla no escrita entre los mafiosos de respetar a los extranjeros, pero Paul era tan vulnerable —y todo el mundo sabía que su abuelo era tan rico— que la idea de secuestrarlo debió de parecerles una fuente fácil de dinero.

Parece ser que la planificación duró meses. No hubo ningún problema en localizarlo, pues él ignoraba totalmente que corriera peligro. Apoderarse de él fue igual de fácil, y cuando lo tuvieron en el coche, sus captores le pusieron un trapo empapado en cloroformo en la cara y lo condujeron durante la noche, amordazado, con los ojos vendados y más o menos inconsciente, hasta que llegaron al paisaje desolado del dedo de la bota de Italia.

Allí lo tuvieron cautivo igual que hacían con los animales, principalmente en cobertizos para el ganado o refugios en el monte. Para empezar, no fueron tanto crueles como insensibles, como tienden a ser los sureños con los animales. Estaba encadenado por el tobillo, pero como todos los secuestradores llevaban caretas, le quitaron la venda de los ojos excepto durante los desplazamientos.

Para ser un chico tan joven, hizo lo que pudo por conservar la dignidad. Cuando se quejaba de suciedad, lo llevaban a bañarse a arroyos cercanos. No tenía nada que leer, pero le dieron una radio, en la que oía informes sobe el «misterio» de su secuestro. Le daban de comer espagueti fríos, latas de atún y agua. Le dijeron que, mientras hiciera lo que le decían, no le harían daño y su sufrimiento terminaría pronto.

En esa fase, sus captores se mostraban muy seguros de sí y contaban claramente con un acuerdo rápido y satisfactorio. Puesto que el abuelo del chico era tan rico, estaban seguros de que la familia no tendría problemas para encontrar el dinero para el rescate.

Ci sentiremo (Tendrá noticias nuestras) fueron las últimas palabras del secuestrador a Gail antes de colgar el teléfono, y ella permanecía como una amante al lado del teléfono esperando que llegara la llamada. Pero el secuestro es una forma de tortura y ellos dejaron pasar tiempo para ponerla nerviosa. Durante diez largos días y noches en blanco, no tuvo ni una pista de si su hijo estaba vivo o muerto ni de lo que le había pasado.

Pero no estaba sentada en silencio al lado del teléfono. Recibía muchas llamadas durante el día. Llamadas de apoyo, llamadas insultantes e incluso llamadas obscenas, ninguna de las cuales le hacía la vida más fácil.

Todavía no había podido hablar con el patriarca Getty en Sutton Place, pues nunca estaba disponible y nunca la llamaba de vuelta. Tampoco había sabido nada de Ann y Gordon en Estados Unidos. Creyéndose totalmente abandonada por los Getty, que la habían dejado de lado, nunca en su vida se había sentido tan sola, y a medida que se sucedían los días sin que llegara la llamada prometida por los secuestradores, empezó a convencerse de que había ocurrido algo horrible.

Por la noche no podía dormir por miedo a las pesadillas que la acosaban. ¿El silencio significaba que los secuestradores lo habían matado? ¿Y si no llamaban nunca? ¿Y si no volvía a ver a su hijo nunca más?

Pero por fin se comunicaron con ella, no por teléfono, sino por correo, con un *collage* artístico y colorido de letras recortadas de revistas, donde explicaban las exigencias del rescate. Básicamente pedían diez *miliardi* de liras, unos diecisiete millones de dólares, una suma considerable incluso para el estándar de los Getty, que solo podía salir de un lugar, del patriarca de ochenta y un años que vivía en Sutton Place.

Poco después de eso, Gail recibió una segunda carta, esa vez del mismo Paul. El matasellos era de Roma y a Gail le dio un vuelco el corazón cuando reconoció su letra en el sobre. La carta empezaba diciéndole lo que ella ya sabía, que lo habían secuestrado, pero no daba pistas sobre su paradero ni sobre la identidad de sus captores. Simplemente decía que estaba sano y salvo y añadía la advertencia de que no fuera a la policía.

Estaba claro que escribía al dictado de los secuestradores y concluía suplicándole que hablara lo antes posible con su abuelo para el rescate. Si sus captores no recibían pronto la totalidad del dinero, lo *tratarían muy mal*.

La carta terminaba con una línea que le heló la sangre en las venas.

Paga, te lo suplico, paga lo antes posible si me quieres bien. Si lo retrasas, es muy peligroso para mí. Te quiero, Paul.

Paul Junior seguía negándose a hablar con su padre sobre el rescate, y aunque Gail seguía llamando a Sutton Place, el anciano Getty nunca estaba

disponible. Eso la confundía. El Paul mayor siempre había sido muy amable en el pasado, pero ahora estaba claro que no quería tener ningún contacto con ella.

Para entonces, él ya había dejado clara su actitud sobre pagar rescates en una declaración hecha a la prensa. Jean Paul Getty se mantenía firme en lo que afirmaba ser una cuestión de principios. Como decía en su declaración: «Tengo catorce nietos y, si pago un solo centavo de rescate, tendré catorce nietos secuestrados».

Como declaración pública para alejar a otros secuestradores en potencia, aquella no estaba mal. Presumiblemente había alguna posibilidad, por mínima que fuera, de que pagar el rescate por un nieto pudiera alentar a alguien a secuestrar a otro, y la declaración coincidía también con la ley italiana, donde pagar un rescate a los secuestradores es ilegal en teoría.

Pero todo aquello era hipotético. En Italia siempre ha sido imposible prohibir el pago de un rescate para liberar a un ser querido, y la realidad era que el nieto mayor y tocayo de Getty, Jean Paul Getty III, estaba en manos de criminales y en aquel preciso momento corría peligro su vida.

Como todo el mundo sabía, su abuelo, y solo él, podía pagar prácticamente cualquier rescate sin apenas notarlo. ¿De verdad pretendía dejar a su nieto en cautividad? ¿Y si el chico enfermaba o lo torturaban? ¿Seguiría aferrándose firmemente a sus principios y negándose a salvarlo?

Getty dejó claro que sus razones para hacer eso tenían menos que ver con principios que con sus sentimientos personales sobre el tema. En primer lugar estaba su disconformidad puritana con su nieto *hippie*. Le habían contado bastantes cosas de él como para creer que era como su padre, y no quería tener nada que ver con ninguno de los dos hasta que cambiaran.

También culpaba al chico por haberse dejado secuestrar y, de ese modo, mezclarlo a él, su abuelo, con la temible mafia. Porque la verdad era que al anciano lo aterrorizaba que lo secuestraran incluso antes de que desapareciera Paul. Por eso nunca pasaba mucho tiempo en La Posta Vecchia (donde guardaba la escopeta cargada en su dormitorio) y en Sutton Place seguía los consejos de su experto en seguridad personal, el coronel Leon Turrou.

Turrou, un francés y antiguo agente de la CIA, había estudiado durante años las técnicas de prevención de secuestros y había escrito un libro sobre un caso clásico de los años treinta, el secuestro del bebé Lindbergh en Estados Unidos. Un multimillonario anciano y asustado como Paul Getty era un cliente ideal y el coronel lo mantenía en una especie de semiasedio en Sutton Place, con guardias armados en la casa, pastores alemanes fieros en los jardines y lo último en tecnología de vigilancia casi por todas partes. En la puerta de su dormitorio había cerraduras impresionantes y placas de acero a prueba de balas, y guardias armados de rostro serio circulaban delante y detrás de su Cadillac en las pocas ocasiones en las que se aventuraba a salir.

El secuestro de su nieto empeoraba mucho las cosas y tan aterrorizado estaba el viejo, que llegó a asustarle contestar al teléfono y se negó firmemente a utilizarlo para hablar de nada ni remotamente relacionado con el secuestro por si la mafia llegaba hasta él. Como diría Gail:

—Parecía pensar que podían llegar y agarrarlo a través del teléfono.

Quizá fuera así, aunque su miedo al teléfono probablemente tenía una explicación más sencilla. En París, ocho meses antes, el servicio secreto israelí, el Mossad, había usado el teléfono en un intento por asesinar a Mahmoud Hamshari, el representante de la OLP en Francia. Habían colocado explosivo Semtex con un sensor electrónico en el apartamento de Hamshari y cuando los israelíes lo contactaron por teléfono, fueron capaces de transmitir una señal a través de la línea para activar la bomba que estuvo a punto de matarlo.

En su día, ese caso causó revuelo entre los profesionales del espionaje. Turrou, que era uno de ellos, seguramente estaba al tanto y era el tipo de historia que habría atrapado la imaginación de Paul Getty. Desde luego, durante el periodo del secuestro de su nieto, tomaba precauciones excepcionales con la gente con la que hablaba por teléfono, y en todo lo relacionado con el secuestro, solía dejar que hablara Penelope por él.

Aunque él nunca hablaba del secuestro si podía evitarlo. Como había mostrado cuando murió Timmy, no podía lidiar con el dolor ni la pena, ni tampoco podía permitir que nadie cuestionara sus decisiones. Como dijo Penelope:

—Con el secuestro, fue terrorifico ver cómo se dejaba de hablar completamente del tema.

Habían pasado tres semanas desde que desapareciera Paul y no se había hecho nada para procurar su liberación. Después de las dos cartas, tampoco había habido más contacto por parte de los secuestradores. Los carabineros no habían conseguido averiguar su identidad, Paul Getty padre se negaba en redondo a pagarles nada y Paul Getty Junior insistía en que él no podía hacer nada.

En Roma todo seguía cayendo sobre Gail, que vivía una pesadilla cada vez más horrible. El tiempo se arrastraba muy lentamente.

—Durante un secuestro, cada hora dura el doble que una hora corriente — dice ella.

Aparte de unos pocos amigos, no podía recurrir a nadie. Los únicos miembros de la familia que se acercaron a ella fueron Willem y Poppet Pol, que habían volado a Roma desde el sur de Francia al enterarse del secuestro y habían regresado después a Ramatuelle con Tara, de cinco años. A Gail la entristeció verlo irse, pero también estaba agradecida, porque habría sido difícil lidiar con un niño de cinco años mientras hacía lo que podía por tener contentas a Aileen y a Ariadne.

Eso tampoco era fácil, pues ella se sentía de todo menos tranquila. Estaba impotente y desesperadamente ansiosa, pero sabía que tenía que conservar la calma para lidiar con los secuestradores cuando decidieran llamar. Lo único que podía hacer era sentarse al lado del teléfono hasta que llamaran, lo cual hicieron por fin cuando menos lo esperaba, en la noche del 30 de julio.

Reconoció la voz del hombre que había telefoneado la primera vez y en esa ocasión se presentó. Para identificarse en el futuro, se dio a sí mismo un nombre clave que ella pudiera recordar fácilmente, la palabra *Cinquanta* (Cincuenta).

Como en la ocasión anterior, sonaba extrañamente respetuoso, usaba la tercera persona del singular y la llamaba *signora*. Pero cuando ella le dijo que no había dinero para el rescate, él explotó, primero con rabia y después con incredulidad. No podía creer que alguien tan rico como Paul Getty se negara rotundamente a pagar y la acusó de mentir. Ella intentó explicarle las razones del viejo, naturalmente sin éxito. Como italiano, Cinquanta simplemente no podía comprender que alguien se comportara así.

—¿Quién es ese supuesto abuelo? —gritó—. ¿Cómo puede dejar a alguien de su carne y de su sangre en el aprieto en el que está ahora su pobre hijo? Es el hombre más rico de Estados Unidos y usted me dice que se niega a reunir solo diez *miliardi* por la seguridad de su nieto. *Signora*, usted me toma por tonto. Lo que dice no es posible.

Gail no podía decirle que estaba de acuerdo con él, pero hizo lo posible por calmarlo. Le dijo que necesitaba tiempo y le suplicó que fuera lo más amable posible con Paul. Él dijo que lo sería, pero le dijo también que contactara con el resto de la familia para reunir el dinero.

La mayoría de las familias se acercan en una crisis y se apoyan unos a otros durante los desastres, pero los Getty no. Con su dinero ilimitado y sus vínculos con Italia, el viejo podría haber conseguido rápidamente la liberación de su nieto si hubiera querido. Gail cree que «si el Paul mayor hubiera lidiado con el secuestro como lidiaba con un trato de negocios en sus buenos tiempos, Paul habría estado libre antes de veinticuatro horas».

Pero el viejo Paul no solo se negaba a hacer eso. Al cortar totalmente con Gail y retirarse a su fortaleza de Sutton Place, había paralizado eficazmente también a la familia, puesto que ninguno de ellos quería ofenderlo. Como no se hablaba con Paul Junior y Gordon y Ronald estaban en Estados Unidos, una de las familias más ricas del mundo se encontraba incapacitada para ayudar a un chico de dieciséis años cuya vida corría peligro.

Tampoco hubo ningún apoyo para Gail en un momento en el que estaba enferma de ansiedad, acosada por la prensa e intentando desesperadamente mantener a flote al resto de su familia mientras lidiaba con los secuestradores. Para entonces había empezado a recibir incontables cartas de apoyo y simpatía de personas desconocidas de todo el mundo, pero ni una palabra de ningún miembro de la familia.

Fue entonces cuando vio a la familia Getty tal y como era... distante, inaccesible, cerrando las puertas al contacto humano. Todo partía del viejo Paul, que había usado siempre su dinero como sustituto de los sentimientos humanos. Gail sentía que ser un Getty era como convertirse en parte de una progresión matemática. A medida que el imperio de la familia se había ido haciendo más complejo y remoto, a sus miembros les resultaba cada vez más imposible mantener relaciones normales con alguien de fuera. Igual que el viejo Paul, ellos también se asustaban, necesitaban siempre protegerse ellos mismos y su precioso dinero de la gente de fuera.

Solo entonces se dio cuenta de lo diferentes que eran todos de sus padres y de su familia, y comprendió que, al expandirse el gran imperio financiero,

se había perdido algo humano. Que estaban sin vida y desprovistos de amor. Y el viejo Paul era el que menos vida y menos amor tenía de todos ellos.

Agosto empezó con una ola de calor. Italia se había ido de vacaciones y parecía que los responsables de encontrar al joven Paul Getty también se habían ido de veraneo. Posiblemente era por el calor, pero no ocurría nada en absoluto. Oficialmente, era tarea de los carabineros investigar el delito y rescatar a Paul, pero como no tenían ningún éxito, habían vuelto a la opción más fácil de afirmar que el secuestro era un engaño.

Según esa teoría, Paul y sus supuestos «amigos *hippies*» habían montado todo el asunto para sacarle dinero a la familia. No había ni la más mínima prueba que apoyara eso. Era inconcebible que Paul torturara a su madre de ese modo, y el sufrimiento subsiguiente de él contradecía esa teoría.

Pero, como teoría, era un modo conveniente de eludir la vergüenza de reconocer que eran unos policías incompetentes. Así los carabineros podían decir, y lo dijeron, que la razón de que no llegaran a ninguna parte no era por su incompetencia, sino porque no había habido ningún secuestro.

La idea del engaño resultaba también atractiva para el público general. A los romanos les encantan los rumores, sobre todo los rumores cínicos sobre los ricos, y más todavía si los ricos son extranjeros. Así que la historia fue adquiriendo credibilidad en la prensa y no tardó en difundirse en Gran Bretaña, donde inevitablemente llegó a oídos del patriarca de Sutton Place. Dada su actitud hacia el rescate —y hacia su nieto—, claramente, a él también le interesaba creerla.

—¿Crees que el hijo y la madre han tramado esto juntos por dinero? — preguntó, al parecer, a Norris Bramlett, su ayudante personal.

La reacción a la historia no fue muy distinta en Cheyne Walk. Como siempre que lo asaltaban la infelicidad y la preocupación, Paul Junior se había vuelto más ermitaño, recurría cada vez más a la bebida y a las drogas y a Gail le resultaba cada vez más difícil comunicarse con él por teléfono. La insinuación de que su hijo simplemente estaba gastando una broma pesada acababa con su ansiedad y les daba a la familia y a él la coartada perfecta. No solo disculpaba que no hicieran nada, sino que también los tranquilizaba con la idea de que, lejos de estar secuestrado, el «sinvergüenza» de Paul estaba escondido con sus amigos en alguna parte, sano y salvo.

Pero en realidad, seguía encadenado como un animal en un cuchitril del campo de Calabria, con un grupo de criminales cada vez más nerviosos que querían conseguir un rescate por su vida. La situación, de hecho, se volvía cada vez más peligrosa. La historia del engaño, además de enrabietar todavía más a los secuestradores, implicaba que, si querían conseguir su dinero, tendrían que hacer algo que probara sin lugar a dudas que el secuestro era auténtico.

En la cuarta semana del secuestro seguía sin haber ningún movimiento y Gail estaba desesperada. Desde su airada conversación con Cinquanta, no había vuelto a saber nada más de él. Aquella espera interminable era el componente principal de su desgracia. Durante el día seguía esperando noticias al lado del teléfono y, cuando llegaba la noche, empezaba a imaginar todos los horrores que podían haberle pasado a su hijo: un accidente, una enfermedad, violencia por parte de sus captores... Todo era posible. La mayor tortura era la falta total de información.

En la segunda semana de aquel agosto sofocante, ya no podía más. Necesitaba conseguir noticias de Paul y fue entonces cuando su abogado, Giovanni Jacovoni, le sugirió que hiciera una petición directa a los secuestradores en la televisión italiana.

Ella no estaba muy convencida, pues su experiencia con los medios de comunicación italianos distaba mucho de ser agradable. En los primeros días del secuestro había intentado mostrarse amable con los reporteros, pero cuando no había nada de lo que informar, se volvieron ansiosos de noticias frescas y se volvieron contra ella, criticando su actitud hacia su hijo, su papel como madre y su situación como miembro de la familia más rica del mundo.

—Creían que había que culpar a alguien de lo que había pasado, y como no había nadie más allí, se metieron conmigo.

Por si no fuera bastante malo que la culparan por ser una Getty, era también víctima de las diferencias culturales entre anglosajones e italianos. Como estadounidense, creía firmemente en mantener la compostura en público, aunque solo fuera por orgullo y para evitar disgustar a toda la familia, en especial a sus padres y a Mark, que estaba todavía con ellos en San Francisco. Como ella dijo:

—Que me condenaran si iba a mostrar mi dolor en público y compartirlo con un par de millones de lectores de periódicos.

Pero eso no era lo que querían los medios italianos. Cuando el desastre golpea a una madre italiana, tiene que haber una madre llorosa, *mater dolorosa*, con los ojos alzados con desesperación al cielo y el cuerpo retorcido por la angustia. Cuando Gail no cumplió con ese papel, la prensa la trató con recelo.

Debido a eso, insistió en hacer su petición televisiva a los secuestradores de Paul personalmente, dirigiéndose a la cámara. Pero el productor, ansioso por algo de drama, llevó consigo a un periodista cuando fue a grabar. Gail protestó, pero el productor insistió. Le prometió preguntas muy comprensivas y ella aceptó. Pero a los pocos minutos de entrevista, el periodista hizo una pausa, la miró a los ojos y preguntó con voz de ultratumba:

—Signora, ¿cree que su hijo está muerto?

Por segunda vez desde la desaparición de Paul, ella se desmayó. Llevaba tanto tiempo negándose a aceptar esa posibilidad, que cuando alguien la sugirió, algo se rompió en su interior. Al reprimir tanto estrés y preocupación en las últimas semanas, se había colocado al borde del colapso, y necesitó varios días en la cama para recuperarse.

Pero la entrevista produjo resultados por parte de los secuestradores. Poco después de que se emitiera, Cinquanta volvió a llamar para asegurarle que Paul estaba vivo y con buena salud.

—¿Cómo sé que dice la verdad? —preguntó ella.

El secuestrador pensó un momento antes de contestar y después le dijo que le hiciera algunas preguntas cuyas respuestas solo pudiera saber Paul. Él volvería a llamarla con las respuestas y, si eran acertadas, ella sabría que su hijo estaba vivo.

Ella empezó a hacer preguntas del tipo de «¿Cómo se llama el gato del vecino?», o «¿Qué cuadro hay a la izquierda de la puerta del dormitorio de Aileen?». Cuando Cinquanta volvió a llamarla esa tarde con las respuestas correctas, aquella fue la primera confirmación que tuvo desde la carta de Paul.

Ese fue el comienzo de conversaciones más regulares entre Cinquanta y ella, y hasta cierto punto, sentían que empezaban a entenderse. Gail había leído en alguna parte que, en una situación de secuestro, los negociadores

siempre intentan establecer una relación humana con alguno de los secuestradores. También tenía la vaga esperanza de descubrir alguna información crucial durante esas conversaciones, pero eso no pasó. Lo máximo que llegó a saber de Cinquanta fue que tenía esposa e hijos, y en una ocasión, ella le preguntó cómo, siendo italiano, podía mezclarse en un crimen tan cruel contra una familia.

-Signora, es un trabajo como cualquier otro -contestó él.

Y aunque siguió llevándole respuestas de Paul a preguntas de ella, nunca olvidaba su «trabajo» mucho tiempo. Seguía diciéndole que era urgente que empezaran a negociar. Que algunos de sus amigos comenzaban a impacientarse. También repetía algo que ella no podía soportar oír: el peligro que correría su hijo si la familia Getty seguía considerando el secuestro un engaño y se negaba a tomarlo en serio.

Habían pasado cinco semanas desde la desaparición de Paul, y por lo que decía Cinquanta, Gail empezaba a temer que los secuestradores quisieran hacerle algo. Se lo dijo así a su padre cuando lo llamó a San Francisco y, puesto que el juez Harris era una de las pocas personas a las que Jean Paul Getty respetaba y con las que hablaba del tema, el juez pudo convencerlo de que había que hacer algo.

El viejo insistía todavía en que jamás pagaría un rescate, pero aceptó enviar a alguien a Roma y ofrecer a Gail ayuda profesional para lidiar con la situación. El hombre que eligió era un antiguo espía que trabajaba para Getty Oil, J. Fletcher Chace.

Chace ha sido descrito como «uno de los buenos muchachos de la vieja CIA», y desde su jubilación, había trabajado como asesor de seguridad en las instalaciones Getty en la Zona Neutral. Con un metro noventa de estatura, ojos azules brillantes y perfil marcado, era un hombre atractivo, y Getty, al que impresionaban los hombres de acción pulcros, lo consideraba el personaje ideal para lidiar con el caso. Pero en lo referente a su nieto Paul, Fletcher Chace fue probablemente el peor emisario que podría haber elegido el viejo.

Para entonces, la situación en Roma se había vuelto muy sencilla. Desde el momento del secuestro de Paul había habido dos alternativas si iba a regresar con vida. O la policía capturaba a los secuestradores o los Getty tendrían que pagar una gran suma de dinero como rescate. Después de más de un mes intentándolo, estaba claro que los carabineros no habrían resuelto el caso aunque a Paul lo hubiera secuestrado el Pato Donald, lo cual solo dejaba la segunda opción. Por desagradable que resultara, lo único que quedaba era negociar un precio y conseguir que liberaran al chico cuanto antes y lo más indoloramente posible. Todo lo demás resultaba irrelevante y solo serviría para prolongar la agonía.

Pero como Jean Paul Getty se negaba a pagar un rescate, la agonía tenía que prolongarse hasta que lo hiciera, y el atractivo Fletcher Chace la prolongó a conciencia.

Como muchos exespías mayores, Chace era un gran amante de las teorías conspirativas. También tenía una gran fe en sus habilidades. Cuando llegó a Roma el 12 de agosto, Gail se sintió aliviada de contar con aquel profesional seguro de sí para lidiar con el caso. Una de sus primeras prioridades fue establecer contacto con los secuestradores en persona, así que ella accedió de buena gana a dejarle habar con Cinquanta la próxima vez que llamara. Pero Chace no hablaba italiano y su oxidado español primero confundió a Cinquanta, luego lo irritó y al final lo convenció de que, a pesar de sus advertencias, la familia Getty se negaba todavía a tomarse en serio el secuestro.

Chace fue, de hecho, una víctima natural del engaño y la perfidia que se construían en torno a todo el asunto. Como antiguo espía, podría haberse dado cuenta de que la chica que conoció en su hotel y con la que empezó a acostarse era en realidad una agente de los carabineros y que su tarea, aparte de hacer que Fletcher se sintiera como en casa, era darle los puntos de vista de las personas con las que trabajaba y averiguar lo que sabía él.

Chace en realidad sabía muy poco. Había habido numerosos informes falsos de gente que decía haber visto a Paul –algunos de personas a las que Gail conocía bastante bien— y como Chace insistía en investigar cada uno de ellos personalmente, eso llevaba tiempo. Había uno convincente de un joven que afirmaba saber dónde se escondía Paul, y que lo condujo a la abadía de Monte Cassino, donde se embolsó los tres mil dólares que Chace le ofreció y desapareció en el acto.

Lejos de ayudar con el tema, la llegada de Chace a la escena sirvió para complicar la situación, que ya se iba de las manos, y posponer todavía más cualquier posibilidad de negociaciones serias. De hecho, a finales de agosto, Fletcher Chace, consternado y muy frustrado, empezaba a creer en la teoría del engaño de los carabineros. Confuso, malhumorado y completamente desconcertado, creía que él mismo estaba en el centro de una enorme conspiración y comunicó todos los detalles a Sutton Place, donde sirvieron para acrecentar la determinación del viejo de no pagar ni un centavo.

* * *

Había empezado ya septiembre y, para lidiar con esa supuesta conspiración, Chace pensó que había llegado el momento de confundir al contrincante y a la prensa italiana retirando de la circulación a Gail y a los niños. Dada la situación, era extremadamente peligroso romper el contacto con un grupo de secuestradores nerviosos y potencialmente peligrosos en un momento como aquel, pero Chace se mostró inflexible e insistió en llevar a Gail y a los niños a Londres, donde los mantuvo durante diez días en condiciones de máxima seguridad en una «casa segura» preparada especialmente en Kingston-upon-Thames.

Era el tipo de operación de intriga y misterio que le gustaba, pero no estaba muy clara su relación con el secuestro de un chico en Calabria. Ni tampoco le dio a Gail la oportunidad con la que contaba ella de hablar seriamente con su antiguo esposo, ni con el patriarca Getty en el cercano Sutton Place. Paul Junior se había vuelto cada vez más ermitaño, y cuando lo vio en Cheyne Walk, se negó a hablar del secuestro.

Lo mismo hizo su padre, quien para entonces tenía tanto miedo de la mafia, que insistía en que cualquier contacto con Gail tenía que ser a través de Chace. Este complicaba todavía más aquella operación reuniéndose con ella en encuentros secretos en el parque, pero aunque prometía trasmitir a Getty las súplicas frenéticas de ella para que hiciera algo por su nieto, nunca obtuvo respuesta. El viejo Paul seguía ciñéndose a sus principios, y para entonces estaba totalmente persuadido de la versión de los hechos de Chace y las historias de maniobras de infiltración que le contaba. Después de diez días, Gail y su familia se cansaron de aquello y regresaron a Roma. Chace permaneció varios días más en Sutton Place tranquilizando a su jefe.

A mediados de septiembre estaba claro que la situación era un desastre y que ninguna de las personas que debían lidiar con ella podía hacerlo. Pero dos cosas le alegraron un poco la vida a Gail. La primera fue que consiguió mudarse a un apartamento nuevo en el corazón de la Roma antigua, en una zona más animada que el anónimo Parioli. El piso nuevo tenía vistas al viejo mercado Campo dei Fiori, a las chicas les encantó y Gail se sentía menos prisionera que en Parioli.

La segunda fue que llegó un miembro de la familia Getty a hacerle compañía. Mark, su hijo de trece años. A pesar de los esfuerzos decididos de sus abuelos por tenerlo seguro en San Francisco, el chico ansiaba estar con su familia y al final tuvieron que dejarlo marchar. En el piso nuevo y con Mark a su lado, Gail empezó a sentirse un poco más fuerte.

Lo cual le vino bien, ya que las relaciones con Cinquanta y los secuestradores empeoraban de un modo dramático. Cinquanta ya la había advertido de que, confundidos por el silencio en la prensa, algunos miembros de la banda planeaban algo drástico que probara que todavía iban en serio.

Por su modo de hablar, Gail sabía que no iba de farol –y que tampoco aceptaba las excusas de ella para no conseguir el dinero– y de pronto comunicó otra exigencia.

—Signora, tiene que venir a hablar con nosotros en persona. Negociaremos esto juntos. Podrá ver a su hijo y yo le garantizaré su seguridad.

Gail pidió tiempo para pensarlo y él le contestó que telefonearía al día siguiente para conocer su decisión.

A Gail su instinto le decía que fuera. Por supuesto, conocía los peligros, pero ya habían dejado de importarle. Pues también sabía que en Roma no le hacía ningún bien a Paul y que, si dejaba aquello en manos de Chace y los carabineros, el secuestro sería eterno. Al encontrarse cara a cara con los captores de Paul, había al menos una esperanza de avanzar en el problema y de apartar la rabia de ellos de su hijo. También, naturalmente, la impulsaba el deseo de volver a verlo.

Por eso, cuando Cinquanta le telefoneó, dijo que iría. Él se mostró aliviado y le dio instrucciones concretas. Ella tenía que ir en un coche de una

marca concreta, con una pegatina en el parachoques y una maleta blanca en la baca. Ella recorrería tantos kilómetros por la autopista hasta un punto al sur de Nápoles, donde un hombre esperaría al lado de la carretera a cierta hora. Le tiraría grava al parabrisas como señal de que parara. Alguien de la banda asumiría entonces el mando y la llevaría al lugar donde estaba escondido Paul. Una vez más, Cinquanta le garantizó su seguridad. Gail dijo que lo había entendido todo y de nuevo accedió a ir.

Pero, después de eso, empezó a recibir muchas presiones en contra. Cuando se lo dijo al juez Harris, este se asustó por su seguridad y le habló de los riesgos que iba a asumir.

—¿Qué será de los otros niños si te matan y cómo ayudaría eso a Paul? Chace, de regreso ya en Roma, se opuso todavía más y le prohibió firmemente que fuera. Con tanta oposición, Gail cambió de idea.

—Eso fue un error terrible —dice ahora—. Si hubiera ido, podría haber hecho que todos entraran en razón y las cosas empezaran a moverse. Además, habría estado con Paul y eso podía haber evitado que hicieran lo que hicieron.

En lugar de eso, la cancelación del encuentro en el último minuto empeoró mucho más la relación con los secuestradores. No tenía modo de decirles que había cambiado de idea y se pusieron furiosos cuando no apareció. Hasta el normalmente educado Cinquanta estaba muy enfadado cuando la llamó más tarde y la acusó de usar trucos como todos los demás. En cierto momento empezaron a gritarse mutuamente y la llamada terminó con Cinquanta diciendo que había hecho lo que había podido, que ahora lo sustituirían hombres más duros y que lo que pasara de allí en adelante ya no era responsabilidad suya.

Como Gail no tardó en descubrir, Cinquanta no hablaba en balde, y los sufrimientos de Paul aumentaron considerablemente cuando sus captores pagaron su furia con él. Empezaron por confiscarle la radio, que había sido su único vínculo con el mundo exterior. Le ataron cadenas nuevas en las piernas. Mataron delante de él a un pajarito del que se había hecho amigo. Luego le dijeron que, puesto que su abuelo no quería pagar para salvarlo, había llegado el momento de hacerle lo mismo a él. Lo tuvieron atado y amordazado durante varias horas y luego jugaron a la ruleta rusa poniéndole una pistola del calibre 45 en la frente.

Él nunca supo si la pistola estaba cargada. Hicieron varios intentos sin que se disparara y luego le vendaron los ojos, lo ataron más fuerte que nunca y lo dejaron así hasta la mañana siguiente.

Sobre esa época, ocurrió algo que incrementó su desgracia. Como Cinquanta había insinuado, algunos de los secuestradores originales vendieron su parte de Paul, como podían haber vendido una propiedad inmobiliaria o una participación en un casino. Los nuevos compradores ocupaban puestos más elevados en la *N'drangeta* y estaban ansiosos por reunir capital para desarrollar el negocio de la droga por su cuenta. Eran más mayores y más despiadados que sus predecesores y querían recuperar rápidamente su inversión.

Una mañana, los captores de Paul se mostraron más amables que de costumbre, lo que suscitó de inmediato las sospechas de este. Había llegado octubre y, con el aumento del frío, le habían dado *brandy* italiano barato para darle calor, pero era la primera vez que se lo daban por la mañana. Cuando él dijo que era demasiado temprano para empezar a beber, le contestaron que lo tomara, que le sentaría bien. Le dijeron que le había crecido mucho el pelo y había que cortarlo.

Intentó disuadirlos. Le gustaba el pelo largo y no quería cortárselo, pero le dijeron que estaba sucio e insistieron. Es posible que se debatiera, pero ellos eran cuatro o cinco y él estaba debilitado por el cautiverio y notó que iban en serio. Permaneció sentado mientras uno de ellos cortaba torpemente la melena pelirroja con tijeras pequeñas y poco afiladas. Era la primera vez que le cortaba el pelo un barbero enmascarado y el hombre se esforzó especialmente por quitar los pelos de los lados de la cabeza. Cuando terminó, le puso alcohol detrás de las orejas.

Fue entonces cuando Paul adivinó lo que se proponían.

De nuevo podría haberse resistido, pero sabía que sería inútil. Si lo intentaba, le harían más daño y al final harían también lo que iban a hacer.

Así que, cuando le ofrecieron más *brandy*, lo bebió. Y cuando le dieron un pañuelo enrollado para que mordiera, se lo puso en la boca y mordió. Y mientras mordía, sintió que alguien detrás de él agarraba su oreja derecha entre el índice y el pulgar y la sujetaba con fuerza.

Luego llegó un dolor agudo cuando le cortaron la oreja con un golpe rápido de una navaja muy afilada.

El 21 de octubre, Cinquanta informó a Gail de lo que había pasado, pero se negó a entrar en detalles. Al principio ella rehusó creerlo, pero él insistió en que era cierto y dijo que le enviaría fotografías para probarlo.

Como cualquier madre, a ella le horrorizaba pensar en la mutilación de su hijo. A pesar de las muchas advertencias, nunca había terminado de creer que Cinquanta y sus amigos lo harían. Ahora que lo habían hecho, intentaba evitar pensar en ello en todo momento. Pero era muy difícil dejar de pensar en el salvajismo de aquellos hombres y en el miedo y el sufrimiento que habían infligido a sangre fría a su hijo.

Con aquel último horror, empezó a pensar cuánto tiempo más continuaría aquel secuestro interminable, y cuánto tiempo más podría soportarlo ella y, lo más importante, Paul.

Una llamada a la policía informó de que podían encontrar fotos Polaroid de Paul en una papelera en cierto lugar de Roma. Las habían hecho hacía poco fuera de una cueva y, cuando Gail las vio, se quedó horrorizada, porque mostraban a un Paul macilento y la herida sin curar donde antes estaba la oreja.

Poco después Cinquanta volvió a llamar. Preguntó si lo creía ya y dijo que la había advertido de que ocurriría aquello. Añadió que la oreja estaba en el correo.

Gail estaba demasiado aturdida para discutir con él entonces, pero después, cuando la oreja no llegó y Cinquanta volvió a llamar para preguntar si la había recibido, intercambiaron frases furiosas, con él insistiendo en que debían de tenerla las autoridades y Gail intentando expresar algo de su rabia y horror por lo que había sucedido.

Para entonces, la desaparición de la oreja en sí había empezado a crear otro misterio, más malentendidos y más excusas para no hacer nada.

Los secuestradores la habían sellado dentro de un contenedor de plástico lleno de líquido conservante, que después habían metido dentro de un sobre acolchado y enviado desde la oficina de Correos principal de Reggio Calabria a la redacción de *Il Messaggero* el 20 de octubre.

La llegada del terrible paquete debería haber servido al menos para acabar con la historia del engaño y para añadir una sensación de urgencia a las negociaciones. Y habría sido así en cualquier otro lugar que no fuera Italia, donde, como Gore Vidal observó alrededor de esa época: «En Roma no hay nada parecido a un servicio postal». Oficialmente había una huelga de Correos y la oreja de Paul, junto con incontables paquetes más destinados a Roma, se descomponía en un almacén hasta que terminó la huelga.

Finalmente, el 10 de noviembre –tres semanas después de la mutilación—llegó el paquete a la redacción de *Il Messaggero*, en la *via* del Corso, y la secretaria que lo abrió se desmayó.

Para entonces, Gail, que había perdido toda esperanza con los carabineros, había buscado el apoyo de sus rivales, la Polizia italiana. Carlo, el jefe de la Polizia Statale Squadra Mobile —la brigada móvil de Roma— se había hecho cargo del caso y había demostrado ser un hombre enérgico y eficaz. Había ayudado a Gail a aceptar lo que había ocurrido y la había preparado para la desagradable tarea de identificar la oreja, si es que llegaba alguna vez. Por sugerencia de él, ella había estudiado fotografías de Paul para examinar su forma y aspecto.

Por eso, cuando Carlo le dijo que había llegado y le pidió que fuera a la comisaría de policía, estaba más preparada que la secretaria de *Il Messaggero*. Hizo caso omiso de los fotógrafos de prensa que esperaban fuera del edificio y se mostró bastante segura cuando vio la oreja. Sí, reconocía las pecas y la forma. Desde luego, pertenecía a su hijo.

Hacía ya cuatro meses que habían secuestrado a Paul, pero su agonía estaba todavía lejos de terminar.

Había habido pequeños avances. El juez Harris, que era un católico prominente de San Francisco, había conseguido que se involucrara el Vaticano, y Gail había conocido al «Gorila del Papa», el enorme arzobispo Casimir Marcinkus de Chicago, quien se había mostrado encantador y había dicho que quizá pudiera ayudarla. Ese era el arzobispo que después se haría famoso por su conexión con el financiero corrupto Sindona y también con Roberto Calvi, el director del banco Ambrosiano, que terminó ahorcado debajo del puente de Blackfriars en Londres, así que, quizá fue mejor que

Chace se negara a permitirle aprovechar los contactos del submundo del arzobispo cuando este le dijo:

—Conozco a algunas personas importantes que estoy seguro de que podrían ayudarla. Si usted quiere, hablaré con ellos de su hijo.

El Gobierno estadounidense daba también señales de preocupación desde que Gail había enviado un mensaje personal al presidente Nixon. Habían asignado el caso a Thomas Biamonte, un exabogado del FBI de origen calabrés, que trabajaba en la Embajada de los EE.UU. en Roma, y como hablaba el dialecto de Calabria, había establecido contactos útiles con los secuestradores por su cuenta y riesgo. En gran parte como resultado de eso, los secuestradores habían rebajado sus exigencias desde diez *miliardi*, o diecisiete millones cuatrocientos mil dólares, hasta la cifra mucho más realista de dos *miliardi*, aproximadamente tres millones doscientos mil dólares. Pero una vez rebajado el precio, también habían dejado muy claro que no se apearían de él.

En Sutton Place, el abuelo de ochenta años de Paul, seguía resistiéndose. Con engaño o sin él, con oreja o sin ella, los principios eran los principios y se negaba todavía a pagar ni un centavo.

* * *

Cuando empezó el invierno en las tierras altas de Calabria y arrastraron al chico herido a un escondite diferente más, los captores dieron un ultimátum. Estaban dando muestras de perder la paciencia de nuevo y dijeron que, si no había un acuerdo pronto, enviarían la segunda oreja a *Il Messaggero*, seguida de otras partes de la anatomía del chico, si no conseguían resultados antes.

Paul estaba ya en un estado penoso. El dolor de la amputación había continuado y la herida se había infectado. El frío y la mala alimentación, combinados con el *shock* nervioso de la operación lo habían dejado débil y desanimado. Había tenido pulmones débiles desde la infancia, y lo que había empezado como un mal resfriado se convirtió rápidamente en neumonía. Sus captores, ansiosos por no perder los tres millones doscientos mil dólares, empezaron a inyectarle tales dosis de penicilina, que se volvió alérgico a ella. Cuando ya no podía tomar más antibióticos y su estado seguía deteriorándose, cedieron al pánico.

Como último recurso, Cinquanta telefoneó a Gail para pedirle consejo.

—Signora, tiene que decírmelo usted. ¿Qué podemos hacer por él? — gimió, incapaz de disimular su ansiedad por el estado de Paul, y sabiendo que sus colegas y él podían perderlo todo si su enfermedad empeoraba.

En aquel momento, Gail supo de cierto que, si el secuestro duraba más tiempo, Paul moriría. Nada en el mundo valía eso, ni los preciosos principios del viejo Paul y sus miedos por sus otros nietos, ni la fortuna de los Getty ni los problemas para recaudar tanto dinero.

Decidió que el secuestro tenía que terminar. Si nadie más lo acababa, lo haría ella. Si nadie más podía salvar a su hijo, lo salvaría ella.

Le dijo a Cinquanta que mantuviera a Paul lo más caliente posible y se preparara para liberarlo. Se pagaría el rescate.

* * *

La determinación de Gail transformó de un modo efectivo la situación. De pronto su obsesión se volvió contagiosa. Habló con su padre, que usó argumentos tan contundentes hablando por teléfono con Sutton Place, que el viejo Paul cedió por fin y dijo que encontrarían de algún modo el dinero. Pero incluso entonces, el viejo insistió en que solo pagaría la porción del rescate que sería deducible de impuestos. El padre del chico tendría que poner el resto.

Eso causó problemas, porque Gail ya no podía hablar en serio con Paul Junior, a quien ya no entendía casi nadie. Pero por fin aceptó las condiciones de su padre. Puesto que él no tenía el millón de dólares que tenía que contribuir al rescate, su padre se lo prestaría a un cuatro por ciento de interés anual. Pero a Gail le dieron a entender que, como condición previa al pago, Paul Junior insistía en que ella renunciara inmediatamente a la custodia de todos sus hijos.

Gail pensaba que ya podía soportar cualquier cosa, pero ese fue el golpe más cruel de todos. Había soportado cinco meses de infierno para salvar a su hijo y en el momento en el que ya casi lo tenía de vuelta, parecía que tenía que perderlos a él... y al resto de sus hijos.

Pero no había nada que hacer y sus sentimientos ya no importaban mucho. Lo único que importaba era el dinero, y que liberaran a su hijo lo antes posible. Así que aceptó e incluso llegó a organizar el traslado de los niños al aeropuerto –solo para descubrir que había habido otro malentendido y Paul Junior negaba haber pedido nunca la custodia—.

Eso era algo típico de la atmósfera de drama y desconfianza que rodeó el secuestro hasta el final. Pero Jean Paul Getty había aceptado pagar. Eso era lo que contaba, aunque directamente contribuyera solo con dos millones doscientos mil del rescate. Esa era la cantidad que le dijeron sus contables que podía deducir de impuestos. Así que mantuvo la exigencia de que su hijo tenía que pagar el resto en plazos regulares de sus ingresos del Fondo Sarah C. Getty.

Gail tuvo mucho miedo, hasta el último momento, de que ocurriera algo más, pero el 6 de diciembre, Chace recibió autorización para retirar la enorme suma de dos mil millones de liras en billetes usados de cincuenta mil y de cien mil liras. Todos habían sido microfilmados y los billetes llenaron tres bolsas de viaje grandes que llevó a la Embajada de Estados Unidos en la *via* Veneto para que estuvieran a salvo.

Incluso entonces hubo un lío causado por la niebla y la nieve en la autopista al norte de Nápoles, que estaba pasando el peor invierno en casi cincuenta años. En el primer viaje con el dinero, Chace no logró establecer contacto con los secuestradores. Se crisparon los nervios y Gail temió que hubiera todavía más dramas que prolongaran la agonía de cinco meses. Pero el 12 de diciembre, Chace recogió las tres bolsas de la Embajada de Estados Unidos por segunda vez y condujo cuatrocientos kilómetros al sur de Roma hasta la cita que había organizado Cinquanta. Cuatro kilómetros al sur del desvío al pueblo de Lagonegro, divisó a un hombre que estaba de pie a un lado de la carretera con una pistola en la mano y un pasamontañas cubriéndole el rostro. Chace detuvo el coche, depositó las tres bolsas de viaje al lado de la carretera y regresó a Roma. Todo el rato lo habían seguido miembros de la brigada móvil, disfrazados de obreros en una furgoneta, y habían fotografiado al hombre del pasamontañas.

Aunque el secuestro estaba ya casi acabado, a Gail le quedaba todavía la espera más cruel de todas. Al día siguiente no supo nada, ni al siguiente tampoco. Se convenció de que, después de hacerse con el dinero, los secuestradores habían matado a su hijo. Desde el punto de vista de ellos,

habría tenido cierto sentido que se quedaran con el rescate y destruyeran las pruebas, Paul incluido.

En la noche del día 14, Gail estaba al borde de la desesperación, convencida de que había ocurrido lo que tanto temía. Cinco meses de desgracia habían terminado con un teléfono silencioso.

Pero a las diez y media de la noche sonó el teléfono. Era Cinquanta. Adoptó un tono oficial. Podría haber sido alguien de un banco. Confirmó que se había pagado el dinero y que sus colegas cumplirían su parte del trato y liberarían a Paul en las próximas horas. Lo dejarían en una colina cerca de donde Chace había depositado el dinero. Hizo una descripción concreta del sitio y añadió que Gail debería ir a recogerlo personalmente.

- —Por favor, dele ropa de abrigo —dijo ella, consciente de lo frío del clima.
 - —Me aseguraré de que tenga una manta —repuso Cinquanta.

Esas fueron las últimas palabras que le dijo a Gail y ella no volvió a oír su voz nunca más.

Esa noche ya era imposible dormir. La policía tenía intervenido el teléfono de Gail y comunicó la conversación a la Brigada Móvil, que no tardó en llegar al apartamento. Ella llamó a Chace, que llegó enseguida. A medianoche, Chace y ella estaban en el asiento trasero de un coche de la Brigada Móvil, con Carlo al volante.

Nevó con fuerza durante la mayor parte del viaje, y amanecía ya cuando llegaron a la falda de la colina. El campo estaba blanco, y a aquella luz temprana, no había ni rastro de Paul. Gritaron su nombre, pero sin resultado. Gail silbó como silbaban sus hijos y ella cuando se llamaban unos a otros en Orgia. Paul habría reconocido el silbido enseguida, pero siguió sin haber respuesta.

—Tiene que estar preparada, puede que lo hayan matado —dijo Chace, cuando los hombres de la Brigada Móvil registraban la ladera sin encontrar señales de Paul.

De pronto uno de ellos gritó algo. Había encontrado una manta vieja y una venda para los ojos. Seguramente habían pertenecido a Paul y eran la primera prueba que tenían de que seguía con vida. ¿Pero dónde estaba?

- —Usted conoce a su hijo —le dijo Carlo a Gail—. ¿Qué haría él?
- —Ir a casa —respondió ella.

La Brigada Móvil se desplazó despacio por la autopista buscándolo, con Gail y Chace en el asiento trasero de un coche patrulla. No vieron nada, pero en la radio del coche captaron una información de la policía. Habían encontrado a un varón sin identificar en la zona y lo habían llevado a la sede de los carabineros de Lagonegro.

* * *

En la *caserma* de los carabineros en Lagonegro, nadie quería admitir al principio que Paul estaba allí, y cuando por fin lo hicieron, le dijeron a Gail que no podía verlo porque estaba siendo interrogado. La razón de esa hostilidad aparente estaba en que ella iba acompañada por miembros de la Brigada Móvil, que siempre se han llevado mal con los carabineros –y los carabineros estaban decididos a atribuirse el mérito de «rescatar» a Paul Getty—.

Pero Gail había soportado ya demasiadas cosas, para molestarse ahora con tales sutilezas.

—Quiero a mi hijo —dijo—. Déjenme ver a mi hijo.

Y al ver a aquella mujer furiosa y agotada que llamaba a su hijo, los carabineros cedieron y lo llevaron por fin ante ella.

Estaba tan delgado y enfermo que casi no lo reconoció cuando entró arrastrando los pies y ataviado con ropa que le habían comprado los carabineros. Estaba sucio, casi no podía andar y una venda manchada de sangre alrededor de la cabeza cubría la herida donde había estado su oreja.

Ahora que había llegado el momento que tanto habían anhelado, Gail y Paul estaban demasiado emocionados para hablar. Se abrazaron y, solo cuando lo tuvo en sus brazos, supo ella que la larga prueba había terminado.

Lo único que importaba era llevar a Paul a Roma, y antes de que los carabineros pudieran protestar, Chace y ella lo arrastraron hasta el coche que esperaba fuera e iniciaron el viaje a casa.

—Paul y yo parecíamos zombis. Estábamos tan embargados por la emoción que casi no podíamos hablar. —Eso es lo único que recuerda Gail del viaje.

Cuando llegaron a Nápoles, la radio daba ya la noticia de la liberación de Paul, y en Roma los esperaban periodistas en las cabinas del peaje cuando salieron de la autopista. Había gente en las calles, esperando para verlos pasar. Algunos los vitoreaban y saludaban agitando los brazos, pero a Gail la embargaba una sensación de irrealidad y de alivio porque el horror de los últimos meses había terminado. Y, sin embargo, no tenía ni idea del daño que esos meses habrían hecho a Paul, a ella y a toda la familia.

Un amigo les había reservado sitio a ambos en una clínica de Parioli, donde pasaron los tres días siguientes recuperándose antes de partir de vacaciones a Austria. A su llegada a la clínica, los doctores examinaron a Paul y el resultado fue reconfortante. Era joven y fuerte. Físicamente se recuperaría pronto, y con cirugía plástica moderna, hasta se podría reconstruir la oreja.

- —¿Y los efectos psicológicos? —preguntó Gail.
- -Eso solo el tiempo lo dirá —le respondió el doctor.

Esa tarde, Gail recordó que el 15 de diciembre era el cumpleaños de Paul Getty. Cumplía ochenta y uno y ella sugirió que podía ser un buen gesto que Paul telefoneara a su abuelo para darle las gracias por lo que había hecho por él y felicitarle el cumpleaños.

En Sutton Place, el viejo estaba en su estudio cuando se produjo la llamada y una de sus mujeres fue a comunicárselo.

- -Es su nieto Paul. ¿Quiere hablar con él? -preguntó.
- —No —respondió Paul Getty.

Capítulo 16

LA DINASTÍA

Detrás de la fachada sombría que Jean Paul Getty había conseguido mantener durante el secuestro, las cosas empezaban a ir mal en Sutton Place.

Eso no tenía nada que ver con sus intereses comerciales, que nunca habían sido más boyantes. La escasez de petróleo a nivel mundial después de la guerra árabe-israelí en el Yom Kippur de octubre de 1973, había cuadruplicado el precio del crudo desde tres dólares el barril a doce dólares en el mercado internacional, y las acciones de Getty Oil subían sin cesar. Durante 1975, el viejo aumentaría el dividendo en dinero de la empresa desde uno coma treinta dólares a dos cincuenta dólares por acción, lo que de paso le produjo unos ingresos récord de 25.800.000 dólares ese año. Para entonces, el Fondo Sarah C. Getty llegaba ya a los dos mil cuatrocientos millones de dólares.

Pero ese flujo de dinero no podía impedir una sensación vaga pero perturbadora que había empezado a afectarle. Era algo que no había experimentado nunca y que resultaba tan doloroso como inesperado. A los ochenta y dos años, uno de los hombres más ricos del mundo, conocía una sensación de fracaso.

Había empezado dos años antes, poco después de la fiesta de su ochenta cumpleaños en el Dorchester Hotel, que había sido organizada por la duquesa de Argyll. En la fiesta todo había sido maravilloso. Todo el mundo había aplaudido el brindis de su amigo el duque de Bedford con el deseo de que «las muchas mujeres ingeniosas y encantadoras que lo rodean sean todavía más encantadoras e ingeniosas». El presidente Nixon había enviado a su hija Tricia en representación suya y, a medianoche, el presidente había telefoneado personalmente desde Washington para felicitarle el cumpleaños a su fiel partidario y generoso donante a los fondos Nixon, su buen amigo Jean Paul Getty.

Pero unos meses después sucedió lo impensable. Penelope Kitson, su confidente y amiga, lo abandonó. Cuando le dijo que pensaba volver a casarse con el empresario Patrick de Laszlo, él hizo todo lo que pudo para impedirlo, incluido su castigo por excelencia: borrarla de su testamento. Le disgustó descubrir que eso no suponía ninguna diferencia, pero se aplacó cuando el matrimonio fracasó meses después y Penelope volvió a verlo.

—No voy a decir que lo sienta, querida —dijo él.

Y la reinstaló en su testamento y en su casita dentro de la propiedad. Pero la muestra de independencia de Penelope lo había alterado, como también las reacciones a algo que significaba mucho para él, la inauguración oficial de su museo en Malibú a comienzos de 1974.

El arquitecto de Getty, el amable inglés Stephen Garrett, siempre había tenido sus dudas con la idea de recrear aquella villa romana a orillas del Pacífico, y había intentado advertir a su cliente. Pero Getty no había querido escuchar y había seguido todos los detalles de la construcción a diez mil kilómetros de distancia, desde Sutton Place. Pero cuando se inauguró, la prensa recibió con escarnio casi unánime el precioso sueño de Getty. Vulgar, hortera, sacado directamente de Disneylandia fueron algunas de las reacciones, y el Economist de Londres se mostró especialmente altivo. A los historiadores del Arte, dijo, les costará trabajo decidir si el disparate de Paul Getty es simplemente incongruente o genuinamente ridículo.

Como siempre que se enfrentaba a algo que no le gustaba, el viejo apretó aún más los labios y no dijo nada. Pero después de las críticas generalizadas por su comportamiento durante el secuestro, esas reacciones a su museo lo desestabilizaron de verdad. Más tarde escribiría que la liberación del joven Paul *ha sido el regalo de cumpleaños más maravilloso de mi vida*. Pocos lo creyeron.

En una situación similar, hombres más pobres habrían hipotecado su hogar, pedido prestado a amigos todo lo que podían e incluso entrado en bancarrota en sus intentos por reunir dinero para el rescate de un nieto. Y no pasó desapercibido que, aunque Getty se había negado a proporcionar el dinero con la base de sus supuestos principios, había terminado por renunciar a estos al final. Y también que, al retrasar todo lo posible el pago del rescate, había obligado a los secuestradores a bajar el precio original desde diecisiete millones de dólares a tres millones doscientos mil, un ahorro de trece millones ochocientos mil dólares.

Como empresario, él era muy consciente de eso. Y si implicaba que, para lograrlo, su en otro tiempo nieto predilecto había tenido que sufrir una pesadilla de cinco meses con la mafia, presumiblemente pensaría que el precio había valido la pena.

Pero después seguramente tendría sus dudas. Porque el secuestro había resultado ser un verdadero desastre para la familia y para el propio Getty. El sufrimiento del chico acababa de empezar y los daños seguirían propagándose de distintos modos y causando todavía más dolor en los años venideros.

Eso no fue evidente enseguida. Después del secuestro, Gail y su hijo pasaron dos meses tranquilos recuperándose en las montañas austriacas con Aileen, Mark y Ariadne. Las montañas calmaron sus miedos, restauraron sus espíritus y pronto volvían a disfrutar de la vida. Años después, Aileen recordaría aquellas vacaciones como la última vez que había estado sin preocupaciones y completamente feliz. El resto de la familia opinaba más o menos igual, y regresaron de Austria creyendo que la pesadilla del secuestro se había terminado y había quedado olvidada.

Era buena señal que el secuestro hubiera cambiado poco lo que sentían por Italia y cuando Gail volvió a instalarse en su casa de Orgia, rechazó la sugerencia de sus amigos de que quizá necesitara terapia.

El joven Paul había vuelto a reunirse con Martine y solo cuando volvió a Roma para estar con ella, dejando a Gail al fin sola, se dio cuenta ella de lo acertados que habían estado sus amigos.

—Porque de pronto y sin previo aviso, me desmoroné.

La asaltaban pesadillas del periodo del secuestro, seguidas por ataques de llanto incontrolables. Hundida en una depresión profunda, se metió en la cama. Y luego, lenta y dolorosamente, se fue recuperando.

En esa fase, Paul parecía menos afectado por el secuestro que su madre. Eso se debía, en parte, al efecto de la juventud y, en parte, a que podía apoyarse en Martine, una chica fuerte. Disfrutaba por primera vez en su vida de una relación estable con una novia. Y ese verano, cuando Martine descubrió que estaba embarazada, él obró en consonancia con los principios burgueses que antes había rechazado y le propuso matrimonio.

Fue una boda feliz, celebrada por el alcalde de Sovicille, la sede de la *comune* local, a la que asistió prácticamente todo Orgia. Consciente de su estado, Martine llevaba un vestido sencillo y Paul fue el protagonista de la jornada. Le había vuelto a crecer el pelo y estaba muy apuesto con un traje Mao negro hecho a medida, con ribetes rojo oscuro y deportivas blancas nuevas.

Como tuvo lugar tan pronto después de la liberación, era inevitable que la boda atrajera a los medios de comunicación, y la prensa y la televisión italianas acudieron en masa. Lejos de molestarle, era obvio que Paul disfrutaba siendo el centro de atención. Hasta tal punto que, cuando un fotógrafo del *Daily Express* londinense se retrasó y se perdió la ceremonia, Paul insistió en repetirla para él.

Los que lo conocían insisten en que eso no era vanidad exactamente. En su anhelo por contar con la atención de los medios de comunicación buscaba algo que necesitaba desesperadamente, una identidad que esperaba encontrar en el papel de una especie de famoso de culto.

Justo antes de Navidad, Martine y él se trasladaron desde Italia hasta Los Ángeles, donde pensaban vivir, y Martine dio a luz a su hijo en enero de 1975 en los alrededores de Tarzana (nombrada así por el protagonista del fundador de la ciudad, Edgar Rice Burroughts, autor de las novelas de Tarzán). Se resistieron a la tentación de llamarlo Tarzán Getty y lo llamaron Balthazar (Baltasar). Era uno de los tres reyes magos de la Biblia y, si la familia quería sobrevivir, no le vendría mal algo de magia.

Al casarse con Martine, Paul había hecho un sacrificio, pues casándose antes de cumplir los veintidós años quedaba descalificado para recibir ingresos del fondo que había montado su padre en 1966 para mantener a sus hijos después del divorcio. Ese límite de edad se había marcado para proteger a Aileen y a Ariadne de potenciales maridos cazadotes, pero ahora afectaba también a Paul.

Se esmeró por despreciar lo que no había recibido, pero, a partir de ese momento, la falta de dinero sería uno de sus problemas perpetuos. Le resultaba muy mortificante tener el apellido Getty sin el dinero de los Getty. Sabía que un día heredaría una fortuna del Fondo Sarah C. Getty, pero, entretanto, tenía problemas para sobrevivir.

En marzo de 1975, Gail empezó a recibir presiones de Paul Junior para que llevara a los niños de vuelta a Inglaterra. Siempre que hablaban por teléfono, parecía tan deprimido y solo que ella empezaba a preocuparse seriamente por él.

Al percibir que había pocas esperanzas de casarse o de tener hijos con él, Victoria lo había dejado, se había sometido a una cura de desintoxicación y se había casado por segunda vez, con Oliver Musker, un anticuado joven y divertido con base en Londres que estaba enamorado de ella.

Después de su marcha, Paul tocó fondo de verdad. La única persona que cuidaba ya de él era un antiguo taxista llamado Derek Calcott, que se esmeraba por procurar que hubiera siempre algo de comer en la casa, generalmente galletas y helado de chocolate. Ambas cosas le sentaban mal, pero satisfacían su ansia de adicto de comer algo dulce. Se sentía impotente y abandonado y, aparte de eso, estaba completamente solo en una casa que se había vuelto tan sombría y descuidada como él.

También estaba sin dinero. Económicamente era un inepto y las pequeñas sumas que recibía del Fondo Sarah C. Getty las empleaba en las drogas que compraba en la calle y que tomaba además de las recetadas.

Todo eso lo había vuelto muy vulnerable. Presuntos «amigos» habían empezado a apoderarse de sus posesiones, y él había vendido la mayor parte de lo que le dejaron, incluido el MG rojo de Roma, por el que su hermana Donna le dio dos mil dólares. Ya no podía mantener a los niños en Italia y empezó a suplicarle a Gail que los llevara a Cheyne Walk.

Ella tenía dudas al respecto. Por una parte, no quería irse de Italia y tampoco quería volver a relacionarse mucho con él. Por otra parte, pensaba que instalarse en Cheyne Walk podía ser bueno para los niños y para su padre. Teniendo en cuenta que Paul y ella estaban solos y todavía se tenían mucho cariño, también tenía sentido que estuvieran juntos.

Gail voló, pues, a Londres para pasar unos días por primera vez después del secuestro, y descubrió que aquello era peor de lo que había previsto. Llegó en fin de semana. Paul estaba solo en la casa y, como volvía a estar sin dinero, su camello lo había dejado sin droga y mostraba síntomas de un síndrome de abstinencia agudo.

Esa noche estaba tan mal, que ella se hizo una cama en el estudio para estar cerca de él y permaneció a su lado cuando empezó a sudar y a retorcerse. Él le dijo que quería dejar la adicción y ella le prometió que se quedaría a ayudarlo.

En Elephant and Castle –una de las zonas más pobres del sur de Londres–había una clínica que ofrecía tratamiento a los adictos todos los martes. El martes siguiente, Gail lo llevó allí y él empezó a tomar metadona en lugar de heroína y a reducir el alcohol. Gail solo accedió a llevar a los niños a Inglaterra cuando estuvo segura de que él iba en serio con lo del tratamiento.

Marcharse de Italia fue una tortura y a los chicos no les gustó nada. Pero para entonces Gail se había convencido de que era lo mejor y todos los chicos parecieron alegrarse de reunirse con su padre.

Se decidió que Tara permanecería en Francia con sus abuelos y las chicas fueron enviadas a internados diferentes. Aileen fue a Hatchlands, una escuela de élite para señoritas elegantes cerca de Godalming, en Surrey. Y Ariadne a un internado cerca de Lewes.

Después de crear consternación al anunciar —en broma— que estaba embarazada, Ariadne, de trece años, se acomodó y aceptó la rutina de un internado femenino inglés. Pero a Aileen le resultó muy rara la idea de Hatchlands. Como italiana que era, odiaba que la obligaran a dormir con las ventanas abiertas y siempre parecía estar resfriada. Le enseñaron esgrima, a jugar al *bridge* y etiqueta, todo lo cual le parecía absurdo. Lo mismo que las molestias que se tomaron en enseñarle cómo hacer reverencias a la realeza. Aburrida y resentida, bebía alcohol en secreto, se escapaba a Londres e inventaba historias terroríficas para escandalizar a sus compañeras más crédulas.

Lejos de convertir a Aileen en una dama consumada de la buena sociedad, un año en Hatchlands bastó para convertirla en una rebelde eterna.

Al mismo tiempo, buscarle un colegio a Mark resultó más problemático. Como era difícil meterlo en un colegio privado importante con tan poco aviso, un amigo de Gail lo introdujo en el mundo menos agobiante de Taunton School, en el Somerset rural. Allí llegó a sentirse muy cómodo, era popular entre los otros chicos, le gustaba el campo y se esforzó lo bastante

para conseguir una beca para Oxford y convertirse en un ser humano brillante y dueño de sí.

* * *

Entretanto, su hermano Paul tenía problemas como hombre casado de dieciocho años con una esposa más mayor y dos niños pequeños a los que mantener: Anna, la hija de Martine, y Balthazar. Craig Copetas, un periodista de la revista *Rolling Ston*e que lo vio mucho en esa época, comenta que «era extremadamente fuerte y no parecía que el secuestro le hubiera dejado apenas secuelas físicas».

Pero eso era engañoso. Bajo la superficie, cinco meses de tortura física y mental habían supuesto un desastre para una personalidad que ya estaba en peligro, y Gail está convencida de que sus sufrimientos habían afectado mucho su sistema nervioso. Le resultaba imposible dormir, y cuando lo hacía, era presa de pesadillas constantes y de una interminable sensación de terror. Pero sus verdaderos problemas procedían del *brandy* que le habían dado los secuestradores en cautividad. Había heredado la naturaleza adictiva de su padre y pronto resultó claro que, al iniciar su dependencia del alcohol, los secuestradores habían convertido al joven Paul Getty en un alcohólico incurable.

No era de sorprender que le resultara imposible asentarse o mantener una relación íntima con nadie. Martine a menudo no podía lidiar con él, y menos cuando recurrió a las drogas —legales e ilegales— para que lo ayudaran a pasar el día y a disfrutar de unas horas de sueño por la noche. Cuando conseguía dormir, se despertaba a menudo gritando.

Martine, a su modo pragmático, mantuvo a su pequeña familia unida en Los Ángeles, donde creó un hogar para Anna y Balthazar... Y también para Paul, cuando los necesitaba. Cuando el abuelo Getty le ofreció una paga pequeña con la condición de que estudiara en una universidad, se matriculó en la Universidad Pepperdine, en Malibú, y decidió estudiar historia china. Pero la vida académica le resultó tan difícil como la vida matrimonial y visitaba tan poco las aulas como el apartamento familiar.

Cuando podía, iba a Inglaterra y, según Gail, seguía adorando a su padre e idealizando su vida. Aunque lo veía muy poco, deseaba su aprobación tanto

como siempre, y confiaba todavía en ganársela convirtiéndose en una figura importante de la contracultura.

Aquello era lo que yacía en el fondo de su obsesión constante con los miembros prominentes de la Generación Beat. Copetas le presentó a algunos de los sumos sacerdotes del movimiento, como William Burroughs, Allen Ginsberg y Timothy Leary. Recuerda que Paul intentó impresionar a Burroughs regalándole una de las primeras cámaras Polaroid instantáneas.

—Era un gran regalo en aquellos días. Pero Burroughs se mostró confuso y avergonzado y era obvio que no tenía ni la menor idea de lo que hacer con ella.

Como autor de *El almuerzo desnudo*, Burroughs era un héroe para el joven Paul, mientras que, como dice Copetas:

—Lo único interesante que tenía Paul para Burroughs era que se apellidaba Getty y la mafia lo había secuestrado y le había cortado una oreja.

Ese mismo año, más tarde, se juzgó en Lagonegro a varios hombres acusados de participar en distintos grados en el secuestro de Jean Paul Getty III. En Italia es raro que las víctimas de secuestro o sus familias asistan a juicios relacionados con la mafia. Pero Gail y el joven Paul estaban decididos a enfrentarse a sus exatormentadores.

Preocupado por los riesgos que iban a correr, Paul Junior insistió en pedirle consejo al antiguo hombre del Special Air Service que había utilizado como experto en seguridad desde el secuestro. Como profesional, al hombre del SAS le preocupaba tanto la perspectiva de un juicio a la mafia en el corazón de una región dominada por esta, que sugirió en serio que Paul y Gail fueran todas las mañanas en helicóptero de Nápoles a Lagonegro. A Gail eso le pareció excesivo y optaron por hospedarse en Nápoles y desplazarse al tribunal en coche todas las mañanas.

Paul llevaba el pelo más largo que nunca para esconder la oreja perdida y muchas personas comentaron el buen aspecto que tenía. Pero el juicio los alteró a Gail y a él más de lo que esperaban, en particular al ver las caras hoscas de los acusados mirándolos desde la jaula de hierro en la que los tenían dentro del tribunal.

Eran personajes de aspecto peligroso, pero como los secuestradores habían estado siempre enmascarados, Paul no pudo reconocer a ninguno de ellos. Tampoco Gail, cuando los oyó hablar, pudo reconocer la voz inconfundible de Cinquanta. Entre ellos no parecía haber ningún jefe, pues, como es habitual en los juicios de la mafia, los padrinos estaban dondequiera que se metan los padrinos cuando llegan los problemas. Uno de los sospechosos principales era una figura prominente de la *N'drangeta* llamado Saverio Mammoliti. Se decía que había estado al cargo del secuestro, pero la policía nunca pudo atraparlo, a pesar de que, justo antes del juicio, se mostró abiertamente en público para casarse en la iglesia del cercano pueblo de Gióia Táuro.

Tampoco se encontró nunca el dinero del rescate, aparte de una cantidad pequeña que tenía uno de los acusados. Eso implicaba que más de tres millones de dólares de los Getty, en liras italianas cuidadosamente marcadas, ayudaban en ese momento a equipar laboratorios de la mafia que producían heroína y cocaína.

Los acusados, que fueron declarados culpables, fueron condenados a penas de entre cuatro y diez años de prisión en condiciones de máxima seguridad. Pero Gail pensaba que ningún castigo se correspondía con la crueldad que los secuestradores habían infligido a su hijo. Unos años más tarde, un miembro de la banda que seguía en prisión le escribió para pedirle perdón y decirle que una intervención por su parte ayudaría a que saliera antes de la cárcel. Gail no contestó.

Durante la mayor parte de 1975, Gail y Paul Junior parecieron llevarse bien en Cheyne Walk, en parte porque la casa era lo bastante grande para que vivieran vidas relativamente separadas. Gail encontró la casa más hermosa de lo que recordaba, pero también algo siniestra. «Una tumba viva», como la llamaría más tarde.

A un periodista que la entrevistó le aseguró que Paul y ella no habían vuelto a casarse ni tenían intención de hacerlo.

Pero cuando volvieron a estar juntos, le sorprendió lo mucho que había cambiado él y los daños que le había causado su modo de vida. No obstante, gracias a sus visitas regulares de los martes a Elephant and Castle, Paul mostraba señales de clara mejoría, y durante ese verano, disfrutó de dos

semanas de vacaciones con Mark, con el que fue a visitar a unos amigos a Irlanda. Era la primera vez que pasaba tanto tiempo fuera de Cheyne Walk desde la muerte de Talitha.

Durante ese periodo, el anciano Jean Paul Getty había intentado no pensar mucho en el futuro. Había pasado su vida levantando Getty Oil, ¿pero qué había sido de la empresa?

—Soy un mal jefe —admitió con aire sombrío en un raro momento de franqueza—. Un buen jefe crea sucesores. No hay nadie que ocupe mi puesto.

Teóricamente, el propósito de crear la enorme fortuna del Fondo Sarah C. Getty siempre había sido enriquecer a lo que a él le gustaba llamar la «dinastía Getty». Pero de nuevo tenía dudas sobre eso. ¿Qué esperanza podía haber para una dinastía dividida por desastres y desacuerdos? Penelope le dijo a Ralph Hewins que a veces al viejo le atormentaba pensar que «la dinastía Getty terminaría con él y su imperio sería dividido y jamás volvería a alcanzar la misma altura».

A veces hasta iba tan lejos como para culparse por lo ocurrido. Después de haber sacrificado a su familia por el éxito en los negocios, se preguntaba si el sacrificio había valido la pena.

Para contrarrestar esos pensamientos sombríos, durante el verano de 1975 intentó convertirse en algo que no había sido nunca: un abuelo amoroso en el centro de una gran familia unida. «El señor Familia», como lo llamó Gail. Todos los nietos fueron invitados a Sutton Place con sus padres en distintos momentos.

En una ocasión, Gordon y Ann le llevaron a los cuatro chicos, Peter, Andrew, John y William. En otra ocasión, Gloria, la primera esposa de George, llevó a sus hijas, Anne, Claire y Caroline. Y Ronald y su rubia esposa, Karin, llegaron con Christopher, Stephanie, Cecile y Christina. Gail y sus hijos eran invitados regularmente a pasar el fin de semana en Sutton Place.

Naturalmente, acudían, pues el dinero es un gran sanador, y Gail encontró a su exsuegro tan encantador con ella como siempre. Era como si el secuestro no hubiera ocurrido y, al evitar mencionarlo, el viejo y su nieto Paul empezaron a llevarse bastante bien.

Más tarde el anciano pareció sorprenderse de lo mucho que había disfrutado de aquel ejercicio nuevo de unidad familiar y dejó escrito que aquellas visitas habían hecho del verano de 1975 un verano muy reconfortante para el abuelo J. Paul Getty.

En un esfuerzo por convencerse de lo que quería creer, añadió que la calidez del afecto familiar demostraba que a pesar de todo —ya sea divorcio, tragedia o cualquier otro de los muchos problemas y tribulaciones de la vida— la familia Getty es una familia y seguirá siéndolo.

Palabras valientes, pero que resultaban claramente forzadas al cotejarlas con la realidad. Porque lo cierto era que pocas familias podrían haber estado más desunidas que los Getty, y era imposible verlos como una dinastía en proceso de desarrollo, como los Kennedy o los Rockefeller. E irónicamente, la verdad era que la mayor parte de la desunión de la familia la había causado, directa o indirectamente, Jean Paul Getty.

Ni siquiera a los ochenta y dos años podía resistirse a enfrentar a un hijo contra otro. Su favorito en ese momento, hasta donde él podía tener uno, era el en otro tiempo despreciado y frecuentemente ignorado Gordon. Este había sido nombrado, junto con Lansing Hays, administrador del Fondo Sarah C. Getty, y Ann y él eran los únicos miembros de la familia a los que su padre había tenido a bien invitar a Londres para la fiesta de su ochenta cumpleaños.

La muestra de independencia de Gordon al demandar a su padre en la batalla larga y dura sobre sus ingresos del Fondo Sarah C. Getty seguía haciendo maravillas por su moral y su prestigio personal, y la relación entre ellos había empezado a mejorar.

Después de haber estado al borde de la pobreza, para el estándar de los Getty, Gordon era ahora bastante pudiente. El aumento de ingresos de Getty Oil se reflejaba en los ingresos del Fondo Sarah C. Getty y parece ser que Gordon y su hermano Paul Junior recibieron 4.927.514 dólares de intereses del fondo en los doce meses anteriores a la muerte de su padre.

Eso implicaba que Ann y Gordon eran libres de llevar la vida que quisieran, y casi desde el principio habían dejado claro que no seguirían la existencia de multimillonario tacaño personificada por el padre de Gordon.

Ann tenía una fuerte vena ostentosa y Gordon también, así que, cuando se compraron una casa, fue una de las casas privadas más grandes y espectaculares de todo San Francisco, una mansión de cuatro plantas y estilo italiano situada en la cima de Pacific Heights, diseñada por el prestigioso arquitecto Willis Polk a comienzos de los años treinta.

Al igual que Ann y Gordon, era muy grande. Tenía un patio con frescos de estilo italiano, más de una docena de dormitorios y vistas sin par de la bahía, desde el Golden Gate hasta Alcatraz. Se había deteriorado mucho y la consiguieron relativamente barata, porque haría falta mucho dinero para rehabilitarla, por no hablar para crear la clase de casa en la que se había empeñado Ann.

Comprarla había sido una especie de declaración de intenciones. Gordon y Ann eran ricos, estaban en la cumbre de San Francisco y tenían intención de disfrutar.

Aquel verano de 1975, la vida de Ronald seguía siendo considerablemente menos envidiable que la del distraído Gordon. De hecho, la creciente riqueza de este enfatizaba más todavía la terrible injusticia de haber desheredado al pobre Ronald. Mientras Gordon recibía millones del Fondo Sarah C. Getty, a Ronald le daba solo tres mil dólares.

Además de eso, el negocio en el que había puesto muchas esperanzas —y que había llamado Getty Financial Corporation, un conglomerado de propiedades y restaurantes de comida rápida— todavía no había dado beneficios reales.

Pero después de la visita de aquel verano a Sutton Place con Karin y los niños, Ronald tenía más esperanzas que nunca. Su padre se había ablandado y se llevaban mejor que nunca. De hecho, le había asegurado personalmente que se haría justicia. También lo había nombrado uno de los administradores del fondo del museo de Malibú y un albacea de su testamento. Todo eso parecía señalar en una dirección, que a la muerte de su padre, Ronald quedaría colocado donde debería haber estado siempre, en una posición de igualdad con sus hermanos como beneficiario del Fondo Sarah C. Getty.

El único miembro de la familia que no fue invitado a Sutton Place aquel verano fue el tocayo del viejo y antiguo hijo favorito, Jean Paul Getty Junior. Getty se había negado a hablar con él durante los peores momentos del secuestro y ahora, con la vejez cobrándose su precio, seguía firme en eso.

A Paul Junior le disgustaba mucho eso y seguía llamado a Penelope Kitson de vez en cuando para suplicarle que intercediera por él. Pero la respuesta era siempre la misma:

—Cuando deje las drogas.

Pero aunque su padre no quisiera verlo ni hablar con él, Paul Junior no podía ser desplazado como beneficiario del Fondo Sarah C. Getty. Como drogadicto, no se le consideraba digno de ser un Getty, pero, económicamente, Jean Paul Getty Junior estaba destinado a ser multimillonario.

Capítulo 17

PLACERES PÓSTUMOS

Es curioso el poco consuelo que extrajo Jean Paul Getty en su vejez de la enorme fortuna que había pasado su vida creando. Siempre había habido algo irreal en las grandes cantidades de dinero que había sacado de la tierra, y como siempre estuvo tan decidido a proteger la fortuna de despilfarros y de impuestos, era como si nunca la hubiera poseído del todo.

Al igual que nunca había sabido del todo lo grande que era, siempre le había puesto nervioso utilizarla excepto para el asunto que más lo absorbía todavía: el de hacer cantidades de dinero aún mayores.

El dinero, con los años, había asumido distintos aspectos para él. Dinero como poder, dinero para hacer más dinero y, en un sentido más profundo, dinero para justificarse ante sus padres y su conciencia. Pero nunca había habido dinero para disfrutarlo como lo habría disfrutado una persona normal, por el simple hecho de gastarlo. Debido a eso, era como si su dinero le hiciera trampas. Y puesto que había hecho la fortuna a su imagen, eso implicaba que al final se hacía trampas a sí mismo.

No podía cambiar su naturaleza más de lo que podía cambiar su cara, y allí estaba, atrapado en la persona que había creado cuidadosamente para poder construir esa fortuna. En el pasado se había vuelto un ser solitario para proteger su discreción y su fuerza, pero ahora su aislamiento solo hacía que se sintiera solo. Su cara, que había entrenado con tanto esmero para que no mostrara nada de sus sentimientos, se había convertido en una máscara incapaz de registrar nada en absoluto, ni siquiera el terror a la mortalidad que nunca lo abandonaba. Se había hecho inmune al amor y a la lástima, y ahora, a los ochenta y tres años, era incapaz de sentir amor por nadie. Igual que los daltónicos son ciegos a los colores, él se había vuelto ciego a la gente después de años entrenándose para ignorar las distracciones de los sentimientos corrientes.

El resultado se había visto durante el secuestro de su nieto y la «cortina» emocional que había corrido, así como también en su negativa a marcar el número de teléfono de su hijo drogadicto y decirle que fuera a verlo. Y, sobre todo, se veía en su inconsciencia sobre el mal que le había hecho a su hijo Ronald.

Puesto que la edad de su dueño no disminuye de ningún modo la atracción que ejerce una gran suma de dinero, Getty seguía atrayendo a mujeres. A los ochenta años, la mayoría de los hombres están preparados para descansar y mostrar dignidad sobre tales asuntos, pero la oportunidad y la costumbre lo mantenían en activo y se apoyaba en inyecciones de su médico para conseguir la erección. A sus más de ochenta años, todavía había mujeres que declaraban su gran deseo de casarse con él.

Algunas de sus mujeres habían desaparecido de su vida, como Mary Teissier, que había más o menos sucumbido a la bebida y la decepción y se había retirado a la casa que él le había comprado en el sur de Francia. Pero siempre había en escena admiradoras nuevas, incluso aristócratas, como la hermana del duque de Rutland, lady Ursula d'Abo, que declaró su amor por Getty en las páginas del *National Enquirer*, lo que no tardó en provocar una carta de amor de la emotiva nicaragüense Rosabella Burch, en un artículo en el *Sunday Express*, en el que decía que estaba dispuesta a casarse con él. *Es un hombre adorable y muy divertido*, escribió.

Pero otra vieja costumbre de Getty era la de enfrentar a sus mujeres y verlas pelearse por sus favores. Se sentaba por la noche a ver la televisión, sumido en sus pensamientos y sin hacerles caso. Luego, cuando se cansaba, se levantaba tambaleante y elegía concienzudamente su compañía de esa noche.

Además de la concupiscencia, otro hábito que no podía romper era el vicio favorito de la vejez: crueldad anticipatoria.

Una de las pocas cosas que todavía lo estimulaban era su testamento. Al borde de la eternidad, disfrutaba dejando legados tacaños como un modo último de vengarse de mujeres a las que antes había querido. Cortó los legados a sus exesposas Teddy y Fini, y también a la en otro tiempo «hija honoraria» Robina Lund, que se las había arreglado de algún modo para ofenderlo. (Por otra parte, había un cierto número de amantes muy viejas a las que recordó de pronto).

Pero su mayor problema era uno que había estado presente casi toda su vida. El hecho de que una parte de él no había madurado nunca. Incluso a las puertas de la muerte, el genio financiero seguía tan firmemente unido como siempre con el adolescente emocional.

Ese lado infantil suyo parece ser lo que atraía a las mujeres que se interesaban sinceramente por él. Como su secretaria, Barbara Wallace, que permanecía toda la noche despierta tomándole la mano cuando a él le aterrorizaba morirse. O Jeanette Constable-Maxwell, que había sido amiga suya desde que él le hiciera la fiesta monstruosa de su presentación en sociedad. O su «queridísima Pen» (como llamaba él a Penelope Kitson), que había sido demasiado lista para casarse con él y era una de las pocas que no había permitido que el dinero de él dictara sus actos ni sus afectos.

Es fácil comprender por qué, en la primavera de 1976, cuando él supo que tenía cáncer de próstata inoperable y se negaba a ver a las mujeres a las que ya no podía usar, todavía quería a Penelope cerca leyéndole aquellos libros de aventuras nunca olvidados de G. A. Henty. Lo consolaba que aquella mujer autoritaria lo tratara como a un niño y le leyera historias infantiles, pero hay algo especialmente patético en imaginar al más rico de los estadounidenses con su cara triste y su cuerpo encorvado en el sillón con el chal sobre los hombros, soñando con ir al oeste con Drake o a la India con Clive, pensando en la reencarnación y con miedo a morir.

A su muerte, en junio de 1976, Getty había cumplido de sobra el trato hecho con su madre cuando montaron juntos el Fondo Sarah C. Getty cuarenta y dos años antes. Se había asegurado de que, como herederos de los casi dos mil millones de dólares del Fondo Sarah C. Getty, a sus hijos y a los hijos de sus hijos no les faltaría de nada, al menos en el terreno económico.

El primer año después de su muerte, el fondo produjo unos ingresos de casi cuatro millones de dólares para Paul y Gordon, y la misma suma se dividió a partes iguales entre Anne, Claire y Caroline, las hijas de George. Puesto que esos cinco beneficiarios del fondo recibían todas sus ganancias, los pagos que recibían aumentarían regularmente a medida que Getty Oil incrementaba sus dividendos de capital. Esos dividendos subieron de un dólar por acción en 1978 a 1,90 dólares por acción en 1980 y a un récord

2,60 dólares en 1982. En los primeros años de la década de 1980, Paul y Gordon recibían veintiocho millones de dólares cada uno del fondo todos los años, y las hijas de George se repartían la misma suma entre ellas.

Pero aparte del dinero, J. Paul Getty había dejado muy poco a los miembros de su familia. Desde luego, ninguna de las cosas que podría haberse esperado que dejara tras de sí el fundador de una dinastía —ni tierra ni reliquias de familia, ni siquiera una sede central para la familia—. Aparte de dinero, que es anónimo por naturaleza, había poco por lo que los miembros de su familia pudieran recordarlo.

Sutton Place, la casa que tanto había amado, se vendió, y sus cuadros y muebles se enviaron al museo en Malibú. Casi parecía que, al no confiar su memoria a sus descendientes, convirtiera al museo en el depositario final de su reputación y en el único monumento a su memoria.

A su familia le dejó otra cosa... Demasiado dinero, un montón de problemas y un legado de vidas rotas.

Así se entiende lo importante que debió de ser para él la idea del museo en los meses previos a su muerte. No importaba que no lo hubiera visto nunca, como tampoco había importado que no hubiera visitado la Zona Neutral hasta mucho después de que hubiera construido allí uno de los campos de petróleo más productivos del mundo desde su habitación de un hotel de París.

Era un virtuoso del control remoto, de usar su dinero y su experiencia para hacer que ocurrieran cosas extraordinarias a distancia, viéndolas en su imaginación. Era un talento muy poco habitual, y antes de morir llevaba varios años usándolo para construir el museo de su imaginación a diez mil kilómetros de distancia, en Malibú.

Probablemente hizo bien en no visitarlo nunca. La realidad podría haberle decepcionado. Y siempre habría tiempo para visitarlo en otra reencarnación.

En lugar de eso, desde su habitación en Sutton Place, podía llevar a cabo metódicamente las tareas con las que disfrutaba: leer informes de los arquitectos, revisar los costes y seguir minuciosamente los progresos de la edificación. (Según Stephen Garrett, uno de los momentos más emocionantes del viejo fue cuando vio un vídeo que le envió él de cómo vertían hormigón

en los cimientos). Luego, cuando su villa romana estuvo terminada, había llegado el momento de llenarla de tesoros.

Durante los meses previos a su muerte, uno de los pocos placeres que le quedaban era debatir su contenido con Gillian Wilson, quien, además de ser la conservadora oficial de Artes Decorativas del museo, también era joven, inteligente y guapa. En la última ocasión que se vieron, él cerró los ojos y dijo:

—Ahora estoy entrando en mi galería de artes decorativas. Dime lo que veo.

Ella dice que le describió la galería lo mejor que pudo durante casi media hora, al final de la cual, él abrió los ojos, le sonrió y dijo:

—¡Vaya! Es una gran exposición, ¿eh?

Para entonces la primera reacción de la prensa había quedado olvidada. Las cifras de visitantes demostraban su popularidad. El año antes de su muerte hubo trescientos cincuenta mil visitantes, que, como él no pudo evitar calcular, le habían costado tres dólares con cincuenta por cabeza. Pero ese era un gasto del que no protestaba, porque le gustaba saber que la gente apreciaba lo que él había creado.

En Roma, antes de la guerra, había encargado un busto suyo de mármol y pidió que lo colocaran en el vestíbulo del museo.

—El visitante ideal del museo —dijo en una ocasión— tiene que pensar que ha retrocedido dos mil años y ha ido a ver a unos amigos romanos que viven en la villa.

Cuando entraban, se encontraban con el busto en mármol de un hombre de edad mediana parecido a un emperador romano, que los recibía en el vestíbulo.

A la muerte de su padre, Gordon, como coadministrador con Lasing Hays del Fondo Sarah C. Getty, se convirtió en el miembro más rico –y potencialmente al menos, el más importante– de la familia. Además de los tres millones cuatrocientos mil dólares de ingresos que recibió en 1977 del fondo, tenía una paga adicional de un millón de dólares como administrador, más otra de cuatro millones como albacea del testamento de su padre.

Pero aunque Ann y Gordon pensaban disfrutar de su riqueza, Gordon no parecía prestar mucha atención al poder y las responsabilidades que la

acompañaban. Reticente por naturaleza, no estaba a la altura de la seguridad en sí mismo del abogado Hays, quien se consideraba el regente del imperio Getty después de la muerte del emperador y trataba a la junta directiva de Getty Oil con poco respeto, y a Gordon igual. La junta directiva de Getty Oil protestaba periódicamente por ese tratamiento, pero Gordon no. Como Getty Oil marchaba bien de momento y daba buenos dividendos a su accionista principal, el Fondo Sarah C. Getty, Gordon tenía cosas más importantes en las que pensar

Era un hombre sin malicia que hablaba bien de todo el mundo, incluido su padre, para el que escribió una necrológica amable aunque enigmática:

Mi padre era un hombre incomprensible, autoritario y encantador, un filósofo y un payaso. Era inescrutable, un showman, un aficionado a los juegos. Era carismático, hipnotizador incluso. Muchos de sus viejos empleados, bien pagados o no, habrían derramado sangre por él. Era estoico en la pena y jocoso hasta el día de su muerte. Creo que quería decirnos algo sobre el coraje.

Tal vez sí, aunque es dificil saber el qué. Lo que estaba claro era que Gordon no tenía intención de aprender lecciones de su padre sobre temas como economía personal y privaciones. El dinero nunca se le subiría a la cabeza, pero eso no implicaba que Ann y él fueran incapaces de disfrutarlo.

A diferencia de su hermano Paul, más sofisticado, Ann y él no eran cosmopolitas ricos y sus ambiciones sociales se limitaban básicamente a San Francisco, donde Ann estaba dispuesta a reemplazar los recuerdos del valle de Sacramento convirtiéndose en la reina indiscutible de Pacific Heights.

El estilo y la calidad de vida del número 350 de Broadway aumentaron después de la muerte de Jean Paul Getty. Acristalaron el atrio, lo que la convirtió en la casa ideal para fiestas y recepciones grandes. Se llevaron al solemne Bullimore, el mayordomo de Getty, desde Sutton Place, junto con seis empleados más. Instalaron una cocina espléndida, con cuadros trampantojos de una granja y encargaron a Siter Parish, la decoradora de interiores más majestuosa de Estados Unidos, que supervisara la decoración de la casa. Gracias a ella, el comedor se convirtió en el orgullo de la casa. Allí se prohibió la luz eléctrica y los Getty y sus invitados cenaban a la luz de las velas de candelabros elaborados (a pesar de que Bullimore gruñía

porque luego había que limpiar la cera de las velas). Con su papel pintado chino antiguo en azul y oro, era una habitación muy hermosa, con las luces de Oakland brillando al otro lado de la bahía. Los invitados hablan de un solomillo tan tierno que se podía cortar con un tenedor, suflés ligeros y vinos memorables de Francia y California, aunque dicen que Gordon casi siempre bebía agua.

A un nivel más sencillo, como hombre de familia, Gordon estaba ansioso por no infligir a sus hijos el tipo de inseguridad con la que él había crecido. Ann y él leían al doctor Spock y eran unos padres relajados y poco exigentes.

—Somos una familia muy unida, pero no nos empeñamos en las comidas familiares. Todo el mundo come cuando tiene hambre —decía Gordon.

Eso también iba por él, que solía desaparecer a veces todo el día en su cuarto de trabajo insonorizado, del que no salía hasta que era casi la hora de acostarse.

Como ya no necesitaba demostrarle nada a su padre, podía disfrutar de su libertad y hacer más o menos lo que quería. ¿Pero qué quería Gordon? No estaba claro, ni siquiera para él mismo. Más tarde describiría ese periodo como una época en la que «avanzaba a trompicones». Con poca educación formal, intentaba componer música, pero no conseguía terminar nada que le gustara del todo. Cantaba a Schubert —*Winterreise*, que articulaba con los ojos cerrados—, pero aunque tenía una voz potente, desafinaba un poco.

Según su esposa Ann, «el pasatiempo favorito de Gordon es comprar CD en Tower Records. Prácticamente mantiene él la tienda».

Pero aparte de los discos, gastaba poco dinero en sí mismo. Su sentido de la ropa era mínimo. Carecía de gusto para los adornos y llevaba un reloj de pulsera electrónico Casio de cuarenta dólares. Prefería su Dodge descapotable a un Rolls o un Bentley.

Ann, por su parte, había empezado a comprar impresionistas franceses, pero carecía del temperamento y de la predisposición de un coleccionista serio. Hacían contribuciones periódicas a la Opera House y a la Filarmónica de San Francisco, pero, en general, su filantropía era «bastante mecánica» como decía Ann, de acuerdo con una lista anual que creaba la secretaria de Gordon.

Como pareja, eran generosos pero no de un modo exagerado. No querían llegar a tener fama de pródigos y parecían algo menos interesados por los

seres humanos que por los animales, la prehistoria y la conservación, en particular «conservación de los recursos mundiales antes de que sea demasiado tarde», como dijo Gordon cuando creó el Premio J. Paul Getty a la Conservación de la Naturaleza en memoria de su padre, pero sin dejar claro qué relación había habido entre su padre y la conservación de algo que no fueran grandes cantidades de dinero.

Gordon votaba a los republicanos y Ann a los demócratas, «anulándonos así el uno al otro», como decía Gordon. Y ambos estaban dispuestos a prestar la casa a cualquier causa que mereciera su aprobación.

En esa fase del matrimonio, Ann parecía ser la que más gastaba. Fue ella la que se compró un Porsche y se vistió en París. Y mientras ella se convertía en la mujer más glamurosa y de la que más se hablaba en San Francisco, Gordon seguía exudando el aire levemente confuso de un profesor de música que de pronto se ha descubierto multimillonario. Un multimillonario que a veces olvidaba dónde había aparcado su coche, pero que, cuando lo encontraba, siempre insistía en llevar a sus amigos a casa después de una cena.

Durante ese periodo, parecía dispuesto a «andar a trompicones» eternamente, entregado a sus hijos, martirizando con Schubert a sus sufridos amigos e ignorando lo que ocurría en el lejano mundo de Getty Oil y del Fondo Sarah C. Getty. A veces casi daba la impresión de que invitara a la gente a no tomarlo en serio. Pocos lo hacían.

Nunca sabremos de cierto por qué el anciano no aprovechó la oportunidad de su testamento para enderezar el error que había cometido con su hijo Ronald. Parece inconcebible que se debiera todavía al rencor contra su abuelo, el doctor Helmle. Dado lo accidentado de su relación, quizá simplemente no le apetecía hacerle un favor a Ronald. Pero es más probable que no quisiera hacer ningún cambio en el Fondo Sarah C. Getty que pudiera darle un punto de entrada a su abominable enemigo, Hacienda.

En vez de eso, ofreció a Ronald algunos premios de consolación que empeoraron la situación en vez de mejorarla. Le dejó la parte más grande, con Paul y Gordon, en La Posta Vecchia, que ninguno de los tres quería. Menos todavía, dadas las circunstancias, quería los diarios de su padre, que, por alguna extraordinaria razón, se los legó a él. (A los diarios se les

adjudicó el valor nominal de un dólar a efectos sucesorios). Aparte de un legado de trescientos veinte mil dólares, el único beneficio sustancial que sacó Ronald de la muerte de su padre fue su paga de cuatro millones de dólares como albacea de su testamento, papel que compartía con su hermano Gordon.

Después de tantas promesas, se sentía amargado y humillado e inició procedimientos legales contra el Museo J. Paul Getty y el Fondo Sarah C. Getty. Temiendo que su caso retrasara la ejecución del testamento y amenazara el estatus libre de impuestos del gran legado, el museo llegó a un acuerdo con Ronald por diez millones de dólares. Pero en el caso contra el fondo fiduciario no consiguió nada, aunque él dice que Paul y Gordon se mostraban dispuestos a incluirlo en el fondo hasta que sus abogados los disuadieron.

La injusticia que se había hecho con él lo dejó sintiéndose doblemente traicionado por su padre. Primero a la edad de seis años, cuando se creó el fondo fiduciario, y después en ese testamento que prolongaba la injusticia y que lo colocaba firmemente en contra de sus hermanos.

Por supuesto, Ronald seguía siendo millonario y su dinero, bien invertido, debería haberle dado suficiente para vivir con comodidad el resto de su vida. Pero Ronald quería algo más que comodidad. Quería demostrar su valía ante su padre, sus hermanos y ante sus hijos. Invirtió su dinero en inversiones de riesgo con el fin de crear otra fortuna Getty por su cuenta.

* * *

Aparte de Ann y Gordon, los miembros más afortunados de la familia eran Anne, Claire y Caroline, las hijas de George. Desde la muerte de este, su madre, Gloria, las había protegido concienzudamente de escándalos y de la intromisión de la prensa y, siguiendo el patrón establecido por su padre, se mantenían más o menos apartadas de otros miembros de la familia. Cada una de ellas percibía un tercio de los ingresos que habría recibido su padre del Fondo Sarah C. Getty, que, en los doce meses posteriores a la muerte de su abuelo, se acercaron a los dos millones de dólares por cabeza.

Pero aunque eso las convertía en grandes herederas, se mostraban recelosas con el mundo exterior a su círculo protegido. Era como si las tres hubieran aprendido lecciones importantes de la caída de su padre y estuvieran decididas a evitar las tentaciones y desastres de los muy ricos. Reverenciaban la memoria de su abuelo. Su madre tenía una gran influencia en todas ellas y seguían llevando una vida sencilla y bastante privada.

Parecía que la línea defectuosa de la familia Getty continuaba a través de Paul Junior y sus hijos. Y cuando murió su padre, resultó claro que el intento de Paul de reparar eso llevando a Gail y a los niños a Cheyne Walk había fracasado.

Durante el matrimonio de Victoria Holdsworth con Oliver Musker, la madre de ella, Mary Holdsworth, se había mantenido en contacto con lo que sucedía en Cheyne Walk. Preocupada por Paul, solía llevarle comida en una cesta todos los miércoles por la tarde, y eso le daba también ocasión de estar al tanto de lo que ocurría.

Es dificil precisar la secuencia de los hechos que se produjeron durante la primavera anterior a la muerte de Paul Getty. Habían aparecido tensiones entre Paul Junior, Gail y los chicos, pues a Paul le resultaba muy dificil curarse de su adicción y continuar con el tratamiento en la clínica. Simultáneamente, había habido tensiones en el matrimonio de Victoria, que terminaron en divorcio dos años después, y cuando ella decidió volver a Cheyne Walk, Gail se mudó enseguida a una casa al otro lado del río.

Gail siguió visitando Cheyne Walk para cuidar de su familia, pero le molestó mucho que, en su ausencia, Paul renunciara a su cura por completo y no tardara en volver a ser tan adicto como antes.

Ese fue el punto en el que Gail concluyó que la causa estaba perdida. Hubo peleas feas y ella pensó que no había nada más que pudiera hacer por él. Los chicos no estaban contentos y, después de una última escena desesperada entre Paul y ella, Gail decidió que no tenía ningún sentido que siguieran allí.

Ella solo quería irse con sus hijos lo más lejos posible de Cheyne Walk, lo cual en su caso fue ir a California, primero a San Francisco, donde se quedaron con amigos, y después a Los Ángeles, donde buscaron una casa.

Era la mudanza más decisiva que podían hacer, y una ruptura total con Europa y el pasado. A veces Gail soñaba con Italia, que parecía estar a una distancia insuperable de California.

En cuanto a Paul Junior, después de la muerte de su padre, acudió a su funeral con el rostro ceniciento, gafas oscuras y mostrando tanta dificultad para andar, que parecía necesitar el apoyo de Bianca Jagger, que iba con él. Esa fue la última vez que lo fotografiaron en público en muchos años. Echaba de menos a sus hijos, lamentaba amargamente no haber visto a su padre antes de su muerte y su salud se iba deteriorando porque las drogas y la bebida empezaban a afectarle a la circulación.

Para ser alguien que acababa de convertirse en uno de los beneficiarios principales de la mayor fortuna de Norteamérica, dificilmente habría podido parecer más desdichado.

Pero la mayor víctima de la familia seguía siendo su hijo, el joven Paul. Este era ahora un alcohólico sin remedio y sus asuntos económicos eran tan caóticos que, puesto que su padre no ejercía ningún control personal, el juez Harris presentó una demanda en Los Ángeles para que lo nombraran tutor legal suyo sobre la base de que Paul era «económicamente poco previsor» e «incapaz de manejar sus asuntos económicos».

El matrimonio con Martine se había roto ya. Paul pasaba cheques sin fondos, había dejado la universidad, bebía más que nunca y se relacionaba con personajes indeseables, con los que compraba coches utilizando el apellido Getty y luego los cargaba a miembros de su familia.

Gail, desesperada, invitó a su viejo amigo, el periodista Craig Copetas, a que fuera a Los Ángeles a hablar con él. Lo cual, como dice Copetas, «probaba lo desesperada que estaba».

Copetas describe cómo terminó su amistad con el joven Paul:

Me quedé con él unos días en el sitio que alquilaba en Sunset Stripe. Bebía mucho, aunque decía que no era feliz y anhelaba arreglar su vida, pero no era posible. Cuando yo estaba allí, se iba a ver la solicitud de su abuelo en la Corte Suprema de California, y la mañana de la vista, los llevé a Martine y a él al tribunal en un Chevrolet rojo viejo que había comprado yo. Parecía tranquilo y razonable, así que le dije:

—Esta es tu oportunidad de mostrar un cambio de actitud. Todo el mundo está cabreado contigo y habrá muchos periodistas en el juzgado. Muéstrate bajo una luz nueva. Sé responsable por una vez en tu vida.

Pero él explotó de pronto y empezó a atacar a Martine. Encima de todo lo demás, tenía un genio terrible. Creo que fue entonces cuando me di cuenta de que Paul Getty era una causa perdida. Paré el coche y le grité que bajara. Se calló y lo llevé al tribunal, pero volvió a montar una escena y ese fue el fin para mí. Unos días después me fui de California y no volví a ver a Paul nunca más.

TERCERA PARTE

Capítulo 18

DROGAS Y COMA

Después de la muerte de su padre, fue como si Paul Junior se hubiera condenado a muerte en vida en su hermosa y desgraciada casa y los años iban pasando mientras él cumplía su condena por lo que le había ocurrido a Talitha. Su pena solo no explicaría su situación, que también se debía al alcohol, las drogas y el dinero. El alcohol y las drogas le permitían aislarse de la vida y el dinero que le llegaba sin esfuerzo le permitía seguir viviendo como quisiera.

La atracción de la heroína es que elimina temporalmente la miseria humana. Porque en la hora que sigue a un chute hay un alivio absoluto de cualquier sensación de inutilidad y de culpa y de todo tipo de ansiedad. La realidad se diluye y en su lugar llega la sensación de una tranquilidad inefable. La sensación no dura y, a la larga, el uso de la heroína tiene un efecto acumulativo, que lleva a más ansiedad, pérdida de autoestima, depresión sofocante y una sensación de aislamiento profundo. Cuando vuelve la realidad, pensar en los seres queridos se puede convertir en una fuente de culpabilidad, lo que ayuda a explicar por qué Paul veía tan poco a miembros de su familia y no daba muestras de echarlos de menos. Recluido en aquella casa con tantos recuerdos, había veces en las que se volvía morbosamente receloso y su reclusión aumentaba junto con su miedo y su recelo del mundo exterior.

Como compañía, tenía sus libros, y los libros poseen una magia comprensiva propia, en especial libros tan raros y valiosos como los que coleccionaba él –bellas encuadernaciones de la historia de la fabricación de libros, manuscritos iluminados que iban desde la Edad Media hasta la época actual y libros exquisitamente impresos por imprentas privadas. No eran tanto libros para leer como talismanes, parte de la historia y obras de arte individuales—.

Sus libros eran una de las pocas vías de escape que poseía, porque pertenecían al pasado, y el pasado era más seguro que el presente. Podía disfrutar de la bendición de la página impresa, del olor del cuero y del tacto sensual de la vitela. Los libros se habían convertido en su solaz, en la amante con la que ya no se acostaba, en la familia a la que nunca veía. Cada día leía más y, como era inteligente y metódico, también estudiaba bibliografía, aprendía sobre los distintos estilos de encuadernación y sobre la sabiduría tradicional de las ediciones raras. A su modo erudito, empezó a hacerse invulnerable en un campo que trascendía las drogas y el dinero.

Fue un logro considerable para alguien en su situación, una prueba de que su mente seguía siendo tan aguda como siempre a la hora de incrementar su biblioteca. Esta se convertiría en una creación de la que estaría orgulloso, y cuando más feliz parecía, era cuando estaba en el antiguo estudio de Rossetti, que había convertido en su estudio, con las pesadas cortinas corridas contra la luz y rodeado por sus libros. Tenía cuarenta y cinco años, pero parecía más viejo, con barba, gafas y bastante tripa, pues la bebida y las galletas de chocolate le habían hecho ganar peso y le daban un cierto parecido con la figura barbuda de su héroe de otro tiempo.

Uno de sus visitantes habituales era el amable Bryan Maggs, rey de los vendedores de libros raros de Londres y encuadernador virtuoso por su cuenta. (Sus maravillosas encuadernaciones de *Trivia* de John Gay y de *El arte de caminar por las calles de Londres* se exponen en el British Museum). Maggs compraba para él y así aumentó su biblioteca, sin dejar de esnifar heroína y de beber ron, y sin ver apenas a sus hijos.

* * *

Como era inteligente y rico, había también otros intereses que Paul Junior podía perseguir y que también le servían para pasar el tiempo y no le causaban ansiedad. Uno era el cine. Tenía una gran colección de películas antiguas y un conocimiento profundo de la edad dorada de Hollywood. También disfrutaba de películas británicas de antes de la guerra, que se habían convertido en una fuente importante de entusiasmo por una Inglaterra nostálgica que nunca había conocido pero que amaba y con la que se sentía a gusto. Las películas eran una ventana a la vida más allá de la cárcel que tan cuidadosamente había construido a su alrededor.

Había también otra ventana, que se le abrió de un modo más inesperado. Con la vida que llevaba, había largos periodos en los que le era imposible dormir. Para matar el tiempo, veía mucha televisión. Un día estaba haciendo eso cuando llegó Mick Jagger y le preguntó por qué no veía algo que valía mucho más la pena.

- —¿Qué? —preguntó Paul.
- -Críquet -contestó Jagger.

Cambió a un canal donde había un partido y empezó a explicarle las reglas. Paul se enganchó. El deporte como espectador le interesaba desde los días en los que había intentado establecer el béisbol en Roma con Mario Lanza y disfrutaba de la sutileza del críquet, junto con el drama y la emoción que puede ofrecer a los que lo toman en serio. Como norteamericano cada vez más anglófilo, encontraba también una fascinación exótica en ese juego tan inglés. Pronto empezó a decir que el críquet era al béisbol lo que el ajedrez a las damas.

Con películas antiguas, libros raros y críquet en la televisión podía llenar el tedio de su vida solitaria y parecía empeñado en seguir así hasta su muerte, que daba muestras de que podía llegar pronto, pues la bebida, las drogas y la falta de ejercicio minaban su constitución.

De vez en cuando entraba en la London Clinic para una cura de desintoxicación que nunca duraba mucho. Al mismo tiempo, recibía tratamiento para la circulación y el hígado y para una posible diabetes, además de para otros síntomas de su precario estado.

Mientras tanto, sus hijos iban creciendo. Amigos de la familia a menudo decían que Aileen era la que más se le parecía, tanto físicamente como por su vena de rebeldía. Era intuitivamente muy inteligente y muy guapa, con grandes ojos marrones y un encanto de duendecillo que hacía que su madre la llamara su *leprechaun* irlandés. Pero a Aileen le gustaba mucho considerarse una rebelde y, después de abandonar la Universidad del Sur de California, hizo la mayoría de las cosas que hacían las jóvenes rebeldes en Los Ángeles en los años setenta, incluidas pintar, hacer campaña contra la guerra de Vietnam y consumir marihuana y cocaína para relajarse. Como parte de su protesta política, hacía *collages* artísticos, entre ellos uno de billetes de mil dólares fotocopiados con el mensaje impreso de *Lucha*

contra el capitalismo. Vivió un tiempo con un pianista de jazz, al que siguió un director de cine, e intentaba ignorar que un día sería una gran heredera, como si esa idea la mortificara. Posiblemente así era.

Su hermana Ariadne, menos extrovertida, era demasiado tradicionalista para ser una rebelde. Pero igual que había sido el chicazo de la familia, también seguía teniendo su parte salvaje, con la personalidad volátil y los altibajos emocionales de sus ancestros irlandeses. Después de estudiar en la Universidad Bennington en Vermont, se dedicó a la fotografía y se especializó en paisajismo y arquitectura. Su arte era lo bastante prometedor como para llegar a tener un agente en Nueva York.

Mark era el único miembro de la familia que no había sucumbido al hechizo de California. Después de su educación inglesa, se mostraba tan decididamente anglófilo como su padre, pero su acento inglés y su exterior eran engañosos. Hablaba italiano tan bien como inglés, y al haber nacido en Roma, consideraba Italia como su hogar. Había sido demasiado joven como para que le afectaran tanto como a Paul y a Aileen el divorcio de sus padres y el drama posterior. Pero a diferencia de su hermano Paul, la ausencia de su padre a veces le hacía parecer más mayor de lo que era, pues hacía lo posible por ocupar su lugar. Era sensato, cariñoso y responsable, cualidades que resultaban especialmente valiosas por lo poco que abundaban en los Getty.

Mark no era el único miembro de la familia que echaba de menos Italia. Después del trauma del secuestro, todos se habían mantenido alejados, pero Gail tendía a considerar Los Ángeles como un lugar de exilio. Todavía poseía –y ansiaba ver– la casa de Orgia, que ahora estaba cerrada y que cuidaba un poco el jardinero Remo.

Por fin pensaron que no podían seguir más tiempo alejados y Gail, Mark y Ariadne regresaron a principios de 1980 por primera vez desde el secuestro. Ansiosos por descubrir lo que había sido de la casa, no pararon en Roma sino que alquilaron un coche en el aeropuerto y fueron directos a la Toscana. Cuando llegaron a Orgia, se enteraron de que Remo había muerto justo antes de Navidad. Como había estado enfermo algún tiempo, no había podido cuidar de la casa y descubrieron que había entrado gente en ella y causado muchos desperfectos.

La familia podía haberse tomado eso como un símbolo, pero a pesar del desorden y de la suciedad, fue como volver a casa. Allí era donde Gail y los

niños habían sido más felices, y a pesar del recuerdo del secuestro, estaban decididos a restaurar la casa. Percibían que su lugar estaba allí y decidieron regresar.

En Orgia se sentían seguros, pues allí, en aquel campo abierto, con las viñas y el suelo rojo oscuro, no existía la atmósfera agobiante de Roma. Además, no podían vivir más tiempo esquivando el peligro. Como decía Gail, era mejor afrontar el riesgo de un secuestro que esconderse eternamente.

Después de Italia, Gail y sus hijos volvieron a Los Ángeles en marzo para la fiesta de compromiso de Aileen. Cansada de su director de cine —o él de ella—, Aileen había estado un tiempo con Michael Wilding Junior, hijo de Elizabeth Taylor, y a través de él había conocido a Christopher, su hermano menor. Se habían enamorado y como llevaban ya dos años juntos, querían casarse. Pero aunque a todos les caía bien Christopher, que era atractivo, amable y encantador, casarse con él no era tan sencillo.

Desde el principio fue evidente que una boda entre una Getty y un hijo de Elizabeth Taylor no sería empresa fácil. El protocolo de Hollywood era tan complejo como el de una boda de la realeza. La publicidad podía ser una pesadilla y ambas familias tenían problemas propios que añadir a la confusión. Christopher, que seguía queriendo a su expadrastro Richard Burton, insistía en que este tenía que estar presente, y también su madre, que en ese momento estaba casada con el senador John Warner. Las agendas de rodaje de las dos estrellas de cine no facilitaban eso, y por el lado de los Getty, no parecía haber muchas probabilidades de reunir en armonía a los miembros de la familia. Ciertamente, era imposible persuadir a Paul Junior para que llevara a su hija al altar.

Como la logística matrimonial parecía insuperable, Gail sugirió hacer una fiesta de compromiso al estilo norteamericano para la pareja, después de lo cual, podrían «fugarse» y casarse más tarde cuando les viniera bien. Ambos aceptaron agradecidos y el 17 de marzo, Gail dio una fiesta de compromiso formal en su honor para ciento cincuenta invitados en su casa de Brentwood.

Elizabeth Taylor acudió a la fiesta a darles su bendición, «reluciente de perlas», y Aileen, vestida como una novia con flores en el pelo, llevaba un

anillo de compromiso al estilo de Hollywood, de jade imperial rodeado de diamantes.

Los Getty estaban representados por Paul, Mark y Ariadne; y Hollywood, por Sissy Spacek, Dudley Moore y Roddy McDowell. Timothy Leary se representó a sí mismo y al final de lo que Aileen llamó mi «fiesta de boda suplente», la pareja se «fugó» y se casó en secreto pocos días después en una capilla de Sunset Strip.

* * *

Ese verano se crearon más vínculos entre Italia y la familia Getty cuando Mark regresó a Roma y conoció a Domitilla Harding. Esta tenía veinte años, el rostro de una *madonna* de Siena y era hija de un empresario estadounidense y de madre italiana. La familia de su padre procedía de Boston, pero su madre, Lavinia Lante della Rovere, pertenecía a una de las familias más antiguas de Roma. El tío de Domitilla era el mismo príncipe Ladislao Odescalchi que había sido propietario de Posta Vecchia y se la había vendido al abuelo de Mark. Y los Lante della Rovere habían poseído en otro tiempo una de las casas más encantadoras de Italia, la famosa villa Lante en Bagnaia, cerca de Viterbo, que había estado en la familia durante generaciones, hasta que la abuela de Domitilla la había vendido en los años cincuenta.

Al final del verano, Mark tuvo que regresar a Inglaterra para empezar a estudiar PPE (Filosofía, Política y Economía) en el St. Catherine's College, en Oxford. Pero tenía intención de volver pronto a Roma a causa de Domitilla.

Con los hijos ya crecidos, hasta la desordenada vida del joven Paul daba señales de irse calmando. A comienzos de 1981, seis años después del secuestro, seguía siendo dependiente de las drogas y el alcohol. Cuando se sentía frustrado o provocado, podía ser tan imposible como siempre. Sorprendentemente, seguía casado con Martine, pero se veían muy poco y se había buscado una nueva «novia», una elegante chica italiana de una muy buena familia italiana, Emmanuela Stucchi-Prinetti. Era buena señal que él empezara a trabajar por fin, en la única área que había contemplado alguna

vez, la industria del cine, donde trabajaba desde 1978, primero como ayudante del director John Schlesinger y después como actor con un viejo amigo de Martine, el director alemán de vanguardia Wim Wenders.

Las primeras películas de Wenders, con su temática dificil de alienación y espíritu errante masculino, parecían hechas a medida para Paul. Podría haberse identificado fácilmente con los personajes de Wenders y, después de interpretar varios papeles pequeños, Wenders le ofreció un papel importante en 1981, el de escritor en la película *El estado de las cosas*.

A través de la interpretación, Paul empezaba a mostrar señales de reconciliarse por fin con la vida. En el pasado había tenido sueños adolescentes de impresionar a su padre como una figura de la contracultura. Eso no le había dado resultado, a pesar de su estilo de vida *hippie* y de sus intentos por relacionarse con algunos de los protagonistas de la Generación Beat. Pero de pronto, cuando menos lo esperaba, se encontraba triunfando en el cine de vanguardia. Wenders estaba contento con las primeras escenas de la película, que se habían rodado en Portugal. El rodaje continuó en París y Paul disfrutó del tiempo que pasó allí. Emmanuela estaba con él y parecía más feliz con ella que con ninguna de sus otras mujeres. Aunque seguía dependiendo mucho de su botella diaria de *bourbon* Wild Turkey, estaba casi limpio de drogas.

Luego, en marzo, regresó a Los Ángeles con la gentil y morena Emmanuela para rodar las últimas escenas de *El estado de las cosa*s en Hollywood. Se quedaron con amigos y Paul parecía feliz de estar de vuelta en Los Ángeles. Pero pronto tuvo que afrontar otra crisis. No le resultó fácil trabajar en un estudio de Hollywood, y cuando empezó el rodaje, descubrió que no podía actuar y beber, así que renunció a la bebida. Para un alcohólico, eso fue un *shock* terrible para su cuerpo, y para ayudarle a lidiar con el síndrome de abstinencia, los doctores le recetaron una mezcla formidable de drogas, incluida metadona, para ayudarle a dormir, y también Placidy, Valium y Dalmane para calmarle los nervios.

A pesar de tantas pastillas, le seguía costando dormir y tendía a despertarse temprano, razón por la cual, la mañana del 5 de abril, Emmanuela se preocupó mucho cuando no pudo despertarlo de un sueño profundo. Él estaba inerte y casi no respiraba. Ella, muy alarmada, tuvo la buena idea de llamar a una ambulancia.

Todo el mundo sospechaba alcohol o drogas. Lo que había ocurrido era que el hígado de Paul, incapaz de lidiar con el cóctel farmacéutico que le habían recetado los médicos, había dejado de funcionar y causado un cese temporal de oxígeno al cerebro. Cuando llegaron al hospital Cedars of Lebanon de Hollywood, había entrado en coma profundo.

Alguien había telefoneado a Gail antes de que llegara la ambulancia, pero como estaba en Santa Bárbara, tardó una hora y media en llegar al hospital. Cuando llegó al lado de su hijo, él estaba vivo por los pelos, enchufado a una máquina de soporte vital, con síntomas de daño cerebral por la falta de oxígeno. Cuando Gail preguntó a los doctores qué podía hacer por él, solo le dijeron:

—Esperar.

Y una vez más, Gail se dispuso a esperar.

Los doctores hicieron todo lo que pudieron para que Paul recobrara la conciencia, pero no pudieron ocultar su ansiedad cuando él no respondió. Luego, unos días después, se produjo otra causa de preocupación. Las radiografías mostraban líquido en el cerebro, que hacía que este se hinchara de un modo alarmante. Como último recurso, los doctores recurrieron a una técnica revolucionaria conocida como «hibernación profunda» que no se había probado nunca en seres humanos. Utilizaron drogas para inducirle al paciente un coma aún más profundo y luego lo fueron devolviendo poco a poco al estado anterior.

Tres días de hibernación profunda curaron la hinchazón del cerebro, pero Paul seguía inconsciente, con una respiración muy débil.

—Estaba vivo —dice Gail—, pero por los pelos. En el sueño más profundo, como la bella durmiente. Podías haberle clavado alfileres en los pies y no habría respondido ni dado la más mínima muestra de que pudiera despertar.

Los doctores ya no tenían nada más que proponer, aparte de seguir esperando. Y fue entonces cuando Gail comprendió, como había comprendido cuando habían secuestrado a Paul, que le tocaba a ella salvarlo.

Como no sabía nada del coma, fue a una librería universitaria y compró en la sección de Medicina todo lo que pudo encontrar sobre el tema. No había mucho. El conocimiento y el tratamiento del coma han avanzado considerablemente desde 1981, pero en aquel momento solo encontró un

diario médico que contenía un artículo sobre modos de mantener actividad cerebral en víctimas en coma. Se sugerían ciertos métodos —hablar continuamente con los pacientes, leerles en voz alta o ponerles su música favorita—. La teoría era que, aunque el paciente era incapaz de responder, a menudo podía entender gran parte de lo que oía. Mantener una actividad mental es muy importante para impedir que las víctimas de coma caigan en una inactividad silenciosa.

Desde entonces, ese tratamiento ha pasado a ser ampliamente aceptado, pero en aquel momento los doctores tendían a descartarlo. A Gail, sin embargo, le pareció que tenía sentido. Y lo más importante, les daba a la familia y a ella la posibilidad de hacer algo positivo por Paul en lugar de ver impotentes cómo se convertía en un vegetal.

Gail organizó a los miembros de la familia de modo que Paul tuviera atención continua.

—El objetivo era asegurarse de que hubiera siempre alguien con él, leyéndole, hablándole o poniéndole su música favorita —dice.

Era un trabajo duro, pero no tardó en unirse otro ayudante a la familia.

Mark estaba en Oxford cuando se enteró de lo de su hermano. No sabía que, al dejar la universidad, probablemente perdería la oportunidad de graduarse, pero, al igual que cuando el secuestro, sentía la obligación de estar con Gail y con su hermano en un momento de crisis. Se requería una presencia masculina y, puesto que su padre era incapaz de ofrecerla, le tocaba a él ocupar su lugar. El 8 de abril, tres días después de enterarse de la desgracia de Paul, Mark estaba ya en un vuelo de doce horas para Los Ángeles.

A partir de ese momento, asumió la responsabilidad de cuidar de Paul parte del turno de noche. Gail estaba en el hospital hasta la medianoche y luego la sustituía Mark hasta el amanecer. Aileen y Ariadne se turnaban durante el día para leer y hablar con su hermano. Martine también iba. A pesar de los problemas de su matrimonio, insistía en que seguía siendo la esposa de Paul y en que le tocaba a ella y no a Emmanuela estar con él. Como siempre que se trataba de una prueba de voluntades, ganó Martine.

Hay algo impresionante en una familia que se hace presente de ese modo para evitar una tragedia y devolver a la vida a un ser amado dormido. Pero a medida que pasaban los días, daba la impresión de que no lo conseguirían.

—Con Paul allí tumbado —dice Gail—, a veces era dificil saber si respiraba, pero intentábamos no hacer caso de eso, ser lo más positivos posible y hablar y bromear con él como si no hubiera pasado nada del otro mundo.

En un esfuerzo por mantener el ánimo, le contaba a Paul incidentes que creía que todavía podían hacerle gracia. A veces le ponían sus discos favoritos y seguían hablándole todo el tiempo sin tener ni la más mínima idea de si oía o entendía algo de lo que decían. A veces parecía un ejercicio inútil. Pero como no había nada más que hacer, siguieron así día y noche durante más de cinco semanas. Y durante ese tiempo, Paul estaba inmóvil y silencioso como una estatua.

Uno de los problemas era que no había modo de saber cuánto daño había sufrido su cerebro o hasta dónde llegaría su discapacidad si despertaba. Los doctores solo sabían que, como sospechaba la familia, cuanto más tiempo permaneciera inconsciente, peores serían sus probabilidades de recuperación.

A la sexta semana, los doctores ya no intentaban disimular sus impresiones. Con la tecnología médica moderna, no había ningún problema en mantener a Paul vivo indefinidamente, pero todo el mundo sabía que, pasado un cierto punto, sus esperanzas de recuperación disminuían de un modo dramático, y ese punto se acercaba rápidamente.

Gail se negaba a aceptar eso. Seguía insistiendo en que su hijo se recuperaría pronto, pero para los demás, lo que hacían empezaba a parecerles un ejercicio triste y fútil. Hasta que el 14 de mayo, casi seis semanas después de que Paul entrara en coma, llegó un rayo de esperanza.

Fue Mark el que lo presenció una de las madrugadas que pasaba al lado de la cama de su hermano. Cansado de hablar, había puesto uno de los discos favoritos de Paul, *La cabalgata de las valquirias* de Wagner, y, cuando esa música romántica retumbaba sobre la figura inmóvil de su hermano, Mark notó que ocurría algo. Por las mejillas de su hermano rodaban lágrimas. A las seis semanas de entrar en coma, Paul estaba llorando.

O eso parecía. Porque cuando Mark llamó al doctor de guardia, este se apresuró a apagar su entusiasmo. Había visto eso con otras víctimas de coma y solía deberse a una mota de polvo que causaba una irritación menor del ojo.

Pero Mark y Gail estaban convencidos de que las lágrimas de Paul se habían debido a una reacción a la música. Eso era lo único que les daba esperanzas de que Paul pudiera todavía tener un futuro. Pero durante varios días, no sucedió nada más. El coma de Paul era tan profundo como antes y daba la impresión de que los doctores habían estado en lo cierto.

Para pasar las interminables horas de hospital, Gail había invitado a viejos amigos de Paul a ir a verlo, y uno de ellos empezó a recordar las bromas pesadas que Paul y él habían gastado juntos en el colegio. Algunas eran bastante extravagantes y Gail no podía evitar reírse. Cuando se callaron, se dieron cuenta de que alguien más reía también. En la cama, con una voz baja pero inconfundible, Paul también reía.

Eso era una prueba al fin de que Paul emergía de verdad del coma y viviría.

—Ninguno terminábamos de creerlo —dice Gail—, y por supuesto, todos estábamos llorando y llenos de emoción. Pero a partir de ese momento, él empezó a despertar, muy despacio, como una luz que subiera lentamente de intensidad en una habitación. En terminología médica antigua, este proceso de despertar se conocía como «iluminación».

Cuando Paul recuperó la consciencia, los doctores pudieron por fin evaluar los daños. Eran tan graves como habían anticipado los peores pronósticos. Aunque tenía sensaciones en el cuerpo, estaba prácticamente paralizado del cuello para abajo. Estaba ciego, excepto por una visión periférica muy limitada. Su voz, aunque resultaba audible, estaba muy dañada. Con tantas discapacidades, que su inteligencia estuviera totalmente intacta parecía la burla final.

Los doctores fueron muy amables con Gail a la hora de hablar del futuro. Pero ella quería la verdad, no amabilidad, y le dieron su opinión sincera. Le dijeron que la única esperanza que tenía Paul de vivir lo que le quedaba de vida era tumbado en la cama en una institución.

Después de más de seis semanas luchando por mantener viva la esperanza, eso era más de lo que Gail podía soportar. Estaba agotada y su estrés era evidente. Pero igual que no había renunciado a la esperanza cuando habían secuestrado a Paul, se negaba a renunciar también ahora.

Dijo que bajo ningún concepto condenaría a su hijo a un destino así. Pero los doctores, que seguían creyendo que tenían que cumplir con su deber, insistían en decirle que los tetrapléjicos tan discapacitados como Paul estaban casi siempre mejor en instituciones equipadas adecuadamente para cuidarlos y que les proporcionaran también el tratamiento especializado que necesitaban. Los intentos de los seres queridos de cuidarlos ellos siempre acababan en desastre. Por muy entregados que fueran los familiares, la naturaleza agotadora de la tarea acababa por destruir la vida privada de cualquiera lo bastante atrevido como para hacerse cargo de ella.

—Pues ese es un riesgo que tendré que correr —dijo ella.

* * *

Si Gail hubiera tenido alguna duda sobre eso, el propio Paul se la habría quitado. Siempre que se daba cuenta de que ella estaba en la habitación, empezaba a llorar y con un esfuerzo enorme pronunciaba una sola palabra.

—Casa —susurraba.

Y por si ella no lo había entendido, la repetía.

—Casa. Casa.

Así empezó el trabajo que ocuparía muchos años de la vida de Gail. Unida a la casa de Brentwood había una casa de invitados con piscina. Una vez equipada con los servicios de una clínica privada, resultaría ideal para que Paul viviera allí con sus cuidadores.

Pronto se demostró que los doctores habían tenido razón en una cosa. Al hablar del efecto que cuidar de Paul tendría sobre su vida privada. Emmanuela también lo sintió. A sus padres no les costó mucho convencerla

de que había poco futuro en ser la prometida de un tetrapléjico y ella decidió volver a Italia. Martine, por su parte, fue una vez más una fuente de fuerza, y los dos niños, Anna y Balthazar, trataban a Paul como habían hecho siempre. Inconscientes de su discapacidad, no tardaron en subirse con él a la cama y quererlo tanto como siempre.

Por suerte, Gail podía contratar enfermeras que proporcionaran los cuidados continuos expertos que requería su hijo, así como también a los doctores más inteligentes y los fisioterapeutas más experimentados de California. Todo eso no sería posible sin grandes cantidades de dinero. Pero como Paul era un Getty, y dinero era algo que la familia Getty tenía en abundancia, ella pensaba que eso no debería ser un problema. Como tantas veces en el pasado, en lo que se refería al dinero y los Getty, Gail estaba equivocada.

Capítulo 19

RECUPERACIÓN

Cuando su hijo Paul salió del hospital, a Gail la ayudaban económicamente su padre y Gordon, el tío de Paul, que había comprado la casa donde vivían su familia y ella y seguía proveyendo todo lo que necesitaba su sobrino. Pero a largo plazo, aquello no era justo. Gordon era inmensamente rico, pero también lo era el padre de Paul y era él, y no Gordon, el que debía pagar el tratamiento de su hijo. Era obvio que podía permitírselo de sobra, pero cuando Gail empezó a enviar las facturas a Cheyne Walk, se las devolvieron... sin pagar. Siguieron llamadas telefónicas furiosas y Paul Junior dejó muy clara su postura. Aunque era multimillonario, se negaba rotundamente a correr con los gastos médicos de su hijo Paul.

Como nadie podía creerse aquello, el abogado de Gail envió una carta tranquilizadora intentando explicar la situación, pero recibió otra negativa. Como dice Gail:

—Gordon y un grupo de personas más pagábamos el tratamiento de Paul y, después de un tiempo, nos parecía una locura y una injusticia seguir haciéndolo. Lo último que queríamos todos era la publicidad de una demanda, pero con Paul negándose a escuchar, al final no hubo alternativa.

Como esperaba Gail, Jean Paul Getty Junior atrajo mucha publicidad desfavorable cuando en noviembre de 1981 instruyó a sus abogados en Los Ángeles para que se opusieran a la petición de Gail de veinticinco mil dólares al mes para los gastos médicos de su hijo. El juez que presidía la sala se escandalizó lo bastante para reprender a Paul en el tribunal, donde dijo que «el señor Getty debería avergonzarse de gastar mucho más dinero en costes en los tribunales que en cumplir con su deber moral».

Hasta un amigo tan íntimo como Bill Newsom describió su comportamiento como «extraño».

—Paul tiene libros en su biblioteca que cuestan más, mucho más, de lo que le habría costado cuidar de su hijo durante años —comentó. ¿Qué pasaba allí?

La verdad era que el coma del joven Paul había llegado en un mal momento de la vida de su padre. Durante una cura en Suiza, Victoria había conocido a Mohammed Alatas, un joven empresario saudí, y se había enamorado de él. De nuevo había perdido la esperanza de llevar una vida matrimonial satisfactoria con Paul y cuando Alatas le pidió matrimonio, ella aceptó.

Eso dejó a Paul mucho más solo que nunca en Cheyne Walk. Aumentó la cantidad de drogas y alcohol que tomaba y, cuanto más aislado y drogodependiente se hacía, más crecían sus miedos y ansiedades. Durante el periodo que el joven Paul pasó en coma, su hermano Mark telefoneaba a Inglaterra casi todos los días para darle noticias a su padre, que estaba tan dolorosamente afectado por el sufrimiento de su hijo como en los primeros días del secuestro. Y una vez más, intentaba bloquear la ansiedad y el dolor de pensar.

Lo que ocurrió entonces ofrece un buen ejemplo de cómo pueden el alcohol y las drogas distorsionar la realidad y causar perturbación emocional y desastre personal. Porque, sin pretender buscar excusas espurias para Paul Junior, había una especie de lógica de adicto en su comportamiento sobre las facturas médicas. Su negativa a pagarlas se veía generalmente como una repetición de la tacañería de su padre, pero ese no era el caso en absoluto y sus actos no estaban relacionados con el dinero.

Eran en parte resultado de la típica neurosis del adicto sobre lo que pensaba que sucedía a sus espaldas. También eran un modo extraño de intentar restar importancia a lo que le había ocurrido a su hijo. Porque si podía convencerse de que lo engañaban con los gastos médicos, podría cambiar su sensación de culpa por lo que había ocurrido por otra de rabia contra aquellos que se decía a sí mismo que lo habían engañado. Recluido en su refugio de Cheyne Walk, podía incluso creer que la tremenda discapacidad de su hijo no era tan fuerte como los embusteros doctores decían. Simplemente habían exagerado para sacarle dinero. Desafiándolos, pondría en evidencia a aquellos doctores mentirosos y probaría que el

estado de su hijo era mucho menos grave de lo que afirmaban. Él no era el tonto que ellos pensaban. Y si se negaba a pagar ni un centavo, quizá hasta los obligara a admitir que su hijo no estaba enfermo en absoluto.

Predeciblemente, cuando eso no ocurrió así, Paul se sintió más rechazado y lleno de culpa que antes, lo cual lo volvió más drogodependiente que nunca. Después de los comentarios del juez en el tribunal de Los Ángeles, su abogado, Vanni Treves, voló especialmente a Los Ángeles para ver al joven Paul por orden de su padre. Confirmó todo lo que habían dicho Gail y los doctores y el patético estado en el que estaba Paul. Su padre se convenció finalmente y pagó lo que debería haber pagado desde el principio. No hubo más discusiones, pero el daño ya estaba hecho... Principalmente para él mismo. Como resultado de lo que había pasado, su familia inevitablemente se volvió contra él.

—Gordon es luz y mi padre es el lado oscuro —le dijo Aileen a un periodista.

Y encerrado en la casa de Cheyne Walk, Paul Junior se volvió más mezquino que nunca y decidido a terminar con su familia.

Hasta Mark, el más leal de los hijos, se puso firmemente del lado de Paul y Gail después de que su padre murmurara tantas cosas feas por teléfono desde Londres.

Ese contacto áspero con su familia y los sufrimientos de esta creó todavía más amenazas para la precaria estabilidad de Paul Junior, y reaccionó como hacía siempre: apoyándose más en sus fuentes de alivio de confianza, lo que produjo la inevitable recaída, seguida de una larga estancia en la London Clinic, que empezaba a ser como su segundo hogar.

Mientras lo que le quedaba de salud y autoestima sufría otro golpe más, Gail y los niños, en Estados Unidos, sin duda se sentían doblemente agradecidos al equilibrado tío Gordon, quien, en contraste con su hermano, era más feliz que nunca.

El año anterior, Gordon había encontrado en una librería de París un ejemplar de los poemas de Emily Dickinson, la solitaria mística norteamericana del siglo xix, y algunos de los poemas le parecieron perfectos

para ponerles música. Inspirado por ellos, superó el bloqueo que tenía como compositor y, en un periodo de trabajo enfebrecido, creó música para treinta y dos poemas, de donde saldría finalmente el ciclo de canciones *The White Election* (La blanca elección).

The White Election marcó el comienzo de una nueva vida para Gordon y el principio de su verdadera ambición: convertirse en un compositor serio. Empleó en ello toda su entusiasta energía y ese fue el punto en el que siempre afirmó que había empezado de verdad su vida.

Como compositor, tenía grandes ambiciones. Como él decía: «A los compositores los recuerda la posteridad, a los ejecutivos no», y declaró su objetivo sin medias tintas:

—Me gustaría ser un compositor al que se recuerde al estilo de maestros del pasado, como Bach, Beethoven, Schubert, Wagner, Mahler y Brahms. Puede ser arrogante incluir mi nombre en ese grupo. Y puede que la arrogancia sea algo bueno.

La confianza en sí mismo de Gordon y su recién hallada felicidad presentaban un gran contraste con la desdicha adictiva de su hermano Paul. Gordon era un hombre genuinamente feliz, que tenía todo lo que quería además de dinero. Para Gail y sus hijos, era todo lo que les habría gustado que fuera Paul —comprensivo, amable e interesado sin aspavientos en todos ellos—.

Pero Paul Junior había empezado a sospechar que su hermano usurpaba su puesto en los afectos de su familia y comenzó a tener celos de todo lo que representaba.

Era propio de Gordon ser el único que no pareciera notar el cambio de actitud de su hermano ni se ofendiera por ello y siguiera tratándolo como si no ocurriera nada extraño. Fue ahí donde la pasión compartida de los hermanos por la música adoptó una importancia particular como débil puente entre ellos. Gordon enviaba a Paul información sobre los grandes cantantes con los que ambos disfrutaban.

«Domingo ha estado mejor que nunca en la Scala».

«Pavarotti es aún más grande», respondía Paul.

Después del drama del año anterior, 1982 empezó con un periodo de calma en la familia, y fue testigo del comienzo de una recuperación parcial

para el joven Jean Paul Getty III.

Al principio estaba tan mal, que lo primero que dijo su abuela Ann al verlo, fue:

—Deberían haber acabado con él para poner fin a su sufrimiento.

Los calambres musculares le causaban un dolor atroz y su cuerpo estaba tan rígido que hasta el roce de las sábanas en las extremidades le resultaba intolerable. Siguieron agonía, lágrimas y periodos de depresión profunda, pero después de un tiempo, se produjo algo milagroso. Para sorpresa de todos, Paul empezó a mostrar una gran fuerza de voluntad y a luchar por aprovechar lo poco que le quedaba.

Fue entonces cuando el dinero de los Getty ayudó de verdad. Igual que antes había sido el origen de tantos de sus problemas, ahora ayudó a aliviar la terrible situación. Porque sin eso, los cuidados especializados y el equipo con los que contó habrían sido imposibles. Pero Gail insiste en que hubo más que dinero en el tratamiento y la recuperación de Paul.

—Incluyó no tener miedo ni ser negativo. Requirió coraje y perseverancia. Y no rendirse nunca.

Y más allá de eso estaba el hecho más importante de todos, que el chico perdido se había encontrado por fin. Que gracias a la tragedia que lo había golpeado, los impulsos suicidas y autodestructivos que casi habían acabado con él fueron reemplazados por lo contrario, por un aferrarse a la vida, que después fue seguido de la determinación de vivir.

Como no tenía nada, se veía obligado a luchar por ser un ser humano – cosa que hizo cada vez con más fuerza a medida que aumentaba su energía—. Todo lo que antes había sido aburrido, gratuito, algo que daba, por sentado, ahora tenía que luchar por ello. Desde el secuestro había habido pocos retos en su vida. Ahora todo era un reto.

Aunque no podía ver, pidió que lo llevaran al museo de su abuelo en Malibú el día que estaba cerrado a los visitantes, y mientras lo empujaban por las galerías vacías en una camilla, hizo que le describieran los cuadros y los cuadros se volvieron preciosos para él como nunca lo había sido la pintura cuando podía ver.

Todas las mañanas hacía ejercicio con sus fisioterapeutas en la piscina al lado de la casa. Eran ejercicios aburridos y repetitivos, pero los soportaba y su fuerza fue mejorando poco a poco. Su pronunciación seguía siendo un problema, pues había daños motores en el cerebro que provocaban afonía, lo

que hacía que no pudiera pronunciar correctamente las consonantes. Por eso, al año siguiente, Gail lo llevaría a trabajar con logopedas en el Instituto Rusk de Pronunciación y Oído de Nueva York, donde se produciría una mejoría lenta pero clara.

Se volvió ansioso de libros y sus amigos se turnaban para leerle. Martine fue un salvavidas para él, como también los niños, que le daban fuerza para continuar. La entrega de Gail era absoluta.

Uno de sus héroes del pasado, el doctor Timothy Leary, fue a visitarlo.

—Su fuerza de voluntad es como el Niágara. Es un milagro —dijo.

En 1982 hubo otro matrimonio en la familia.

Cuando Mark se casó con Domitilla poco antes de Navidad en la antigua basílica de los Santissimi Apostoli de Roma, él era la tercera generación de la familia Getty que se casaba en la ciudad eterna. Pero a diferencia de otras bodas, la suya fue un gran acontecimiento, que no solo garantizaba la continuidad de la conexión de la familia Getty con Italia, sino que también vinculaba a la familia con la historia italiana. Además de las famosas reliquias de san Pedro y san Pablo, la iglesia de los Santissimi Apostoli contiene las tumbas de numerosos cardenales Riario y della Rovere, todos ellos antepasados de la novia. Y una parte de la misma iglesia había sido construida por el miembro más famoso de esa familia, el belicoso della Rovere que había sido el Papa Julio II (mecenas de Miguel Ángel, pintado por Rafael e interpretado por Rex Harrison en la película *La agonía y el éxtasis*).

Aunque el novio había hecho ya las paces con su padre, Paul Junior no pudo asistir, ya que apenas podía andar y seguía sin deseos de volver a Italia. Y el día de la boda, a pesar de los minuciosos preparativos, las cosas empezaron a torcerse pronto. Primero no llegaba la novia. Su abuelo, John Harding, se había desplazado desde Boston para entregarla ante el altar, pero, debido a una confusión típicamente romana, lo llevaron a recogerla, no a su piso de Parioli, donde estaba ella, sino a la casa de verano de la familia en la costa de Fregene. Cuando John Harding consiguió llegar a la dirección correcta y llevar a su nieta a la iglesia, el novio y la congregación habían soportado dos horas de espera ansiosa preguntándose qué le habría pasado a la novia.

Ella llegó, hermosa y aparentemente tranquila, pero aquello no resolvió otro misterio. ¿Dónde estaba Ann Getty, tía del novio y esposa de Gordon? Como no estaba presente, la ceremonia empezó sin ella.

Cuando Mark y Domitilla habían anunciado su intención de contraer matrimonio en Roma, el tío Gordon se había opuesto firmemente. Preocupado todavía por el recuerdo del secuestro romano de su sobrino, había decidido de mala gana que era un riesgo demasiado grande para que fuera su familia. Pero Ann, menos nerviosa por naturaleza que su esposo, no estaba de acuerdo. Estaba viajando por Europa en aquel momento y, sin informar a Gordon, había volado a Roma para estar presente en la boda de su sobrino.

Se hospedaba en el hotel Excelsior en la *via* Veneto y Bill Newson había organizado ir a recogerla y llevarla a la iglesia. Pero una vez más, algo había salido mal. Por alguna razón, no se encontraron y Ann tomó un taxi sola para ir a la iglesia, donde descubrió que, además de que no hablaba italiano y el conductor no hablaba inglés, había olvidado el nombre de la iglesia. El taxista y ella pasaron tres horas de gira por Roma, visitando todas las iglesias donde podía celebrarse una boda.

Con el recuerdo del secuestro del joven Paul siempre presente, Bill Newsom, Gail y varios miembros de la familia temieron que hubiera ocurrido lo peor. Que Gordon hubiera tenido razón y Ann no hubiera hecho bien en ir a Roma sola.

El taxista y ella no encontraron la iglesia y ella regresó al hotel, donde se reunió con la familia después de la ceremonia. Solo entonces, tranquilizados ya todos respecto a la posibilidad de un segundo secuestro potencial de un Getty, pudieron los invitados disfrutar de la fiesta.

Al día siguiente, mientras Ann regresaba a San Francisco en avión, Mark y Domitilla viajaron a su luna de miel en Suiza. Elizabeth Taylor había invitado a Gail y a la familia a pasar la Navidad con ella en su chalé de Gstaad y los recién casados se unieron a ellos. Había mucha nieve, la amenaza del secuestro había quedado olvidada e, incluso con Elizabeth Taylor de anfitriona, la Navidad en Suiza demostró ser una ocasión más pacífica que una boda romana.

Capítulo 20

GORDON EL PACIFICADOR

Gordon Getty se desarrolló tarde, y estaba orgulloso de ello.

—Para mí es verdad —solía decir sonriendo al mundo que lo rodeaba—. La vida empezó a los cuarenta.

Pues fue entonces cuando empezó a comprender todo su potencial como compositor, como intelectual y como hombre de negocios.

A diferencia de la mayoría de los miembros de su familia, parecía que Gordon siempre había evitado dejarse obsesionar o distraer por su fortuna por el simple procedimiento de ignorarla. Le encantaba su enorme casa encima de Pacific Heights, estaba tan entregado a su familia como siempre y disfrutaba claramente la libertad que le proporcionaba su dinero de no tener que hacer un trabajo monótono.

—Si no tuviera mi fortuna, casi no notaría la diferencia en mi estilo de vida —insistía también en decir—. Creo que tendría el mismo coche que ahora, vería los mismos programas de televisión y las mismas películas. Quizá no habría tenido el lujo de ser un compositor, pero probablemente habría dado clases de literatura en alguna universidad y habría sido igual de feliz.

Tal vez sí, pues su mayor problema era que lo tomaran en serio por algo aparte de su dinero. Las reacciones a *The White Election* habían sido ambivalentes, pero él mostraba una despreocupación encomiable por las palabras de los críticos.

—Mi filosofía siempre ha sido que el gusto de cualquiera es tan bueno como el mío, pero yo no me someteré al suyo —decía.

Lo dificil es saber hasta qué punto las reacciones de la crítica se veían influenciadas, en un sentido o en otro, por el hecho de que fuera un multimillonario.

—Yo describiría a Gordon Getty como el mejor millonario poeta de este idioma —le dijo el poeta irlandés Seamus Heaney a Bill Newsom después de leer parte de su poesía extraordinariamente armoniosa, muy pulida y romántica.

Lo mismo se podía aplicar a su música y a sus teorías económicas, que tendían a verse colocadas en una categoría especial solo porque era un Getty.

Aquello no era justo del todo, pues Gordon, lejos de ser un principiante rico, trabajaba muy duro en todo lo que hacía. A diferencia de su hermano Paul, él siempre había sido un adicto al trabajo, tendencia que había heredado, al igual que su dinero, de su padre. Y al igual que su padre, cuando estaba de humor, trabajaba con mucha energía. Se levantaba a las seis y media de la mañana, se encerraba en su estudio y trabajaba todo el día sin parar para comer, hacer ejercicio o conversar, hasta que, como decía él en una frase típica suya:

—Estoy hecho polvo.

Aparte de su colección de discos —para entonces probablemente ya la colección privada más grande de América—, no era nada consumista. Era Ann la que había comprado últimamente los tres cuadros de bailarinas de ballet de Degas que tenían en el dormitorio y elegido los muebles del espectacular salón. Ann adoraba las joyas, los muebles buenos y la pintura impresionista. Gordon prefería las ideas.

Alrededor de esa época, un amigo de la familia que fue a verlos vio un cuadro de un perro apoyado en un sofá y, como sabía que Ann había comprado hacía poco un cuadro de un perro pintado por Manet, preguntó si era aquel.

—No tengo ni idea —contestó Gordon—. Pregúntale a quien quieras menos a mí.

Alguien lo describió una vez como «opaco», en parte por su aparente vaguedad y también por su tamaño. Ambas cosas juntas le daban una imagen de gran impenetrabilidad.

Pero como mostrarían los meses siguientes, a Gordon podía llegar a importarle tanto el dinero como a cualquier multimillonario. Y cualquiera que lo desafiara haría bien en no confiar demasiado en su ingenuidad y despiste. Puede que fuera opaco, pero en una batalla financiera había que tomarlo en serio, a pesar de que dijera que hacía caso omiso del dinero.

En la época de la boda de Mark se avecinaban ya problemas entre Gordon y la junta directiva de Getty Oil, después de la muerte unos meses antes del compañero administrador de Gordon en el Fondo Sarah C. Getty, el poderoso abogado Lansing Hays.

Como el fondo fiduciario poseía el cuarenta por ciento del capital de Getty Oil, Hays había controlado la dirección de la empresa en beneficio del fondo desde la muerte de Paul Getty en 1976. Hays no había ocultado su desprecio por el director de Getty Oil, el excontable Sid Petersen. Después de la muerte de Hays, Petersen se sintió libre para imponerse.

Pero había sido poco inteligente por su parte mostrar poco tacto en sus tratos con Gordon Getty. Pues ahora que era el único administrador del Fondo Sarah C. Getty, Gordon sintió la necesidad de saber más sobre la situación de Getty Oil, donde estaba invertido todo el dinero del fondo. Petersen, sin embargo, como otros de su época, consideraba a Gordon una especie de bobo... Y lo trataba como tal.

En el otoño, el comportamiento de Petersen irritaba ya profundamente a Gordon, menos por dignidad ofendida que porque pensaba que Petersen y la junta directiva de Getty Oil insultaban su inteligencia. Puesto que tenía el control efectivo del gran fondo fiduciario familiar, pensó que tenía el deber y el derecho de saber por qué las acciones de Getty Oil habían caído hasta un mínimo histórico de cincuenta dólares por acción. Pero como le dijo a Bill Newsom:

—Siempre que pregunto por eso, Petersen me trata como a un mediocre.

Incapaz de conseguir de Petersen la información que quería, Gordon acudió a otros que podían ayudarle y fue a Nueva York a consultar con una firma de banqueros inversores de Wall Street. Les preguntó si las acciones de Getty Oil estaban muy infravaloradas y, en caso afirmativo, qué se podía hacer al respecto.

Sí pecó un poco de ingenuo al actuar así. Con guerreros de las absorciones como Ivan Boesky y T. Boone Pickens al acecho, preguntas así, hechas por alguien tan inconfundible como Gordon Getty, sugerirían inevitablemente que Getty Oil estaba madura para una absorción. Por eso, cuando Petersen se enteró de lo que ocurría, la batalla entre Gordon y él era inevitable.

Fue una lucha curiosa, porque mientras Gordon seguía defendiendo lo que creía que eran los intereses del Fondo Sarah C. Getty con bastante inocencia, sus oponentes se esforzaron extraordinariamente por frustrarlo con astucia. Sus actos adoptaron la forma de un complot secreto para persuadir a algunos miembros de la familia Getty de que pidieran en los tribunales de Los Ángeles que el Bank of America fuera nombrado administrador adicional del Fondo Sarah C. Getty basándose en la incompetencia de Gordon.

Los conspiradores no fueron muy inteligentes al hacer eso, ya que, aparte de subestimar a Gordon, también eligieron muy mal al primer solicitante. En octubre de 1983, a Mark Getty le sorprendió tanto que le pidieran que presentara la petición contra su tío favorito, que voló especialmente a San Francisco para preguntarle qué ocurría. Gordon también quedó confundido – al menos al principio—. Pero la pregunta de Mark sirvió para advertirle de que había algo raro, así que, cuando llegó la solicitud, estaba preparado para contestarla.

Para entonces, los abogados que representaban a Getty Oil habían convencido a Paul Junior, el hermano de Gordon, de que presentara la petición al tribunal en nombre de Tara, su hijo de quince años.

El hecho de que Paul Junior no viera casi nunca al hijo que había tenido con Talitha hizo que eso pareciera una maniobra muy cínica. Pero desde el punto de vista de Getty Oil, también fue increíblemente inepta. Porque, como los contrincantes de Gordon podían haber previsto, este poseía un arma que ellos no podrían derrotar. Consciente ya de lo que ocurría, el «incompetente» Gordon la utilizó... Y el destino de Getty Oil quedó sellado.

La fuerza de Gordon estaba en el hecho de que la mayor parte del dinero que su padre había dejado a su museo en Malibú era en forma del doce por ciento de las acciones de Getty Oil. Hasta ese momento, Harold Williams, el director del museo, se había situado intencionadamente al margen de lo que ocurría. Pero entonces, gracias al comportamiento de la junta directiva de Getty Oil, a Gordon no le costó mucho convencerlo de que el mejor modo de proteger el interés económico del museo era ayudarle a derrotar a sus oponentes.

Los accionistas del Fondo Sarah C. Getty y del museo J. Paul Getty juntos formaban una mayoría que podía despedir a la junta directiva de Getty Oil. Y eso fue lo que hicieron.

Ese fue el momento en el que una absorción de Getty Oil se volvió inevitable. Y llegó enseguida en forma de una puja de ciento diez dólares por acción por parte de Pennzoil, una empresa de tamaño medio. Esa oferta le venía bien a Gordon, que alcanzó un acuerdo con el director ejecutivo de Pennzoil para convertirse en presidente de la empresa reconstituida.

Pero el trato con Pennzoil se vio retrasado por una demanda de una de las «Georgettes» (como había bautizado alguien a las hijas de George), la hija segunda, Claire, que se oponía por motivos sentimentales a aquel intento de romper la preciosa empresa del abuelo Getty y llevó el caso a los tribunales.

- —Tío Gordon, ¿por qué hay que incrementar el valor de un fondo que ya vale mil ochocientos millones de dólares? —preguntó.
- —Una pregunta filosófica muy interesante, Claire. —Gordon se rascó la cabeza de pelo rizado buscando una respuesta—. Es mi deber fiduciario ampliar al máximo la riqueza y los ingresos del fondo —contestó.

Y eso fue lo que hizo. Y en gran medida gracias a Claire. Porque, mientras sus abogados discutían la legalidad del trato con Pennzoil, el gigante del petróleo Texaco deslizó un trato aún mayor de ciento veinticinco dólares por acción por Getty Oil. Y en enero de 1984, cuando Gordon aceptó la oferta de Texaco en nombre del Fondo Sarah C. Getty, el valor de este se duplicó de la noche a la mañana desde mil ochocientos millones de dólares hasta casi cuatro mil millones.

Pero tampoco terminó ahí la cosa. Para prevenir otra intervención legal de otra parte de la familia —esa vez de los hijos de Ronald, que afirmaban que el precio no era todavía lo bastante alto—, Texaco aumentó su oferta a ciento veintiocho dólares por acción, y eso fue el final.

Si se puede aplicar la palabra «extraordinario» a un acuerdo financiero, el de la venta de Getty Oil lo fue. Al pagar un total de diez mil millones de dólares por la totalidad de Getty Oil, Texaco acababa de llevar a cabo la adquisición de empresa más cara de la historia de Estados Unidos.

Algunos de los resultados no fueron beneficiosos. Con Getty Oil tragada por Texaco, la empresa de la familia perdió su identidad y veinte mil empleados de Getty Oil perdieron su trabajo. Para Texaco, aquel acuerdo monstruoso también resultó desastroso. Pennzoil les ganó una demanda de diez mil millones de dólares por eso y la empresa acabó en bancarrota en el proceso.

Dentro de la familia, pocos se mostraron contentos con el resultado y las batallas legales continuaron. Ronald utilizó la venta como la ocasión de intentar una vez más enmendar la injusticia que había marcado su vida y solicitó a los tribunales que «equipararan» su parte del Fondo Sarah C. Getty con la de sus tres hermanos. (Dos años después, Julio M. Tittle, juez del Tribunal Superior de Los Ángeles, expresó su comprensión por la situación de Ronald, pero dictaminó de mala gana que «la ley no tiene pruebas de que su padre prometiera alguna vez corregir la injusticia»).

Las Georgettes también fueron a los tribunales, en un intento por castigar a su tío Gordon por lo que le había hecho a Getty Oil e intentando hacerle pagar todos los impuestos derivados de la venta. Y el primer intento en nombre de Tara de que nombraran un coadministrador del fondo seguía en marcha. Pero a pesar de la rabia y las turbulencias que quedaban todavía después de aquel terremoto de venta, una cosa era innegable. Mientras el Fondo Sarah C. Getty había estado bajo el control único de aquel despistado aspirante a poeta, compositor y economista teórico, su capital se había más que duplicado y ahora superaba los cuatro mil millones de dólares.

Fuera por una inteligencia extraordinaria o por la suerte que protege al inocente, Gordon, en ese acuerdo traumático había ganado casi tantos miles de millones de dólares para el Fondo Sarah C. Getty como su padre en toda su vida. Esa vez, la revista *Forbes* proclamó a un Getty el hombre más rico de Estados Unidos.

Aquello no era exacto del todo, pues Gordon no poseía el dinero del fondo que controlaba y, como beneficiario principal, estaba limitado a una renta anual de unos doscientos millones de dólares. Pero eso no impidió que Ann y él intentaran disfrutar un poco de su recién aumentado patrimonio.

Si por Gordon hubiera sido, casi seguro que habría seguido donde estaba y continuado componiendo la ópera basada en el personaje Falstaff de Shakespeare, que le había encargado hacía poco la Fundación Globe Theatre de Londres. Aparte de adquirir fama como compositor, había pocas cosas nuevas que anhelara Gordon y él estaba muy bien en San Francisco.

—Puedo bajar a la calle y subir a mi coche y no tengo que llamar al chófer como me pasa en Nueva York —decía.

Además, allí estaban sus amigos, su precioso estudio con sus dos ordenadores, sus altavoces Macintosh y su piano Yamaha.

Pero Ann pensaba de otro modo. Según la ley de California, tenía derecho a la mitad de los ingresos de Gordon y Ann era la miembro de la familia que tenía el papel de gastar y de mudarse. Aun así, le costaba pensar qué hacer con tantísimo dinero, pues, al igual que Gordon, parecía tener más que suficiente de casi todo.

Ya tenían un Boeing 727 privado con las iniciales de Ann pintadas en la cola y un cuarto de baño con una ducha de verdad, lo cual, por alguna razón, fascinaba a su esposo. En una ocasión había hecho que el avión pusiera rumbo a París por un deseo súbito de ir de compras, pero ahora tenía ya suficientes pañuelos de Hermès, bolsos de Gucci y zapatos de Ferragamo para durarle toda la vida.

Gordon y ella hacían donativos a causas en las que creían, todavía relacionadas principalmente con la conservación. Apoyaban al Fondo Antropológico Leakey en su trabajo sobre el origen del hombre, y también a Jane Goodall en su trabajo sobre el comportamiento de los chimpancés. Cuando Gordon entregó cinco millones de dólares al Fondo Leaky, dijo:

—Hay una sensación de ahora o nunca en la investigación antropológica, pues la invasión humana y la deforestación ponen en peligro bases de datos fósiles.

Simultáneamente, Ann decidió reconstruir su casa familiar en el valle de Sacramento. Aunque solía referirse a su madre como «una vieja dura», Ann era una buena hija y esperaba complacerla con aquella casa nueva en forma de villa toscana, con patios, lechos de flores y una torre. Pero la «vieja dura» la aceptó con ecuanimidad y la casa solo costó dos millones de dólares de todo aquel dinero.

Alrededor de esa época, una Ann glamurosa tentó al destino un día en el que Barbara Walters la entrevistó en televisión, al pronunciar su credo actual.

—En absoluto —contestó a la sugerencia de que demasiado dinero era una receta instantánea para ser desgraciado—. Creo que es posible ser muy rico y feliz, y supongo que también muy pobre y feliz. Pero es más fácil ser muy rico y feliz.

Y como era una mujer decidida, se propuso demostrarlo a su entera satisfacción.

Ann es, en resumen, la clase de mujer a la que le gustan los retos y el dinero y, puesto que en San Francisco le quedaban pocos retos, decidió que había llegado el momento de poner su atención en Nueva York. Después de haberse convertido en la reina social indiscutible de Pacific Heights, planeaba ahora hacer lo mismo desde el amplio piso que Gordon y ella habían comprado en la Quinta Avenida de Nueva York.

Fue una operación espectacular y cara, una aventura dentro de lo que a veces se conoce como «la realeza de la riqueza», con Ann, aunque Gordon no tanto, aparentemente empeñada en convertirse en lo más próximo a la realeza para Norteamérica. Daba fiestas espléndidas, vestía de un modo soberbio y no tardó en tener cortesanos como Jerry Zipkin, famoso por su amistad con los Reagan, o Alexander Papamarkou, el financiero griego miembro de la alta sociedad. Fue Papamarkou el que le presentó a un rey de verdad, o mejor dicho, exrey, Constantino de Grecia, y cuando ella decidió convertirse a la Iglesia Ortodoxa Griega, el rey Constantino estuvo a su lado como padrino.

Pero a pesar de sus contactos con la realeza, Ann seguía siendo en el fondo una chica de Wheatland, California, y para calmar su conciencia puritana, intentó convertirse en lo que se conoce como una «rica trabajadora», para lo que entró en los consejos de administración de Sotheby's y Revlon y se convirtió en consejera del museo Metropolitano y de la Biblioteca Pública de Nueva York.

No le bastó. Porque lo que ansiaba en secreto no era tanto trabajo como cultura de autosuperación: la conversación sutil de los filósofos, veladas con escritores distinguidos, contacto enriquecedor con grandes mentes. Todo lo cual lo tuvo de pronto a su alcance gracias a una amistad improbable con un editor grueso, políglota, amante de los puros de origen judío austriaco, que además era miembro de la Cámara de los Lores británica.

Desde principios de los años setenta, Ann y Gordon habían ido de modo regular a Europa, en su Boeing 727, a hacer la ronda de festivales de música como los de Salzburgo, Spoleto y Bayreuth, que disfrutaban mucho. En 1972

habían conocido en Salzburgo al barón Weidenfeld de Chelsea y había ido creciendo una amistad entre ellos.

Aunque editor de profesión, George Weidenfeld era fundamentalmente un mago cultural centroeuropeo. Todo en él tenía un toque de magia, incluida su baronía, que le había sido otorgada por el primer ministro Harold Wilson, y la supervivencia, igual de mágica, de Weidenfeld & Nicolson, su editorial de Londres. Cuando Ann le contó sus aspiraciones, él le sugirió que se hiciera editora.

Era una sugerencia original, pero no imposible, para la esposa del hombre más rico de Norteamérica, sobre todo porque Weidenfeld sabía que Barney Rosset, de Grove Press, el famoso editor de Henry Miller, Jean Genet y del marqués de Sade, quería vender su negocio y retirarse por fin con dos millones de dólares.

Ann siempre había sido una lectora ávida –aunque otra cuestión es que fueran libros de Grove Press– y la idea la cautivó.

—Me encanta leer todo el día —dijo una vez—. Y como soy de origen puritano y me crie pensando que tienes que trabajar todo el día, decidí hacer de la lectura mi trabajo.

Comprar Grove Press le convenía, pues además de leer para vivir, ahora podía empezar a conocer a esos personajes extraños al estilo de los houyhnhnms: escritores famosos vivos. Hasta fue en una gira de promoción con uno de ellos, Nien Cheng, autora del *best seller Vida y muerte en Shanghai*.

La compra convenía también a George Weidenfeld, que había persuadido a Ann de que se hiciera socia de Weidenfeld & Nicolson en Londres y ayudara simultáneamente a financiar una sucursal nueva e independiente de Weidenfeld & Nicolson que operara desde Nueva York en estrecha cooperación con Grove Press.

Para Ann y Weidenfeld, publicar libros se convirtió en un juego al que podían jugar dos. Él viajaba a Nueva York en el Concorde y juntos comentaban los misterios editoriales de los años ochenta. Si podrían animar a Jospeh Heller a crear una continuación de *Trampa 22*, o a J. D. Salinger a hacer lo mismo con *El guardián entre el centeno*. Si Ann podría atraer al susceptible Norman Mailer o al taciturno Philip Roth a su editorial, o si debían dedicarse a autores más baratos y menos conocidos. También planeaban entrar en el cine, dispuestos a llevar a la pantalla Viena, la ciudad

natal de Weidenfeld, «en todo su esplendor intelectual y cultural», como decían públicamente. Comentaban la creación de una revista cultural impresionante y encargaron una serie de televisión sobre dos mil años de arqueología.

—Todo lo que hago está relacionado con todo lo demás que hago —dijo Ann, cuando montó su Fundación Wheatland para potenciar sus distintos intereses en las artes. La Fundación fue a Venecia a debatir el futuro de la ópera y a Jerusalén a debatir la sinfonía. Llevó a unos escritores por el Nilo para hablar de filosofía y trasladó a otros a hablar de sus libros al lado del Tajo.

Y a lo largo de todo eso, Ann pagaba grandes adelantos a sus autores, que es el mejor modo y el más noble que puede haber de deshacerse de grandes cantidades de dinero.

También hubo cenas para autores y agentes en el apartamento de los Getty en la Quinta Avenida, como no se habían visto antes ni se han visto después en el mundo editorial. Comida exquisita, flores exquisitas, veinticuatro personas sentadas a la mesa, todo eso junto con el aroma de los Corona de George Weidenfeld y su conversación fluida en cinco idiomas europeos.

En esas cenas, Gordon se sentaba en un lugar discreto, mostraba su sonrisa de Gordon, decía «diablos» y «caramba» e intentaba resolver el último rompecabezas que había empezado a obsesionarle. Uno que resultaba peculiar en un multimillonario. ¿Cómo podría funcionar la sociedad capitalista sin dinero? El dinero causa tantos problemas que él se decía que tenía que haber un modo mejor.

Gordon no tuvo tiempo de meditar mucho en eso, pues continuaban las consecuencias de la venta de Getty Oil. En conjunto, Gordon se encontró con quince demandas distintas, la mayoría de miembros de su familia. Eso le afectó sinceramente.

—No hay nada más rencoroso y perturbador que una demanda familiar — dijo con tristeza.

Además, anhelaba volver a componer.

Como testigo cercano de los efectos de antiguas disensiones familiares, Gordon quería paz. Según Bill Newsom, estaba atónito por el modo en que había ido la venta de Getty Oil. —Bill, yo no quiero cuatro mil millones de dólares —le confesó a Bill.

Tampoco quería los problemas que acompañaban a la posición de administrador único del Fondo Sarah C. Getty. Ni veía mucho sentido en prolongar la existencia del fondo por lealtad a su padre. Había cumplido su función. Había jugado un papel importante a la hora de crear y preservar la increíble fortuna de su familia. Su utilidad había terminado.

Actuando, pues, como el filósofo multimillonario que era, Gordon Getty se rindió a lo inevitable y mató el Fondo Sarah C. Getty. Primero pagó casi mil millones de dólares a Hacienda y luego, a estilo Salomón, dividió lo que quedaba del cadáver en cuatro partes. Cada una tenía setecientos millones de dólares. Una parte fue para su hermano Paul, otra para las Georgettes, las tres hijas de su medio hermano George; otra parte fue para los herederos de su medio hermano Ronald; y la cuarta, para su familia y para él.

Como la medida prolongaba la exclusión de Ronald de los frutos del fondo, eso complicó la situación. Aparte de las hijas de George, ninguno de los demás nietos de J. Paul Getty heredaría hasta la muerte del último de los tres hijos que quedaban, lo cual, según las tablas de mortalidad, podía ser veintisiete años más tarde. Entretanto, el dinero que sería para los hijos de Ronald se dividía en tres fondos fiduciarios separados, los beneficios de los cuales irían a parar a Paul, Gordon y las Georgettes hasta que la siguiente generación estuviera en posición de heredar.

El desmembramiento del Fondo Sarah C. Getty fue un momento importante en la historia de los Getty, porque ofreció a la familia la posibilidad de hacer por fin las paces, dando a cada sección de la «dinastía» el control de sus finanzas. La venta de Getty Oil, inmensamente provechosa, había liberado ya a la familia de su dependencia en el futuro incierto del negocio del petróleo. Ahora la familia tenía toda esa riqueza nueva, que bien invertida podía durar para siempre, con el capital del fondo fiduciario aumentando regularmente y los beneficiarios viviendo inmensamente bien con los intereses.

Al mismo tiempo, Gordon hizo otra contribución más al bienestar futuro de la familia. Tras valorar el peligro de tener grandes cantidades de dinero encerradas durante años en fondos fiduciarios separados de los que solo se podía disponer a la muerte del último de la generación más mayor, ideó un modo de asegurar lo que eran unos ingresos relativamente modestos para el

estándar de los Getty para los miembros más jóvenes de la familia a cambio de su participación en las administraciones de los distintos fondos.

Él renunció personalmente al cinco por ciento de pago por administrador al que tenía derecho para proporcionar ingresos anuales para los miembros más jóvenes de la familia, que eran nombrados coadministradores de los fondos familiares a la edad de veinticinco años. De ese modo esperaba que sus hijos y sobrinos adquirieran experiencia en los asuntos de la familia y tuvieran una parte temprana en su prosperidad.

Esperaba impaciente un futuro para sus hijos libre de los desastres que habían perseguido a los Getty en el pasado. Expresó sus esperanzas para ellos en un poema que escribió en esa época titulado *La casa de mi tío*. Terminaba así:

No deseo para mis hijos mejor cuna; Les deseo esto, que descubran Cómo la paciencia y la tierra generosa Hacen vida, cómo el trabajo hace riqueza y valor, Y la mente bendecida hace canción.

Capítulo 21

TÍTULO DE CABALLERO

Los setecientos cincuenta millones que recibió Paul del reparto del Fondo Sarah C. Getty lo convirtieron de la noche a la mañana en el sexto hombre más rico de Gran Bretaña. El capital fue entregado al fondo fiduciario Cheyne Walk, donde fue invertido con inteligencia por administradores de fondos en una amplia gama de inversiones para garantizarle seguridad y crecimiento, lo cual, con los intereses más altos que nunca a comienzo de los ochenta, implicaba que, mientras el capital núcleo aumentaría regularmente para beneficio de las generaciones futuras, Paul recibiría inmediatamente más de un millón de dólares a la semana en intereses.

En términos de ingresos disponibles seguía siendo más rico que la mayoría de los otros superricos de Gran Bretaña. Con las herencias de sus hijos y nietos aseguradas por el capital del fondo fiduciario y sin exigencias fuertes hacia sus ingresos, era libre de gastarlos como le diera la gana.

Pero habría sido difícil encontrar una parábola mejor sobre la futilidad del exceso de riqueza. ¿Para qué quería un millón de dólares a la semana un hombre que se despreciaba, que casi no salía de su casa excepto para entrar en una clínica, que no derivaba ningún placer de la familia, la comida o los viajes, que se sospechaba que tenía cirrosis en el hígado, le funcionaban mal los pulmones, tenía los huesos frágiles y unos dientes terribles?

La pobreza de sus deseos volvía inútil la riqueza de su herencia. Sin embargo, por un giro inesperado del destino, la llegada de esa gran herencia fue lo que marcó el comienzo de la salvación personal de Paul.

La llegada del dinero coincidió con una crisis personal. Paul estaba muy enfermo, y con Victoria casada todavía con Mohammed Alatas —y ahora madre de dos hijos, Tariq y Zain—, le resultaba especialmente duro

permanecer en Cheyne Walk sin ella. Con la salud arruinada, entró de nuevo en la London Clinic para lo que sería claramente una estancia larga.

Alrededor de esa época volvió a pensar en el catolicismo, al que se había convertido a los dieciséis años con los jesuitas de San Ignacio. Después se había olvidado, pero en esa estancia en la clínica estuvo influenciado por el capellán jesuita, el padre Miles, del cercano Lugar Español de San Jaime. Bajo su guía, Paul volvió a la Iglesia.

Con su fe restaurada y habiendo roto casi todo contacto con sus posesiones y con el mundo exterior, vivía casi como un monje en la London Clinic. Allí no tenía responsabilidades y, gracias a Dios, estaba libre de miedos y preocupaciones.

Así, su primera reacción al dinero fue cristiana. Recordaba las palabras de Cristo comparando las oportunidades de los ricos de entrar en el cielo con las de un camello para entrar por el ojo de una aguja. Estaba dispuesto a seguir el consejo de Cristo. Como no necesitaba tanto dinero, estaba preparado para donar la mayor parte. Pero eso no era fácil. Como antiguo *hippie*, las grandes cantidades de dinero le resultaban incómodas y tenía pocos planes claros de lo que hacer con él, aparte de querer que se usara para hacer el bien.

Su primer donativo importante fue para una causa en la que creía personalmente. Como amante del cine, había descubierto que el legado de las primeras películas británicas corría peligro. Las únicas copias de muchas películas británicas, que estaban en los archivos del British Film Institute, estaban hechas en nitrato perecedero, y el instituto carecía de fondos para el proceso caro de pasarlas a soportes más modernos. Paul financió eso –discretamente, pues no quería publicidad— y contribuyó con casi veinte millones de libras esterlinas. Si la historia del cine británico no se perdió por completo, fue en gran parte gracias a él.

Poco después ofreció quinientas mil libras esterlinas a la City Art Gallery de Manchester para impedir que el museo J. Paul Getty comprara un cuadro pequeño de la crucifixión, del maestro Duccio, el pintor de Siena. Eso suscitó especulaciones en la prensa de que quería vengarse del recuerdo de su padre o, alternativamente, de su hermano Gordon, que era administrador del museo. Pero su explicación para el regalo fue más sencilla.

—Estoy harto de que todo se vaya a Malibú —comentó—. Es hora de que alguien lo pare.

Influido por el padre Miles, adoptó el compromiso firme de dejar las drogas para siempre. Pero había tomado esa decisión muchas veces antes y era dolorosamente consciente de la dificultad de cumplirla. Debido a eso, su intención era continuar su tratamiento, supervisado por sus doctores, en la seguridad y en la oscuridad de la London Clinic todo el tiempo que fuera posible.

De hecho, permanecería allí quince meses. Pero su deseo de oscuridad no sería respetado.

A comienzos de 1985, el gobierno de Margaret Thatcher afrontaba problemas sobre su política de la financiación de las artes, un área menor pero potencialmente embarazosa donde era evidente que la oferta económica que practicaba su administración monetarista no funcionaba. En teoría, si el estado recortaba impuestos y los ricos se hacían más ricos, se produciría el llamado «efecto de filtración» desde las capas más altas, pues los agradecidos multimillonarios ofrecerían su capital sobrante para financiar las artes, como llevaban años haciendo los donantes ricos en Estados Unidos.

Pero la década avariciosa de Inglaterra fue tan avariciosa que no funcionó así. (Además, las contribuciones a las artes no eran deducibles de impuestos, como lo eran en Estados Unidos desde mucho tiempo atrás). Y el hecho fue que, a mediados de los años ochenta, muchos de los grandes museos y galerías del país, dotados en áreas más civilizadas, estaban necesitados de dinero en un mundo de abundancia monetarista.

Paradójicamente, el museo Getty de Malibú –en sí mismo un producto de beneficencia privada y con su riqueza aumentada, como la de Paul y Gordon, por la venta de sus acciones en Getty Oil– empeoraba la situación al subir los precios de las obras de arte importantes y poder pujar más alto que ninguna galería del mundo. En ausencia de financiación relevante por parte del Gobierno –lo cual alteraría a la primera ministra y sus límites de gasto–la National Gallery quedaría empobrecida e incapaz de pujar por más obras en el mercado internacional del arte.

Hubo un punto brillante en la sombría escena del mecenazgo artístico y fue el dinero donado a la National Gallery de Londres por la familia Sainsbury para construir un ala nueva en un barrio vecino, ala que después llevaría su nombre. El primero en hacer eso fue Simon Sainsbury, un vástago con inquietudes artísticas de la familia Sainsbury que además era socio de negocios de Christopher Gibbs. Mientras se producía la donación de Sainsbury, uno de los administradores de la galería, el marqués de Dufferin de Ava, había hablado con Gibbs sobre la necesidad de la galería de otra donación equivalente que se pudiera invertir en proporcionar ingresos anuales para sus compras principales.

Gibbs pensó en aquello, pero probablemente no por mucho tiempo, pues poco después de eso, algunos miembros influyentes del Gobierno y del mundo del arte se interesaron mucho por un multimillonario ermitaño antes descuidado que residía en ese momento en la London Clinic.

* * *

Hacía casi veinte años que Christopher Gibbs conocía a Paul y era uno de los pocos que había seguido viéndolo regularmente en los años negros posteriores a la muerte de Talitha.

Durante ese periodo, Gibbs también había prosperado. Con Simon Sainsbury como socio, se había convertido en un tratante de arte de éxito del West End, con una clientela rica y una tienda fascinante en Mayfair. Al mismo tiempo, se había transformado desde niño prodigio de Chelsea en los años sesenta en un miembro serio de la alta sociedad, con una casa al lado del Támesis en Abingdon, un apartamento en Albany y una amplia red de amigos influyentes.

Durante su ascenso, había habido poco que pudiera hacer para frenar el declive de su amigo, pero ahora detectó una oportunidad para que Paul se ayudara a sí mismo al tiempo que ayudaba a la National Gallery a resolver sus problemas. Si podía convencerlo de que donara a la galería el dinero que necesitaba, el resultado podría hacer maravillas por su imagen pública, y en consecuencia por su autoestima privada y su precaria moral.

A pesar de sus donaciones a la Manchester City Art Gallery y al BFI, Paul tenía todavía mucho dinero con el que no sabía qué hacer. Por eso, cuando Gibbs le contó el problema de la National Gallery, no puso reparos en donar cincuenta millones de libras esterlinas.

Pero Gibbs quería asegurarse de que se reconociera su generosidad. Con tanto dinero –y tanta publicidad dudosa en el pasado–, el donativo podría

explotarle en la cara si no lo manejaba bien. Para impedirlo, Gibbs se apoyó en una variedad de aliados estratégicamente situados que comprendían la situación y que podrían cerciorarse de que el donativo fuera un golpe maestro para la galería y algo más que eso para Jean Paul Getty Junior.

El más importante de esos aliados era el recién designado presidente de los administradores de la Gallery, el financiero y coleccionista de arte lord Rothschild. Jacob Rothschild, un ser humano perspicaz además de banquero de éxito, no tardó en apreciar la naturaleza irresistible del regalo... y lo que entrañaría.

—No sucede nunca que te ofrezcan cincuenta millones de libras esterlinas para la National Gallery —dijo—. Y cuando ocurre, te lanzas a por ello con todas tus fuerzas y consigues lo que haga falta. Apoyo de los políticos, de la realeza, de todos los que puedan ayudar. Tu trabajo es ser un oportunista y hacer todo lo que puedas porque sé de eso. Sabía que Christopher veía esto como parte del regreso de Paul a la vida y que confiaba en que eso cambiara la percepción que la gente tenía de él. Y, obviamente, eso era algo que yo estaba dispuesto a aceptar.

Otro de los amigos influyentes de Gibbs era lord Gowrie, ministro de las Artes de la señora Thatcher, que pensó más o menos lo mismo cuando se enteró de la oferta. Como miembro del Gobierno, tenía interés en que se materializara el donativo y era muy consciente del significado político de tanto dinero privado para el arte. Así que, igual que lord Rothschild, visitó a Paul Getty Junior en la London Clinic para expresarle su gratitud y finalizar los detalles del regalo.

Se apresuró a informar de ello a «la jefa», como llamaba a la señora Thatcher, que se mostró igual de encantada con la noticia. Las bellas artes ocupaban un lugar bastante bajo en la escala de valores de Thatcher, pero un regalo no solicitado de cincuenta millones a la nación sacaba a la luz el lado amable de la Dama de Hierro y su reacción inmediata fue que tenía que dar las gracias a Paul Getty Junior en persona.

En EE.UU. habría sido impensable que el jefe del Gobierno se relacionara con un adicto famoso con un historial como el de Paul, pero para Margaret Thatcher habría sido impensable no hacerlo.

Le gustaban los ricos y la conmovía especialmente que uno de ellos demostrara tanto patriotismo por su país de adopción. Puesto que estaba en la London Clinic, una primera ministra solícita no podía hacer otra cosa que

ponerse el manto de la señorita Nightingale, acudir al lado de la cama del multimillonario inválido y darle calurosamente las gracias por su generosidad.

Antes de que eso ocurriera, Gowrie estimó prudente preguntarle a Paul qué opinaba de conocer a Margaret Thatcher. Nos cuenta que se mostró «bastante ilusionado con la idea, pero como era un hombre tímido, también estaba nervioso y me pidió que le contara lo que ocurriría».

—No te preocupes —le dije—. Verás que ella se mostrará encantadora y será fácil hablar con ella. En cuanto te vea, dirá: «Mi querido señor Getty, ¿qué le sucede?». Y antes de que te des cuenta, se habrá hecho cargo de tu caso a nivel médico.

Cuando lord Gowrie llevó a la señora Thatcher a la London Clinic unos días después, le alivió comprensiblemente ver que Paul se había arreglado y estaba sentado en el borde de la cama como un colegial que esperara a su enfermera.

En cuanto los presentaron, la primera ministra trató a Paul casi con las mismas palabras que Gowrie había predicho.

—Mi querido señor Getty —le dijo—. ¿Qué le ocurre? No debemos permitir que esto nos hunda, ¿verdad? Tenemos que sacarlo de aquí lo antes posible.

Gowrie vio que eso preocupaba a Paul, pues como él dice:

—Estaba muy feliz en la London Clinic, donde cuidaban de él, no había intromisiones en su vida privada y tenía todo lo que necesitaba, sus discos, sus libros y la televisión.

La idea de que pudieran obligarlo a irse de allí debió de afectarle mucho. Pero, aparte de eso, la visita transcurrió de un modo admirable. Todo el mundo estuvo encantador y Paul también se sintió sinceramente conmovido por el interés de la primera ministra. Cuando llegó una fotografía firmada de Downing Street, le dio un lugar de honor al lado de su cama; y durante los meses siguientes, Paul y Margaret Thatcher se encontraron varias veces y se llevaron muy bien juntos. Ella conocería más tarde a Donna (nacida Wilson), medio hermana de Paul, en Estados Unidos y le diría que su hermano tenía una de las mentes más extraordinarias de Europa.

A pesar del interés de la primera ministra por sacarlo de la London Clinic lo antes posible, Paul disfrutaría todavía de casi nueve meses más de bendición entre sus caras paredes. Según su abogado, Vanni Treves, la consideraba «más como un hotel que como un hospital». Pero eso no contradecía el hecho de que había estado muy enfermo y de que el proceso de recuperación de una adicción tan larga y profunda requería tiempo.

Afortunadamente, no tenía que ahorrar las doscientas cincuenta libras esterlinas diarias más los costes del tratamiento y los extras que le costaba la habitación. La metadona podía sustituir a la heroína, la cerveza fría podía reemplazar aceptablemente al ron, pero para la recuperación de su espíritu herido no había atajos.

Entretanto, puesto que estaba decidido todavía a no gastar sus enormes ingresos en sí mismo, anunció que iba a colocar el grueso de ellos en un fondo benéfico y conservar «solo lo necesario para mantener un estilo de vida relativamente modesto».

Fue entonces cuando contribuyó con veinte millones de libras esterlinas a fundar el Fondo Fiduciario Benéfico J. Paul Getty Junior. Los administradores eran Christopher Gibbs, Vanni Treves y James Ramsden, antiguo ministro conservador y director de la London Clinic. Y Paul elegía con cuidado el tipo de grupos en los que se debían gastar los ingresos anuales.

Conservación y medio ambiente serían dos de las categorías, pero el resto del dinero iría a lo que él llamaba «causas impopulares», generalmente relacionadas con «pobreza y miseria». La mayoría de las contribuciones serían de entre cinco mil y diez mil libras esterlinas para comunidades pequeñas y proyectos locales, como trabajar con enfermos mentales, drogadictos, minorías étnicas y personas sin hogar. El fondo también «ofrecería apoyo a personas con problemas», como esposas maltratadas, víctimas de abusos sexuales y familias en apuros. La mayoría de los sufrimientos que Paul esperaba poder aliviar estaban relacionados con su propia experiencia. Nunca había conocido la pobreza, pero, aparte de eso, tenía experiencia con la mayoría de las demás formas de miseria humana.

Una vez establecido el fondo, siguió donando también en una escala amplia, a menudo de modo impulsivo, a algo que hubiera visto en televisión por ejemplo. Cuando se enteró de que el virtuoso pianista John Ogdon estaba tan mal de dinero que se había visto obligado a vender su piano, le dijo que eligiera uno nuevo y le enviara la factura (Ogdon así lo hizo y costó dieciocho mil libras esterlinas). Conmovido por los aprietos de un grupo de mineros en huelga, les envió cincuenta mil libras. Regaló doscientas cincuenta mil para preservar el entorno de la catedral de Ely de la amenaza de construcciones y diez mil libras para conservar un campo medieval en Somerset.

Desde entonces ha hecho donativos grandes para aliviar el hambre en Eritrea, para suministros médicos en Polonia, al Special Air Service y al museo Imperial de la Guerra. También pagó un millón de dólares en tarifas legales de Claus von Bülow por su exitosa defensa contra el cargo de intento de asesinato de su esposa Sunny «porque así lo habría hecho mi padre».

Al dar dinero, generaba buenas voluntades. Gran Bretaña no es un país generoso y la gratitud en torno a él resultaba palpable. Mientras, desde su habitación en la London Clinic, seguía llevando ese «estilo de vida relativamente modesto» del que aparentemente disfrutaba. Su única extravagancia personal ese año fue la compra de Wormsley Park, una casa de campo venida a menos con terrenos descuidados a sesenta kilómetros de Londres, por 3,4 millones de libras.

Wormsley, construida en 1720, había sido el hogar de la familia Fane durante dos siglos, hasta que les resultó demasiado cara de mantener. La casa necesitaba una reforma total, o una demolición, y su mayor ventaja era su posición romántica en un valle elevado al borde de las colinas Chilterns, y estar rodeada de mil doscientas hectáreas de prados y con un hayedo muy descuidado.

Nadie sabe por qué compró Paul aquel lugar. Si necesitaba una casa de campo (que no era el caso), ¿por qué un edificio semiderruido como Wormsley cuando podía haber comprado casi cualquier mansión campestre de Gran Bretaña? Para dejar clara su actitud hacia la compra, un portavoz le dijo a la prensa que la casa y los terrenos serían restaurados «sin importar el coste» y entregados después a un fondo benéfico para niños desfavorecidos.

Quizá Paul pensara así. Pero al igual que con la donación a la National Gallery, la iniciativa de la compra de Wormsley había partido de

Christopher Gibbs, quien admitía alegremente haber «avasallado» a Paul para que lo hiciera. Gibbs era un hombre de muchos intereses, pero gastar mucho dinero en crear hogares para niños desfavorecidos no era uno de ellos.

Cuando se anunció el donativo de Paul a la National Gallery, las instituciones se unieron para expresar su gratitud.

—Hay un mecenas entre nosotros —entonó William Waldegrave, diputado de Gowrie, cuando dio la noticia a una Cámara de los Comunes admirada y agradecida.

Simultáneamente, a la London Clinic llegó una misiva muy distinguida. Era del secretario del Gabinete y trasmitía la noticia de que el Gabinete «está de acuerdo en que el prestigio de la institución y la munificencia del regalo se combinaban para hacer de aquello un suceso de importancia nacional y expresa su cálida valoración y profunda gratitud por su espléndida generosidad».

Mientras, de América llegaban felicitaciones con un lenguaje más directo. Tres hurras por tu magnífico apoyo, telegrafió Gordon. Si eso significa que Gran Bretaña puede conservar obras de arte que podrían haber ido al museo J. Paul Getty, me parece bien. Y si tú personalmente quisieras fijarte en las adquisiciones del museo Getty aún no cerradas y cebarte en nosotros y no en otros compradores, eso tampoco me parecería muy mal.

Teniendo en cuenta que Gordon era un administrador del museo de Malibú, fue generoso por su parte escribir eso. Y con los antecedentes del trato que había recibido de Paul hasta hacía poco, la actitud de su nota parece propia de un santo. Pero Gordon quería olvidar el pasado. Y Paul también. Un nuevo y desacostumbrado modo de reconciliación se había instalado en la familia.

* * *

Al mismo tiempo, la aprobación pública empezaba a tener en Paul el efecto que esperaban sus amigos, alentándolo a seguir limpio de drogas y a ser digno de la brillante reputación que se iba forjando. Había intentado dejar el hábito muchas veces antes, pero no había conseguido mantener la

determinación. Esa vez, no obstante, mostraba una fuerza de voluntad insospechada.

Aun así, no era fácil. Y su «cura» no estaba completa ni mucho menos. Había sido un adicto durante casi veinte años y a menudo es más difícil vencer la dependencia psicológica a lo largo de un periodo de tiempo así que la puramente física. La adicción prolongada puede inhibir el desarrollo emocional de modo que los antiguos adictos sufran recaídas, ataques de pánico y estén a menudo en peligro.

Paul, aunque con fuerza de voluntad, seguía siendo vulnerable y sus daños psicológicos necesitaban reconstrucción tanto como su cuerpo herido. En el proceso, gran parte de su antiguo ser estaba siendo reemplazado en silencio por algo muy diferente.

Eso explica por qué Jean Paul Getty Junior, antes *hippie*, heroinómano y multimillonario desempleado, se llevaba tan bien con la señora Thatcher, quien, a nivel personal y político defendía gran parte de lo que él casi con certeza habría despreciado en otro tiempo: moral de clase media, trabajo duro y valores familiares.

Paul estaba cambiando. Tenía cincuenta y dos años y, en lugar del *hippie* prerrafaelista de sus primeros tiempos en Cheyne Walk, empezaba a emerger un inglés de mediana edad cada vez más conservador.

Ese otoño llegó la prueba mayor de todas, un encuentro con su hijo Paul. Era el primer viaje a Europa del joven Paul desde su entrada en coma. Voló desde Los Ángeles con dos enfermeros y, una vez en Londres, lo primero que quiso ver fue a su padre. O mejor dicho, puesto que estaba ciego, oír la voz de su padre, volver a estar con él, olvidar el pasado y empezar una nueva vida con su bendición.

Habría sido difícil para cualquier padre lidiar con una situación así. Inevitablemente hubo lágrimas, especialmente por parte de Paul Junior, cuya sensación de horror y remordimientos al ver lo que le había pasado a su hijo es fácil de imaginar. Fue una prueba desgarradora para él, en particular porque ya no podía adormecer su sensación de culpa con drogas y alcohol. Pero también hubo alegría y la oportunidad de compensaciones futuras. Al lidiar con su culpabilidad sin ayuda aprendía su primera lección y, con cada día que pasaba, el futuro parecía más esperanzador.

En la segunda semana de marzo de 1986, Paul estaba lo bastante recuperado para seguir el consejo de la señora Thatcher y abandonar la London Clinic. Había permanecido tanto tiempo escondido que, a pesar de la fama que le había procurado su generosidad, para el público era una especie de misterio y los rumores extraños sobre su salud hicieron que Vanni Treves tuviera que asegurar a los periodistas que «su salud es muy buena en este momento».

Como la mayor parte de los comentarios de los abogados, aquello era cierto hasta un punto. Paul había dejado la heroína y el alcohol, su circulación había mejorado, como también su enfermedad del hígado, y su salud general era ciertamente mejor que dieciocho meses atrás. Pero su físico seguía dañado. Se cansaba fácilmente y era propenso a caerse y romperse huesos si no tenía cuidado. A lord Gowrie le daba la impresión de que «hubiera recibido una mala herida en el pasado y no se hubiera recuperado nunca del todo».

Paul, sabio por una vez, decidió no volver a vivir en Cheyne Walk, con la excusa de que la casa había estado muy descuidada y había que reformarla. Pero la verdad era que Cheyne Walk contenía el peso muerto de su pasado – remordimientos por sus hijos, culpabilidad por Talitha, drogas, alcohol, la influencia de Dante Gabriel Rossetti— y dejarla en ese momento era romper con todo lo que había representado.

Su nueva morada no podía ser más distinta. Un piso en un bloque moderno hecho para los muy ricos justo detrás del Ritz. Allí no había fantasmas. Era tranquilo y discreto y en cierto modo esterilizado. Sus rasgos principales eran las vistas, desde sus ventanales de vidrieras, de los árboles interminables de Green Park y la ocasional presencia escurridiza de Rupert Murdoch como vecino. Paul había comprado el apartamento unos meses atrás para su madre, pero como ella tenía cáncer avanzado y sus médicos estaban en Estados Unidos, no lo iba a utilizar.

El premio final para Paul llegó a principios de junio en la Lista de Honores del cumpleaños de la reina, cuando fue nombrado caballero del Imperio Británico por sus «servicios a las artes», un honor no del todo inesperado.

Para un hombre que sufre de baja autoestima no hay nada como un título así, y era conmovedor observar su evidente alegría ante lo que ocurría. Ese fue el sello de aceptación final del *establishment* británico, prueba de que, por lo que a Gran Bretaña se refería, el pasado se había terminado y la página estaba en blanco. No obstante, como extranjero, no podía hacerse llamar *sir* Paul —lo cual le habría ido muy bien— porque los extranjeros solo reciben ese título de un modo honorífico. Para disfrutar de los curiosos placeres del título, habría tenido que cambiar de nacionalidad, algo que había contemplado hacer en el pasado, tras haber llegado a la conclusión de que «Gran Bretaña es Utopía».

Pero como explicó de mala gana: «Mis asesores me han aconsejado que no lo haga por las enormes consecuencias de los impuestos» (Habría tenido que pagar impuestos dos veces, en EE.UU. y en Gran Bretaña). «Si me hiciera ciudadano británico, eso me impediría poner mi dinero donde se necesita».

Entendemos su punto de vista. El título le había costado ya cincuenta millones. Pagar todavía más dinero al Tesoro británico por el derecho a usarlo habría sido excesivo. Así que siguió siendo el señor Getty, KBE —con lo que se unía a un distinguido grupo de compañeros estadounidenses en el que estaban Ronald Reagan, Gerald Ford, Henry Kissinger y Douglas Fairbanks Junior—.

La primera aparición de Paul en un evento público desde su tirante llegada con Bianca Jagger al funeral de su padre diez años antes, fue para recibir la insignia KBE (Caballero del Imperio Británico) de manos de la reina en la investidura oficial en Buckingham Palace. En cierto modo, esta vez era una prueba mayor, dada la naturaleza intimidatoria del palacio y el hecho de que él no estaba bien todavía y se había vuelto aún más tímido y ermitaño con los años.

Pero tenía que ir, no solo porque lo había convocado la reina, sino también porque su madre y su medio hermana Donna habían ido desde Estados Unidos para estar presentes en la gran ocasión.

Ann ya no era la mujer exuberante de antes. Era solo piel y huesos y estaba tan enferma, que su hija Donna había tenido que acompañarla. Ann había sido testigo de los problemas que habían caído sobre los Getty y Paul

le había causado mucho dolor y decepción. Pero ahora, por primera vez en muchos años, podía estar orgullosa de él y podía morir habiendo visto que la reina de Inglaterra honraba a su «queridísimo Pabby».

En aquel momento, Paul seguía varios caminos de salvación. Uno era su catolicismo, otro su filantropía. Y el tercero y más placentero era el críquet.

Desde que Mike Jagger lo introdujera en ese juego, había seguido viéndolo en televisión. Dada su naturaleza adictiva, no tardó en convertirse en un fan entregado. El críquet puede tener efectos extremos en hombres adultos. Harold Pinter dijo una vez que «el críquet es lo más grande que ha creado Dios sobre la tierra, desde luego mejor que el sexo, aunque el sexo tampoco está mal».

Paul se habría mostrado de acuerdo y, como era un estudioso, empezó a interesarse por la historia del juego desde la década de 1790, cuando los miembros del Marylebone Cricket Club se reunieron en una sala de Lord's Tavern para ordenar las «leyes» del juego. Como estaba enamorado de Inglaterra, amaba lo típico inglés que era el juego y el modo en que lo había protegido la aristocracia cuando jugaba con cualquier trabajador del estado que pudiera golpear una pelota por seis. Aprendió todo lo que pudo de los jugadores famosos de críquet, pasados y presentes, más o menos como había aprendido en otro tiempo todo lo que podía de los grandes cantantes de ópera.

Así, cuando James Ramsden, el presidente de la London Clinic, le presentó a otro paciente de aspecto distinguido que se recuperaba de una operación, Paul sabía perfectamente quién era y se sintió honrado de conocerlo.

Sir George Allen, Gubby, era uno de los más grandes de los mejores jugadores viejos del críquet inglés. Hijo de un antiguo comisionado de policía, educado en Eton y en el Trinity College de Cambridge, era uno de los últimos grandes *amateurs* polifacéticos. Había sido capitán de Inglaterra contra Australia en 1936 y es recordado por haberse negado a tomar parte en los despiadados lanzamientos a la línea de ataque de Douglas Jardine contra los australianos en 1932, con la base de que eso «no era críquet».

Gubby llegó a ser el caballero inglés ideal para Paul y, después de su muerte en 1989, alguien sugirió que había sido como un hermano mayor para —Más bien como un padre —contestó Paul.

Era un comentario revelador viniendo de alguien que había tenido muchas carencias de padre y Gubby se convirtió en algo que Paul siempre había querido, en la figura paterna que ejemplificaba las virtudes que necesitaba él, en particular disciplina y coraje.

Para cualquier amante del críquet, uno de los pináculos dorados de la vida es ser elegido para el Marylebone Cricket Club (MCC), pues se necesita mucho tiempo e influencias para llegar allí. Si uno tiene mucha suerte y lo apuntan al MCC al nacer, puede que resulte elegido a los treinta y tantos años. Pero con Gubby de presidente del MCC y Roger, hermano de Gibbs, miembro del comité, la admisión de Paul demostró lo que todo el mundo sabe, que en Inglaterra casi todas las puertas se abren cuando se dan grandes cantidades de dinero y los contactos apropiados.

Pero para Paul, ser elegido para el MCC fue como ser recibido en el paraíso. Ya no era un paria, tenía derecho a llevar una de las marcas de aceptación de la clase alta inglesa, la corbata granate y dorada del MCC (conocida entre los aficionados al críquet como «ruibarbo y mostaza»). También tenía la entrada a uno de los últimos bastiones masculinos de Inglaterra, la histórica Sala Larga del pabellón del MCC.

Sentado al lado de su amigo, el gran Gubby Allen, en aquel Valhalla del críquet, Paul podía participar en el ritual del juego nacional, ver a los bateadores pasar por la Sala Larga al salir a batear, seguir su juego desde el lugar privilegiado del pabellón y luego aplaudir —o permanecer sentado en un silencio conmiserativo— a su regreso.

La experiencia de la Sala Larga hizo más que ninguna otra cosa por sacar a Paul del mundo aislado en el que había vivido durante tanto tiempo. Los viejos jugadores de críquet siempre hablaban de dos cosas: de críquet y de sí mismos. Y para Paul era inconcebible aburrirse con el tema del críquet. Muy pronto contaba con algunos de los nombres más grandes del críquet entre sus amigos —el jugador polivalente australiano Keith Miller, Denis Compton y el capitán inglés vivo más antiguo de partidos internacionales, R.E.S. «Bob»Wyatt—. Esos grandes hombres trataban a Paul con la camaradería fácil que suelen mostrar los expertos a buscadores de la verdad ricos, y su timidez innata no parecía importar.

Gubby siguió siendo muy amable con Paul, pero sería inútil fingir que no había un método en su amabilidad. Había sido un buen lanzador en su época y, como agente de bolsa de éxito y antiguo extesorero del MCC, no era ningún ingenuo a nivel económico. El críquet estaba muy escaso de fondos y Gubby hacía tiempo que tenía planes para mejorar los niveles del juego y las instalaciones de Lord's, un campo de críquet.

Paul no tardó en mostrarse de acuerdo con él y, con Gubby aconsejándole, se sintió honrado de convertirse en el autoproclamado padrino del críquet inglés. Pronto empezó a enviar donativos anónimos a campos pequeños en apuros, a pagarles el colegio a jugadores jóvenes y a ayudar con las pensiones de un grupo de los, para él, receptores más valiosos de Gran Bretaña: jugadores de críquet ancianos y necesitados. Luego, en 1986, coronó su benevolencia para con el críquet donando tres millones de libras esterlinas para hacer una tribuna nueva en Lord's.

Su donativo de cincuenta millones de libras a la National Gallery le había granjeado el título de caballero y la aceptación del *establishment* británico, pero su apoyo al críquet le hizo ganar algo diferente... popularidad genuina y duradera. Y, paradójicamente, al tiempo que establecía su atractivo popular, el críquet también hacía que lo quisieran las clases altas británicas.

Entendía el juego y lo amaba sinceramente y, desde su palco privado en la tribuna nueva que había pagado él, podía ver sus arcaicos rituales sentado con esplendor, ofreciendo un champán excelente a sus amigos de la fraternidad del críquet y aliviando el aburrimiento del verano inglés. Pero en lo referente al futuro personal de Paul, había algo más importante que tenía lugar bajo las hayas en un valle olvidado de las colinas Chilterns.

Capítulo 22

WORMSLEY

Incluso en los años perdidos de la adicción de Paul, cuando Christopher Gibbs hacía visitas semanales a Cheyne Walk, siempre había considerado a su amigo como un hombre muy inteligente, divertido y erudito. Y a pesar de la angustia y de la heroína, Gibbs insiste en que fue durante aquellos años cuando Paul le enseñó «casi todo lo que sé de libros y del arte de los libros, todo lo que sé de cine y muchas, muchas cosas más».

Habiéndose conocido tan bien durante muchos años, habían desarrollado mucho en común –intereses, gustos, un sentido del humor compartido—, así que, cuando su amigo recibió su monstruosa fortuna después de la venta de Getty Oil, Gibbs vio, mejor que nadie, cómo se podía usar aquella gran cantidad de dinero para rescatar a Paul y enriquecer progresivamente su vida.

Una de las muchas pasiones de Gibbs es su amor por el campo inglés, e incluso cuando Paul parecía atrapado para siempre en la London Clinic, él planeaba cómo introducirlo en los placeres de vivir en el campo.

Cuando Paul salió de la clínica, resultó obvio que, aunque hablara de llevar una «vida relativamente modesta», no viviría exclusivamente en su piso al lado del parque. Pero Gibbs lo conocía lo bastante bien para comprender que, en su estado de humor actual, no tenía interés en comprar una mansión majestuosa como Sutton Place, que le habría preocupado y lo habría constreñido. Fue por eso que lo empujó a comprar Wormsley.

En el momento de la compra, Gibbs veía Wormsley como poco más que «una casa aburrida en un entorno romántico», pero también veía que allí se podía hacer algo extraordinario. El «entorno romántico» se podía convertir en el fondo ideal de lo que él imaginaba para Paul, un lugar tan perfecto que satisfaría todas sus necesidades y anhelos y aceleraría su recuperación.

De hecho, la idea de crear una casa así había perseguido a Gibbs durante años. Siempre le había interesado mucho la arquitectura y se sentía fascinado por una fantasía arquitectónica recurrente —la de un paraíso terrenal donde sus ocupantes pudieran encontrar sin esfuerzo la verdadera felicidad—. En el pasado, los posibles paraísos de los muy ricos habían tenido muchos nombres: Xanadú, Shangri-La, Schifanoia, Sans Souci... Pero a Gibbs le intrigaba especialmente una versión inglesa de ese sueño, la de recrear «la casa de Adán en el paraíso» en la campiña inglesa.

La idea estaba asociada con una figura improbable que había llegado a fascinar tanto a Paul como a Gibbs debido a sus vínculos próximos a Rossetti y a los prerrafaelistas. William Morris, el artista, tipógrafo y socialista temprano de cuya esposa estaba enamorado Rossetti.

Gibbs dice que siempre ha tenido la visión (que viene y va, como todas las cosas místicas) de un paraíso inglés como el de la novela de William Morris, *Noticias de ninguna parte*. Paul también conocía esa visión. Y allí, en ese valle elevado de las Chilterns, una zona que había conocido desde la infancia, Gibbs vio cómo podía convertirse Wormsley en una especie de paraíso rural en la tierra. Podía devolverle a Paul las ganas de vivir, reunirlo con su familia y hacerlo feliz.

Una vez comprada la casa, bastaron unas cuantas visitas para que Paul se volviera igual de entusiasta, poniendo así fin a su vida de ermitaño para siempre.

Una vez empezado el trabajo en Wormsley, este no tardó en adquirir un impulso propio. Ese trabajo duraría más de siete años, emplearía a más de cien hombres de un modo permanente y costaría alrededor de sesenta millones de libras esterlinas. Sería una creación tan extraordinaria, que después de haberla visto, un escritor reciente, dijo:

—Como expresión del gusto de un hombre a gran escala, Wormsley no tiene parangón en la Gran Bretaña moderna.

Ya desde el comienzo fue evidente que allí habría algo más que la mera transformación del «aburrido» Wormsley en la «elegante casa de campo» que quería Gibbs para su amigo. Habría que reconstruir la casa, pero, sobre todo, a Paul le preocupaba albergar su preciosa colección de libros. Había comprado tantos, que la mayoría estaban guardados en almacenes de Londres

y estaba deseando reunirlos todos en un edificio que fuera una biblioteca perfecta. ¿Pero cuál era la biblioteca perfecta?

La solución más sencilla habría sido construir una extensión de la casa en un estilo que hiciera juego con su arquitectura del siglo xviii, pero como decía Gibbs:

—Habría acabado pareciendo una residencia de ancianos.

En su lugar, recordaba haber visto casas del siglo xviii en Irlanda y en la frontera escocesa, construidas al lado de castillos mucho más antiguos. Un castillo también ofrecería el toque de fantasía que necesitaba Wormsley y alguien sugirió construirlo con sílex de la zona. Nadie había hecho un castillo de sílex en Inglaterra desde los normandos, pero Paul accedió a hacerlo.

También quería el cine más moderno, garajes que pasaran desapercibidos, un refugio a prueba de bombas nucleares, una piscina cubierta, un parque con ciervos y un lago de dos hectáreas. Wormsley no tenía lago, pero Gibbs creía que cualquier casa de campo que se preciara tenía que tener uno. Así que habría que crear un lago artificial. Y como no había agua para eso, habría que hacer pozos y bombear agua desde una profundidad de más de cien metros a través de tierra caliza para llenarlo.

También había que reforestar cuidadosamente las seiscientas hectáreas de hayedo. Los campos necesitaban setos, pues la propiedad estaba terriblemente descuidada y Paul se empeñó en tener un rebaño de sus vacas favoritas inglesas de cuernos largos. Pero lo primero de todo era poner en orden las casas. Paul quería un centro para su familia, pues, ahora que mejoraban las relaciones con sus hijos, ya se imaginaba allí con ellos. La pintoresca New Gardens Cottage se necesitaba urgentemente para la visita del joven Paul en diciembre, lo que implicó construir corriendo una piscina climatizada donde pudiera continuar sus ejercicios.

Para el futuro quedaba todavía un asunto muy importante que considerar: la creación de un campo de críquet, en el que Paul también se había empeñado. Estaba entusiasmado con lo que había leído de los días grandes del críquet en las casas de campo inglesas: tardes de verano acaloradas con figuras vestidas de franela entregadas espontáneamente al mejor juego del mundo. Para que Wormsley estuviera completa, necesitaría un campo de críquet a juego.

La creación de un Shangri-La multimillonario en las Chilterns bien podría haber terminado en una pesadilla o un chiste. Cualquiera de ambas cosas habría sido un desastre personal para Paul. En realidad fue Gibbs el que impidió que eso pasara, gracias a la guía que ejerció y a los expertos que llevó a trabajar en el proyecto. Porque, igual que había ayudado a Paul a conseguir su título de caballero a través de sus amigos, ahora recurrió a otros amigos para que hicieran realidad sus esperanzas para Wormsley.

Con el arquitecto equivocado, el castillo biblioteca también podría haberse convertido fácilmente en algo salido de Disneylandia, pero Gibbs tenía en mente un arquitecto al que conocía y en el que confiaba, Nicholas Johnston, un hombre con talento para interpretar los caprichos de clientes ricos. Gibbs lo había conocido antes incluso de que se hiciera famoso por diseñar una ampliación de imitación georgiana a la casa de Ian Fleming cerca de Swindon y había llegado a admirar su gusto y su ingenio. Como esperaba Gibbs, Johnston se entendió bien con Paul y la biblioteca Wormsley es una de sus creaciones de más éxito. Desde fuera es fundamentalmente un castillo alegre, que vive en armonía con su entorno, pero, una vez dentro, se ve qué edificio tan sofisticado creó Johnston, con su colaborador Chester Jones, para la fabulosa colección de libros de su dueño.

Desde la venta de Getty Oil, Paul había aumentado todavía más su gasto en libros y manuscritos valiosos. Aparte de comprar Wormsley, ese seguía siendo su verdadero capricho, pero incluso con recursos casi ilimitados y un experto como Bryan Maggs para aconsejarle y comprar por él, se habían terminado los días en los que un individuo, por rico que fuera, podía comprar una biblioteca extensa. Simplemente, ese tipo de libros ya no están disponibles hoy.

Pero quedan tesoros individuales que se pueden comprar. Y Paul había reunido una colección de lo que él llama «libros jalones» en la historia de la producción editorial para enriquecer su biblioteca. Entre ellos unos Evangelios invaluables del siglo xii del monasterio de Ottobeuren en Alemania, libros de horas ilustrados flamencos, elaborados *livres d'artiste* franceses del siglo xix lujosamente impresos y ediciones ilustradas con grabados originales de artistas contemporáneos. El punto fuerte de la biblioteca consiste en grandes encuadernaciones (una de las pasiones de

Paul), libros ingleses en aguatinta y ejemplos maravillosos del movimiento de las imprentas privadas.

Tales libros son un modo exquisito de gastar grandes cantidades de dinero y debieron de constituir una fuente muy íntima de placer para su dueño. Cuando el dinero se convierte en libros, adquiere un aura semisagrada y la biblioteca de Johnston, con su interior erudito y una temperatura y humedad cuidadosamente controladas, tiene algo de la atmósfera de una capilla secular construida para servir a la casa que tiene al lado. En el techo hay estrellas pintadas tal y como estaban la noche del 7 de septiembre de 1939 sobre el mar de Liguria cuando nació Paul. Cuando algunos de los tesoros de la biblioteca salieron de las cámaras acorazadas y estuvieron a la vista, formaban una colección espléndida.

Una vez terminado el edificio, y con los preciosos libros colocados reverentemente en los estantes forrados de *barathea*, Paul empezó a pasar de la sala de estar llena de libros, donde solía ver la televisión, al invernadero y al silencio con olor a cuero de la biblioteca, que no tardó en convertirse en su lugar favorito para leer.

Pero además de diseñar la biblioteca, Johnston supervisó también la transformación de la estropeada mansión de campo en una versión perfecta de una casa campestre del siglo xviii.

Una vez más, existía el peligro de que Wormsley mostrara lo que Gibbs llamó una vez esa «espantosa uniformidad de la riqueza gritando su adoración por el becerro de oro». Para evitar que ocurriera eso en Wormsley, presentó a otro amigo en cuyo trabajo confiaba, el decorador de interiores David Mlinaric, un hombre encantador, un erudito que se había hecho a sí mismo el papa del interior clásico inglés. Y al igual que el papa, solía ser infalible, como había mostrado en su trabajo para los Rothschild en Warwick House, en la National Gallery de Londres y en la embajada británica en París.

En Wormsley, el resultado de sus operaciones fue una mezcla muy masculina de confort y opulencia sutil, junto con un toque de la atmósfera que a veces percibes en grandes casas históricas. Las invaluables alfombras están un poco raídas, los suelos de roble nuevos se han envejecido artificialmente pero como si lo hubieran hecho generaciones de pies de la alta burguesía. Y los muebles, la mayoría elegidos por Gibbs, consiguen dar

la impresión de que hubieran llegado a Wormsley a lo largo de los últimos doscientos cincuenta años.

Quizá lo más interesante de ese curioso periodo, en el que se reinventaron Wormsley y Paul Junior, fuera lo fácilmente que lo aceptó la clase alta inglesa. Eso era algo que su padre había querido desesperadamente, pues estaba enamorado de la aristocracia inglesa, que estaba más que dispuesta a visitar Sutton Place, comer su comida y aceptar su hospitalidad. Pero, aunque sentía curiosidad por el viejo y estaba profundamente fascinada por su dinero, los miembros de la clase alta inglesa nunca habían pensado ni remotamente que perteneciera a la misma subespecie humana que ellos.

Pero con Paul Junior fue distinto. Los tiempos habían cambiado y sus vicios anteriores se podían perdonar fácilmente. En cierto modo, eso parecía injusto, puesto que, hasta hacía poco, había exhibido una gama mucho más amplia de debilidades humanas que su padre. Pero es importante recordar que, mientras su padre se había hecho famoso por una forma desprestigiada de tacañería, ninguno de los vicios de Paul resultaba demasiado escandaloso para la clase alta británica. Alcohol, drogas, descuido matrimonial y portarse fatal con los hijos son algo endémico en la aristocracia inglesa, y tienden a ser achacados a la excentricidad.

Paul también se había hecho aceptar por su amor al críquet, que para muchos es la muestra más pura de amor por Inglaterra. De hecho, en un momento de debilitamiento de la confianza nacional, reconfortaba que aquel californiano rico se tomara Inglaterra tan en serio. Su filantropía también mostraba que apreciaba sinceramente a su país de adopción y había una cierta grandeza en su generosidad. En un momento en el que la aristocracia nativa había abandonado en gran medida todo interés por la filantropía, él donaba en una escala reservada tradicionalmente a los príncipes.

Pero otro elemento de la aceptación de Paul estaba en Wormsley. Si la casa hubiera mostrado ese toque fatal de becerro de oro, como había hecho Sutton Place, no habría tenido ninguna posibilidad. Pero como Wormsley era tan sutil y romántica, con la connotación correcta de clase en la decoración y en los muebles, no se le podían poner faltas. Y, por asociación, tampoco a su dueño.

No debemos olvidar, tampoco, que en Wormsley él se regodeaba en un ejercicio descomunal de pura nostalgia e intentaba lo que la aristocracia inglesa llevaba haciendo desde la Reforma, pero debido al coste ya no podía hacer más: crear un mundo clásico de la nobleza en su totalidad, con su castillo, su mansión con pórtico de columnas, su granja, parque con ciervos, lago y campo de críquet, junto con una de las bibliotecas más ricas del país, atestada de tesoros guardados allí para generaciones futuras.

Pero el elemento final en la aceptación de Paul fue el modo en el que miembros de la familia real le dieron su sello de aprobación personal. Eso había empezado cuando la reina le otorgó su KBE, pero en 1987 se produjo un contratiempo en su progreso con la realeza, que nos hace entender lo delicada que era su recuperación.

A primeros de mayo tenía que recoger el prestigioso Premio Anual de Benefactor del Arte, otorgado por el Fondo Nacional de Colección Artística, de manos del príncipe Carlos durante una cena en Dorchester. Paul había mostrado ya que no era contrario a los honores, pero recibirlos en público era una forma de tortura. En esa ocasión fue incapaz de seguir adelante con ello y se echó atrás alegando dolor de muelas poco antes de la hora en que tenía que llegar. Por suerte, Tara, de diecisiete años, estaba con él y, mucho más relajado en esas cuestiones, recogió el premio en nombre de su padre.

Tres semanas después casi perdió también una oportunidad más de conocer a otro miembro de la familia real. Una de las vecinas y amigas de Gibbs, lady Katherine Farrell, los había invitado a Victoria y a él a un almuerzo con poca gente que daba para su amiga la reina madre, que sentía curiosidad por lo que había oído sobre aquel filántropo norteamericano. Pero cuando Paul estaba esperando a la reina madre, lo embargó el pánico y se sintió tan mal que tuvo que tumbarse en una habitación de arriba.

—¡Qué lástima! —exclamó la reina madre cuando la informaron de la indisposición del señor Getty, pero pragmática como siempre, añadió—: Supongo que será mejor que tomemos algo y empecemos sin él.

Por suerte, Paul se había recuperado cuando terminó el almuerzo y pudo acompañar a la reina madre y mostrarle Wormsley. Su majestad quedó fascinada –tanto por Paul como por la casa– y volvieron a verse después unas cuantas veces.

Como casi todo el mundo, Victoria se enamoró de Wormsley, y sus hijos, Tariq y Zain, también. Como era de prever, su matrimonio con Mohammed no funcionaba ahora que ella volvía a ver a Paul. La salud de él mejoraba y, cuanto más fuerte y más seguro de sí estaba, más feliz parecía con Victoria.

Esta, ya en mitad de la cuarentena, seguía siendo una belleza inglesa tirando a nerviosa. Como a él lo atormentaba el recuerdo de Talitha, el papel de ella con Paul nunca había sido fácil y se había visto complicado por los matrimonios y romances de ella. Pero en aquel momento lo conocía y comprendía mejor que nadie y él se mostraba especialmente relajado en su compañía. Le compró una casa cómoda en Chelsea, pero, para Victoria, la casa que de verdad importaba era Wormsley y se convirtió inevitablemente en la castellana del lugar.

Rossetti había desaparecido, excepto por su famoso cuadro *Proserpina*, que colgaba en el apartamento de Paul en Londres como un recuerdo de Cheyne Walk. El retrato de Talitha de Willem Pol colgaba todavía en su vestidor. Queen's House se vendería pronto... a Simon Sainsbury, socio de Gibbs, y su amigo Stewart Grimshaw.

De vez en cuando, Paul se aventuraba a salir de incógnito al mundo exterior, a veces con barba, a veces sin ella, y disfrutaba al parecer de la recién encontrada libertad de su anonimato.

Ese otoño gastó cuatro millones de libras en comprar el Jezebel, un yate a motor maravillosamente elegante fabricado en Alemania antes de la guerra para el director de la empresa de coches Chrysler. Gastaría el doble de esa cantidad restaurándolo, y aunque pasaría varios años anclado en el río Dart, su presencia era una promesa de países extranjeros, viajes y una vida más emocionante a la vuelta de la esquina.

Parecía que su vida volvía a empezar lentamente después de una gran interrupción. Paul se iba construyendo un círculo interior de amigos extremadamente fieles. También redescubría su pasado invitando a antiguos miembros de la «Pandilla Getty» de San Francisco, como James Halligan y John Mallen, y hospedándolos en Wormsley.

Sorprendentemente, entre sus hijos parecía haber poca amargura por el pasado. Tara era el más relajado y daba la impresión de haber heredado la

naturaleza alegre de su madre. Aunque quería mucho a los Pol y pasaba gran parte del tiempo con ellos en Francia, también veía ahora más a su padre y se llevaba bien con Victoria y con él, igual que con casi todo el mundo. Las dos chicas seguían en California (Ariadne se casaría con el actor Justin Williams en 1992). Paul confiaba en ver pronto a sus hijas en Wormsley.

Pero en lo referente al futuro de la familia, el más importante de sus hijos estaba resultando ser Mark, el segundo varón. Este, que sabía lo importante que sería algún día el control y la dirección de las finanzas de la familia, había decidido hacer carrera en las altas finanzas. Debido a eso, había llevado a Domitilla a Nueva York y había conseguido un empleo en el banco Kidder Peabody and Co. Admite que «el hecho de que acabaran de ganar quince millones de dólares de la venta de Getty Oil pudo ayudar» en su decisión.

En 1982 Mark y Domitilla tuvieron un hijo y, buscando un nombre que sonara igual de bien en inglés que en italiano –pensando que posiblemente ya había habido bastantes Paul en la familia— lo llamaron Alexander. Pero no les gustaba la idea de criar a una familia en Nueva York y, buscando estar cerca de Italia, se mudaron a Londres, donde una vez más a Mark no le costó mucho encontrar trabajo, esa vez con el influyente banco comercial de Hambros.

La única persona que no estaba muy contenta con eso era su padre, que quería que volviera a Oxford a terminar su carrera (algo que él no había hecho).

—Para tratarse de alguien que había sido tan anticonvencional, empezaba a volverse muy convencional en esos temas —dice Mark, quien, como hombre casado, no tenía mucho interés en volver a ser estudiante. En gran parte por complacer a su padre, volvió a Oxford, se graduó en Filosofía y luego regresó a Hambros.

Pero cuanto más aprendía sobre banca y finanzas, más le preocupaba el futuro de la familia. Estaba claro que iba a ser muy importante cómo administrara esta sus recursos a medida que el resto de su generación llegaba a la edad adulta. Y lo que más le preocupaba era el problema humano de evitar las desgracias y el desperdicio que había visto en el pasado.

Ya se estaba convirtiendo en una especie de puente entre los distintos bandos y generaciones de la familia. Seguía muy unido a su tío Gordon y a sus primos de San Francisco y también a Christopher, el hijo mayor de su tío Ronald. Seguía queriendo tanto a su madre como siempre. Tuvo dos hijos más –Joseph, en 1986 y Julios, dos años después– y cuando más feliz era Mark era cuando estaba con su pequeña familia en su casa de la infancia en Orgia.

Después de las amarguras y batallas del pasado, lo que más quería era paz entre los Getty para que sus hijos pudieran crecer sin cicatrices, sin verse afectados por el pasado y libres de aprovechar al máximo lo que acabarían heredando.

Para él la Navidad de 1987 fue muy especial. En Wormsley habían terminado de construir la piscina cubierta al lado de New Gardens Cottage, así que todo estaba listo cuando su hermano Paul y sus enfermeros volaron desde California para unirse a la familia por Navidad. Paul seguía paralizado y su pronunciación y su vista seguían disminuidas, pero ya no era el inválido completamente dependiente y sin esperanza que había sido al salir del coma. Mark no lo había visto tan optimista ni tan lleno de vida en muchos años.

Paul había tomado la decisión de vivir como si sus discapacidades no importaran, y en gran parte lo había conseguido. Últimamente había asistido a clases de nivel universitario en Literatura Inglesa e Historia en la Universidad Pepperdine, la misma donde había dejado de estudiar antes del coma. Una vez a la semana iba a clase a la universidad y uno de sus enfermeros grababa los apuntes y le hacía de intérprete con el tutor.

Le encantaban los conciertos y el cine y se había convertido en un experto en restaurantes de San Francisco. Incluso había vuelto a esquiar, atado a un armazón metálico encima de los esquís con un instructor de esquí delante y otro detrás. Soñaba con volver un día a Orgia.

En preparación para la Navidad en Wormsley, había llegado también Gail, que estaba encantada de estar con sus hijos y su nieto Alexander. Al recordar lo indefenso que había estado su hijo Paul después del coma, todavía había veces en las que le costaba creer todo lo que había logrado. La recuperación de su exmarido, Paul Junior, era casi igual de milagrosa a su modo y se alegraba de verlo feliz y relajado por fin. Y capaz de disfrutar de una Navidad inglesa tradicional en su propia casa. Él tenía ahora cincuenta y cinco años y parecía que los problemas de la familia habían terminado. Pero ni siquiera entonces sería fácil esquivar el pasado.

Capítulo 23

AILEEN

A finales de 1985, Elizabeth Taylor, como presidenta de la Fundación Americana para la Investigación del Sida, había ido a París en un viaje corto de recaudación de fondos. Ese mismo año, su nuera Aileen había dado a luz un hijo llamado Andrew. Después había estado muy deprimida y, pensando que unas vacaciones en Francia le sentarían bien, Elizabeth había decidido llevarla con ella.

Pero para Aileen las vacaciones fueron más una pesadilla que un regalo. Las conversaciones constantes sobre sida hacían que fuera consciente de los riesgos que había corrido en el pasado. Había cosas que habría preferido olvidar. Y después de una noche de insomnio en el hotel, le dijo a Elizabeth que ella también podía ser portadora del virus VIH.

Elizabeth, una especie de experta en la terrible enfermedad, intentó tranquilizarla como pudo, pero los análisis de sangre que se hizo Aileen al regresar a Estados Unidos dieron positivo. Parecía una broma macabra. La nuera de la presidenta de la Fundación Americana para la Investigación del Sida corría el peligro de desarrollar la enfermedad.

Después del primer trauma del análisis, Elizabeth era la única que podía consolar a la aterrorizada Aileen, que parecía temer tanto que lo supieran otras personas como temía morir. Se aferró patéticamente a Elizabeth y, para ayudarla a empezar el doloroso proceso de adaptarse a la situación, esta la dejó quedarse en la intimidad de su mansión de Bel Air. Los miedos de Aileen empeoraban por la noche y la actriz calmaba su terror dejándola compartir su cama.

Para Elizabeth, la situación se veía complicada por el hecho de que Aileen era la madre de sus dos nietos (Aileen y Christopher habían adoptado un hijo llamado Caleb antes de que naciera Andrew) y que sus problemas no se limitaban a que fuera VIH positivo. La enfermedad era, de hecho, la

culminación de una serie de dramas y desastres en su vida privada. Hacía ya tiempo que Aileen estaba tan en peligro como su hermano Paul antes del coma.

Aileen se había convertido en la última de los niños del sacrificio, la última víctima de la gran fortuna. Era extremadamente guapa —con el rostro en forma de corazón, modales nerviosos y enormes ojos marrones—, pero también era voluble y con esa combinación daba la impresión de un animal asustadizo a punto de salir corriendo, como un fauno que hubiera tomado anfetamina. Llevaba varios años cada vez más desesperada y deprimida y daba la impresión de que iba abocada al desastre.

Todo eso desconcierta todavía a su hermano Mark. Porque como él dice:

—Uno podía esperar que se derrumbara mi hermano Paul, pero no Aileen, que siempre había parecido la más alegre y mejor adaptada de los hijos. Parecía llena de vida y tenía muchas cosas a su favor. Quizá lo que pasó fue que lo quería todo rápidamente y creció demasiado deprisa por eso.

Como es habitual en esas situaciones, es difícil saber exactamente dónde empezaron los problemas. Aileen ha dicho que su inseguridad empezó cuando se separaron sus padres. También ha dicho que su rebelión empezó después del secuestro de su hermano, cuando aprendió a desconfiar de la familia Getty, temerosa de que la destruiría y la aislaría de la realidad.

—Veo el dinero como un elemento tóxico —dijo—. Creo que impide a los que lo tienen saber lo que es estar sin él. Eso anula mucho de lo que es importante en la vida.

Más concretamente, quizá, seguramente veía los problemas que el dinero había causado a las personas que amaba. Las dificultades de sus padres, el horror del secuestro de su hermano y el recelo y nerviosismo que ella, como muchos hijos de gente muy rica, había aprendido a adoptar contra el mundo que la rodeaba.

Incluso en Inglaterra, durante su época en Hatchlands, empezaba a rechazar ya lo que veía como las obligaciones de «ser un Getty». Pero no fue hasta que llegó a California cuando se convirtió en una rebelde clara. Como rebelde, podía ir con malas compañías si le apetecía, acostarse con ellas, beber con ellas y drogarse con ellas. Sobre todo, podía reivindicar lo único que le negaba el reino de los Getty: la libertad.

A mediados de los años setenta no había escasez de drogas —ni de sexo—en California y Aileen los usaba como armas en su batalla por ser libre. La droga que eligió era la favorita de los ricos y famosos, que puede ser la más insidiosa de todas: la cocaína.

Había heredado claramente una naturaleza fuertemente adictiva y esnifaba cocaína en tales cantidades que su nariz necesitó tratamiento médico con poco más de veinte años. Para entonces, las drogas le producían lo que ella llamaba una «sobrecarga emocional» —principalmente ataques de pánico terribles e insomnio—. Cuando se «fugó» con Christopher, ya había tenido el primero de varios colapsos nerviosos.

Su matrimonio con Christopher, lejos de arreglar sus problemas, ayudó a empeorarlos. En parte por la bondad de su esposo. Era un hombre gentil que estaba enamorado de ella. Los adictos a la cocaína pueden ser crueles con aquellos que los quieren y los cambios de humor de ella hacían desgraciada la vida de ambos e imposible una vida normal de casados.

Christopher, eclipsado desde la infancia por una madre que era una de las mujeres más famosas del país, no podía enfrentarse a un carácter tan fuerte como el de Aileen. A falta de algo concreto que hacer con sus vidas, probaron primero a buscar oro y después la fotografía, pero sin éxito en ninguna de ambas cosas.

Aileen tuvo varios abortos, seguidos de periodos de depresión profunda, durante uno de los cuales se largó varias semanas a Nueva York. A su regreso tuvo un colapso nervioso fuerte, que requirió terapia de electrochoque.

—Christopher empezó a cansarse de ser enfermero de Aileen y de pasar por alto sus ausencias e infidelidades —recuerda un amigo.

En un último intento por salvar el matrimonio, adoptaron a Caleb, y como ocurre a menudo, en cuanto lo hubieron hecho, Aileen descubrió que iba a tener un hijo. Andrew nació a principios de 1985. Ocho meses después, Aileen contaba sollozando sus miedos a Elizabeth Taylor en París.

La personalidad de Aileen tenía un fuerte componente melodramático y, después del *shock* inicial y de dar positivo en el virus VIH y sabiendo que no podía quedarse con Elizabeth Taylor indefinidamente, se fue una vez más a Nueva York, donde intentó perderse en la bebida y las drogas en el circuito

de vida nocturna de Manhattan. Peligrosamente autodestructiva, tomaba lo que ella define como «medidas extremas para lidiar con una situación extrema». Y añade:

—Curiosamente, pensaba que sería más aceptable que muriera de una sobredosis. Y eso prueba lo inaceptable que era el virus.

Pero Aileen no murió. Volvió a Los Ángeles, donde la esperaban los dos niños. Christopher hablaba de divorcio. Y había otro problema. El mayor miedo de ella era por Andrew, el bebé, pero, por suerte, los análisis de sangre mostraron que él no tenía el virus.

Ella intentó durante un tiempo que solo Christopher, Elizabeth y ella misma supieran lo de su enfermedad y no dijo nada al resto de la familia. A ellos les resultaba cada vez más difícil ayudarla mientras tomaba cocaína y esperaban que alcanzara un punto de crisis desde el que pudiera por fin curarse de su adicción.

Se sometió a varias curas... sin éxito. Y cuando su familia empezaba a perder la esperanza con ella, les dijo que podía tener también sida.

A Aileen le molestó mucho el contraste entre la cálida reacción de Elizabeth Taylor a su problema y lo que le pareció indiferencia fría por parte de aquellos que deberían quererla.

—Cuando se lo dije a Elizabeth, lloró mucho, y cuando me abrazó, sentí que me daba algo especial.

Pero no hubo abrazos para Aileen en su familia.

—Nadie de mi familia soltó ni una lágrima por mí —se quejó amargamente.

Exageraba, claro, como hacía a menudo. Gail estaba muy preocupada por ella, y su hermana Ariadne también. Pero la verdad era que, después de tantas tragedias recientes, a gran parte de la familia le resultaba dificil afrontar otra, en particular una relacionada con Aileen. Habían oído ya demasiado de sus problemas en el pasado.

—Aileen tenía un largo historial de abuso de drogas —dice Martine—. Así que, al principio, todos pensaron que se lo inventaba. O simplemente no querían creerlo.

Además de lo cual, el sida era algo tan terrorífico que, como admite Gail, ella «no quería aceptarlo» cuando Aileen le dijo que era VIH positivo. Pero

el verdadero problema era que, en aquella fase, casi todo lo relacionado con sida era una especie de misterio, en particular cuando afectaba a mujeres, que eran todavía una minoría pequeña y poco investigada de sus víctimas.

En un esfuerzo por descubrir lo que de verdad le ocurría a Aileen, Gail preguntó a sus doctores, pero ninguno se lo dijo, por respeto a la intimidad de su hija, y todos se negaron a comentar nada que tuviera que ver con el sida ni siquiera en términos generales.

—Puede ser odioso intentar consolar a alguien que cree que se muere cuando ni siquiera puedes saber la verdad de lo que tiene —dice Gail.

Elizabeth Taylor, por su parte, como presidenta de una fundación para el sida, y habiendo visto morir hacía poco a su amigo Rock Hudson de esa enfermedad, sabía bien cómo lidiar con la situación. Además, como actriz, podía darle a Aileen el tipo de reacción emocional que quería. Los Getty no podían.

Solo cuando Gail encontró un doctor comprensivo que le explicó con calma y racionalmente los hechos de la enfermedad de su hija, pudieron ella y otros miembros de la familia empezar a aceptar lo que había ocurrido.

Le ocultaron la noticia a Paul Junior todo el tiempo posible, pero al final tuvo que saberlo. Cuando se enteró, se mostró desconsolado, como anticipaban los que lo conocían. Revivía todas las viejas tragedias, junto con la inevitable sensación de culpabilidad y amargura que se remontaba hasta el divorcio e incluso antes. ¿Nunca terminarían las desgracias?

Sintiendo que necesitaba hablar con su amigo más antiguo, aunque lo que necesitaba era consuelo y reafirmación, invitó a Bill Newsom a que fuera a hablar de Aileen con él.

Lo peor de todo era que había poco que hacer, aparte de esperar. En contraste con la situación del joven Paul, con Aileen, el dinero de los Getty no podía cambiar gran cosa. Y una vez más, los envolvía la incómoda sensación de que, de algún modo extraño, el desastre estaba relacionado con un defecto primitivo dentro de la familia y con la cadena de desgracias continuas que parecían acompañarlos.

Pero una cosa que sí podía hacer era volver a ver a Aileen. Tenía que verla. Y Bill se la llevó poco después. Así fue como la enfermedad y la amenaza de muerte reunieron a otra parte de la familia.

Era dificil pensar que Aileen tuviera muchos motivos para vivir después de que Christopher Wilding se divorciara de ella, se volviera a casar en 1987 y se llevara a los niños con él. Elizabeth Taylor, a la que ella llamaba «mami» (Gail era «mamá»), siguió ofreciéndole apoyo personal, pero tuvo el buen criterio de negarse a intervenir cuando Christopher consiguió la custodia de los niños.

La pérdida de los niños fue un duro golpe para Aileen. Estaba desesperada y era dificil saber qué acabaría antes con ella, si el sida o las drogas. Siempre estaba entrando y saliendo de clínicas, intentando curarse pero sin conseguirlo. Luego, a finales de 1988, anunció de pronto a la familia que había conocido al hombre con el que quería casarse.

Era un joven atractivo al que había conocido en su clínica de rehabilitación. Gail le aconsejó cautela.

—¿Qué prisa tienes y por qué quieres casarte rápidamente? Deja pasar más tiempo.

Pero Aileen, impetuosa como siempre, insistió en que estaba libre de drogas y se había empeñado en el matrimonio, que tuvo lugar poco después en el rancho Monte Cedro, cerca de la casa de Gail en Santa Bárbara. Asistieron Gail, Ariadne y Martine, además de pacientes de la clínica de rehabilitación. Después Aileen y su esposo se fueron de luna de miel durante tres semanas.

El día después de su regreso de la luna de miel, una amiga de Aileen fue a su apartamento y se asustó al verla tumbada en la cama inconsciente. Una ambulancia la llevó al hospital y allí le hicieron un lavado de estómago, sospechando una sobredosis de drogas.

Gail llegó cuando se despertaba, pero el doctor le dijo que estaba horrorizado por la enorme cantidad de drogas que había tomado su hija.

El segundo matrimonio de Aileen fracasó poco después.

En contraste con la familia de Paul Junior, Gordon y Ann disfrutaban de una relación razonablemente serena con sus hijos, por lo cual se sentían profundamente agradecidos. Peter acababa de dejar la universidad, donde había ganado un premio por una obra de teatro que había escrito. Se la habían publicado y quería ser dramaturgo. Su hermano Bill estaba pasando un año en la Universidad de Florencia.

Gordon seguía siendo un padre relajado y todos sus hijos eran unos chicos muy californianos: relajados, divertidos y que no deseaban vivir en otro lugar que no fuera San Francisco. Eso le convenía a Gordon.

Decía a menudo cómo le gustaría vivir la excitación de otro acuerdo de negocios importante, porque, mirándolo con perspectiva, comprendía que había disfrutado del drama de la venta de Getty Oil, incluidas las noches en vela, las demandas y la necesidad de lidiar con todos aquellos desastres en potencia. Había sido su momento de vivir peligrosamente.

Pero cuando se mezclaba en algún negocio, casi nunca salía bien, y estaba claro que su golpe maestro con Getty Oil no se repetiría. Por otra parte, su trabajo creativo sí florecía. La serie de canciones que le había encargado la Fundación Globe Theatre sobre el tema de Falstaff se había convertido en una ópera completa titulada *Plump Jack*, que se estrenó en 1989. Gustó a unos críticos y a otros no y, como con todo su trabajo, el recibimiento se vio afectado casi con seguridad por el hecho de ser extremadamente rico.

Pero el entusiasmo de Gordon no tenía límites y en ocasiones casi no podía creer que hubiera hecho aquello. Oír su música tocada por profesionales era más emocionante que la venta de Getty Oil. Un día quizá se recordara el apellido Getty más por su relación con la música que con el dinero.

También le entusiasmaban las teorías económicas en las que trabajaba ya desde mucho antes de la venta de Getty Oil y, que, como el propio Gordon, podían considerarse excéntricas o muy originales, dependiendo del punto de vista. La primera, en la que trabajó durante varios años, fue un intento valiente por aplicar su interés por la biología a la economía. Partía de la proposición de que el mercado funcionaba en la economía más o menos como la selección natural en las especies y formulaba una complicada teoría para explicar el modo en el que funcionaba.

El resultado, que se publicó en 1988 con el título *The Hunt for R* (A la caza de R, donde «R» era la tasa de interés anual en una inversión), es un ejercicio de teoría económica altamente esotérico, calculado para espantar a todos excepto a los economistas profesionales más cualificados, por su enorme complejidad matemática. Eso podría explicar su falta de impacto hasta el momento en el enrarecido mundo de la teoría económica de altura.

Pero Gordon también intentaba idear una respuesta a un problema económico más apremiante: la inflación. Partiendo del hecho obvio de que la inflación suele seguir a un aumento en la cantidad de dinero disponible, empezó a preguntarse si se podría encontrar otra forma de «dinero» que no alimentara automáticamente la inflación de ese modo.

Razonó que, si se podía hacer que el dinero tuviera la misma tasa de interés anual que otras inversiones, un aumento en el suministro no necesitaba aumentar automáticamente la inflación, por la sencilla razón de que la gente preferiría aferrarse a él antes que gastarlo. Cuando pensaba eso, Gordon se dio cuenta de que ya existe una especie de «dinero» que produce intereses —los fondos mutuos—. Y su propuesta, que desarrolló ampliamente en el artículo *Dinero fértil*, publicado en 1992, era que ese tipo de fondos podían convertirse fácilmente en una especie de moneda y que si los gobiernos adoptaran esa idea, se podría curar la inflación.

En el mundo real, en oposición a los mundos de la ópera y de la teoría económica, el único contratiempo aparente que tuvieron los tres veces bendecidos Ann y Gordon Getty en esa época estuvo relacionado con los proyectos de Ann en Nueva York que siguieron a la venta de Getty Oil. Empezaba a resultar claro que no funcionaban y nunca lo harían. Inevitablemente comenzaron los rumores, las maledicencias y los reproches, y quedó claro que la carrera editorial de Ann no tenía futuro.

Al principio había pensado que aquello podría ilusionar a su hijo Peter, que podría dirigir un día la empresa. Pero aunque él, como sus hermanos, tenía ambiciones literarias, no mostró interés.

Fue malo que la empresa Grove-Weidenfeld diera señales de acabar en desastre. Los desastres ponen nerviosos a los ricos, pues perciben la naturaleza frágil de sus grandes posesiones.

La situación de la editorial significaba inevitablemente el final de todas las ideas estimulantes que Ann y Weidenfeld habían disfrutado tanto comentando, pero que tendrían que quedarse en ideas. La preciosa Fundación Wheatland de ella, la proyectada revista de lujo sobre arte, el patrocinio de interpretaciones de grandes óperas y las conferencias para escritores e intelectuales, todo eso desaparecía, y con ello, el papel en el

que se había imaginado ella de personalidad en el mundo del arte y la literatura.

Porque la triste verdad era que, a pesar de todas las cenas que había dado, de todos los adelantos de libros que había pagado, de todos los debates, conferencias y reuniones de comités a los que había asistido, la editorial no había conseguido producir ni un solo *best seller*.

Barney Rosset, que llevaba años trabajando con un presupuesto muy ajustado, había publicado un éxito tras otro. Pero él era como un jardinero virtuoso al que se le daban muy bien las plantas. Barney tenía mano. Ann solo tenía dinero.

Ann parecía confirmar la verdad de la famosa frase de Scott Fitzgerald sobre que los ricos eran diferentes, pero de un modo que no pretendía. Las personas muy ricas como Ann son diferentes porque el dinero las priva de un papel que no sea el de ser muy ricos, lo que hace que no sean tomadas en serio para nada más. Pueden ser halagadas y consentidas, pero hay cosas que emprenden que tienen la costumbre de terminar mal.

Después de haber perdido unos quince millones de dólares con Grove-Weidenfeld, los Getty intentaron venderla, pero como no encontraron ofertas adecuadas, la dejaron en un estado de animación suspendida. Y todo el asunto dejó tras de sí un regusto amargo entre mucha de la gente a la que Ann había querido impresionar.

Harry Evans, exeditor del *Sunday Times* de Londres, había trabajado de asesor en la empresa antes de ser presidente de Random House. Criticó cómo se había llevado el tema.

—No me gustó que los ricos eligieran una editorial como campo de juego y luego la dejaran caer cuando se aburrieron. Eso forma parte de la terrible irresponsabilidad de los ricos. O quizá es que el dinero le hace eso a la gente. Que se vuelva un poco informal.

Informal o no, Ann regresó agradecida a San Francisco, donde se lamió las heridas y empezó a estudiar química en la Universidad de California como una estudiante normal. Weidenfeld la describió una vez como «una estudiante perpetua», como en cierto modo también era Gordon. (Este, por puro interés, pasó una vez unas semanas estudiando el libro de texto

universitario de física de Hallyday y Resnick, se presentó al examen de primero de ese año en Berkely y aprobó).

Pero a Ann le fascinaba también la prehistoria desde que Gordon apoyara las investigaciones de Richard Leakey sobre el origen del hombre en Kenia. Además de estudiar química, no tardó en participar en investigación de campo en Etiopía bajo la dirección de un arqueólogo antropólogo, el profesor Tim White. White era colega del doctor Donald Johanson, que en 1974 encontró la fama en un lugar rocoso a ciento sesenta kilómetros al noreste de Addis Abeba al descubrir los restos fósiles de «Lucy», una homínida hembra de 3,2 millones de años de antigüedad que él sostenía que era la antepasada no simia del hombre más antigua jamás descubierta. Gordon había ayudado después a Johanson a crear el prestigioso Instituto de Orígenes Humanos en Berkeley, con una beca de quince millones de dólares. Y Ann se enganchó bastante con Etiopía y la posibilidad de descubrir restos humanos fosilizados aún más antiguos.

Pronto empezó a llevar una vida de extraños contrastes. Se movía entre la gran casa de Pacific Heights, su Boeing personal, que estaba reequipando a un coste extraordinario, y el valle sombrío del interior de Etiopía, donde arañaba las piedras y pizarras en busca de restos homínidos fosilizados. La vida en Etiopía era dura, no había distracciones y el clima era espantoso, pero Ann la prefería a Nueva York.

* * *

Durante ese periodo, las tres hijas de George, el hermano mayor de Gordon, seguían firmes en su decisión de evitar los focos. Teniendo en cuenta quiénes eran y lo ricas que se habían vuelto, eso fue un logro considerable. Se negaban a ser entrevistadas o fotografiadas en público. Evitaban los rumores y los escándalos.

—Si quiere una historia, pruebe con mi tío Gordon. A él le gusta la publicidad. A nosotras no —le dijo Claire, la segunda hija, a uno de los pocos periodistas que consiguió hablar con ella por teléfono.

Ni siquiera llegaron más detalles a la prensa cuando Claire dio a luz inesperadamente a un hijo en 1979 –al que llamó Bea Maurizio Getty-Mazzota– como resultado de una aventura amorosa con un italiano al que

había conocido en un curso universitario para extranjeros en la Universidad de Perugia.

Las tres chicas mantenían también la distancia con las otras ramas de la familia. Casi parecía que no pudieran perdonarles lo que consideraban una traición a los logros de su abuelo por la venta de Getty Oil. Mantenían el contacto con miembros del entorno de su abuelo, como Penelope Kitson o Barbara Wallace, pero cuando las hijas de George fueron invitadas a la boda de Mark y Domitilla, no contestaron a las invitaciones.

La vida de Ronald seguía regida por su exclusión de la fortuna Getty, siempre en expansión, y empezaba a apreciarse la amplitud del daño que eso le había causado. Al desheredarlo, su padre lo había convertido en una especie de exilado —de la familia y de sí mismo— y pasaba cada vez más tiempo con su esposa Karin y sus cuatro hijos en su casa de Sudáfrica. Ronald y la familia disfrutaban de Ciudad del Cabo. A él le encantaba el clima y el paisaje cerca del Cabo era hermoso y sin asociaciones con un pasado que lo atormentaba. En Sudáfrica no tenía que recordar constantemente lo que había perdido en California.

Sus hijos estudiaban allí, pero la exclusión de Ronald de la fortuna tenía un efecto incluso en sus hijos. Siempre había una diferencia sutil entre ellos y él. Todos los niños estaban destinados a ser incluidos en la familia Getty general, de la que parecía que él quedaba excluido para siempre.

A pesar de sus esfuerzos por ignorar aquello, detectaba ya que empezaba a desarrollarse una actitud distinta en ellos, en especial con Christopher, el mayor. Este era un chico robusto, más bajo y menos refinado que su padre, y tenía ya ese toque de seguridad en sí mismo que da la certeza de tener dinero. A los veinticinco años se convertiría en administrador pagado del dinero que un día sería de sus hermanas y de él y que, por derecho, debería haber pasado a Ronald a la muerte de su padre.

Pero Ronald no se había rendido y había decidido que, si no podía heredar lo que consideraba moralmente suyo, intentaría ganarlo. Pensaba a lo grande, como había hecho siempre su padre, y como parte de su plan para ganar esa fortuna esquiva, invirtió en una empresa para construir un hotel de lujo, el Raddison Manhatten Beach, cerca del aeropuerto de Los Ángeles. El

socio general que dirigía la empresa era un amigo y Ronald se asoció con él como socio no ejecutivo.

Era un proyecto prometedor, pero en los primeros años ochenta había problemas. El *boom* inmobiliario californiano había creado varios hoteles más en esa zona antes exclusiva, y cuando siguió una recesión, algunos entraron en bancarrota. Para impedir que le ocurriera eso al Manhatten Beach, Ronald y los otros tres socios garantizaron las deudas, pero a pesar de ellos, la empresa acabó hundiéndose.

Ni Ronald ni los otros socios podían cubrir los avales, pero como su apellido era Getty, fue a él al que persiguieron los acreedores para cobrar. Cuando Ronald Getty descubrió la suma astronómica que debía, empezó su pesadilla privada.

Capítulo 24

SUPERVIVIENTES

Si había una maldición sobre los Getty, esta parecía ir desapareciendo a comienzos de la década de los noventa. Por fin se debilitaba la influencia del viejo, que tantos problemas había causado en el pasado, y estaba claro que Gordon —el menos pragmático pero el más eficiente de sus hijos— había conseguido acabar con los conflictos y litigios familiares al dividir el Fondo Sarah C. Getty. La venta de Getty Oil había más que duplicado los recursos combinados de los Getty. Y al dejar dinero suyo para los administradores jóvenes, había asegurado que estos también tendrían suficiente para mantenerlos contentos y de paso involucrarlos en el trabajo de sus respectivos fondos fiduciarios familiares mientras esperaban heredar, probablemente en la edad adulta.

Al mismo tiempo, la gran fortuna que Jean Paul Getty había pasado su vida creando no daba muestras de desaparecer, como muchas fortunas famosas del pasado. Al contrario, el modo en el que estaban estructurados los distintos fondos garantizaba que, con intereses acumulándose regularmente, y siempre que no hubiera accidentes o revoluciones imprevistas, el capital seguiría aumentando de modo seguro. A medida que los miembros más jóvenes de la familia empezaran a tener hijos propios, el número de herederos Getty aumentaría también, pero era dificil anticipar una situación en la que la familia dejara de ser extraordinariamente rica.

Así, en 1990, económicamente al menos, el futuro parecía de color de rosa para la generación más joven de los Getty, ¿pero y aquellos que sufrían todavía de desastres pasados?

Fue precisamente Aileen, posiblemente la más autocomplaciente de las bajas de los Getty, la que tuvo la respuesta más valiente a su situación cuando más desesperada parecía ser esta.

A principios de 1990 llegaron los primeros síntomas —en su caso llagas dolorosas en la boca— que marcaban el inicio del sida y los médicos dieron su veredicto. Con suerte, le podían quedar seis meses de vida.

Eso produjo en Aileen una reacción que pocos esperaban. Seguía aterrorizándola la idea de morir y sabía que no podía escapar a su destino, pero la rebelde Aileen empezó a protestar por el modo en que la trataban. Ya era bastante malo que la compadecieran, pero era peor todavía que se negaran a tratar el tema de su enfermedad, y comprendió que la consideraban una fuente de vergüenza.

Eso le dio rabia y de la rabia salió algo que empezó a cambiarle la vida. Ella dice que el sida le dio algo positivo por lo que vivir.

Durante un tiempo estuvo muy enferma. Su sistema nervioso estaba afectado y le costaba andar. Física y emocionalmente, siempre había sido frágil. Se caía mucho y se hacía daño, así que tenía que pasar días seguidos en la cama.

Pero una cosa de la que Aileen no carecía era de valor y no quiso negarse a sí misma su situación.

—Lo que quería era ganar dignidad para mí misma y para la enfermedad —dice.

Con eso en mente, admitió abiertamente a la prensa que tenía sida. Su familia la apoyó y, con el apellido Getty –y con Elizabeth Taylor nunca muy lejos de ella– consiguió máxima publicidad para su lucha «para poner un rostro humano a la plaga del sida ante un mundo que no quiere verlo».

Lo que más la enfurecía era el problema de otras mujeres que lo padecían en EE.UU., donde las mujeres y los niños se habían convertido hacía poco en el segmento de población donde había más resultados positivos de VIH.

Por eso no ocultó la verdadera causa de su enfermedad, transmitida, no por una transfusión de sangre como había dicho al principio, sino por «practicar sexo sin protección por puro miedo al rechazo» con alguien que después descubrió que era VIH positivo. Lo que quería dejar claro Aileen era que resultaba irrelevante cómo se contrajera el sida y que había que tratar a todas las víctimas como a las de cualquier otra enfermedad importante –con cuidado y dignidad—. Gracias en gran parte a su apellido –y a su sentido innato del melodrama—, Aileen se convirtió en una voz poderosa que hablaba por las víctimas femeninas del sida de todas partes.

No tardó en salir en televisión defendiendo su causa. Trabajaba con enfermas de sida en Los Ángeles. Las visitaba y hacía campaña por ellas, y planeó una residencia especial para afectadas. Con su nombre y su aspecto, empezaba a convertirse en algo que no había sido nunca... una celebridad nacional.

Eso llevó consigo el reto de poner en orden su vida personal. Hizo lo posible por dejar las drogas y, después de restablecer buenas relaciones con Christopher, que se había vuelto a casar y vivía cerca en Los Ángeles, le concedieron la custodia de los niños cuatro días a la semana.

Caleb tenía ocho años y Andrew siete. Eran lo bastante mayores para saber lo que ocurría y ella fue sincera con ellos y contestó a sus preguntas lo más sinceramente posible. Les habló de su enfermedad y les dijo cómo lidiar con una emergencia. Caleb y Andrew le daban fuerza de voluntad para vivir, lo cual, milagrosamente, ha seguido haciendo desde entonces.

Ahora lleva una vida plena con sus hijos y su trabajo. Gracias al dinero Getty, recibe el mejor tratamiento posible, en su caso la llamada «terapia agresiva», con las medicinas más potentes disponibles, las medicinas AZT antisida y tres medicinas antivirales distintas que toma simultáneamente.

Además de eso, ha recuperado su autoestima a través de una causa en la que cree totalmente. Eso, junto con su fuerza de voluntad y su determinación, ha jugado claramente un papel en su supervivencia.

Tiene recaídas, pero en los días buenos se muestra desacostumbradamente hermosa y serena. Asesora a otras mujeres enfermas, trabaja para ellas y hace todo lo que puede por dar publicidad a su causa y ayudarlas. Dice que ya no tiene miedo a morir y que, por primera vez en años, es feliz.

La situación de Aileen le ofrece una respuesta, aunque sea desesperada, a lo que ella llevaba mucho tiempo viendo como un problema asociado con grandes cantidades de dinero. La tendencia de este a aislar a los muy ricos de la vida normal y de la gente corriente. En su caso, como víctima del sida, ha descubierto una sensación de compañerismo sincero con otros enfermos.

En términos prácticos, su enfermedad ha tenido el efecto de empobrecerla, al limitar su libertad y amenazarla con acortar su existencia. Pero al concentrar todos sus intereses y esfuerzos en su lucha por sobrevivir, le ha

dado algo a cambio: la sensación de tener un objetivo y el impulso de seguir viviendo.

La desgracia ha tenido un efecto similar en otra de las víctimas Getty, su hermano Paul, que después del secuestro casi acabó destruido por el dolor y la bebida. Pero ahora las personas próximas a él creen que los efectos del coma, aunque crueles, tal vez le salvaron la vida. Hasta ese momento estaba metido en un ciclo interminable desastroso a causa de la bebida y la droga. «Colgando sobre el abismo», como dice Gail.

Ahora, al igual que Aileen, Paul insiste en que es feliz y sus amigos lo confirman. Como en el caso de Aileen, la lucha contra sus discapacidades le ha dado un objetivo. Su vida está apuntalada por el dinero de los Getty, pero todo lo que quiere exige un esfuerzo extraordinario que le obliga a hacer algo más que los muy ricos normalmente no tienen que hacer: luchar duro en la vida.

La fuerza de voluntad lo empuja hacia delante y cada día le exige el esfuerzo constante de la fisioterapia, junto con ejercicios para mejorar la pronunciación. El trabajo es arduo y doloroso, pero Paul se ha hecho más fuerte poco a poco. Catorce años después del coma, su pronunciación sigue mejorando. Su energía ha aumentado y hasta ha aprendido a tenerse de pie con la ayuda de sus enfermeros.

Pero su verdadero logro es su determinación de vivir como si su hándicap no existiera. Asiste regularmente a sus conciertos de *rock* favoritos. Le encantan los restaurantes. Está al día en cine y en galerías de arte. Y como tiene muchos amigos que le leen, está también al tanto de la ficción contemporánea y de los clásicos. Con su equipo de enfermeros ha creado rutinas para viajar. Su casita en Wormsley se ha convertido en su base en Inglaterra y allí se queda dos veces al año, una de ellas en Navidad, que suele pasar con su padre y la familia. Sigue planeando volver a Italia y a Orgia, donde Gail ha adaptado la casa para recibirlo, pero él dice que prefiere quedarse en el centro del pueblo donde, según él, puede «pasar el rato con mis viejos amigos italianos».

Su matrimonio con Martine (o Gisella, como se hace llamar ahora) terminó en 1993, aparentemente de un modo amistoso, y ella volvió a Alemania, donde ahora dirige una empresa de vídeo en Múnich. Siguen

siendo buenos amigos y hablan por teléfono regularmente. Él se sigue enamorando con la misma facilidad de antes y no le faltan novias que lo adoran.

Paul se lleva muy bien con su hijo Balthazar, que vive cerca, en Los Ángeles. Balthazar ha heredado la antigua ambición de su padre de ser actor y después director de cine, y ha tenido bastante éxito desde que apareciera de niño en la película *El señor de las moscas*, basada en el libro de William Golding. También ha hecho papeles en películas como *Arma Joven 2: Intrépidos forajidos, El Papa debe morir* y *Red Hot*. Su medio hermana Anna estudia actualmente en la Sorbona, pero también quiere ser actriz. Su padrastro Paul la adoptó legalmente hace poco para que un día pueda recibir como Balthazar su parte del dinero de los Getty.

Pero a pesar de todo el coraje y determinación de víctimas como Paul y Aileen, el hecho es que estas son tragedias humanas, vidas arruinadas, que todo el dinero del mundo solo puede amortiguar. El resto de la familia no debería olvidar la advertencia que suponen.

Otra de las víctimas de la familia —pero de un tipo muy diferente— fue su tío Ronald, que a principios de la década de los noventa se enfrentaba a la ruina como resultado de las deudas en las que había incurrido al construir el hotel de Los Ángeles. Había sido ingenuo y muy confiado y ahora sufría las consecuencias. Los acreedores de la empresa lo perseguían sin piedad, pero nadie parecía capaz de resolver nada, y menos que nadie los abogados, que parecían pensar que, como su apellido era Getty, estaba hecho de dinero. Lo cierto era que el desafortunado Ronald había perdido ya su casa en Sudáfrica y le quedaban pocos amigos y ningún recurso.

Un punto de luz en ese horizonte bastante sombrío lo proporcionó Stephanie, su hija mayor, que se iba a casar pronto con Alexander Weibel, hijo de una próspera familia textil de Austria. Tanto Ronald como su esposa encontrarían algún consuelo a sus problemas hospedándose con los hospitalarios Weibel en su casa de Austria.

En 1993, su hijo Christopher haría un matrimonio todavía más resonante. Se casó con Pia Miller, una de las herederas más ricas de Estados Unidos, cuyo padre, Robert Miller, había ganado una fortuna con franquicias de *duty free*. Ni Ronald ni su esposa ni la hija de estos asistieron a la boda.

Durante ese periodo, el superviviente estrella de la familia siguió siendo el candidato más improbable a la redención. Paul Junior, que había completado su transformación de víctima enferma y ermitaña de la contracultura a pilar de la sociedad respetado, obsesionado con el críquet y extrañamente convencional.

Lo que había hecho era bastante extraordinario. Ya es raro heredar una fortuna tan inmensa como la suya en la edad madura. Es más raro todavía que ocurra cuando eres un bibliófilo drogadicto, apasionado por el cine y por el arte y la literatura altamente románticos del siglo xix. Como un director de cine inteligente, Paul se había creado para sí mismo un complejo papel nuevo a través de su filantropía y lo había continuado construyendo un escenario maravillosamente romántico para su familia, sus amigos y para sí mismo en Wormsley.

Cuando puedes comprar lo que quieras acabas comprando sueños y los sueños de Paul resultaban extrañamente reminiscentes de cierto número de episodios románticos recurrentes del siglo xix en los que hombres ricos e infelices gastaban grandes cantidades de dinero en huir de sensaciones de fatalidad a mundos mágicos de fantasía privada.

Los paralelismos más obvios eran el del ermitaño rico William Beckford, que en la década de 1820 huyó de la infelicidad y el escándalo construyéndose Fonthill Avenue, un palacio de imitación medieval, no lejos de Wormsley; o el pobre rey Luis II de Baviera, que buscaba la salvación en los castillos de ensueño que construyó en las montañas de las afueras de Múnich. Un modelo más interesante puede haber sido el protagonista de la novela de Julio Verne, 20.000 leguas de viaje submarino, el misterioso e inmensamente rico capitán Nemo. Al igual que Paul Junior, Nemo era un amante de la música, solitario y aspirante a oceanógrafo, que utilizó su fortuna para construir un submarino enorme, el Nautilus, en el que navegaba para alejarse del mundo y sus problemas y encontraba tranquilidad tocando el órgano para sí mismo en las vastas profundidades del océano.

Wormsley tuvo desde el principio un toque de la misma fantasía escapista surrealista, pero gracias en gran parte a su familia y a amigos tan pragmáticos como Gibbs y tan entregados como Victoria, el aire de fatalidad que rodeaba a Paul Junior se mantenía a raya y el extraño proyecto

multimillonario funcionaba. Paul Junior empezaba por fin a disfrutar de la vida.

Ya no era tan rico como había sido cuando los tipos de interés estaban por las nubes en los años ochenta y, después de haber donado cien millones de libras esterlinas, ahora necesitaba todos sus ingresos para mantener sus proyectos de construcción y su modo de vida.

Eso implicaba que su época de filántropo espectacular había terminado y casi todas sus donaciones actuales se limitaban a los ingresos del fondo benéfico de veinte millones de libras que había creado en 1985. Un dinero que se desembolsaba con cuidado y se administraba con economía.

Pero Paul disfrutaba cada vez más de la vida desde su piso de Londres, donde pasaba la semana. Victoria llegaba todas las mañanas desde su casa de Chelsea, era una acompañante devota durante el día y se quedaba todo el tiempo que hiciera falta para luego volver a Chelsea y a sus hijos. Era una anfitriona excelente y, en gran parte gracias a ella, el círculo de amigos cada vez más amplio de Paul incluía estrellas de cine como Michael Caine, escritores como John Mortimer y el poeta Christopher Logue, y un coleccionista experto y rico como lord Rothschild. Paul empezaba incluso a ser visto en uno de los clubs de cenas más exclusivo de Londres, el Pratt's, propiedad del duque de Devonshire, del que se había hecho miembro.

Pero era en Wormsley donde Paul se relajaba y se volvía positivamente benévolo. Allí, el antiguo ermitaño que antes veía raramente a sus hijos, se había convertido en una figura paterna admirable con Tariq y Zain, los dos hijos de Victoria. Le encantaba el campo, estaba muy orgulloso de su rebaño de vacas inglesas tradicionales de cuernos largos y hasta recordaba bastante de sus ideales al estilo de William Morris como para prometer que un día establecería allí una colonia de encuadernadores felices. A menudo ponía a sus amigos una película de su gran colección de cine histórico en su cine privado, o les hacía escuchar grabaciones raras (de Robert Browning leyendo su poesía o de Oscar Wilde declamando, por ejemplo) de su colección igualmente grande de discos históricos. En Wormsley era difícil imaginar que pudiera afligirlo el aburrimiento.

Sin embargo, a pesar de sus bendiciones actuales, Paul Junior, como un verdadero héroe romántico, parecía destinado a no encontrar nunca una felicidad duradera. Su viaje privado al infierno había terminado, pero las cicatrices parecían colocarlo aparte de la gente que lo rodeaba. Había

desperdiciado sus años intermedios, perdidos para siempre en la mazmorra de las drogas; el mismo mal había casi destruido a dos de sus hijos y él siempre sería un semiinválido, condenado a vivir su vida como una persona retirada de la realidad de todos los días.

Tampoco parecía que pudiera escapar nunca del todo a la muerte de Talitha, ni que la entregada Victoria pudiera ocupar su lugar. Pues la belleza de Talitha era invariable, como la verdad de lo que quiera que hubiera pasado en Roma aquella noche de julio de 1971. Esas eran áreas en las que su dinero no podía entrar y parecía que Talitha lo atormentaría siempre, hermosa, inalcanzable y por siempre joven.

Mientras, desde su mansión italiana en Pacific Heights, en San Francisco, Gordon ofrecía a la familia su ejemplo personal de cómo mantenerse cuerdo y feliz con una fortuna de mil millones de dólares.

A diferencia de lo que ocurría con su hermano Paul, parecía que a Gordon no le afectaban ni el tiempo ni los problemas. Ya próximo a los sesenta años, su aspecto había mejorado de hecho con la edad, pero básicamente seguía siendo el mismo profesor en potencia larguirucho que olvidaba dónde había aparcado el coche, el mismo artista entregado que prefería que lo recordaran por una ópera que por una gran fortuna.

Pero aunque en la superficie daba la impresión de que tratara su dinero como a algo poco importante y ligeramente tedioso, eso no era cierto en absoluto. Gordon apreciaba el dinero y en particular los beneficios que procuraba.

El principal entre ellos era el privilegio de ser Gordon Getty. Pues una de las auténticas ventajas de una gran cantidad de dinero es el derecho a complacerse a uno mismo con lo que quiera. Y Gordon lo hacía. Podía viajar cuando y adonde quería en el Boeing 727 familiar. (Cuando compró uno nuevo, el hombre encargado de la decoración interior, dijo: «En términos de uso, es como una ranchera familiar»).

También podía trabajar en lo que deseara. Como adicto al trabajo, ese era su mayor lujo y su gran cantidad de dinero era lo que le permitía disfrutarlo como lo hacía. Pasaba muchos días en su estudio, trabajando en su música o en su última teoría económica.

—Por lo que se refiere al trabajo, es casi desde el amanecer hasta el anochecer —decía.

Pero el aspecto más importante de la riqueza de Gordon fue el efecto que tuvo en su personalidad. Porque daba la impresión de que nada lo perturbara. Siempre había sido un hombre que hacía lo que le gustaba y su fortuna parecía librarlo de las envidias e inseguridades que afligen a mucha gente solo por falta de dinero.

Cuando un periodista fue lo bastante maleducado como para decirle que él no era «más que un Walter Mitty artístico», Gordon se echó a reír y se mostró de acuerdo.

—Por supuesto que sí —dijo—. Soy don Quijote.

Y si otros economistas ignoraban sus teorías económicas, volvía a reír.

—Al final terminarán aceptándolas —dijo—. Tendrán que hacerlo.

Como hombre de negocios, tenía que contentarse con la reputación de ser el hombre que había duplicado la fortuna de los Getty, pues pocas de sus empresas de negocios posteriores habían triunfado. En marzo de 1990, la corporación Emhart de productos industriales, de Connecticut, rechazó la absorción de dos mil millones de dólares que intentó Gordon y, un mes después, Productos Avon intentó demandarlo por otra absorción hostil.

Pero los contratiempos en los negocios solo aumentaban su ambición de triunfar como compositor. Pasaba mucho tiempo «puliendo y perfeccionando» su ópera *Plump Jack*, porque componer le parecía un trabajo más duro que hacer dinero. Como él decía: «Un compositor no puede ser vago». Y crear su ópera era una ocupación completa.

Para entonces, Gordon se estaba convirtiendo en un excéntrico extrañamente amable, y su verdadera contribución a los Getty era algo que siempre habían necesitado –interés y un poco de sentido común relajado de un miembro más viejo de la familia—. Siempre que estaba en Los Ángeles, iba a visitar al joven Paul y a Aileen, y Mark siempre se quedaba con sus primos de San Francisco cuando iba a California.

Para que las familias funcionen bien, sus miembros tienen que gustarse, y el tío Gordon, con su risa extraordinaria, su entusiasmo por su última mascota y su sentido del humor, se estaba convirtiendo en una fuente cada vez más importante de afecto e identificación familiar.

Como era de esperar, el lugar donde más claramente se veía eso era con su familia inmediata y, aunque de distintos modos, todos sus hijos se parecían a él. Todos eran personas inteligentes, originales y más bien celosos de su intimidad. Y aunque eran muy californianos y relajados sobre la vida en general, los cuatro habían permanecido inmunes a la vena autodestructiva de los Getty que tanto mal había causado a otros miembros de la familia. Hasta el momento habían llevado vidas tranquilas de jóvenes inteligentes con medios propios, que podían elegir un futuro acorde con ellos.

El mayor, Pete, era el más parecido a su padre, incluso en el aspecto físico, e intentaba triunfar como compositor –aunque habría sido difícil imaginarse a Gordon componiendo música para el grupo de pop que había fundado su hijo y que se llamaba Virgin-Whore Complex—.

Andrew, hermano de Peter, intentaba escribir guiones para Hollywood. Y Bill iba camino de convertirse en un erudito sobre Grecia que elegiría como postgrado investigar a Homero en la Universidad de California en Berkeley. John, el ruidoso de la familia, fue el único que preocupó seriamente a sus padres cuando se marchó a San Diego, se hizo tatuajes y se metió en un grupo de *heavy metal*. Pero hasta él acabó matriculándose en la Universidad de California en Berkeley y estudiando a Emily Dickinson, la heroína de su padre.

Como *hobby* de ricos, los cuatro hermanos financiaban conjuntamente una tienda de vinos en San Francisco y, en una muestra de solidaridad familiar, preguntaron a su padre si podían ponerle el nombre de su ópera.

—Yo no os demandaré si lo hacéis —contestó Gordon.

Así que llamaron a la tienda Plump Jack, y bajo la dirección de Gavin, hijo de Bill Newsom, la tienda empezaría a construir una de las listas de vinos más interesantes a precios razonables de toda la costa. También ayudaría a que el antes abstemio Gordon descubriera una nueva pasión por el buen vino. Como era estudioso, rico y tenía sed, Gordon no tardó en convertirse en un buen conocedor de vinos.

Pero a largo plazo hará falta algo más que un interés por el vino y una tienda de vinos para involucrar a los Getty más jóvenes de un modo más completo. Y esa es la razón por la que Mark, el hijo de Paul Junior, parece

destinado a un papel importante dentro de la familia. Después de haber presenciado personalmente tantas desgracias pasadas y con tres hijos pequeños, está decidido a hacer todo lo que pueda para evitar que se repitan los problemas del pasado.

Aunque no habla mucho de eso. A sus treinta y tantos años, es un hombre cauteloso, y a pesar de su encanto tranquilo y de su amabilidad, es difícil leer en él. Quizá haber estudiado filosofía en Oxford fuera lo que le diera ese aire de distanciamiento un poco frío.

Aunque la frialdad es engañosa, pues él es muy serio en lo relativo a la familia. Se nota en su comportamiento siempre que su hermano Paul llega a Londres. Mark siempre está a mano para ayudarle, mirar por él y buscar el tipo de lugares y de eventos que sabe que lo divertirán. Mark se ha convertido en el pacificador extraoficial de la familia y en la persona que los reúne. Mantiene una buena relación con su padre y sigue tan unido como siempre a su tío Gordon, que lo define como «prácticamente otro hijo».

Pero si hay una clave que explique el carácter de Mark, probablemente esté en Italia más que entre los Getty. La gente olvida a menudo que nació en Roma, y su matrimonio con Domitilla ha fortalecido sus lazos con Italia. Hace unos años que posee una casa cerca de Orgia y allí, en la Toscana, pasa sus vacaciones y tiene sus caballos, con los que corre en Il Palio (la histórica carrera de caballos alrededor de una plaza céntrica de Siena que tiene lugar dos veces al año) y le gusta oír a sus hijos hablar en italiano y verlos jugar en el pueblo donde jugaba él.

Todavía tiene muchos amigos allí. Francesco, hijo del camionero Remo, es el padrino de Alexander, su hijo mayor, y Mark admite la influencia que han tenido estas personas de campo sobre él. A lo largo de los años le han ayudado a llegar a ciertas conclusiones que no eran aparentes para los Getty.

La primera era la importancia que daban los aldeanos al talento y al trabajo bien hecho.

—Después de todo —dice Mark—, seas quien seas, el trabajo es lo más importante que haces. Ayuda a definirte y te convierte en lo que eres.

El segundo artículo de fe que absorbió de la gente del pueblo estaba relacionado con la importancia de la familia. En la época del secuestro, cuando la familia de Mark, a pesar de toda su riqueza, estuvo a punto de desmoronarse, él veía ejemplos del modo en que las familias italianas ofrecían consuelo y apoyo a todos sus miembros. Más tarde, en términos

económicos, vería también cómo la familia italiana proporciona todavía a Italia su estructura de negocios más básica y dinámica. Cuando se casó y se convirtió en el primer Getty de su generación en ganarse la vida fuera de la familia, pensó mucho en lo que había aprendido en Italia.

A los veinticinco años, como administrador pagado del fondo Cheyne Walk de su padre, participaba ya en la política de inversiones de un fondo que en ese momento contaba con mil doscientos millones de dólares. Y después de los treinta, su experiencia en banca le fue dando un papel cada vez más importante dentro de la familia. Desde entonces ha trabajado con su tío Gordon en la política financiera de la familia y actualmente dirige Getty Investment Holdings. Su primo Christopher ha entrado hace poco en la junta directiva.

Pero a Mark le preocupaba todavía la idea del declive familiar y la preocupación por el futuro de la familia lo llevó a estudiar cómo han sobrevivido y prosperado algunas de las dinastías más ricas de América. Lo que descubrió confirmaba en gran medida lo que ya había aprendido en su pueblo de Italia.

Le impresionaron especialmente los Rockefeller, por el modo en que se las arreglaron para seguir siendo una «entidad floreciente y dinámica» en la que los distintos miembros de la familia parecían tener su sitio. Para descubrir el secreto, pasó un tiempo en el Rockefeller Center de Nueva York, estudiando la organización que crearon los Rockefeller después de la venta de Standard Oil para dirigir sus inversiones e intereses en los negocios y ofrecer una especie de nicho a cualquier miembro de la familia que lo quisiera. El director de la familia, David Rockefeller, le dijo que, en su experiencia, cualquier miembro de la familia al que se dejara fuera «solía convertirse en un problema».

El modo en que se habían organizado los Rockefeller ayudó a convencer a Mark de que su familia no tenía por qué vivir necesariamente un declive y una caída. Al contrario, parecía que los Getty más jóvenes podían beneficiarse de las mismas ventajas que los Rockefeller, siempre que sus mayores estuvieran dispuestos a ayudarlos. Le parecía que lo que se necesitaba era una sensación de identidad y propósito familiares, junto con esa actividad mágica que era tan importante para los ricos como para los pobres: la oportunidad de trabajar juntos.

En 1990, estando todavía en Hambros, organizó una inversión de la familia Getty en Sudáfrica, en un intento por unirlos por primera vez en una aventura corporativa. Persuadió a los tres fondos familiares separados para que hicieran lo que para ellos era una inversión bastante modesta de cinco millones de dólares en la Conservation Corporation, basada en Sudáfrica, que posee la famosa reserva natural Londolozi en Natal y la reserva Phinda en Zululandia. Fue un proyecto glamuroso, iniciado por el conservacionista visionario David Varty, que planeaba convertir Londolozi en la mejor reserva natural de África.

Como en aquel momento había pocas inversiones extranjeras en Sudáfrica, Mark se aseguró de contar con la aprobación del Congreso Nacional Africano y la del Gobierno de Sudáfrica. Con el gobierno de la mayoría todavía por lograr, la inversión se vio como un gesto arriesgado e idealista, y la corporación ha sido citada por el propio presidente Mandela como un modelo de cómo integrar el turismo internacional con las necesidades de los animales y de la población local. (Mandela se ha hospedado en Londolozi en varias ocasiones).

Pero Mark niega que el idealismo jugara una parte importante en su decisión de invertir en África y dice que su verdadero objetivo era unir a su familia utilizando los distintos talentos y recursos y suscitando su entusiasmo.

Cuando su tío Gordon fue a Londolozi con Bill Newsom, su hijo Peter y Christopher, el hijo de Ronald, todos se entusiasmaron y quedaron impresionados con Varty y las distintas ubicaciones de la corporación. Más tarde, Tara, hijo de Talitha y medio hermano de Mark, trabajaría allí. Pero para Mark, la participación en una reserva natural, aunque emocionante, no es reto suficiente para las energías y el entusiasmo de los Getty.

—Francamente —dice—, no veo un futuro para nosotros en el mundo de los hoteles y el turismo.

Él buscaba algo más exigente y, apoyado por su padre y por su tío Gordon, está desarrollando lo que llama «una estrategia coherente» entre la mayoría de los fondos para invertir entre treinta y cuarenta millones de libras cada vez en comprar empresas relacionadas entre sí que tengan perspectivas de crecimiento a largo plazo. La primera de esas adquisiciones ha sido la compra, por treinta millones de dólares, del ochenta por ciento de Tony Stone Images, una biblioteca internacional de fotografía con treinta mil

imágenes en color para uso de revistas y agencias de publicidad por una tarifa media de cuatrocientas libras esterlinas por venta. Mark y su socio Johnathan Klein son presidentes conjuntos de TSI. Aunque tiene confianza en que la empresa se seguirá expandiendo, explica que el primer objetivo de esa estrategia es «focalizar el interés y la experiencia de la familia en un área de inversión, como ocurría cuando todavía teníamos Getty Oil» y no necesariamente ofrecer empleo a futuros miembros de la familia. No obstante, se apresura a añadir que «se le ocurren pocas cosas más emocionantes que trabajar en una empresa de tu familia». Y está convencido de que un negocio familiar es potencialmente la organización más dinámica que existe, siempre que la familia tenga miembros entusiastas que trabajen para ella, una fuente fiable de capital familiar y un objetivo y una identidad comunes.

Al adoptar ese punto de vista a largo plazo, Mark está planeando sacar partido a los recursos económicos de los fondos fiduciarios Getty y empezar a construir así la clase de «dinastía» genuina de la que J. Paul Getty hablaba tanto pero que nunca entendió.

Como él dice:

—La mayoría de nuestros problemas se originaron con mi abuelo, que no entendía a las familias ni lo que las movía. En realidad, él nunca comprendió a la gente. Ya es hora de que lo hagamos.

El año 1992 fue importante para los Getty en general y para Paul Junior en particular. En septiembre cumpliría sesenta años y, cuando empezó la temporada de críquet, decidió celebrar la inauguración del juego en su nuevo campo organizando algo que él apreciaba mucho: un partido perfecto de críquet.

El críquet empezaba a volver a las casas de campo, donde el príncipe Felipe tenía un equipo en Windsor y el duque de Norfolk tenía otro en su campo privado de Arundel. Pero a finales de mayo, cuando Paul decidió imitar su ejemplo en Wormsley, podemos decir sin miedo a equivocarnos que, desde que Cecil Beaton montara la escena de Ascot en *My Fair Lady*, no se había organizado un deporte tradicional inglés con tanta precisión y dedicación.

El marco era idílico. Harry Brind, el canchero jefe de uno de los lugares sagrados del Kennington Oval, uno de los templos sagrados del críquet, llevaba meses cuidando el campo. Las hayas estaban repletas de hojas y, ya que W. G. Gracie capitaneaba el gran partido en el cielo, una de las leyendas vivas del críquet, Bob Wyatt, de noventa y dos años, el capitán nacional superviviente más antiguo, estaba presente para tocar la campana que señalaría el comienzo del juego.

El equipo de Paul lo capitaneaba Imran Khan, capitán de Pakistán y uno de los jugadores de críquet más glamurosos de entonces. Y el equipo visitante lo había organizado nada menos que el MCC.

Paul disfrutaba de uno de los privilegios más envidiables de los muy ricos, el de convertir en realidad un sueño complicado. Y como un sueño exige perfección, se había tomado muchas molestias y pedido consejos constantes a su amigo, el decano de los comentadores de críquet, el difunto y muy llorado Brian Johnston. Todo tenía que ser auténtico en un mundo que se enorgullece de la autenticidad. Desde los marcadores y las pantallas del campo, hasta el pabellón de paja hecho con esmero y los azucarillos idóneos para el té. No hace falta decir que el almuerzo fue impecable. Salmón frío y patatas nuevas, seguidos de pudin de verano, regado todo con Pimm's, cerveza fría o champán excelente. El resultado del partido también fue impecable. Ganaron los visitantes con un bateo de banda en el último *over*.

Un almuerzo perfecto, un día perfecto... Pero la estrella del encuentro no era un jugador de críquet sino el propio Paul, que había sobrevivido a desastres que habían parecido inseparables de la herencia de los Getty y había planeado aquella ocasión como si quisiera celebrar su propia salvación.

Lo hizo con mucho estilo y sin decir una palabra, como era natural en él. Allí sentado, con la corbata y chaqueta del MCC, viendo el partido desde su asiento en su propio pabellón, estaba flanqueado por dos invitados de honor. A la izquierda se sentaba el primer ministro John Major, que se definía como un «fanático del críquet». Y a la derecha, y disfrutando de cada minuto del juego, estaba la reina madre Isabel.

Para Paul fue un verano espléndido. El clima era indiferente, pero el críquet continuó hasta finales de agosto. Fue entonces cuando le dijo al

escritor de críquet E. W. Swanton que el de 1992 había sido su verano más feliz desde que era niño. Y el verano no había terminado.

Cuando terminó la temporada, dio órdenes de que desmontaran la carpa, pero nadie le hizo caso. Acostumbrado a que obedecieran sus órdenes, se quejó a Victoria, pero no pasó nada, y cuando llegó desde Londres para su cumpleaños el 7 de septiembre, lo irritó descubrir que la carpa seguía en pie. Ya era bastante malo cumplir sesenta años como para que además ignoraran sus órdenes.

Lo que Paul no sabía era que Mark llevaba casi un año organizando una fiesta por su cumpleaños, y que, en vez de la pequeña reunión familiar que Paul esperaba, había llevado en secreto más de sesenta invitados en autocar desde Londres.

Victoria, que estaba en el ajo, retuvo a Paul en la casa toda la mañana y solo cuando ella lo sacó a dar un paseo al lado de la carpa, vio él lo que ocurría. Dentro, y esperando para felicitarle el cumpleaños, estaban muchos de sus mejores amigos y parientes, algunos de los cuales hacía años que no veía. Habían ido desde todo el mundo. Había amigos de California y de Roma. Había una pareja que había navegado una vez por el Támesis y anclado su yate enfrente de Cheyne Walk. Había compañeros de colegido de San Ignacio. Y sentada a su derecha en el almuerzo, estaba la mujer que más próxima a su padre había estado en otro tiempo, la elegante Penelope Kitson.

Al ver a tantos amigos largo tiempo perdidos, Paul se conmovió hasta las lágrimas.

—No sabía que le importaba a tanta gente —dijo.

Pero en aquello había algo más que la fiesta en sí. Era típico de Mark, y de sus ansias de unir a la familia, haber convertido la fiesta en una elaborada reunión familiar.

Aparte de las hijas de George, que seguían manteniendo las distancias, el resto de la familia estaba allí. Aileen se encontraba lo bastante bien para haber ido desde Los Ángeles con Gail. El joven Paul también había hecho el viaje con sus enfermeros, su hermana Ariadne y el esposo de esta, el actor Justin Williams. Ann se había sentido incapaz de dejar el valle rocoso de Etiopía donde seguía buscando restos fosilizados de su antepasado más antiguo, pero Gordon había ido en su Boeing privado con sus cuatro hijos, Peter, Andrew, John y William.

El miembro desheredado de la familia no había sido olvidado y Mark se había encargado de invitar a su tío Ronald y a la familia de este. Para entonces, Ronald debía tanto dinero, que no tenía ni idea de lo que iba a ocurrir. La fiesta apartó los problemas de su mente. Después de tantos años de amargura y rechazo, volvía a reunirse con sus hermanos. Fue también un momento emotivo para él además de para su hermano Paul.

—Fue como entrar en la familia por fin —dice.

¿Qué le regalas a un multimillonario que lo tiene todo? En Siena, Gail había encontrado un abrecartas antiguo de plata y marfil con mango en forma de tortuga que le había parecido apropiado. Bill Newsom le había llevado una gorra amarilla de taxista de San Francisco. Penelope había encontrado una cajita esmaltada en Chelsea con una foto de un jugador de críquet, y Christopher Gibbs, un ejemplar raro del gran político Charles James Fox. Se titulaba *El beneficio de las ventosidades* y era un tratado sobre los pedos.

Pero Paul no recibió su regalo más importante del día hasta que se recogió el almuerzo y se terminaron los discursos de cumpleaños. El regalo estaba oculto detrás de una cortina, en un extremo de la carpa, y cuando retiraron la cortina, vio algo que no podía creer que existiera todavía. Su MG rojo de Roma, que había vendido años atrás a su medio hermana Donna. Sus hijos le habían seguido la pista y lo habían hecho reconstruir y pintar cuidadosamente como regalo de la generación más joven a su padre.

Ese regalo significó más que cualquier otro para Paul, porque era también un presagio para el futuro. Hay una sensación de nostalgia en los vehículos antiguos, y el MG formaba parte de una existencia que él había considerado perdida para siempre. Estaba asociada a su juventud y a tiempos más felices en Roma, antes de que empezaran sus problemas. Al devolvérselo ahora, era como si los hijos demostraran que el pasado también se podía recuperar y olvidar.

El coche de Paul había sobrevivido milagrosamente con todas las probabilidades en contra. El cuidado de personas que lo querían y el dinero habían logrado restaurar el MG de un modo maravilloso. Y a él también.

Capítulo 25

CÍRCULO COMPLETO

Cualquier conversación sobre los Getty tiene la costumbre de terminar volviendo al auténtico creador de su historia, el hombre impredecible que creó simultáneamente la enorme fortuna de la familia y la mayoría de sus problemas. Jean Paul Getty, un genio solitario de las finanzas y tacaño extraordinario. La imagen que perdura de él es la de un hombre con un talento sobrenatural para los negocios, un poder financiero inmenso y una vida personal muy vacía.

La suya fue una existencia extraña en la que el dinero ocupaba el lugar de casi todo. Era un alquimista del dinero. Durante una gran parte de su vida, trabajando desde la habitación de un hotel y con un teléfono por toda herramienta, había conseguido crear dinero que había convertido en campos de petróleo, refinerías y petroleros, normalmente en continentes lejanos. Y tal era su talento y su inteligencia que casi todo lo que creaba parecía producir todavía más dinero, que a su vez aumentaba la fortuna Getty y los ingresos del Fondo Sarah C. Getty, inmune a los impuestos.

Eso fue lo que pasó, y el punto esencial de todo ello era que para Jean Paul Getty, la mayor parte de lo que ocurría en la vida, con la posible excepción del sexo, tenía lugar en su extraordinaria mente. No vio casi nunca las maravillas lejanas que habían creado su dinero y él. No le importaban. Tampoco gastó nunca el dinero que había amontonado en abundancia en el Fondo Sarah C. Getty. No se atrevía. Era propio de él construir aquel museo extraño en Malibú que nunca vería. Y lo mismo se podía decir de los vástagos esparcidos por el mundo que había producido pero a los que no se molestaba en ver durante años enteros.

Por eso no sorprende que hubiera problemas cuando decidió que sus hijos adultos entraran en el negocio familiar y empezaran lo que le gustaba llamar «la dinastía Getty». Para construir una dinastía, hay que empezar por crear

una familia y J. Paul Getty, que había pasado su vida adulta huyendo de sus esposas e hijos, no tenía ni idea de lo que entrañaba una familia. Tampoco sorprende que todos sus hijos quedaran dañados por el contacto con su padre. Que George se autodestruyera, que Paul Junior casi también, que Ronald viviera torturado por haber sido desheredado y que hasta Gordon se viera obligado a construirse un mundo intelectual privado que ocupara el lugar de lo que faltaba en su infancia.

El cariño mutuo, la comprensión, la generosidad —las bases de una familia feliz— no estaba en el vocabulario emocional de J. Paul Getty. En vez de eso, daba la impresión de que hubiera en él una falta de sentimientos. Eso, junto con las grandes cantidades de dinero que ganaba, en teoría para beneficiar a su familia, servía para magnificar el problema, ayudando a crear celos, sospechas y desconfianza entre sus hijos, junto con una debilidad fatal que parece haber estado en la raíz de la curiosa psicología del viejo: el miedo.

Con su miedo por sus posesiones, miedo por su persona y, en último término, miedo por su existencia, Jean Paul Getty presentaba el indecoroso espectáculo del multimillonario medroso. Y como el miedo es contagioso, en la época del secuestro de Paul, había convertido también a los Getty en una familia miedosa. Gran parte de la reclusión de Paul Junior tenía que ver con ese miedo, como también la muerte de George y el comportamiento de la familia durante el secuestro y después. Gail fue importante para la familia porque era la única que no se dejaba llevar por el miedo.

Pero ahora que los miembros de la familia emergían de la sombra del viejo, el miedo iba desapareciendo. Aileen lo había vencido en su calvario privado, como su hermano Paul con su determinación de seguir viviendo. Como también su padre, al dejar las drogas y volver a afrontar el mundo. Ahora, con la marcha del miedo, los Getty podían continuar con sus vidas como una familia relativamente normal.

En la década de 1960, cuando el viejo dio una fiesta monstruosa para la hija de un amigo de un duque al que apenas conocía, no se dignó a invitar a ningún miembro de su familia. Pero cuando Mark organizó la fiesta de Wormsley para su padre, se esforzó por invitar a todos los Getty que pudo. Y los Getty se comportaban cada vez más como una familia unida en la que se apoyaban unos a otros.

El 18 de diciembre de 1992 el *Times* de Londres citaba una noticia de Associated Press desde San Juan, Puerto Rico, que decía que un hijo del difunto multimillonario del petróleo, J. Paul Getty, se había declarado en bancarrota y afirmaba no tener bienes y deudas por valor de 43,2 millones. *La solicitud de bancarrota por parte de J. Ronald y Karin Getty se presentó el mes pasado en San Juan*.

Aunque tiene un gobierno local, la isla caribeña de Puerto Rico está unida a Estados Unidos y comparte su sistema legal y su moneda. Ronald y su esposa se habían instalado allí al salir de Sudáfrica y el 18 de diciembre de 1992 se presentaron ambos ante el juez del Tribunal de Bancarrotas de EE.UU. para el Distrito de Puerto Rico para solicitar un aplazamiento para presentar agendas y declaraciones de sus asuntos. Aquello era comprensible, pues Ronald debía dinero en nombre de su empresa a una lista formidable de acreedores. Entre ellos estaban Merrill Lynch Private Capital Inc., Société Générale, el First National Bank de Colorado Springs, Crédit Suisse y el Security Pacific National Bank.

Ronald era responsable personalmente por esas deudas, y desde el colapso de su empresa, había tenido pesadillas con los principales acreedores, algunos de los cuales habían prolongado el procedimiento de bancarrota en un intento por recuperar bienes que él sencillamente no tenía. Tenía sesenta y dos años, una edad mala para lidiar con ese tipo de crisis, y en el pasado habría tenido que afrontar el problema solo. Pero las cosas habían cambiado después de su reunión con la familia. Gordon y Paul estaban de su parte y empezaron a ayudarle como podían, aconsejándole, pagando a sus abogados y finalmente estableciendo un fondo para pagar una proporción de sus deudas y llegar a un acuerdo. Como resultado de eso, Ronald pudo cancelar la bancarrota.

Al hacer eso, ayudaron a su infeliz hermano a encontrar paz mental y un cierto autorrespeto, y desde entonces han organizado que tenga unos ingresos (cuya cantidad no se ha hecho pública) como consejero pagado de su fondo familiar. También los han ayudado a Karin y a él a comprar una casa en Alemania.

Al hacer eso, la familia ha aceptado tácitamente que Ronald fue injustamente tratado hace muchos años al ser excluido del Fondo Sarah C. Getty. Ellos no podían cambiar eso, como tampoco podían compensar el comportamiento de Jean Paul Getty. Pero sí podían, al menos, procurar que,

después de una vida arruinada por intentar demostrar su valía contra su padre, Ronald termine sus días donde empezó y donde siempre se ha sentido en casa... entre la gente de su madre en su Alemania natal.

En contraste con Ronald, Gordon sigue siendo el miembro afortunado de la familia y disfruta de su éxito personal, en particular con su música. A principios de 1994, después de asistir a conciertos de su trabajo en Newark, Nueva Jersey y Austin, Texas, tuvo la alegría, única para un compositor, de volar en su avión privado a Moscú para estar presente en un concierto dedicado a su música, donde la Orquesta Nacional de Rusia interpretó *Plump Jack*, sus «Tres escenas victorianas» y «Tres valses para orquesta».

Era el tipo de premio con el que Gordon había soñado, y parecía algo abrumado por la ocasión.

—Es algo muy especial oír a una gran orquesta como esa tocando tu música —dijo.

En su papel de hombre tardío del Renacimiento, también ganó reconocimiento público para sus teorías económicas por parte del premio Nobel de Economía, el profesor Franco Modigliani, que alabó públicamente la originalidad de las teorías económicas de su ensayo *Dinero fértil*.

Simultáneamente, Ann, la esposa de Gordon, parecía compartir también él éxito de la familia, pues el dinero y el esfuerzo que había invertido en buscar los restos más antiguos del hombre en Etiopía empezaban a dar resultados. En septiembre de aquel año se confirmó que el equipo con el que trabajaba había encontrado lo que buscaban. Habían establecido que unos restos fósiles descubiertos unos meses antes tenían cuatro millones y medio de años de antigüedad y pertenecían a un homínido simio. A la criatura se le dio el nombre de *Australopithecus ramidus* y se afirmó que era el largo tiempo buscado «eslabón perdido» que unía las familias de los simios con los humanos.

El descubrimiento fue un triunfo para el jefe del equipo y tutor de Ann en la Universidad de California, el profesor Tim White. También fue, en cierto modo, un triunfo para Ann y Gordon, cuyo apoyo económico había posibilitado las investigaciones del profesor White. Pero además llegó en medio de una amarga contienda académica en la que Ann y Gordon se vieron envueltos sin querer por su papel de benefactores económicos.

A diferencia de su hermano, Paul Junior, que donaba dinero a distintas causas sin mezclarse con ellas, Gordon siempre había tendido a involucrarse personalmente en las causas para las que donaba. En palabras de él, trataba sus donaciones «con la misma responsabilidad que mis inversiones de negocios». Y ese fue también el caso cuando ayudó a fundar el Instituto de los Orígenes Humanos en Berkeley a las órdenes del controvertido doctor Johanson. Desde entonces, había habido un alejamiento entre Johanson y su antiguo colega el profesor White, con Ann y Gordon apoyando cada vez más al profesor. El éxito de White había añadido peso a su causa y Gordon, fiel a su palabra, decidió que a partir de entonces dejaría de «invertir» en el instituto del doctor Johanson. Como eso ponía en peligro la continuidad del instituto, Gordon fue inevitablemente criticado por ello. Pero él está convencido de que tenía razón. Y lo que más importa, también tiene el dinero, lo que normalmente significa que, una vez que ha tomado una decisión, haría falta algo más que críticas para cambiarla.

Irónicamente, al tiempo que su filantropía creaba controversias para Gordon, un ataque de generosidad inesperada causaba vergüenza a su hermano, Paul Junior, al plantearse públicamente el tema largo tiempo olvidado de sus relaciones con su padre.

Después de una larga y decepcionante campaña para recaudar fondos para comprar el grupo escultórico neoclásico *Las tres gracias* de Canova para una galería británica, parecía que el museo J. Paul Getty de Malibú se iba a hacer con las tres ninfas en mármol de tamaño real por el precio de 7,4 millones de libras esterlinas. La obra había estado en Gran Bretaña desde que el duque de Bedford se la comprara al escultor italiano en 1820 y faltaba todavía más de un millón de libras para que siguiera en el país. En el último momento, Paul Junior anunció que donaría personalmente el millón de libras a la fundación, siempre que otras fuentes pusieran el resto del dinero.

Timothy Clifford, director de las National Galleries de Escocia, que dirigía la campaña, expresó su alegría cuando lo entrevistaron en televisión. Y cuando le preguntaron por qué Getty apoyaba a una galería británica en contra del museo de su padre en Malibú, contestó:

—Creo que el señor Getty nunca se llevó bien con su padre.

Aunque aquello era básicamente cierto, no se podía decir que fuera prudente en esas circunstancias, y es fácil entender el enojo de Paul Junior cuando se enteró. Cuando regalas un millón de libras, no esperas que te recuerden que no te gustaba tu padre, en particular cuando eso no tiene nada que ver con las razones de tu generosidad. De hecho, el motivo detrás del regalo de Paul Junior había que buscarlo en su amor sincero por su país adoptivo.

Cuando expresó su gran malestar y añadió que estaba pensando retirar la oferta, se produjo un alboroto. Y cuando se vio ante la responsabilidad de perder para Gran Bretaña *Las tres gracias* de Canova, el desafortunado señor Clifford hizo casi todo lo que estuvo en su mano por mostrar su arrepentimiento.

Dijo que lo sentía profundamente. Escribió a Paul para decirle que había cometido un terrible error.

—No sé nada de la relación del señor Getty con su padre —se lamentó públicamente.

Y eso fue todo. Paul Junior, apaciguado, ratificó su oferta y, para alivio del señor Clifford e irritación profunda de John Walsh, director del museo de Malibú, las tres jóvenes de Canova pudieron continuar en Gran Bretaña.

El jaleo que causó ese asunto relativamente poco importante nos da una medida de la desacostumbrada calma que se había instalado sobre la familia, y uno no podía por menos de preguntarse si duraría. ¿Habría terminado de verdad el ciclo de desgracias? Después de haber soportado casi todos los aspectos de la maldición de los ricos, ¿podrían los Getty esquivarla en el futuro?

En cualquier familia siempre hay miembros a los que les van mal las cosas, pero lo que parece cierto es que la epidemia de desgracias que habían asolado a la familia durante casi cuatro décadas había terminado, ya que muchas de ellas habían tenido su origen en la interacción de Jean Paul Getty con sus hijos, las circunstancias en las que se creó su fortuna y la existencia del Fondo Sarah C. Getty.

Además, las familias, como los individuos, aprenden de sus errores, y los Getty se habían visto obligados a aprender mucho. Había una especie de inocencia en el modo en que Paul Junior y Talitha empezaron a mezclarse con las drogas en los años sesenta, y también en el modo en que el joven Paul hizo esfuerzos tan trágicos por imitar a su padre *hippi*e. Pero los Getty más jóvenes ya no son inocentes. La fuerza de las circunstancias los ha vuelto herederos sofisticados y duros, educados por la disciplina de los desastres familiares.

Balthazar, el hijo del joven Paul, por ejemplo, siempre se ha mostrado firme en su negativa al alcohol y las drogas, y sigue entregado a su ambición de triunfar como actor y director de cine.

Tara, el hijo de Talitha, parece igualmente decidido a disfrutar de la vida en términos muy sensatos. Está alejado de las drogas, prefiere Francia a Inglaterra y sigue muy unido a la persona que básicamente lo crio, su abuelastra Poppet Pol. Se porta muy bien con ella, ha heredado el encanto de su madre y se lleva bien con toda la familia.

Christopher, el hijo de Ronald, está decidido a lograr el éxito en los negocios que no tuvo su padre y, con su experiencia bancaria y sus conexiones con los fondos fiduciarios de la familia, parece que pueda conseguirlo.

Ariadne, la hija menor de Paul Junior, está entregada a su esposo y sus dos hijos pequeños. Echa de menos Italia, pero la experiencia del secuestro todavía hace que se sienta agradecida a Estados Unidos y a la seguridad de su pequeña familia.

Los hijos de Ann y Gordon son personas muy motivadas, confiadas y poco públicas, que parecen estar seguros de lo que hacen.

En cuanto a Mark, solo el tiempo dirá si se cumplirán sus planes de una dinastía Getty de los negocios, pero pase lo que pase, tiene bien organizada su vida y parece seguro que se hará rico en la banca comercial mucho antes de que herede su parte completa del dinero Getty.

Recordando la maldición china de «Ojalá vivas en tiempos interesantes», Mark dice que cree que los Getty ya han sido «interesantes» bastante tiempo.

—Espero que a partir de ahora podamos volvernos todos un poco aburridos —comenta.

Pero la situación de los Getty más jóvenes no tiene nada de aburrida. Gracias a Sarah Getty, el dinero de su fondo fiduciario parece que enriquecerá la vida de sus nietos y bisnietos, como era su intención. Se han ocupado de sus intereses. El capital está a salvo en fondos fiduciarios separados y, después de las turbulencias del pasado, los miembros más

jóvenes de la familia son elegidos de la fortuna. Les ha tocado la lotería de la vida y pueden esperar lo mejor de todo, sin sentir los problemas y angustias que afligen a la gran mayoría de la humanidad sufriente por falta de dinero.

Pero para ellos, como para sus mayores, no puede haber excusas si las cosas van mal, y por ello no deberían ignorar las lecciones que ofrecen los sufrimientos y errores de sus predecesores. Ni pasar por alto su inmensa buena fortuna.

Post Scriptum

Con el destino aparentemente sonriendo a los Getty, hubo una bendición final para el que, a su modo, más había sufrido —Paul Junior—.

Jon Bannenberg, el arquitecto naval australiano que diseñó el Queen Elizabeth II, había reconstruido su yate Jezebel, de sesenta años, y terminado el trabajo a principios de 1994. El resplandeciente barco estaba anclado en el río Dart, esperando dar placer a su dueño.

Con su yate, al igual que con su paraíso en Wormsley, Paul había satisfecho su pasión, cara, por la perfección. Con una tripulación de diecinueve personas para cuidar de un máximo de doce pasajeros en condiciones de lujo total, el yate de noventa metros de eslora, era uno de los barcos más glamurosos de su clase y estaba a punto de jugar un papel especial en la fase final de la recuperación de Paul.

Hasta entonces, el nombre de Talitha había sido siempre recordado con pena, pero eso cambió misteriosamente cuando Paul decidió llamar a su yate Talitha Getty. Los marineros son supersticiosos con cambiar el nombre de los barcos, pero fue como si el espíritu de Talitha hubiera renacido en uno de los barcos más encantadores, y pudiera ofrecerle a Paul algo que él llevaba años sin experimentar: la libertad de los mares.

Nacido en la costa de Italia, siempre le había gustado viajar por mar, pero los daños causados en sus pies y piernas por una flebitis aguda habían hecho que eso no fuera práctico. Con un yate espectacular a su disposición y la posibilidad de tener siempre un médico privado cerca, eso ya no resultaba poco práctico.

Y a comienzos de abril, Victoria y él volaron en el Concorde a Nueva York y de allí al Caribe, donde el Talitha Getty los recibió como a miembros de la realeza. Para Paul, después de veinte años clavado a la tierra, esa era la libertad por excelencia, y en Barbados pudo disfrutar del increíble espectáculo del equipo de críquet inglés venciendo al Antillano XI por primera vez en cincuenta y nueve años.

Gracias a su yate, Paul pudo volver a visitar su adorado Mediterráneo a finales de ese verano, en compañía de Victoria y algunos amigos. Y después de Navidad, que pasó con la familia en Wormsley, ellos dos volaron de nuevo a Barbados, donde los esperaba el yate. El 30 de diciembre, en el puerto de Bridgetown y en la cubierta del Talitha Getty, Paul completó la historia que había empezado tantos años antes en Roma. Se casó con Victoria delante de un ministro local.

Antes de salir para Barbados, no habían contado a nadie sus intenciones, pero había una especie de justicia en aquello. El amor de Victoria por él había conseguido sobrevivir al rechazo, las drogas, la mala salud e incontables dificultades. Y el suyo por ella había estado mediatizado por los problemas con su padre, el arrepentimiento sobre Talitha y una buena proporción de enfermedades de la carne. Pero de algún modo, a pesar de todos sus problemas, habían ido acercándose cada vez más con los años. Ella lo quería y él dependía totalmente de ella.

—Victoria es mi inspiración —decía a menudo.

Y era cierto, porque ella, más que nadie, había sido una presencia constante durante sus problemas y lo había salvado de las profundidades del desastre absoluto. Cuando era muy joven había soñado con casarse con él. Ahora que ya no era joven, su sueño se había hecho realidad.

La incertidumbre había terminado, el pasado también, aunque no estuviera olvidado, y, al igual que la familia en sí, Paul y Victoria se habían ganado la oportunidad de disfrutar de su fortuna y de su tiempo juntos.

Post Scriptum para la edición de 2017

—Nos parecemos a vosotros, pero no somos como vosotros —dice Charlie Plummer, el actor que interpreta a John Paul Getty III en el tráiler de *Todo el dinero del mundo*.

Eso fue lo primero que vieron los espectadores de la película de Ridley Scott, con guion de David Scarpa, inspirada en el secuestro y rescate de Paul Getty tal y como aparece en este libro.

¡Qué ciertas son esas palabras! Asomarse al mundo de los Getty es como mirar una especie alienígena a través de una lupa. La percepción está distorsionada. Los personajes parecen más grandes de lo habitual.

La inmensa cantidad de dinero que consiguió esta dinastía creó más oportunidades de las que el mundo había visto nunca. Y, sin embargo, la fortuna familiar dejó tras de sí un rastro de devastación que nos sigue fascinando.

En los años que siguieron a la primera edición de este libro, era difícil pensar que pudieran emerger alguna vez revelaciones nuevas sobre Jean Paul Getty y la dinastía que creó. Unas memorias de su quinta y última esposa, Teddy, en 2013, en las que narraba el disgusto de él por la cantidad de dinero que gastaba ella en el tratamiento médico del enfermo Timmy no hicieron sino aumentar su fama de tacaño, pero el afecto que ella le profesaba claramente a pesar de otro matrimonio fracasado aumenta también la sensación de que esta era una familia frustrada. J. Paul Getty resumió una vez sus arrepentimientos cuando dijo:

—Daría alegremente todos mis millones por un matrimonio exitoso duradero.

¿Cuántos miembros de su familia compartirían sus sentimientos y cambiarían su riqueza por una segunda oportunidad de ser felices?

El matrimonio no fue algo en lo que destacaran los Getty. Hasta Gordon, que parecía haber escapado a las peores tribulaciones de sus parientes y cuya administración de la fortuna familiar produjo los mayores dividendos,

resultó que tenía otra familia secreta. Aunque se dijo que Ann conocía la existencia de las tres hijas de su esposo con Cynthia Beck en Los Ángeles desde dos años antes de que esa existencia se hiciera pública en 1999, la revelación causó ondas sísmicas para Gordon, que se había hecho una reputación como compositor y patrón de las artes. Cuando Andrew, el hijo de Gordon y Ann, apareció muerto en su casa a los cuarenta y siete años, desnudo de cintura para abajo y habiendo sufrido lo que se describió como «traumatismo con objeto contundente», resucitó de nuevo la sensación de que la familia tenía una maldición.

El filósofo sir Francis Bacon escribió que el dinero es como el fango, solo sirve si se puede extender.

Con los Getty ha demostrado ser así. Solo cuando su vasta riqueza se ha compartido o se ha aprovechado para algo más que para seguir aumentando, han podido ellos rozar la verdadera felicidad.

Probablemente el mejor legado de la riqueza de J. Paul Getty haya sido el museo que lleva su nombre. El que él esperaba que fuera recordado mientras durara la civilización. El Getty, como se conoce al museo, ha mantenido su estatus como el más rico del mundo y ha habido que controlar sus actividades para impedir que se tragara todas las obras de arte valiosas del planeta. Después de su cambio de ubicación a Brentwood, Los Ángeles, en 1997, la villa Getty original fue reformada y abierta en 2006. Hoy casi dos millones de personas visitan ambos lugares todos los años, lo que hace del museo uno de los más populares en Estados Unidos. A pesar de la controversia que rodea sus obras de arte, con varias piezas devueltas a Italia y Grecia después de casos famosos en los tribunales, el museo alardea de un programa educativo de renombre mundial y exposiciones de vanguardia.

Paul Junior cosechó también los beneficios de la filantropía. Antes de su muerte en 2003, después de una infección de pecho recurrente, se calcula que había donado unos ciento veinte millones de libras esterlinas a la National Gallery, el British Film Institute y otras instituciones artísticas de su país de adopción. En los últimos cinco años de su vida, había podido usar con orgullo el título de *Sir*, tras conseguir la nacionalidad británica en 1997. Después de ser nombrado caballero por la reina, reveló que ella le había dicho:

—Ahora ya puede usar su título. ¿No es agradable? Para Paul Junior sí lo era.

—Significa mucho para mí —dijo—. Estoy orgulloso de ser un súbdito de Su Majestad.

Su altruismo continúa hoy a través de su hijo Mark, que en 2015 recibió el título de caballero por sus contribuciones al mundo del arte, en especial a la National Gallery. Igual que sus parientes más influyentes antes que él, Mark ha descubierto que el apellido Getty es un imán para el dinero. Getty Images, una aventura que inició como un modo de tener ocupados a sus hijos, se ha convertido en uno de los suministradores de imágenes más grandes del planeta.

Aunque Mark encontró un camino para alejarse de las desgracias que afligieron a muchos de sus familiares, su hermano, el joven Paul, fue menos afortunado. Menos de ocho años después de la muerte de su padre, moría el joven Paul a los cincuenta y cuatro años. En muchos sentidos, fue una bendición. Por fin se había librado del dolor.

Una de sus últimas apariciones públicas fue en la misa en memoria de su padre en la catedral de Westminster, cinco meses después de la muerte de Paul Junior. Como este había regresado a la fe católica de su infancia y hecho donativos muy generosos a las causas de la catedral y de la iglesia, se había ganado un funeral impresionante, realizado nada menos que por el primado de Inglaterra, el cardenal Murphy-O'Connor.

Allí estaban muchos de los personajes de este libro. Victoria, viuda de Paul; el joven Paul en silla de ruedas, empujado por su hermano Mark; Christopher Gibbs, que había sugerido la idea de Wormsley; y la señora Thatcher, que le había conseguido su título de *Sir*. Lo que hizo que el servicio fuera realmente memorable fue algo totalmente inesperado, la voz de Dios en el tema de la riqueza. Durante la homilía, el cardenal leyó las palabras de Jesús del Evangelio de San Mateo: «Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de Dios. Cuando uno de los discípulos preguntó a Jesús: "¿Quién se salvará entonces?", Cristo contestó: "Con los hombres, esto es imposible, pero con Dios, todo es posible"». Después de lo cual, el cardenal añadió:

—Y estoy seguro de que Dios recordará a nuestro hermano Paul y le reservará un lugar en el reino de los cielos.

Lo cual debía de querer decir que había esperanzas para al menos algunos miembros de aquella congregación.

Ciertamente, con los Getty todo es posible.